EL TIGRE EN LA CASA

UNA HISTORIA CULTURAL DEL GATO

Carl Van Vechten

Sigilo

CARL VAN VECHTEN

EL TIGRE EN LA CASA

UNA HISTORIA CULTURAL DEL GATO

Edición y traducción de
ANDREA PALET

Dibujos de
KRYSTHOPHER WOODS

HUEDERS
Sigilo

Título original: *The Tiger in the House*

La traductora agradece la inestimable ayuda de Gabriela Palet y Manuel Illanes.

© Editorial Sigilo y Hueders, 2017
© Andrea Palet, 2017, de la traducción

Primera edición: diciembre de 2017
Segunda edición: mayo de 2018

ISBN edición impresa 978-956-365-080-8
ISBN edición digital 978-956-365-183-6

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin la autorización de los editores.

Arte de tapa, diseño de interior y dibujos: Krysthopher Woods

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

www.hueders.cl
www.sigilo.com.ar

ÍNDICE

1. Contra el prejuicio popular
2. Sobre sus rasgos
3. Ailurofóbicos y otros enemigos de los gatos
4. El gato y el ocultismo
5. El gato en el folclor
6. El gato y las leyes
7. El gato en el teatro
8. El gato en la música
9. El gato en el arte
10. El gato en la ficción
11. El gato y el poeta
12. Literatos que han amado a los gatos
13. Apoteosis

Dios creó al gato para concedernos el placer de acariciar a un tigre.

MÉRY

A Edna Kenton y Feathers

Qué suerte ser un gato:
¡libre para aceptar o rechazar lo que se le ofrece!

1

CONTRA EL PREJUICIO POPULAR

Cada vez que se toca el tema, y siendo moderado puede decirse que surge unas cuarenta veces al día, invariablemente alguien dice: “No, a mí no me gustan los gatos, me gustan los perros”. La observación dicotómica equivalente, igual de popular, predominante y banal, sería algo como: “No, Dickens no me gusta, me gusta Thackeray”. Tal como el escritor James Branch Cabell dejó asentado de una vez y para siempre, “al pensamiento filosófico esa afirmación le resulta tan sensata como rechazar una invitación a jugar al billar con el argumento de que uno es fanático del arenque”. Sin embargo, ambas controversias siguen causando estragos, y pensadores despreocupados continúan imponiendo categorías a Dickens y al gato. Los amantes de los perros, si es que tiene sentido esa oposición (porque claramente es posible que te gusten ambos, gatos y perros, así como es posible leer con deleite *La historia de Pendennis* y *Casa desolada*), dicen del suave felino que es taimado y falso, ladrón y malagradecido, cruel y veleidoso, amigo de la casa y no del ser humano. De esta opinión, desconsiderada y precipitada, ha derivado el peyorativo y metafórico adjetivo “gatuno” –*catty*, que en inglés significa malicioso–, que cuando se usa en su sentido más aceptado me parece especialmente aberrante, porque solo podría describirse como gatuna una criatura graciosa y elegante, digna y reservada, el epítome de la belleza, el encanto y el misterio del amor.

Los amantes de los gatos, por su lado, tan fervientes que en Francia se han ganado el apodo de *félinophiles enragés*, tampoco es que sean unos inocentes. Cariñoso, inteligente, fiel, seguro y confiable son algunos de los adjetivos que prodigan de forma indiscriminada a sus mininos adorados, y

después de leerlos pareciera que los gatos pasan sus nueve vidas cuidando a los enfermos, rescatando niños de edificios en llamas y ayudando a las ancianas benefactoras a coser ropita para los desposeídos en África.

El mismo gato podría haber resuelto el problema hace mucho tiempo, si la resolución de tales cuestiones fuera uno de los propósitos del gato en esta vida. No se puede esperar razonablemente que un pariente cercano del rey de la selva (a quien de cerca se asemeja mucho más, por cierto, que un chin a un terranova), un animal que ha sido un dios, el compañero de las brujas en el aquelarre, una bestia que es de la realeza en Siam, “el tigre que come de la mano”, como se lo llama en Japón, el adorado de Mahoma, el rival de Laura para Petrarca, el amigo de los momentos ociosos de Richelieu, el favorito del poeta y del prelado, vea sino con desdén la estupidez de la humanidad en lo que a él se refiere.

El gato, de hecho, no hace ningún intento de acercamiento. Se concentra en su lugar junto a la chimenea, a menudo consiente en dar afecto a sus amigos humanos y es conocido por una notoria afición por caballos, loros y tortugas, pero incluso en la más intensa de estas relaciones mantiene la debida independencia. Se queda donde le gusta estar, va adonde quiere ir. Entrega su afecto a quien le place y cuando quiere, y lo retiene ante quienes considera indignos de él. Con un gato uno se ve en una posición parecida a la que se tiene con un digno y buen amigo: si se pierde su respeto y confianza, la relación sufre. Conviene recordar que el gato sigue siendo amigo de los humanos porque le agrada serlo, y no porque deba. Ingenioso, valiente, inteligente (el cerebro de un gatito es mayor que el de un niño), en ningún sentido es dependiente, y puede volver al estado salvaje con menos reajuste de sus valores que cualquier otro animal doméstico. Por eso se le permite determinar su propio fin y propósito, ser el rector de su propia vida. “Me encanta en el gato –decía Chateaubriand al conde de Marcellus, quien lo registró en *Chateaubriand et son temps* (1859)– ese temperamento independiente y casi ingrato que le impide apegarse a cualquiera; la indiferencia con que pasa del salón al tejado. Cuando lo acaricias se estira y arquea el lomo, es cierto, pero lo hace por el placer físico y no, como el perro, por esa tonta satisfacción que siente en amar y serle fiel a un dueño que devuelve el cumplido a patadas. El gato vive solo, no necesita de la sociedad, no obedece excepto cuando él quiere, finge dormitar para ver más claramente y araña todo lo que puede. Buffon ha dado una falsa impresión

del gato; yo estoy trabajando en su rehabilitación y con el tiempo espero hacer de él un animal medianamente bueno".

Sin alguna guía como esta es imposible abordar la naturaleza del más interesante de los animales, pero con estos pocos hechos en mente debo insistir en una paradoja. El caso es el siguiente: cada gato difiere en tantas formas como sea posible de cualquier otro gato en particular. El observador imparcial lo habrá descubierto por sí mismo si se ha familiarizado con varios a la vez. Existen los gatos angélicos y los gatos demoníacos, pero el carácter de la mayoría se sitúa en algún punto entre estos intensos extremos en blanco y negro. Y algunos son tan excepcionales que carecen incluso de las características felinas más típicas. Sí puede decirse que son todos soberanos, y la mayoría apasionados (sus hábitos amorosos, inspirados por el deseo más impetuoso, suelen ser sumamente crueles)[1] y místicos.

Sobre este último punto existen pocos motivos para la duda. Los gatos manifiestan gnosis en un grado que solo se atribuye a algunos obispos, como intentaré mostrar en un capítulo posterior. En cuanto a su independencia, se trata solo de la aristocrática cualidad de ser natural. No fuerzan sus atenciones y no les importa recibirlas de los demás. Pero cuando un gato tiene hambre o quiere salir, o siente el llamado de la pasión, declara abiertamente sus sentimientos. "¿Por qué no? –se pregunta Kiki-la-Doucette, la gata de los *Diálogos de animales* de Colette–. ¿Por qué no? La gente lo hace". Son reminiscencias, herencias de la vida salvaje que no ha perdido y nunca perderá. Porque, tal como en su regio hermano el león, también en ellos dormita un fuerte instinto de raza que despierta cuando se lo llama. El gato sabe más que la Monalisa.

La diversidad de carácter en los gatos se mide en cómo reaccionan a estos instintos, y esas diferencias se acentúan por trato y por crianza. Parece poco científico decirlo, pero entre los muchos rasgos que heredan los gatos hay evidencia sólida de que heredan también características adquiridas. Hay obras que han llegado a afirmar que una gata a la que se le ha cortado la cola podría parir gatitos sin ella.

Muchos observadores han registrado las excentricidades y los atributos de este animal. Andrew Wynter, en *Fruit Between the Leaves*, habla de un gato suyo que seleccionaba papel secante para tumbarse. El Gran Gatito de Meredith Janvier contrajo tuberculosis por dormir sobre un radiador caliente. Clara Rossiter describe en el *North British Advertiser* de

Edimburgo, en 1874, a una minina cuya mayor entretención era sacar todos los alfileres de una almohadilla, ponerlos en la mesa “y, cuando sacaba el último, nos miraba a la cara con la expresión más graciosa del mundo, dejándonos muy claro que los quería de vuelta en la almohadilla. Sin importar cuántas veces volviéramos a pinchar los alfileres, ella volvía a quitarlos”. Disfrutaba también devorando flores que sacaba de los floreros. El reverendo J.G. Wood nos habla de un gato que era tan aristocrático que “nada –ni siquiera la leche cuando tenía hambre– lo inducía a asomar la cabeza por la cocina, o a entrar en la casa por la puerta de servicio”. Wynter tenía un gato que un día se levantó de súbito y subió por el tubo de la chimenea, y eso que el fuego ardía en la rejilla. Un par de siglos antes habrían quemado en la hoguera al escritor por narrar este incidente. Este gato comía pepinillos, y le gustaba el coñac con agua. William Lauder Lindsay menciona un gato que tenía afición por la cerveza negra, y Jerome K. Jerome escribe en sus *Novel Notes* de una que bebió de la gotera de un barril de cerveza hasta intoxicarse. En una carta a Samuel Butler, fechada el 24 de diciembre de 1879, dice la señorita Savage: “Mi gato bebió demasiado vino dulce y ponche de ron. ¡Pobrecito! Pero tanto mejor para él, así aprenderá. El doctor Richardson dice que los animales inferiores rechazan las bebidas alcohólicas, y que los humanos deberían hacer lo mismo”.

Se suele creer que los gatos sienten una antipatía inherente por el agua y que en general son “catabaptistas”, pero mi Ariel no era así; esta gatita persa anaranjada acostumbraba a saltar por voluntad propia dentro de mi matinal bañera caliente, y le gustaba sentarse en el lavatorio bajo el grifo abierto. Artault de Vevey tenía una gata, Isoline, que tomaba baños saltando a la tina llena. “Se supone que a los gatos les desagrada lo mojado –escribe Olive Thorne Miller–, pero yo he visto a dos de ellos mantener una entrevista bajo una lluvia constante, con toda la gravedad y deliberación

con que se celebran estos asuntos". Se han registrado innumerables ejemplos de gatos que nadan por cursos de agua para retornar a sus hogares, y St. George Mivart nos habla de una gata que se hundió en un arroyo correntoso y rescató a sus tres gatitos, que se ahogaban, cargándolos uno a uno hasta la orilla.

Un redactor en el *Chamber's Journal* del 9 de octubre de 1880 recuerda a un alicaído gato negro que se suicidó ¡ahogándose! Los gatos pescadores son un lugar común. Lane cita al *Plymouth Journal* contando de uno que acostumbraba a bucear en busca de peces;[2] y Charles Henry Ross escribe sobre un tal señor Moody, cerca de Newcastle-upon-Tyne, que tenía uno que pillaba pececitos, anguilas y sardinas de esta manera. Igualmente, se sabe de un célebre fresco egipcio en el Museo Británico que representa a un gato que actúa como un perro retriever; el noble gatito salta al Nilo desde un bote para buscar y traer de vuelta al pato sacrificado, incidente que G.A. Henty ha tejido en su cuento para niños *The Cat of Bubastes*.[3] Ciertos gatos hoy en día encuentran natural esta tarea de rescate. Mi Ariel corría tras un ratoncito de hierba gatera y me lo traía todas las veces que yo lo arrojaba. "Durante la visita a un amigo en la Patagonia –registra W.H. Hudson en *El diario de un naturalista*– quedé atónito un día que salimos con un arma para cazar un poco, seguidos por los perros y un gato negro que los acompañaba, y al disparar mi primer tiro lo vi salir volando antes que los perros para recuperar el pájaro y traérmelo".

Hay quienes observan que los gatos son siempre amables y educados, que comen con delicadeza y nunca con avidez, pero yo he visto felinos de buenas maneras que pueden engullir su comida y gruñir sobre ella con tanta glotonería y falta de educación como cualquier perro. En la mera cuestión de la selección de su cena varían tanto como las personas. Existen gatos imperiosos, altivos, aristocráticos, que insisten en ser alimentados en platos esotéricos, en determinados lugares y por ciertas personas. Otros se parecen al gatito rojo de Lafcadio Hearn en "The Little Red Kitten", que "comía bifes y cucarachas, orugas y pescados, pollo y mariposas, libélulas y cordero asado, estofado y bichos bolita, escarabajos y pernil de cerdo, cangrejos y arañas, polillas y huevos escalfados, ostras y lombrices de tierra, jamón y ratones, ratas y arroz con leche, hasta que su vientre se convirtió en una representación del Arca de Noé".

Los gatos son extremadamente nerviosos y como regla general no son

confiables en los trenes, pues el menor sonido o movimiento es probable que los aterrorice, y los objetos en rápido movimiento les inspiran un temor agudo. Sin embargo, Abélard, el persa atigrado de Avery Hopwood, da paseos motorizados con él, sentándose como un experto en el asiento delantero sin correa. Si el auto se detiene, salta y camina alrededor, listo para volver a su lugar cuando su dueño se pone en marcha. Theodore Hammeker, un piloto en el frente galo y en Palestina durante la Primera Guerra, volaba con Brutus, su gato negro. El R-34, el primer dirigible en cruzar el Atlántico desde Inglaterra hacia Estados Unidos, cargaba a Jazz, un gato atigrado, como único pasajero animal. Y yo estoy familiarizado con un gato persa de color plata y alteraciones digestivas que incluso va al cine en el hombro de su dueña.

Nuevamente, la creencia popular supone que los gatos prefieren los lugares a las personas, y existen literalmente miles de casos de ejemplares que han vencido toda clase de obstáculos físicos con tal de volver a las casas de las que se les había expulsado. Pero sería igual de fácil e interminable hacer la lista de los gatos que se mudan con sus familias más o menos una vez por año; y se podría hacer otra lista con los que se trasladan por decisión propia, a menudo desde hogares donde los tratan con todo respeto y en los que están rodeados de lujos y comodidades. A aquellos que sienten que un receptor de tantas atenciones debería estar agradecido, sin importar si su forma es humana o animal, esta extraña conducta les parecerá inexplicable, pero estoy seguro de que mis lectores entenderán que es posible desear algo distinto de una vida rodeada de lujos y comodidades. Incluso de vez en cuando es posible encontrar gente dispuesta a abandonar sus cómodos aposentos a cambio de los placeres de la aventura. “El viaje de los deseos alados del gato / libre de ataduras, allende el tiempo y el espacio”, cavila Hiddigeigei, el gato macho del poema de Joseph Viktor von Scheffel; y los michos con anhelos en el alma invariablemente satisfacen estos deseos, hasta donde pueden hacerlo. Se ha sabido de gatitos persas criados entre algodones que han abandonado las sedas y los satines de las salas de estar en pos de la libertad de los tejados y la compañía de felinos sumamente lenguaraces, maleducados y de pelo corto. Luego el adulterio abunda. Otros gatos han dejado atrás lujosas mansiones para llevar una existencia más interesante en una verdulería, donde la caza es mejor y hay menos humanos persiguiéndolos para hacerles cariño. Lo contrario también

pasa a menudo –dejan las pellejerías de la calle para iniciar una vida de lujos–, pero por lo general yo diría que los gatos moldean sus vidas más como May Yohe que como Cenicienta.[4]

Por lo demás, es indudable que existen gatos contumaces, así como existen personas contumaces, que insisten en vivir en un lugar determinado; como mostraré más adelante, tienen por instinto una buena motivación para hacerlo.

Algunas gatas son madres fervientes y afectuosas, y cuidan con esmero de sus retoños previniendo el peligro, limpiándolos, alimentándolos y enseñándoles a jugar. La gata de la Alicia de Lewis Carroll, Diana, cuyo método para lavar a sus crías consiste en sostener por las orejas a los pobrecillos en el aire y con la otra pata frotarles la cara por todas partes, es una excelente madre. Algunas tienen un instinto maternal tan fuerte que si les arrebatan las crías pueden amamantar a recién nacidos, lebratos y hasta ratas. Pero hay otras que rechazan e incluso matan a su camada. Una imperturbable joven reina, seguramente después de leer *La belleza inútil* de Maupassant, ahogó a sus gatitos en un barril colector de lluvia; otra, que se rehusaba a amamantar o siquiera a acercarse a sus crías, tras ser encerrada con ellas en un cobertizo acabó con sus cortas vidas aplastándolas con sus fuertes patas traseras. Luego, cuando la liberaron, salió ronroneando, evidentemente aliviada y en un estado de gran contento.

La higiene en el mundo gatuno suele considerarse una virtud suprema. El gato dedica más tiempo a la limpieza que las jóvenes debutantes a cambiarse de vestido, y su atención a la hidráulica gulliveriana y otras demandas de la naturaleza puede llegar a ser hasta demasiado escrupulosa. En el País de los Gatos, observa pintoresco Clarence Day Junior, el gásfiter, la manicurista y el fabricante de jabones ocuparían las más altas posiciones sociales; predicadores y abogados, las más bajas. Y sin embargo los gatos siameses y los rusos azules de pelo corto despiden un fuerte hedor, y he visto gatos de todo color y raza más sucios que lo que puede estar cualquier otro animal. Una vez, un gatito que vivía conmigo, inteligentísimo, se negaba a sistematizar sus maniobras de baño. Era un gatito sin cola de lo más gracioso, adorablemente imprudente, que una noche en París me siguió por la calle. Caminó muy cerca detrás de mí unos cuatrocientos metros, y cuando lo alcé y me lo guardé en un bolsillo –era diminuto– sucumbió al trato ronroneando con fuerza. Pero cuando me monté en un bus el

conductor agitó pomposamente la mano con la admonición “*Pas de bêtes!*”, de manera que caminé con el gatito en el bolsillo hasta mi hotel. Este micho tenía el delicioso hábito de saltarme al hombro en la oscuridad cuando volvía a casa por la noche. Se frotaba contra mi mejilla y su ronroneo sonaba como los timbales en el *Réquiem* de Berlioz. No le causaba impresión el arte de Franz von Stuck e invariablemente –hasta que ya no lo colgué más– lograba arrancar de la pared un grabado de su *Salomé*, aun cuando estaba colgado bastante alto y no había ningún mueble que facilitara la operación. Este gatito tenía también la manía de romper platos, y en su presencia no había manera de resguardar ningún juego de té. Como todos los de su especie, podía posarse en una mesa llena de adornos sin tocar nada, pero le encantaba perturbar el equilibrio de la porcelana con su pata ágil y traviesa. Tales cualidades no lo hicieron menos merecedor de mis afectos, por el contrario. Peleamos irrevocablemente acerca de otro asunto en el que asimismo se mostró invencible y supremo, como todos los gatos. Se negó a aprender los usos de una caja de arena; tampoco se dignó a aceptar una hoja de papel o aserrín. Ni siquiera lo tentaban *Le Temps* o *Le Journal* con las reseñas de Catulle Mendès…

Se supone que no existe nada que a los gatos les guste más que el calor, y es verdad que buscarán una chimenea, un acogedor fuego de leña o la compañía de una estufa de cocina, pero es perfectamente factible que vivan en el frío. Cuando se descubrió que la gélida temperatura de las grandes plantas frigoríficas no era lo suficientemente implacable para exterminar la resistencia de las ratas, alguien propuso llevar gatos. Los primeros felinos

trasladados a estos inhóspitos cuarteles no prosperaron, y unos cuantos murieron, de hecho, pero después de un par de inviernos les creció una asombrosa capa de piel, tan gruesa como la de un castor. Las camadas nacidas en estos fríos extremos resultaron ser unas robustas bestezuelas, y se dice que ahora los gatos de las cámaras frigoríficas languidecerían jadeando de agotamiento si se los expusiera a un día de pleno verano en Nueva York.

Existe, sí, enemistad entre el gato y el perro, pero esta antipatía es superficial y puede obviarse en muchos casos. Sin duda es instintiva; se sabe de crías que apenas han abierto los ojos y han soltado un bufido a un perro. Pero los gatos que viven con perros suelen hacerlo dignamente y en paz; muchas veces brota incluso un profundo afecto entre ellos. Cuando la desdichada dama de la obra de Richard Flecknoe *Enigmatical Characters* (1658) habla de dejar caer su devocionario en la sartén caliente, y del perro y el gato peleándose encima y al final orando juntos, eso tiene un sentido simbólico. Del mismo modo, recordemos a la vieja madre Hubbard de la canción infantil yendo a la sombrerería a comprar un sombrero para su perro, “pero cuando volvió el perro estaba alimentando al gato”.

La señorita Antoinette Thérèse Deshoulières escribió *La mort de Cochon*, una notable tragedia heroica, a la manera de Corneille, cuyo tema central es la pasión de la gata de su madre, Grisette, por Cochon, el perro del duque de Vivonne, hermano de madame de Montespan. Todos los gatos machos de la casa de madame Deshoulières y del vecindario se han reunido en un techo para regocijarse por la noticia que porta el título de la obra, y para expresar la esperanza de que alguno de ellos logre pedir la pata de la perversa Grisette. La joven señorita, sin embargo, se entrega de todo corazón al duelo. En vano llora el coro de gatos:

Vuelve la cara a tu especie
Será más dulce tu destino.

Grisette responde:

Mi ternura a Cochon se la debo
Mil veces más celosos de él tendrían que estar
Verán hasta qué punto me importa ese perro.

El coro llora:

¡Ah, basta, gata cruel!

Pero ella no cede, y desaparece del tejado para dar paso a Eros, el dios en un carro, que se hace la siguiente ilusión:

Tiernos michos, déjenla hacer.
Vuestra miseria tendrá fin.
Juro por mi arco, juro por mi madre:
Grisette se cansará.
La constancia es una quimera.

Mediante la oportuna pluma de la señorita Deshoulières, Grisette y Cochon habían mantenido una larga correspondencia. Es, quizás, la primera amistad literaria entre un perro y un gato, pero en ningún caso la última. De hecho, en la mayoría de los casos un gato prefiere a un perro como compañía que a otro gato. Una madre gata amamantará cachorros caninos y se sabe que han amamantado ratas. Porque las ratas y los gatos también pueden ser amigos, como descubrió Théophile Gautier cuando sus dinastías de ratas blancas y gatos blancos resultaron tener la misma edad. También W.H. Hudson relata la historia de una notable amistad entre un gato y una rata en *El libro de un naturalista*.

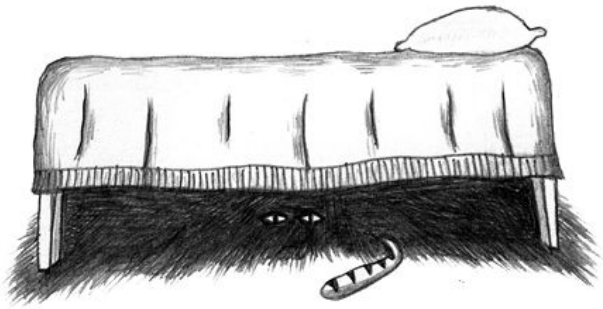
“El respeto por el sueño –escribe S.B. Wister– es una característica de lo más curiosa de los gatos, y a menudo me he preguntado si es el mismo instinto que se dice impide a leones y tigres atacar a sus presas dormidas”. Todo esto está bien, pero ¿tienen los gatos respeto por el sueño? Algunos sí. Mi Feathers no. Ella quiere su desayuno a cierta hora de la mañana; si la puerta de mi dormitorio está cerrada empieza a dar gritos afuera. Si está abierta entra, posa las patas delanteras en el borde de la cama, cerca de mi cara, y me lame las mejillas. Si la aparto con la mano, en un momento está mordisqueándome los dedos de los pies. Si le pongo fin a esta medida de presión empieza a marchar arriba y abajo usando mi cuerpo como carretera. Y es igualmente persistente si estoy durmiendo siesta: trepa hasta mi pecho y se duerme conmigo, pero cuando despierta me clava las garras y se estira,

casi como si yo no existiera. Esta protrusión alternada de sus patas delanteras, con los dedos separados como si presionara y mamara de las tetillas de su madre, es un gesto típico de placer gatuno.

Los gatos hacen una distinción radical entre sus relaciones con los seres humanos y sus relaciones con otros gatos, lo que es natural. Un escritor anónimo, citado por Moncrif, lo ha dicho bellamente en su descripción de la adorable Menine, de madame de Lesdiguières, que era

gata para todo el mundo, pero para los gatos tigresa.

Los gatos son extremadamente sensibles y nerviosos; registran 160 pulsaciones por minuto. Un gatito de buen carácter puede convertirse en un gato adulto de mal talante, y los rasgos de maldad pueden verse suavizados si lo tratan con amor. Sé de una ocasión en que un invitado sujetó a una gatita de unos tres meses de manera bastante brusca. Cuando se soltó, la pobre voló a un lugar seguro; no estaba acostumbrada a humillaciones y la resintió. La familiaridad excesiva siempre engendra desprecio en un gato. Una vez que el invitado partió la gata reanudó sus distraídas maneras y se mostró tan juguetona como siempre. Pasó un año antes de que el huésped transgresor apareciera nuevamente y la gatita ya era adulta, pero en el momento en que el joven cruzó el umbral ella desapareció bajo una cama y ya no hubo forma de sacarla de allí. Los gatos tienen buena memoria.



Jessie Pickens tenía una notable gata persa atigrada que gruñía y refunfuñaba y chistaba a todo el mundo menos a su dueña. Sufría si alguien que no fuera Jessie se acercaba a ella, pero por su señora sentía un profundo apego e incluso había cruzado el Atlántico diecisiete veces en una cabina para hacerle compañía. Su temor a los extraños se debía a un accidente

ocurrido cuando era cría. Willy, un gran admirador de los gatos, y en ese tiempo marido de Colette, a quien nadie supera a la hora de escribir delicadamente y con sensatez acerca de estos pequeños canallas con abrigo de piel, un día alzó a la gatita para jugar con ella y empezó a lanzarla hacia el techo, una y otra vez, hasta que hubo un giro repentino y la pequeña resbaló de sus dedos y cayó al suelo. Con un grito de terror huyó de la estancia y no la encontraron sino hasta dos días después, escondida detrás de unos baúles en la buhardilla. Nunca más permitió que un extraño la tocara.

Otro gato cayó a un pozo. Se las arregló para no ahogarse trepando a una saliente rocosa y fue rescatado a tiempo, pero se volvió loco; nunca recuperó el interés por la vida ni parecía tener la menor conciencia de sí. Lindsay, en *Mind in the Lower Animals*, ha seleccionado otro ejemplo, el de un gato que vivía asustado por un pavo real: desarrolló una especie de pánico, agorafobia tal vez, con una pérdida total de serenidad y una timidez permanente que le impedía alimentarse si no era en presencia de su dueño.

Sea que hereden estos rasgos o bien que sus modales y hábitos se hayan visto alentados o reprimidos por el trato, el hecho es que existe toda clase de gatos, enfurruñados y amables, crueles y tiernos, violentos y anodinos. Lo curioso es que varios gatitos de la misma madre y criados juntos en la misma casa exhibirán aun así diferencias notorias. Gautier describe tres de la misma camada:

> Enjolras era solemne, pretencioso, un caballero desde la cuna; hasta teatral a veces en su inmensa presunción de dignidad.
> Gavroche era un bohemio nato, enamorado de las malas compañías y de la despreocupada comedia de la vida. Su hermana Eponine, la más querida de los tres, era una delicada y fastidiosa pequeña criatura con un exquisito sentido del decoro y de los refinamientos de la vida social. Enjolras era un glotón, nada le importaba más que su comida. Gavroche, más generoso, traía de la calle gatos flacos y desgreñados que devoraban a la carrera, con pánico en los ojos, la comida reservada para su nuevo amigo. Varias veces tuve la tentación de regañar al bribonzuelo con un "¡Linda pandilla de amigos te fuiste a pescar!", pero me contenía ante su afable debilidad. Después de todo, podría haberse comido todo él solo.

Madame Michelet, en *Les chats*, piensa que la coloración puede tener algo que ver con el temperamento. Los gatos negros, según esta *femme savante*, serían apasionados y sombríos; los rubios, amigables y frívolos, con cierta ensimismada y sonriente melancolía de fondo, y aquellos entre los dos extremos, ni rubios ni morenos, tendrían temperamentos estables. Por cierto, cualquiera que haya conocido gatos de diferentes colores considerará más bien descabelladas las clasificaciones de la dama.

Pero la afirmación de Diderot "*il y a chat et chat*", hay gatos y gatos, es definitivamente justa. Algunos son fríos y altaneros, arrogantes e irónicos. Otros son tan francos, tan persistentes en su demanda de afecto que casi carecen de misterio. Algunos se trepan encima de cualquier persona y ronronean con placer. La hierba gatera es vodka y whisky para la mayoría, pero mi Feathers apenas la olfatea y se aleja. Existe toda clase de gatos, toda clase de variedades y tipos: los de pelo largo y pelo corto, y los mexicanos sin pelo; hay extraños gatos australianos con narices puntiagudas; hay gatos angora, persas y siameses, y los gatos Manx, que no tienen cola; los hay azules, negros y blancos, carey y crema, naranja y plateados y de color chinchilla; existen en combinaciones de todos estos colores; mi Feathers es una reina persa atigrada calicó, ¡con siete dedos en cada pata delantera! Los gatos de siete o de seis dedos no son nada extraños. Incluso entre los bichos raros de la gatunería hay variaciones: a pesar de la muy popular opinión en contrario, los gatos blancos no siempre son ciegos, los de pelaje carey no siempre son hembras y los atigrados de color naranja no siempre son machos.

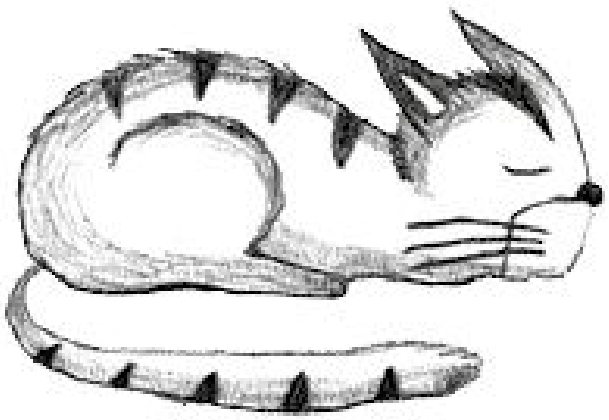
Ciertos pelajes gatunos son amarillos, otros ámbar tarjados de oscuro;
Que cada felino es único, se lo aseguro.
En uno las patas estriadas de escarcha, en otro la cola rizada;
El pellejo de este a rayas entintadas, la piel de aquel perlada.

Los gatos se asoman por el horizonte de la mente junto con los héroes de la historia y los personajes de novela: el angora errante de Zola, derrotado en una pelea callejera, y el andariego angora de Edward Peple que arruina a un gato de la calle y vuelve a casa cansado y feliz; el gato ocultista de Baudelaire; la gata carey de Lafcadio Hearn, Tama, que jugaba con sus gatitos muertos en sueños, susurrándoles y atrapando para ellos pequeños

objetos tenebrosos; la bandida de Jacobina, la gata berrenda y demoníaca del cabo Bunting en la novela de Bulwer-Lytton; el adorable ejemplar de madame de Jolicoeur, llamado Sha de Persia, cuyas “excepcionales y pequeñas rabietas gatunas no eran sino manchas solares en el resplandor de su afabilidad”; Gipsy, el gato del señor Tarkington, “mitad bronco y mitad pirata malayo”; Lady Jane, la gruñona gata gris de ojos verdes que sigue a todas partes al señor Krook en *Casa desolada*; los piadosos gatos papales de León XII, Gregorio XV y Pío IX; los juguetones compañeros de Richelieu;[5] Hodge, el gato comedor de ostras del doctor Johnson, que era la pesadilla de Boswell; Old Foss, de Edward Lear; el gato Hector G. Yelverton, “ese fastidioso adefesio, sin más principios que un indio”, al decir de Twain; la reina indomable de Richard Garnett, de quien se ha escrito: “Y todos los machos, que nunca se atrevieron a tanto, / tiemblan ante la marcial Marigold”.

La esotérica procesión continúa pasando frente a mí: el macho lírico y filosófico de Scheffel, Hiddigeigei, con su piel azabache y su cola majestuosa; Amílcar,[6] el gato de Sylvestre Bonnard, que combinaba el formidable aspecto de un jefe tártaro con la gracia pesada de una odalisca; el micho de John F. Runciman, de nombre Felix-Mendelssohn-Bartholdy-Shedlock-Runciman-Felinis, que bufaba a las calesas a la edad de seis meses y luego intentaría tocar la viola arrastrando el arco por el piso, y su Minnie, que solía hacer recular a los perros y murió por comer agujas; el fascinante Kallikrates de la novela *Blind Alley*, de W.L. George; el prodigioso y encantador Hinze, de Tieck; el clarividente Mysouff, de Alexandre Dumas, que una vez tomó un desayuno de quinientos francos; el terrible gato tuerto del cuento de Poe, Plutón, y el también tuerto Wotan, de Kraft, en *Maurice Guest*; el sabio Calvin, del señor Warner, y Tom Quartz, de Mark Twain, muy dotado para la minería; los gatos de Agnes Repplier, Agrippina y Lux; el gato psíquico de John Silence, Smoke, que amaba restregarse contra las piernas de los espíritus; Fanchette, la gata huérfana de Claudine; Apollyon, el gato escatológico del doctor Nicola, que estaba al tanto de los misterios de la cartomancia; la Willamina de Dickens, llamada William en un comienzo; Rumpel, de Southey, “el más noble archiduque Rumpelstiltzchen, Marcus Macbum, conde Tomlefnagne, barón Raticida, Waowhler y Scratch”; el gato rojo y gris de Chateaubriand, Micetto, regalo de un papa; la gata de Tom Hood, Tabitha Longclaws Tiddleywink, y sus

tres gatitos, Peppernot, Scratchaway y Sootikins; el gato negro de fray Inocencio, llamado Timoteo “por la razón de que es un nombre apropiado para un gato y además en burlona reprobación de ese cismático monofisita de Egipto que en el siglo v usurpó el patriarcado y era popularmente conocido como Timoteo el Gato”, y que más tarde se llamó Susurro; el gato vudú de Sandy Jenkins, Mesmerizer; Madame Theophile, una de las muchas gatas de Théophile Gautier, que hallaba deleite en los perfumes y la música, en los chales de la India que venían en cajas de sándalo, en los tenues y aromáticos olores de Oriente; Chanoine, de Victor Hugo, y Hinse of Hinsefield, de sir Walter Scott; Moumoutte Blanche y Moumoutte Chinoise, de Pierre Loti; el malvado Rutterkin y sus emanaciones mefíticas, y la gata egipcia de Rosamund Marriot Watson, deseada por Arsínoe: “Una leona diminuta, de dulzura exquisita. Sus ojos grises como el mar. Y esas patas como algodones al caminar”.



Y prosigue la marcha solemne: “Los gatos prudentes, los gatos callados / paseando su belleza, su gracia y su misterio”, las serpientes con pelo, como también se los ha llamado; esas “Venus de ojos verdes”, “el animal de casa”, “la esfinge de la chimenea”, “el comedor de ratas”, “el enemigo de los roedores”, “la pantera del hogar”, gatos “con nombres obsoletos y otros no, como Tom, Tiberio, Rogelio, Rutterkin o Puss”; gatos calumniosos, adeptos al *faux pas*, cuya reputación liquidan con sus garras asesinas; gatos chillones y buenos para la camorra; gatos de cruza que solo desean tener algo que morder; gatos circunspectos de triste semblante puritano y gatas sabihondas que vuelven locos a sus maridos; gatos inciviles que nunca se

cortan las uñas; gatos chismosos, llenos de cuentos de Canterbury; grandes damas gatas vejadas por el catarro y el asma, y gatos supersticiosos que maldicen a las estrellas.

1 La teoría de la secta estadounidense de los *shakers* de que las funciones del sexo “pertenecen a un estado de naturaleza y son inconsistentes con el estado de gracia” no la respalda el gato.

2 Charles Henry Lane (1903), en *Rabbits, Cats and Cavies*. El gato se llamaba Puddles. “Solía salir a pescar conmigo todas las noches –relata el pescador–. En las noches frías se me sentaba en el regazo y asomaba la cabeza de vez en cuando, o bien yo lo envolvía en una lona y hacía que se quedara quieto. Se me tumbaba encima mientras yo dormía, y si alguien se acercaba maldecía una buena y los enfrentaba; nunca tocaba un pescado, ni siquiera la más diminuta víscera, si no se lo dabas. Me veía obligado a llevarlo a pescar o de lo contrario se paraba y aullaba y maullaba hasta que yo volvía. Lo subía al queche y lo dejaba dentro del bote; entonces se ponía contento. Cuando hacía buen tiempo solía asaltar la proa y sentarse a observar los tollos, que pasaban por miles, y se zambullía y los sacaba sujetándolos firmes entre los dientes como si fueran ratas, y no temblaba con el frío ni la mitad de lo que lo hacía un perro terranova acostumbrado al mal clima. Tenía un aspecto horriblemente salvaje cuando salía del agua con un tollo. Yo mismo le enseñé a entrar en el agua. Un día, cuando era cría, lo llevé hasta el mar para lavarlo y sacarle las pulgas, y en una semana podía nadar tras una pluma o un corcho”.

3 Al gato negro, que lo tiene en mente, el gato chinchilla le da el siguiente consejo en las *Novel Notes* de Jerome: “Trata de mojarte un poco. Por qué la gente prefiere un gato mojado a uno seco nunca he sido capaz de entenderlo, pero es un hecho que a un gato mojado se le dará cobijo y se le hablará efusivamente, mientras que a un gato seco puede que le apunten la manguera del jardín. Además, si puedes manejarlo y te lo ofrecen, come un pedazo de pan seco. La raza humana siempre se conmueve hasta lo más hondo ante la visión de un gato que come un mendrugo”.

4 Mary Augusta “May” Yohe (1866-1938) fue una exitosa actriz estadounidense de vodevil. Se casó varias veces, siempre con hombres vistosos pero con tendencia a la bancarrota, y murió pobre [NdT].

5 Cuando Pío IX se sentaba a la mesa, su gato entraba junto con la sopa, se montaba en una silla frente a él y sin hablar, decorosamente, observaba hasta que el pontífice terminaba de comer. Entonces recibía su comida de las manos de su amo y se retiraba hasta la misma hora del día siguiente. Su muerte alarmó al palacio, pues se pensó que la pérdida de su viejo compañero de mesa llenaría de dolor a Su Santidad, pero a este “no pareció importarle ni una pizca más que la muerte de su secretario, el cardenal Antonelli”. En cuanto a la debilidad de Richelieu por los gatitos, se ha dado por supuesta y se afirma como un hecho en la mayoría de los libros sobre gatos. Solo Champfleury pone en duda el asunto, en una nota al pie: “Es sorprendente que Moncrif, quien a pesar de su tono burlón hizo extensas investigaciones sobre el tema, no haya dicho una palabra sobre el amor de Richelieu por esos animales. ¿Puede ser que esta peculiaridad, atribuida a un gran personaje político, sea solo una leyenda? ‘Todos saben –dice Moncrif– que uno de los grandes ministros que ha tenido Francia, Colbert, siempre tenía varios gatitos jugando en torno del mismo escritorio en que tantas instituciones útiles y honorables para la nación tuvieron su origen’”. Y Alexandre Landrin escribe: “Con Richelieu, el gusto por los gatos era ya manía; cuando se levantaba por la mañana y cuando se iba a la cama por la noche estaba siempre rodeado por una docena, y jugaba con ellos, deleitándose con sus saltos y jugueteos. Tenía uno de sus despachos acondicionado como refugio para gatos, y encomendó su supervisión a gente conocida. Abel y Teyssandier iban mañanas y tardes a alimentar a los gatos con patés preparados con blanca carne de pollo. A su muerte dejó una pensión a sus gatos y para Abel y Teyssandier, de manera que continuaran cuidando a sus catorce protegidos: Mounard le Fougueux, Soumise, Serpolet, Gazette, Ludovic le Cruel, Mimie Piaillon, Felimare, Lucifer,

Lodoïska, Rubis sur l’Ongle, Pyrame, Thisbé, Racan y Perruque. Estos dos últimos recibieron su nombre por haber nacido en la peluca de Racan, el académico”.
Dice Gaston Percheron: “La historia registra que Richelieu acariciaba con una mano a una familia de gatos que jugaba en sus rodillas mientras con la otra firmaba la orden de ejecución del marqués de Cinq-Mars”.

6 También Anatole France tenía un Amílcar. A su muerte lo sucedió Pascal, bautizado así por la cocinera de France después de que esta oyera una conversación en la mesa sobre el filósofo. Pascal era un gato callejero que entró por casualidad, le gustó la “ciudad de los libros” y decidió quedarse.

2

SOBRE SUS RASGOS

Ahora que he convencido al lector de que los gatos tienen carácter, es momento de afirmar con la misma contundencia que tienen características distintivas. Ningún amante de los gatos estaría dispuesto a negar esta verdad, puesto que son sus características lo que nos hace amarlos. Muchos de estos rasgos nacen de hábitos ferales, de cientos y hasta miles de años de antigüedad. El perro es un animal que en estado salvaje se desplaza en jaurías y sigue a su líder en las expediciones de caza; domesticado, transfiere esta lealtad desde su líder a su amo, porque el humano es literalmente el amo del perro, como lo es del caballo y del asno, y como lo ha sido del sirviente de la casa. En cambio el gato en estado salvaje cazaba y vivía solo, y hoy conserva esos hábitos independientes. Obsérvese, por ejemplo, a un perro comiendo: si una persona u otro perro se le acerca, va a gruñir; tiene por instinto una memoria que lo impulsa a pelear por el mejor bocado, y es ese instinto lo que lo lleva a devorar sus viandas antes de que se las quiten. Un gato por lo general no muestra esa agitación. Acostumbrado a comer tranquilo y en soledad cuando era fiera, el gato domesticado suele alimentarse despacio y con decoro, sin ningún temor instintivo a que le roben la comida.

Del mismo modo, la preocupación por sí mismo es sumamente identificable con una reminiscencia de su vida en el bosque y en los llanos. El gato no persigue a su presa como lo hace el perro; es capaz de correr velozmente distancias cortas, pero correr no es su especialidad. Más bien se tumba a la espera de su presa y se abalanza sobre ella de sopetón. Ahora bien, algunos de los animales más estimados por el gato, gastronómicamente hablando, en particular el ratón, tienen un sentido del

olfato más desarrollado que su enemigo, por eso es que el buen gato ratonero se lava y se vuelve a lavar hasta la última mota, tanto el pelaje como los bigotes: para estar desprovisto de olor.

“El amor por la etiqueta es muy marcado en este animal fascinante –escribió Champfleury–; se siente orgulloso del lustre de su pelaje y no puede soportar que un solo pelo esté fuera de lugar. Cuando ha comido, pasa la lengua varias veces por ambos lados del hocico y por sus bigotes con el fin de limpiarlos minuciosamente; mantiene su pelaje impecable con una lengua espinosa que cumple la función de una almohaza; y aunque a pesar de su ductilidad le es difícil alcanzar la parte alta de la cabeza con la lengua, usa una pata humedecida con saliva para pulir esa parte”. Hippolyte Taine ha escrito una encantadora descripción de esta operación:

Su lengua es esponja, cepillo, toalla y almohaza

Y bien que sabe usarla
Mi pobre trapo, más pequeño que un pulgar.

Su nariz toca la espalda, las patas traseras
Cada trozo de piel rastrilla, escarba y allana
¿Acaso ha hecho más Goethe, podría hacer más Voltaire?

Louis Robinson, en *Wild Traits in Tame Animals*, propone una teoría interesante y creíble según la cual la coloración del gato y su hábito de sisear o de bufar corresponden a mimetismos protectores. El enemigo más agresivo del gato en estado salvaje es el águila. Ahora se sabe que todos los animales (¡excepto quizás el gato!) temen a las serpientes. La coloración más común entre los felinos es la atigrada. Pues bien, si usted observa a un gato atigrado durmiendo, enrollado, la cabeza en el centro del espiral, notará su gran parecido con una serpiente enroscada, un parecido suficiente para engañar a un águila en vuelo. Y suponga que una gata ha escondido sus crías en un árbol hueco; si se aproxima el enemigo comienza a escupir y esta acción emite un sonido muy parecido al siseo de una serpiente. Ningún zorro va a pegar la nariz contra el oscuro hueco de un árbol si oye un siseo venir del interior.

El gato es anarquista, mientras que el perro es socialista. Es un anarquista aristocrático y tiránico, además. “Cruel, pero sereno y templado. Mudo, inescrutable y espléndido. De esta guisa habría sido Tiberio, si Tiberio hubiese sido un gato”, escribió Matthew Arnold en un momento de inspiración. Prefiere texturas delicadas, alimentos sofisticados y todo lo de mejor clase.[7]

> Hay que decir que si el gato tiene un lugar prominente en la casa no es solo por sus gracias de niño malcriado, sus carantoñas encantadoras y el seductor abandono de su indolencia; más que nada es porque exige mucho. Tiene una personalidad fuerte, y sus despertares y sus deseos son impacientes. Se niega a esperar. En esa grácil suavidad hay insistencia y don de mando. Nos defendemos en vano, él es el amo y nosotros su escudo.

Así habla madame Michelet, a quien su marido, el buen Jules, una vez

replicó al alarde de que ella había tenido un centenar de gatos: “¡Más bien has tenido cien dueños en forma de gatos!”.

Alguien en *The Spectator* describe un caso típico:

> Hemos visto una gata atigrada de hocico negro que por su insolencia fría, calculada y sin embargo perfectamente educada podría haber dado lecciones a una despreciable duquesa viuda cuya nuera no fuera “uno de los nuestros”. De haber sido un hombre, la grosería desalmada y deliberada de esa gata habría justificado propinarle un tiro al instante. Los cortesanos en el palacio más servil de todo Oriente se rebelarían si recibieran el trato que ella infligía todos los días a quienes tenía a sus pies. Después de que un devoto admirador la buscara sin aliento y sin sombrero por los vastos jardines bajo un sol abrasador, no fuera a ser que la minina se perdiera la hora de comer, y de que la llevara en brazos al comedor, en lugar de mostrar gratitud y correr con alegría al plato preparado para ella se sentó erguida en el otro extremo de la habitación, contemplando la escena con indisimulado desprecio, los ojos entrecerrados con arrogancia y apenas un punto de la lengua roja sobresaliendo entre los dientes. Si la escena no hubiese estado tan bien ejecutada habría sido sencillamente vulgar; pero, así como fue, contó como la más innoble manifestación de brutalidad aristocrática imaginable. Con los comensales completamente desconcertados y mortificados por esta monstruosa exhibición de villanía, la gata en cuestión lentamente se sentó en dos pies y, clavando bien las garras en la alfombra, se estiró y balanceó bostezando al mismo tiempo con desdeñosa autosatisfacción. Después procedió a avanzar por la ruta más tortuosa disponible hacia el plato puesto frente a ella, por supuesto con la intención de dejar bien en claro que su presencia bajo el aparador se debía únicamente a su destreza y premeditación, y que ella en ningún sentido consideraba que tenía obligaciones con nadie.

El gato es el único animal que vive con los humanos en términos de igualdad, si no de superioridad. Se domestica a sí mismo si quiere, pero bajo sus propias condiciones, y nunca renuncia del todo a su libertad, sin importar cuán estrechamente esté confinado. Preserva su independencia en esta lucha desigual incluso a costa de su propia vida. Un gato común y corriente, aunque viva en un hogar humano y esté en los mejores términos con la familia, frecuenta los tejados y las cornisas, es el cabecilla en grescas importantes, abunda en romances y, en suma, se comporta fuera de casa exactamente como lo haría en estado salvaje. De hecho, cuando es abandonado a sus propios recursos, como ocurre no pocas veces tanto en la ciudad como en el campo, es del todo capaz de cuidarse solo y de ajustarse a las nuevas condiciones de vida sin un momento de duda. Esta característica la ha ilustrado admirablemente Charles G.D. Roberts en un relato basado en un hecho real (“How a cat played Robinson Crusoe”, en *Neighbours Unknown*). Un perro en la misma situación estaría indefenso; el perro, en realidad, al someterse a la esclavitud ha perdido por completo la facultad de cuidarse a sí mismo.

Booth Tarkington se ha divertido pintando en *Penrod and Sam* el cuadro de un gato así, una prodigiosa bestia larguirucha que
abandona las comodidades de una vida junto a la chimenea y el afecto de una niña por los placeres de la caza y la vida salvaje. Había sido un gatito gordinflón y salpimentado cuyo nombre, Gipsy, le vendría de perillas en esta segunda parte de su carrera. Ya en su juventud comenzó este camino hacia la disipación y se acostumbró a unirse a los gatos callejeros en sus bartoleos nocturnos. El gusto por una vida disoluta aumentó con la edad y una noche, llevándose consigo el bife de la cena, se unió definitivamente a los bajos fondos.

> Su extraordinario tamaño, su osadía y su absoluta falta de simpatía pronto lo convirtieron en el líder –y el terror– de todos los gatos sueltos del barrio. No hacía amigos y no tenía confidentes. La policía lo buscaba sin éxito, pues rara vez dormía en el mismo lugar dos veces seguidas. En apariencia no le faltaba distinción, del tipo despreciable; el lento, rítmico y perfectamente controlado vaivén de su cola al caminar le confería un aire incomparablemente siniestro. El paso señorial y peligroso, los bigotes largos y brillantes, las cicatrices, el ojo amarillo, frío como el hielo, ardiente como el fuego, altanero como el ojo de Satán, todo hacía pensar en un mosquetero letal que te retara a duelo. Su alma se manifestaba en ese ojo y ese caminar: el alma de un bravo de la fortuna, uno que vivía de su ingenio y su valor, sin compasión y sin pedir a nadie ningún favor. Intolerante, orgulloso, hosco, pero vigilante y en constante planificación –un militarista, partidario de la matanza como religión y confiado de que el arte, la ciencia, la poesía y toda la bondad del mundo se obtendrían de ese modo–, Gipsy, aunque técnicamente no era un gato salvaje, se había convertido en el gato más indómito del mundo civilizado.

El gato, cuyo retrato pinta Tarkington en estos trazos brillantes, descubre el espinazo de un pescado blanco de kilo y medio a pocos centímetros de la nariz del viejo perro de Penrod, Duke, y Duke despierta ante el aterrador espectáculo del felino sosteniendo el espinazo en la quijada de un modo que producía espanto. “De un lado de su feroz cabeza, y mezclándose con los bigotes, se proyectaba el largo esqueleto hacia el otro lado, donde colgaba la cola del pez, y el efecto ya notable se disparaba hacia lo intolerable con el resplandor de esos ojos amarillos. Ante la mirada de Duke, todavía borrosa por el sueño, esa monstruosidad era una sola pieza”. El perro emitió un alarido de terror, Gipsy también hizo sonar su grito de guerra, que sonó como “el diapasón subterráneo de una demoníaca viola da gamba”, y la masacre comenzó. Enseguida, “sin soltar el espinazo ni por un instante, el gato echó las orejas atrás de un modo escalofriante y comenzó a encogerse como un acordeón, elevando el centro del cuerpo hasta que pareció estar imitando a esa pacífica bestia que es el dromedario. Tras haber alcanzado la mayor altura posible alzó la pata derecha a la manera de un semáforo. Esta pata semáforo permaneció rígida por un segundo, amenazante; luego vibró

con una rapidez inconcebible. Era solo un amague, pues fue la traicionera garra izquierda la que realmente hizo daño. Dio a Duke tres palmaditas relámpago sobre la oreja, y el sonido de la garganta del perro anunció que no se trataba de golpecitos cariñosos. Gritó: ‘¡ayuda!’ y ‘¡asesinato sangriento!’… En cuanto a Gipsy, poseía un vocabulario soez ciertamente insuperable fuera de Italia…”. De inmediato, esta vez con la pata derecha, sacó sangre de la nariz de Duke, pero ante la cercanía de Penrod estimó oportuno retirarse, no por miedo, explica Tarkington, sino probablemente porque no podía bufar sin soltar el espinazo y, “como sabe todo gato con la más mínima pretensión de dominar la técnica, no se puede atacar ni producir un buen efecto si no se abre la boca a su máxima capacidad para dejar expuesto el tubo digestivo”.

Gipsy no debe considerarse una excepción en el mundo felino. El gato es el único animal sin medios de sustento establecidos que todavía se las arregla de lo más bien en la ciudad. No quiero decir que todos lo hagan. Tanto en la ciudad como en el campo están a merced de un gran número de enemigos, agresivos o accidentales.[8] El niño malvado, el automóvil, el perro, el tranvía y la trampa de conejos acaban con muchos gatitos superfluos, pero es igualmente cierto que la cantidad de gatos que viven una existencia salvaje, sin protección de ningún tipo, es muy grande. Algunos machos se vuelven enormes, gordos y lustrosos; viven del contenido de los tachos de basura de la calle y ocasionalmente roban comida buena a través de una ventana abierta, o atrapan ratones en bodegas y gorriones en los parques. Las hembras también se las arreglan de alguna manera, no solo para cuidar de sí mismas sino para criar a sus familias. El agua limpia es difícil de encontrar a veces, pero los gatos pueden vivir varios días sin agua: su sangre se espesa automáticamente. Una tarde de domingo muy calurosa en pleno verano, subiendo por la Quinta Avenida observé a un atigrado grande, de color naranja, frotándose contra un grifo y maullando. Me detuve a hablar con él, como es mi costumbre, y se acercó un policía irlandés. “Creo que quiere un trago –sugirió este brillante oficial–. Se ha dado cuenta de que a veces sale agua de este grifo”. “Tiene usted razón –respondí–. Démosle pues un trago”. Un gato no va a hacer una excursión solamente porque un hombre quiera compañía; caminar es un hábito humano al que los perros se suman con facilidad pero que el gato considera una forma de ejercitarse de muy mal gusto, a menos que tenga un propósito

en mente. Y así fue en este caso. Tanto el policía como yo éramos unos completos extraños para el gato sediento, y sin embargo cuando sugerimos darle un poco de agua caminó tranquilamente detrás de nosotros por la Quinta Avenida. “Creo que Page and Shaw’s está abierto”, dijo el policía. Page and Shaw’s estaba a tres cuadras del grifo, pero el animal nos seguía pegado a los talones. Al llegar le pedí –al gato– que se sentara un momento; el policía entró y volvió a aparecer con un vaso de papel lleno de agua. Nuestro compañero bebió hasta la última gota y luego pidió más. Se le dio otro vaso. Entonces, como ya no le servíamos para algún otro propósito, partió al trote, sin una palabra ni un gesto de despedida.

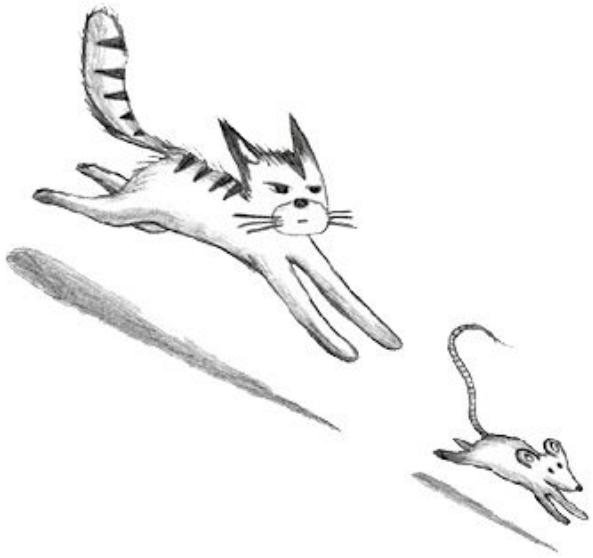
Un ingenioso amigo de Louis Robinson le insinuó que los gatos posiblemente piensen en los humanos como “una especie de árbol portátil, agradable para frotarse contra él, con ramas inferiores que ofrecen un asiento confortable y otras ramas altas de las que a veces caen trozos de cordero y otros frutos deliciosos”. Hay una buena cantidad de cosas que decir acerca de esta teoría. Aunque se sabe de gatos que han mostrado el afecto más cabal, la mayoría cumple con unos saludos muy amistosos por la mañana y poco más, e incluso hay cierta reserva en estas atenciones, la que aumenta con el paso de las horas. Nada del lengüeteo excesivo tan del gusto de los caninos. Los gatos solo dan amor a quien lo ha merecido, además de aquellas ocasiones en que, por perversidad pura, molestan a un ailurofóbico con sus atenciones. Devolver bien por mal no existe en los mandamientos del gato. Pueden volcarse en un afecto muy profundo y hermoso hacia una persona que merezca su amistad, pero es un proceso que crece lento y que puede interrumpirse en cualquier momento. No tolerarán que los manipulen con brusquedad, ni los golpes ni las burlas. No soportan que se rían de ellos. Quien busca el cariño de un gato debe proceder con cuidado y con el tiempo es posible que reciba algunos de los beneficios de su esmero, pero si ofende a tan sensible criatura todo el trabajo del pasado se habrá deshecho. Los gatos rara vez cometen errores, y nunca el mismo error dos veces. ¡Qué estúpido deben de encontrar a un ser humano que constantemente tropieza con la misma piedra!

Como ya es proverbial, se los puede engañar pero solo una vez en la vida. O, más bien, el celebrado asunto del gato y las castañas es la única ocasión, histórica o fabulosa, en la que se ha engañado a uno de su especie. Louis de Grammont describe un incidente típico sobre este instinto: en cierta casa,

donde se usaba gas para cocinar, había una gata con dos hijitos a medio criar. A la hora de la cena estos niños, muy malcriados, tenían la costumbre de saltar a la mesa y zamparse lo que pudieran. Un día, mientras la sirvienta depositaba sobre la mesa unas costillas de carne hubo una pérdida de gas por un descuido de la cocinera y se produjo una pequeña explosión en la cocina. Nadie resultó herido y todos volvieron a sus puestos, excepto los gatitos, que, muy asustados, habían desaparecido. Y no volvieron en varios días. Luego el miedo se disipó y retomaron sus antiguas costumbres. Pero, algunas semanas después, cuando la empleada nuevamente sirvió costillas, ¡los gatos huyeron a perderse!

Acerca de la crueldad gatuna, es cierto que estos animales pueden ser, y la mayoría lo es, muy crueles, pero pienso que es injustificable la hipótesis de George J. Romane de que torturan a los ratones simplemente por el placer de verlos sufrir. Y no digo que a veces no sea cierto. La notable gata del reverendo J.G. Wood, Pret, tenía la costumbre de arrastrar un tembloroso y aterrado ratón bastante vivo a la parte superior de la casa de cinco pisos donde residía, y luego lo dejaba caer por el hueco de la escalera de caracol mientras observaba con ojos ávidos el desenlace desde la barandilla. En su favor debo decir que para mantener en forma los hábitos de caza se requiere de cierta práctica, y la práctica con un animal vivo es mucho mejor que con una pelota o un pedazo de papel arrugado, que son las herramientas con que las crías toman sus primeras lecciones de ataque por sorpresa.[9] Es sabido que algunas gatas guardan animalejos levemente heridos como reservas de caza y se los lanzan a sus crías para que jueguen. Pero este instinto sádico también lo tienen ciertos humanos cazadores de gatos que se entregan a masacres innecesarias. También ocurre que algunos gatos llevan su amor por la caza de vida silvestre mucho más allá de lo prudente; y ¿por qué, en el nombre de todo lo que es justo, no deberían hacerlo? Hay quienes protestan contra el instinto asesino de los gatos y no ven el mal en conducir a mansos terneros y corderitos al sacrificio, gente que disfruta de sus langostas sin pensar que se las ha cocinado vivas, que usa en sus coloridos sombreros penachos de aves arrancados del pecho de los pájaros en sus propios nidos, gente que embute una parva de pollitos en una jaula y envía reses vivas en largos y nauseabundos viajes por el océano, tan juntas una de la otra que apenas pueden echarse en el suelo. Gente que disfruta la temporada del zorro saliendo a cazar tres veces por semana objeta que un

gato torture a un ratón. (Pero no ve ningún mal en que a los perros se les enseñe a cazar. El crimen del gato es que caza para sí mismo y no para el humano). ¡Hasta dueños de fábricas que se valen del trabajo infantil y críticos teatrales me han dicho que los gatos son crueles!



Recordemos que el gato, al igual que el ser humano, es un animal carnívoro. Y lo es en mayor grado, pues un gato saludable debe alimentarse de animales, mientras que un hombre saludable (véase George Bernard Shaw) puede subsistir con una dieta de frutas y nueces. Solo está siguiendo su instinto al matar pájaros y ratones, y cuando somete a sus presas a cierto grado de tortura lo que está haciendo es simplemente mantenerse en forma. “¿Pero los gatos se parecen a los tigres? ¿Son tigres en miniatura? Bueno, son unas muy lindas miniaturas –escribe Leigh Hunt–. ¿Y qué ha hecho el tigre que no tiene ya derecho a tragar su cena, como Jones?... Prive a Jones de su cena por un día o dos y vea en qué estado lo encuentra”. Naturalmente, se puede poner un cascabel al gato, y me refiero a atarle al cuello una campanilla ruidosa; entonces, cuando corra o salte de golpe el cascabel advertirá al pájaro que vuele y se aleje. Por desgracia para el éxito de esta estratagema, un gato inteligente que sea a la vez un obstinado cazador pronto aprenderá a sostener el cascabel bajo la barbilla de tal manera que no suene.

Los gatos son camorristas natos, pero sus peleas se parecen en una cosa a los torneos de caballería o las riñas de los apaches de París: siempre el

motivo es un lío de faldas. Porque el gato es un gran amante. Difícilmente podría sobreestimarse la dosis de instinto amoroso en un macho adulto saludable, y cualquier intento de refrenarlo, aparte de la castración, se verá frustrado. Como ha dicho Remy de Gourmont, en el reino animal la castidad es un ideal quijotesco por el que solo el humano se esfuerza. Es imposible mantener confinado ni siquiera a un sedoso angora cuyos antepasados hayan sido animales domésticos, a menos que se lo haya castrado. Cualquiera que lo intente, después de una semana o algo así, estará encantado de permitir que el gato siga su camino.[10] Pero se ha hecho costumbre –excepto para quienes conservan a los reyes con fines de reproducción– operar a los machos de modo que se convierten en animales enormes, perezosos y afectivos, que duermen mucho, comen mucho y resultan pintorescos pero no muy activos. Estos machos alterados suelen ser los favoritos como mascotas. Yo, en cambio, estoy más interesado en aquellos que conservan su fervor natural.

Las hembras pelean de vez en cuando, en especial para proteger a sus crías y cuando están en estro o "llamando" (así se ha denominado poética y literariamente esta fase marcada por suaves arrullos amorosos, casi como los tiernos suspiros de un amante del siglo XVIII);[11] con un descaro nacido del deseo muerden a los machos en el cuello, generalmente con resultados satisfactorios.

Los machos son luchadores formidables, tanto con su propia especie como con otros animales. Por lo general no se enfrentan con perros a menos que se los arrincone en una esquina, pero hay gatos conocidos por atacarlos sin razón aparente. Muy eficaces en la guerra son sus afiladas garras y flexibles articulaciones, mantenidas en forma por el contacto constante con un árbol o una silla o una mesa o una alfombra donde clavan las zarpas, se estiran y elongan a diario, y esa eficacia se ve incrementada por unas mandíbulas poderosas y unos dientes afilados. Es costumbre en el gato echarse de espaldas cuando pelea, si le es posible, pues de ese modo planta cara con sus mejores talentos y a la vez se protege la columna, que es su punto más vulnerable. Cuando ataca a un perro, suele saltarle sobre el lomo y es capaz de aferrarse y al mismo tiempo desgarrar la cabeza y los ojos de su contrincante. La naturaleza, irónica como de costumbre, permite al águila proceder de la misma manera con el gato. De las más sangrientas refriegas los gatos a menudo salen indemnes, salvo por una oreja rajada o

una herida en la cola, pues su pelaje es una capa gruesa y suelta al punto de que pueden tironearla casi hasta la mitad del cuerpo sin desgarrarla. La flexibilidad de la cabeza, por su parte, si bien no alcanza el extremo del búho permite movimientos laterales muy considerables.

Cuando un gato está luchando o en peligro emite los más espeluznantes aullidos; no son llamados de ayuda y por qué lo hace es un misterio, pues en las refriegas entre animales en estado salvaje está solo y en ningún caso puede esperar ayuda de su especie. Perfectamente pueden ser gritos de guerra, para mantener la moral en alto, como hace la división de pífanos y tambores del ejército. Cuando lo golpean o maltratan, en cambio, nunca grita, aunque puede gruñir o bufar.

> Los gatos le temen horriblemente a la muerte –escribe Andrew Lang–. Yo tenía un gato viejo y ruin, Gyp, que acostumbraba a abrir la puerta del armario y comer todas las galletas que pudiera. Sufrió un ataque, una parálisis, y pensó que iba a morir. Estaba aterrado: el señor Horace Hutchinson lo observó y dijo que el gato albergaba claras aprensiones de tipo calvinista sobre su recompensa en el otro mundo. Gyp recibió cuidados y recuperó la salud, como pudimos comprobar al divisarlo en el techo de una caseta con un pollo frío en su poder. Nada podría ser más humano.

Se ha dicho que el gato es un ladrón. Y es cierto que no siente respeto alguno por la propiedad ajena, aunque se le puede enseñar a mantenerse fuera de la mesa del comedor mientras haya alguien allí.

Es más fácil enseñarle a no hacer ciertas cosas que a hacerlas. Cuando se le

deja solo, sin embargo, es mejor poner bajo llave el pescado y la crema. Hay refranes sobre ello, y no se equivocan. Mi Ariel acostumbraba a esconder carretes de hilo, llaves, bolígrafos, lápices y tijeras bajo la alfombra. No veía motivos para no hacerse del botín, tal como los conquistadores de América no vieron razones para no convertir los bienes de los aborígenes en propiedad suya. Estos primeros colonos consideraban a los indios como seres inferiores sin derechos; el gato tiene la misma opinión sobre los seres humanos.

Pero Walt Whitman se equivocaba cuando dijo de los animales que “ninguno sufre esa manía de poseer cosas”. Los gatos tienen un sentido muy definido del derecho de propiedad tratándose de sus propios bienes, aunque los protegen ellos mismos, nunca llaman a la policía o la milicia. La evidencia de este rasgo es muy fácil de observar. Todos los gatos lo entienden en profundidad, tan en profundidad que solo un gato muy hambriento o muy atrevido intentará introducirse a través de la puerta abierta en la casa de otro. Si lo hace, procede con la mayor cautela, y si llega demasiado lejos habrá una escaramuza.

Estas escenas suelen ser muy cómicas. El señor de la casa se agacha casi hasta pegarse al suelo mientras registra cada movimiento del intruso y su pelaje comienza a erizarse. El extraño entra dando rodeos y aparentando no ser consciente de la presencia del otro. Por lo general bastan unos bufidos y unos pasos de advertencia para asustar al entrometido e invitarlo a retirarse por donde vino. Sin embargo, hay gatos con instintos caritativos que llegan a casa con compañía e invitan a los callejeros a compartir su comida. Ya he mencionado a uno de los gatos de Gautier, Gavroche. Y me han contado de un gato vagabundo, alimentado una vez en una casa de campo, que regresó al día siguiente ¡con veintinueve de sus amigos! Pero ese interés por los forasteros es poco frecuente en los felinos; se les ha acostumbrado a reinar sobre su territorio de caza en solitario y ese instinto salvaje sobrevive.

Los gatos persas lo tienen. No hace mucho traje a casa un gatito naranja muy suave y gentil, un modelo en miniatura de gracia y virtud. La molestia y el enojo de mi Feathers, la reina de la casa, no tardaron en hacerse notar. Un perro casi siempre mostrará signos de celos ante un recién llegado, pero esta emoción era rotundamente ira. Le producía ira que alguien pudiera quizás atreverse a usurpar una parte de su vida, a compartir su comida, posarse en sus cojines, tumbarse en sus rincones bajo el sol.[12] Así, con esa

paciencia persistente que es tan eficaz como los métodos más inquisitivos, Feathers se dispuso a convencerme de que el proyecto de convivencia era imposible. Durante tres días le hizo la vida imposible al gatito. Si este trataba de dormir, Feathers le mordía la cola; si estaba despierto, le clavaba los ojos de un modo desconcertante antes de saltar sobre su espalda y aterrizar al otro lado, un procedimiento aterrador al que añadía un gruñido y un bufido calculados para producir un escalofrío hasta en la más robusta espina dorsal. Seguía al gatito de habitación en habitación, sin permitirle un segundo de calma o un punto de apoyo en todo el departamento. Es más, su relación conmigo se vio alterada por completo. Ella, que solía ser una gata amable, durante la breve estadía del gatito nunca me permitió alzarla en brazos o hacerle mimos de ninguna manera. Mordió, rasguñó, arqueó la espalda y erizó el pelaje; no pude acercarme a ella en esos tres días sin que me bufara. Como no se me antojaba llevar una vida salvaje en el hogar me rendí ante lo inevitable y me llevé al gatito lejos. De inmediato Feathers se volvió un ser delicioso, toda sonrisas y caricias.

Esta cualidad en los gatos, esta potencialidad incesante de un retorno a la condición salvaje, es muy desconcertante para aquellos que no los comprenden ni son sensibles a sus encantos. Suelen confundirla con “mal carácter”, y de ello deriva la leyenda de que “no se puede confiar en los gatos”. En realidad, no existe otro animal que reaccione con mayor regularidad a ciertos fenómenos. Un gato bien tratado nunca rasguñará a un amigo, excepto por accidente mientras juegan, o bajo la tensión nerviosa de un insulto supremo, por lo que un amigo nunca debería insultar a un gato.

Aprecia mucho su casa y los alrededores, los observa con orgullo y deleite. ¿Cómo se tomaría usted que llegara de pronto un extraño de cualquier sexo a su vivienda, con quien tuviera que compartir comida y cama? ¿Piensa que no es razonable para un gato protestar contra semejante ataque a la libertad personal? A usted no le agradaría; tampoco al gato. Pero como es un ser más independiente, más asertivo, más amante de la libertad que el pusilánime, cobarde y furtivo animal humano, se niega de frente a tolerar intromisiones en su individualidad. Un hombre habría aguantado los inconvenientes; de hecho, a menudo lo hace.

Esta personalidad dual, sus luces y sombras, explican en buena medida la formidable fascinación que produce. Siempre existe la posibilidad de una regresión; la visión de una mosca o una cucaracha, una rata o ratón, otro

gato o un perro, puede hacer de un animal domesticado una bestia salvaje en un cuarto de segundo. Más aun, si la naturaleza y el destino así lo disponen, es totalmente posible para el gato vivir en cualquiera de ambos estados por periodos prolongados. Y siempre se ha de tener en cuenta que las relaciones de un gato con un humano, a quien por lo general considerará con cierto divertido desprecio, transcurren en un plano muy diferente de sus relaciones con todos los demás animales.

El amor del gato por el hogar es una exageración propagada por ese tipo de personas poco inteligentes que constantemente hacen observaciones acerca de un animal que ni la persona más brillante osa comprender del todo. Este afecto por el territorio se considera un rasgo prestigioso, moral y satisfactorio cuando se trata del humano, especialmente cuando toma la forma del patriotismo. Pero cuando es el gato el que ama su casa, el pueblo lo mira con horror. La cuestión ha escalado al ámbito internacional e invariablemente se presenta como un subtema en cualquier conversación profana sobre gatos. “Pero el hogar –dice madame Michelet– suele ser más bien un conjunto de objetos que tienen relación con las costumbres, que incluso son uno mismo… El gato es esencialmente conservador. Sin embargo, se aferra menos a las paredes de la casa que a cierta disposición de los objetos, de los muebles, que exhiben más que la casa misma la huella de una personalidad. De modo que lo que es muy antipático para el gato es la fluidez de nuestra vida actual, con su facilidad para los traslados, las

circunstancias cambiantes y los gustos inconstantes”.

El gato piensa que lo que ha sido será. Así como espera por su presa, espera por su dueño. Conoce todas las vías de escape por si hay peligro, escoge una silla favorita para dormir y un rincón familiar para estar al acecho; no cede en estas certezas sin cierta objeción. De hecho, si no ha formado un vínculo con ningún miembro de la familia parece absurdo pedirle que renuncie a estas ventajas. El gato se apega a su amo si este lo acaricia, lo alimenta y lo quiere; pero si se lo ignora le importará más la casa que sus moradores. Por encima de todo debe recordarse que el gato ama el orden.

En *A Story Teller’s Holiday*, George Moore relata cómo, vagando por las ruinas de Dublín después de la rebelión irlandesa, descubrió una pared rota de la que todavía colgaba la repisa de una chimenea.

> Me llegó un lastimero miau, y un hermoso persa negro apareció junto a los restos. Los gatos saben ser muy elocuentes, casi articulados, y este me pidió que le explicara el significado de la escena. Había encontrado su vieja chimenea, le dije, y traté de que se fuera conmigo; pero, aunque contento de verme, no se dejó persuadir y permaneció sobre lo que quedaba de su asiento favorito, donde había pasado tantas horas placenteras. Así, reflexionando sobre su fidelidad y su belleza, continué mi búsqueda entre las ruinas. Encontré gatos por todas partes, todos buscando sus casas perdidas entre las cenizas y todos incapaces de comprender la desgracia que se había abatido sobre ellos. Es cierto que los gatos sufren de una manera imprecisa, pero el sufrimiento no es menor porque sea difuso, y pensé que en las primeras edades del mundo, digamos veinte mil años antes de Pompeya y Herculano, los seres humanos andaban a tientas y sufrían ciegamente buscando sus hogares desaparecidos en medio de terremotos incomprensibles, igual que los gatos de Henry Street. Somos parte de la misma sustancia original, me dije, y de pronto comencé a regocijarme en lo inesperado de la naturaleza y su fecundidad. Nunca es un lugar común, solo tenemos que acudir a ella para ser originales, me dije, mientras regresaba por calles silenciosas. Podría haberme imaginado cualquier cosa, el papel mural, las molduras sobre la chimenea y el reloj francés, pero no a los gatos en busca de su hogar entre las ruinas. Tampoco creo que se le hubiera

ocurrido a Turguéniev, a Balzac menos.

Pero no todos los gatos sienten aversión a moverse y algunos se mudan por voluntad propia, como hizo el caprichoso Zut de Guy Wetmore Carryl, de quien hablaré más adelante. Andrew Lang creía que había una francmasonería, una suerte de rosacruz de los gatos: tan extraños son sus movimientos, tan inexplicables. Es posible que el aburrimiento sea un motivo para la peregrinación.

> La monotonía –escribe Lindsay– como factor de trastorno mental en los animales inferiores está estrechamente asociada a la soledad y el cautiverio. Detestan la vida y las ocupaciones monótonas tanto como los humanos, sufren tanto como ellos por la falta de novedad y variedad, tienen el mismo deseo de diversión, y en muchos de ellos hay una necesidad igual de relajarse y a la vez de sentir entusiasmo y placer. La uniformidad tiene en animales y humanos la misma influencia deprimente, sea de paisajes, del entorno, del aire o de la comida.

Los gatos persas, condenados a pasarse la vida en edificios citadinos, van de uno a otro sin ninguna incomodidad o infelicidad aparente, sin embargo. De vez en cuando un gato que sienta gran pasión por su dueño lo seguirá adonde sea. Pennant registra que el conde de Southampton –el amigo y compañero del conde de Sussex en su insurrección fatal–, confinado en la Torre de Londres, recibió sorprendido la visita de su gato preferido, que se las arregló para llegar a verlo descendiendo por la chimenea de la estancia.

“Los animales son tan buenos amigos porque no hacen preguntas, no presentan quejas”, escribió en alguna parte una poco esclarecida George Eliot. Ciertamente no es el caso de los gatos. Un gatito común y corriente hará más preguntas que un niño de cinco años. Es el más catequista de los animales, con la posible excepción del mono. La curiosidad es uno de sus rasgos predominantes, y el primer deber de un gato que se cambia de casa es explorar cada centímetro cuadrado de sus nuevos dominios; y no solo examina cada rincón del hogar sino que investiga el entorno en varios kilómetros a la redonda. Según Lane, por eso es que puede encontrar el camino de vuelta a casa cuando el paseo ha ido demasiado lejos. Una vez concluida esta ceremonia de iniciación el gato expresa su satisfacción

dando vueltas y más vueltas antes de acomodarse para dormir. Hay quienes creen que si untas las patas de un gato con mantequilla o manteca no escapará de un nuevo hogar, y Ernest Thompson Seton usa esa superstición en su relato “The Slum Cat”. La base de esta creencia popular es sensata: un gato se limpiará de inmediato si le engrasan las patas, y casi siempre después del aseo personal viene una siesta; así, si se puede conseguir que concilie el sueño en cierto lugar casi se puede asegurar que se mostrará satisfecho de su nueva vivienda. La curiosidad, naturalmente, es un instinto propio del estado salvaje en el que la exploración era peligrosa pero necesaria, y se sabe que su costumbre de dar vueltas en círculos y más círculos antes de echarse a dormir es un recuerdo vago de los tiempos en que pisaba la hierba alta en busca de madrigueras. Sin embargo, en un gato la curiosidad va más allá del mero instinto de protección. Ninguna caja, ningún paquete, ni una sola bolsa entra en mi casa sin ser examinada por Feathers, y esa es la norma general. Cualquier gaveta abierta o caja nueva les servirá para dormir la siesta. Pero rara vez aceptarán comer de la mano, y si lo hacen será con gran renuencia, vacilación y tacto: así de preciso es el equilibrio entre la curiosidad y la precaución en la mente felina.

También olfatean los objetos, pero con una vez que lo hagan es suficiente; no volverán para asegurarse de nada. Hay quienes afirman que no tienen muy desarrollado el sentido del olfato;[13] yo pienso que en gran medida lo sustituye un sistema nervioso de alto voltaje, sumado a la vista, el oído y el tacto (tienen predilección por ciertas texturas; les gusta el papel o cosas ásperas que se rasgan con un ruido). Madame Michelet decidió que el sentido del olfato en un gatito pequeño estaba más desarrollado que en el gato adulto; según ella, despertaba a los cachorros solo poniendo un cuenco de leche bajo sus narices, pero el mismo experimento con gatos crecidos no tenía efectos.

Siempre he pensado que no hay nada más efímero que la ciencia; los libros que más pronto van a parar al desván o al basurero son los libros serios. Cuando tienen algún valor artístico –un libro de Nietzsche, por ejemplo– la cosa es distinta, pero los profundos descubrimientos de un profesor o un científico cualquiera son absolutamente inútiles al poco tiempo. Solo sirven como muestra de los singulares flujos y reflujos del pensamiento humano. El primero en admitirlo, en todo caso, es el propio científico, quien te dice que solo debes trabajar a la luz de los “últimos

descubrimientos". Ahora, estos últimos descubrimientos suelen ser ideas robadas de algún filósofo, hechicero o monje del neolítico. Los grimorios medievales probablemente sean minas de oro en bruto de "nuevos pensamientos". La filosofía del siglo XVIII prefigura a Freud; ni siquiera la ciencia cristiana es nueva. El germen de casi todas las ciencias y de la filosofía se puede encontrar en Aristóteles, en Paracelso o en Mesmer. Los alquimistas estaban familiarizados con las leyes que los científicos han descubierto no hace mucho. Se dice que Aristeo, alquimista filosofal, dio a sus discípulos lo que él llamó la llave de oro de la Gran Obra, que tenía el poder de volver todos los metales transparentes, pero que yo sepa nunca se habla de Aristeo como el inventor de los rayos equis. Y son pocos hoy en día los que se atreverían a recrear las proezas de ingeniería de los egipcios.

Las personas que dedican su vida a la ciencia por lo general no tienen sentido del humor. Aun diría más: a menudo son imbéciles. A.G. Mayer, según John Burroughs, ha demostrado de manera concluyente que la polilla de Prometeo no tiene sentido del color. El macho de esta polilla tiene las alas negruzcas y las hembras son de color pardo rojizo. Mayer pegó las alas del macho a la hembra y viceversa para ver qué pasaba, ¡y descubrió que se aparearon igualmente! Bien, el profesor Mayer podría llegar a la misma brillante conclusión si pinta de negro un gato amarillo y de verde una gata blanca; hay una pequeña razón por la que una hembra puede distinguir a un macho, pero a ningún científico se le ocurriría pensar en eso. Por lo tanto, los trabajos científicos deberían considerarse minucias, por lo general, pues es imposible acercarse a la verdad corriendo ciegamente en una dirección, clausurando todas las visiones y los sonidos distractores sin importar el peso que tengan sobre el tema; y en segundo lugar porque la verdad no existe. Cualquier filósofo místico puede *sentir* más de lo que un científico puede llegar a aprender en toda su vida.

Ha habido sectas de somatistas que no creen que el gato esté dotado de un alma. Pero esta discusión está pasada de moda porque los humanos ya no están muy interesados en el alma. Ahora es parte de la conversación inteligente hablar sobre el cerebro. Durante el siglo XIX, muchos científicos, psicólogos, naturalistas, zoólogos y otra gente así dedicaron todo su tiempo a desmenuzar el problema de si los animales piensan o no. Darwin, por supuesto, en aras de su teoría de la evolución, abrazó con gusto la causa de las bestias pensantes, y Romanes y otros lo han seguido en esa dirección.

Otras personas de mayor o menor importancia han mostrado su desacuerdo hablando del “instinto”, etcétera. Hay toda una literatura de libros olvidados y contradictorios sobre el tema, e imagino que cualquier cosa escrita anteayer será igualmente descartada por inútil en el aula de un profesor que se respete. “No hay libro que no desmienta a otro –observa el sumamente sagaz Sylvestre Bonnard–, de modo que cuando se los ha leído todos no se sabe qué pensar”.

El respetable John Burroughs nos informa que cuando él oiga una risa animal creerá que tienen razonamiento. A los humanos se llega por la mente, dice; al animal, solo por los sentidos. Todo el secreto del entrenamiento de animales salvajes está en crearles nuevos hábitos. Pero cualquier capitán de ejército podrá informar al señor Burroughs que ese es también el secreto entre los hombres. Y hay quien contradice a Burroughs. Havelock Ellis dice en *Impressions and Comments* que “en verdad no hay nada tan primitivo, incluso tan animal, como la razón. Es plausible, aunque suene insano, que sea por sus emociones, no por la razón, que los humanos se diferencian realmente de las bestias. ‘Mi gato –dice Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*– nunca se ríe o se lamenta; siempre está razonando’”.

El señor Burroughs también decidió que los animales no pueden pensar porque no tienen un lenguaje y no es posible pensar sin lenguaje. Pero ¿no tienen? El lenguaje vocal de los gatos es extraordinariamente completo, como lo demostraré en otro capítulo. Lo complementa con un lenguaje gestual que, por cierto, solo pueden comprender a cabalidad otros gatos. Está, por ejemplo, el lenguaje de la cola. El gato con una cola en alto como un estandarte es un gato satisfecho, contento, saludable y orgulloso. Una cola horizontal indica sigilo o terror. Y si la tiene enroscada bajo el cuerpo es que está muerto de miedo. El gato ondea la cola cuando está insatisfecho, molesto o de mal humor; encolerizado, la extiende con el pelaje erizado. La estira a modo de látigo en preparación para la batalla, y la enrosca cuando se divierte o siente placer. Y a veces usa su cola como las mujeres con sus boas y sus manguitos: para mantener el calor.

La variedad de maniobras que es capaz de hacer con la pata es aun mayor. Lindsay nos ha dado todo un catálogo:

> No es infrecuente que el gato use una pata para tocar el hombro de su amo cuando quiere atraer su atención. Si le gusta algo que va pasando, una mascota felina sentada a la ventana de un carruaje “pone la pata en mi pecho –dice su ama– y hace un ruidito, como si me preguntara si yo lo he visto también”. Otra posaba la pata en los labios de una señora que tenía una tos alarmante, quizás por piedad, quizás en pos de la supresión física de la tos al cerrarle la puerta. Una tercera gata tocaba los labios de quienes silbaban una melodía, “como si estuviera satisfecha con el sonido”.
> Los gatos se “abofetean” unos a otros o a sus crías, es decir se dan golpes con las patas y así regañan a los rebeldes o a las crías molestosas. Calientan las patas frente al fuego y las usan para protegerse la cara de las llamas o del sol. Nos contaron de un gato que daba palmaditas a la nariz de un caballo de compañía. Es bien sabido que nuestros gatos domésticos tienen la costumbre de lavarse la cara con las patas, que también usan para cepillarse y limpiarse las sienes y los ojos. La pata delantera sirve para sondear los objetos, para verificar su dureza u otras

> cualidades, o para medir la altura de los fluidos que un recipiente puede contener. Así, un gato, cuando quería beber agua de un jarro, usaba su pata para confirmar si estaba lo bastante lleno. O toma leche de un pote angosto metiendo la pata, curvándola para saturarla de líquido y luego lamiéndose. En un caso judicial por robo en Birmingham en marzo de 1877, "el demandante declaró que lo había despertado su gato con golpecitos en la cara al descubrir a los asaltantes hurgando en su dormitorio".

Podría añadirse que el gato con frecuencia rasguña para llamar la atención. También enumerar las incontables maneras en que se sirve de su cabeza, ojos y hasta pelaje para mantener una conversación.

El profesor Edward L. Thorndike se ha dedicado a hacer algunos experimentos extremadamente ingeniosos y sofisticados con gatos y otros animales y ha escrito un libro sobre ellos: *Animal Intelligence: Experimental Studies*. Los experimentos con gatos se hicieron con "cajas puzle". Se los dejaba sin comer un buen tiempo y luego se les encerraba en cajas, encima de las cuales se ponía comida. Había varias maneras de abrir las cajas desde adentro, más complicadas o menos; el punto era ver cuánto tiempo le tomaría a un gato salir de la caja y alcanzar la comida. De los resultados que obtuvo el profesor extrajo conclusiones enteramente vacuas. Que los gatos no hayan podido abrir las cajas del doctor no es ningún punto de partida para fundar un sistema de psicología animal. El experimento me pareció análogo a hacer subir a un hambriento y aterrorizado indio cheroqui a un Rolls Royce y pedirle, en un lenguaje extraño para él, que lo echara a andar si quería cenar esa noche.

Uno de los argumentos preferidos de los promotores del instinto infiere el hecho de que los gatos, acostumbrados a enterrar su excremento en estado salvaje, maquinalmente harán el movimiento de cavar la tierra en un piso de mármol o de madera, memoria instintiva de un acto que ya no es necesario y en consecuencia es impropio en un ser pensante. Pero hasta un niño tonto entiende que esta no es una razón. ¿Por qué todavía estrechamos la mano de otra persona para saludar? Ya no es válido el sentido que este acto tenía, que era asegurarse de que el otro no blandía un arma, pero aun así el impropio instinto sobrevive. Para el gato es un asunto de supervivencia. Bien sabe la naturaleza que las circunstancias o el deseo pueden devolverlo a la vida

salvaje, y si eso ocurre, estará preparado para ocultar de sus enemigos todas las pruebas de su paradero.

Otros científicos que sostienen la inferioridad de las bestias argumentan que estas siempre hacen las mismas cosas, los mismos movimientos, que no inventan ni progresan. La abeja construye el mismo receptáculo para la miel, la araña teje redes idénticas y la golondrina arma el nido siempre de la misma forma. Se les ha denegado la libertad individual y la espontaneidad, aparentemente, y parecen obedecer a ritmos mecánicos que se transmiten a través de los siglos. ¿Pero quién puede decir que estos ritmos no son leyes morales superiores? ¿Y si las bestias no progresan porque surgieron perfectas en el mundo y no lo necesitan, mientras que el humano tantea, hurga, cambia, destruye y reconstruye sin encontrar estabilidad en la inteligencia, ni fin a su deseo, ni armonía a su forma? No está de más recordar, oh cristiano lector, que fue a dos personas a quienes Dios expulsó del Paraíso, y no a los animales. Además, es absurdo y estúpido sostener que los animales no tienen libertad de pensamiento, que no piensan, que no pueden resolver problemas concretos.

Personalmente estoy convencido de que todos estos científicos y psicólogos quieren decir más o menos lo mismo. Uno quiere decir instinto cuando dice inteligencia y el otro quiere decir inteligencia cuando dice instinto. Un sistema filosófico muy importante, por cierto, se basa en la teoría de que el instinto animal es de mayor utilidad que la inteligencia y pide a los humanos confiar en él tanto como sea posible. Es popular la idea de que las mujeres se guían enteramente por este principio.

En mi opinión, no son mayores las dudas acerca de que los animales piensan, a su manera, que las sospechas de que el humano, por regla general, no piensa absolutamente nada. Los científicos cometen el error de observar muy de cerca y de escribir lo que ellos piensan que han visto. Estas materias deberían tratarse en cambio con cierto distanciamiento místico. “Veo a autores que hablan de los gatos con una familiaridad de lo más repugnante”, escribe Andrew Lang. Los animales no piensan a la manera del humano; sus procesos mentales son muy diferentes. Hay algo de cierto en la teoría de que piensan en abstracciones, frío, calor, etcétera, pero que más tarde no piensan en ellas como abstracciones, como sí lo hacen los humanos. Sin embargo, no veo ninguna ventaja particular en recordar y discutir tales asuntos. Robert Louis Stevenson dijo una vez que los animales

nunca usaban verbos: “Es la única forma en que su pensamiento difiere del nuestro”.

Hay un punto, y solo uno, que nos concierne aquí, y es la inteligencia relativa del gato, que muchos consideran mentalmente inferior al perro y al caballo. Creo que la inteligencia de los gatos ha sido enormemente subestimada.[14] “No podemos comprender del todo la mente del gato a menos que nos transformemos en uno de ellos”, escribe St. George Mivart. El gato como un individuo piensa de modos muy diferentes de los de sus compañeros humanos, y por lo tanto es difícil obtener pruebas contundentes, sobre todo porque la mayoría de los académicos juzga la inteligencia de un animal por su susceptibilidad a la disciplina, es decir por su capacidad relativa de convertirse voluntariamente en nuestro esclavo. En este tipo de competencia, por supuesto que el perro y el caballo se llevan todos los honores. No creo que porque el gato se rehúse a aceptar el yugo se pueda probar que es un animal sin inteligencia, más bien lo contrario: es demasiado inteligente para andar haciendo trabajo pesado o bufonadas. Este es el consejo del viejo gato perezoso de una fábula de Florian:

El secreto para medrar
No es ser útil sino agradar.

El gato obliga a su amigo humano a aceptarlo en sus propios términos. Los actos de un perro son mucho más imitativos y por lo tanto más aplicables al razonamiento humano. Pero T. Wesley Mills, quien estudió a ambos animales, escribe: “El gato es mucho más avanzado que el perro al ejecutar movimientos coordinados de alta complejidad”. Y, nuevamente: “En cuanto a fuerza de voluntad y capacidad para mantener una existencia independiente, el gato es superior al perro”.

Algunos actos felinos están en plena consonancia con la inteligencia humana. Tienen el poder de hacer inferencias a partir de la observación: aprenden a abrir puertas fácilmente; muchos aprenden a tocar la campanilla para entrar. Con frecuencia responden a las campanillas, sabiendo que el sonido implica que la cena está servida o la llegada de alguien. Feathers no solo va a la puerta cuando suena el timbre, también cuando oye el ascensor. Y corre al teléfono cuando suena. No es que sea fácil enseñar al gato estas destrezas, y otras como recuperar la caza, pero si él cree conveniente adquirirlas, lo hará. Artault de Vevey tenía una gata que era aficionada a visitar amigos en el quinto piso (De Vevey vivía en el primero).[15] Llegaba a aullar para que le abrieran; si nadie lo hacía arañaba la puerta, y como último recurso tiraba de la cuerda de la campanilla.

Un redactor del *Spectator* observó una vez “un gato de gran tamaño que a su vez estaba mirando unos gorriones que se alimentaban en el patio. Cada vez que se abría una puerta trasera los gorriones, perturbados, volaban hasta un seto de hayas que había cerca; el gato lo advirtió, fue a apostarse detrás del seto y esperó. Esta conducta es resultado de la deliberación y el cálculo. Otro gato que acechaba gorriones se ubicó detrás de una hilera de adoquines sueltos tan pronto como vio que me acercaba, y sujetó uno sobre la cabeza. Había visto que era probable que los pájaros fueran empujados en su dirección y actuó en un segundo”. Wynter, en *Fruit Between the Leaves*, relata un incidente con un macho de Callendar que fue visto llevándose un trozo de carne; el criado que lo seguía lo vio depositar el bocado cerca de una ratonera. Luego se escondió. Poco después salió una rata, y estaba arrastrando la carne cuando el gato se abalanzó sobre ella. El gato de Émile Achard, Matapon, habiendo liquidado a todos los ratones de la casa, partió a

matar ratones de campo. Pero era difícil y desagradable en días de lluvia, así que no pasó mucho tiempo antes de que concibiera una idea y la llevara a cabo: repobló la casa con ratones de campo vivos y los dejó dispersarse, estableciendo así una nueva reserva de caza.

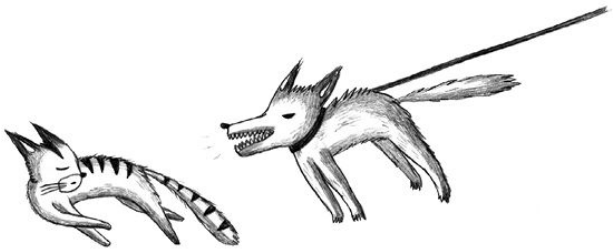
Lindsay cita el siguiente ejemplo de *Animal World*: un gato y un perro eran cómplices en el asalto a una despensa. Un maullido del primero avisaba al segundo de que no había moros en la costa y entonces procedían a hacer estragos. En una ocasión alguien siguió al perro y descubrió al gato subido en un estante, manteniendo la tapa de una fuente medio abierta con una pata y ¡arrojando delicias al perro con la otra! El reverendo J.G. Wood describe a un viejo gato inválido que al parecer había hecho un trato con un animal joven y activo que cazaba ratones para él; el veterano le pagaba al aprendiz con huesos y carne de su ración. Ambas partes respetaron honorablemente el pacto. Una vez que su mascota cayó enferma, la señora Siddons la alimentó con crema y las mejores partes del pollo; desde entonces, el gato de vez en cuando simulaba una cojera.

Eugène Muller, en *Animaux célèbres*, nos aporta otro ejemplo admirable: un profesor quería demostrar a sus alumnos los usos de una máquina neumática e introdujo a un gato bajo la campana de vidrio. El animal, naturalmente, hizo frenéticos esfuerzos por escapar, pero el vidrio lo tenía prisionero. “Les voy a mostrar cómo –dijo el profesor–, a medida que bombeo, el aire dentro del globo se enrarece; el gato va a respirar cada vez con mayor dificultad y de hecho se asfixiaría si bombeo lo suficiente, pero vamos a concluir el experimento antes de eso, y verán que cuando el aire vuelva a entrar el gato inmediatamente recuperará sus fuerzas”. Tal cual. El hombre bombeó y el gato, jadeante, cayó pensando que le había llegado la hora. Pero en el momento en que el profesor dejó de bombear se recuperó como si nada. Fue liberado y escapó, jurándose a sí mismo que nunca más se dejaría atrapar. Sin embargo, a los pocos días, frente a otro grupo de alumnos, el buen profesor tuvo la ocasión de repetir el experimento. El gato fue capturado de nuevo y el profesor comenzó su explicación mientras bombeaba: “Les voy a mostrar cómo…”. Pero los estudiantes observaron que no ocurría lo anunciado, porque el gato había posado una de sus patas en la abertura a través de la cual debía salir el aire. Y cada vez que quiso repetir el experimento el animal ponía en ejecución el mismo gesto.

Durante la guerra de Crimea, la gata del coronel Stuart Wortley visitó la

barraca del médico para que le examinara y vendara una herida de bayoneta en una pata. El coronel la había encontrado herida tras la batalla de Malakoff y durante un tiempo la llevó a diario donde el cirujano del regimiento para que la tratara. Pero cuando él mismo enfermó la gata continuó las visitas al médico sola: iba y se sentaba tranquilamente a esperar su tratamiento. Hay muchos casos registrados de gatas que llevan sus crías a sus señoras para que les den una cura, y es sabido que se proveen asistencia obstétrica unas a otras. En el libro de madame Michelet, el señor Frederick Harrison narra un conmovedor incidente con una gata anciana que había parido recientemente. Ella sintió que moriría antes de destetar a sus gatitos, de modo que, aunque apenas podía caminar, una mañana desapareció llevándose uno y volvió sin él. Al día siguiente, casi exhausta, se llevó a sus otros dos gatitos. Luego murió. Había entregado cada cría a una gata diferente con camada nueva, y todas aceptaron al hijo adoptivo.

Un gato se sentará a limpiarse la cara a cinco centímetros de un perro que puede estar ladrando frenético de ira, si es que está encadenado. El gato sabe que no puede escapar. Además tienen la costumbre de atormentar a los canes echándose en los alféizares con sus patas tentadoramente expuestas pendiendo justo fuera de su alcance. También se sabe lo impertinentes que pueden ser con los perros que están amordazados.



Cualquiera que haya vivido en términos de igualdad con un gato sabe que va a demostrar su inteligencia unas cincuenta veces al día. Sin duda es la inteligencia de la variedad egoísta, y con ello muestra cuánto más fina es que en el resto del mundo animal. Está muy poco dispuesto a realizar hazañas para las cuales no ve una legítima razón, o en las que no obtendrá una satisfacción personal. Si desea un masaje bajo la barbilla, sabe que es muy probable que lo obtenga saltando al regazo de alguien. Si no quiere uno, sabe que la mejor manera de evitarlo es sortear a la persona que insiste

en prodigárselo. Se ha dicho que un gato solo responderá a un llamado si es que la cena está a la vista. Bueno, yo hago lo mismo. Me niego a telefonear porque sí, pero a menudo acepto invitaciones a comer.

A pesar de su independencia y su inadaptabilidad a los deseos humanos, el gato puede hacerse útil, lo que es una suerte dado que existen personas para las cuales un animal no vale la pena si no se puede lograr que sirva de alguna manera a ese ser superior llamado humano. En Inglaterra hay gatos que trabajan para el gobierno en oficinas, cuarteles, muelles y talleres. Hay al menos dos mil felinos en nómina, y todos reciben un chelín a la semana para su comida, puesto que los gatos hambrientos no son los mejores cazadores de ratones, al revés de la creencia popular. Benvenuto Cellini tenía razón cuando dijo que “los gatos de buena raza cazan mejor gordos que magros”. Así que limpian eficazmente estos lugares de roedores. La Imprenta Nacional de Francia emplea a un extenso staff de gatos para proteger el papel de ratas y ratones. Viena cuenta con gatos oficiales, y los Ferrocarriles de las Midlands en Inglaterra tienen ocho gatos en sus planillas de personal. En Estados Unidos se mantienen gatos en todas las oficinas de correos y en los polvorines militares. Alguien en *The Spectator* habla del pesar que se sintió en una gran fábrica de Londres al morir el “mejor gato de la fundición”. Los moldes de arena para hacer piezas en la fundición se mezclan con harina. Los ratones se comen la harina y estropean los moldes, por eso se llevan gatos, para matar a los ratones, pero además deben aprender a no caminar sobre los moldes y a no arañarlos. El gato que había muerto cumplía sus tareas a la perfección.

La cantidad de ratones que un buen gato de caza puede abatir va bastante más allá de lo probable. Lane escribe de una vez en que andaba con su gato Magpie por el establo e irrumpió una turba de ratones; Magpie saltó sobre el grupo y atrapó cuatro al mismo tiempo, dos en las mandíbulas y uno con cada pata delantera. Tamaña destreza no es rara en un buen gato ratonero. Por eso todas las carnicerías y verdulerías, tiendas mayoristas y pequeños comercios, y todos los dueños de papelerías y restaurantes deben tener uno o más gatos. En algunos almacenes tienen uno en la bodega y otro en la tienda. Ya he mencionado a los gatos de frigoríficos. También destruye un gran número de insectos, moscas, cucarachas, saltamontes y mosquitos. Durante la última guerra el gobierno inglés reclutó quinientos mil gatos y a algunos los envió a la mar, a probar los submarinos, y el resto a las

trincheras. Salvaron muchas vidas advirtiendo de la aproximación de una nube de gas mucho antes de que cualquier soldado pudiera olerla, e hicieron un buen trabajo librando los fosos de ratas y ratones; probablemente sirvieron también de mascotas a muchos soldados de infantería.

El gato y la mangosta son los únicos animales que no les temen a las serpientes, y pueden enfrentarse con éxito incluso con las variedades más venenosas. J.R. Rengger, que ha escrito sobre los mamíferos del Paraguay, declara que más de una vez ha visto gatos perseguir y matar víboras, incluso serpientes cascabel, en las llanuras arenosas y desprovistas de hierba de esa tierra. “Con su extraordinaria habilidad –escribe– golpean a la culebra con la pata delantera y al mismo tiempo evitan que salte. Si la serpiente se enrosca, no la atacan directamente sino que dan vueltas a su alrededor hasta que se cansa de girar la cabeza vigilando al enemigo; entonces le asestan otro golpe y, si la serpiente comienza a huir, se apoderan de su cola como si fueran a jugar con ella. En virtud de este ataque sin pausa destruyen a su enemigo en menos de una hora; pero nunca comerán de su carne”.

Se ha hecho ficción de este asunto, pero, cuando escribió la siguiente descripción, G.H. Powell sin duda se refería a algo que había observado: “Bien, cuando la dríada, curvada en una S mayúscula, temblorosa y siseante, avanzó por última vez al ataque a través del borde del sofá donde me encuentro, la erecta cabeza de Stoffles desapareció con una celeridad de malabarista que le habría dislocado la clavícula a cualquier otro animal de la creación. De un empeño tan excesivo como ese la serpiente se recuperó con evidente esfuerzo, rápido, sin duda, pero ni de cerca lo suficientemente rápido. Antes de que yo pudiera darme cuenta de que había errado el objetivo, Stoffles saltó como un resorte
liberado y, enterrándole ocho o diez garras en la nuca a su enemiga, la clavó contra el rígido cojín del sofá. La cola del reptil agonizante se irguió violentamente en el aire y golpeó la arqueada espalda de mi tigresa imperturbable. Con calma, Stoffles acercó su bigotudo hocico al cuello de la dríada azul e hincó los dientes una, dos, tres veces, como el gancho y la aguja de una máquina de coser, y cuando, tras una larga deliberación, la soltó, la bestia cayó hecha un nudo fláccido en el suelo”.

Moncrif habla de este especial talento de los gatos. Dice que en la isla de Chipre hay un promontorio conocido como Cabo Gata, infestado de

serpientes blanquinegras. Antiguamente había un monasterio allí, y los gatos de los monjes se la pasaban en grande cazando víboras. Sin embargo, cuando sonaba la campana volvían al monasterio a buscar sus platos de comida.

El médico y teniente coronel A. Buchanan está convencido de que la causa de las plagas en la India son las ratas, y que podrían prevenirse si los nativos se acostumbraran a tener gatos.[16] En un artículo en el *British American Journal* mostró estadísticas que parecen probar que las aldeas donde había gatos en cada casa se salvaban de la epidemia del cólera.

En el siglo XVI, un alemán, un tal Cristóbal, de Habsburgo, ideó un plan militar que consistía en atar botes con gases venenosos a la espalda de una cantidad de gatos que luego diseminarían en el campo de batalla. Este joven era oficial de artillería y presentó su estrategia al Concejo de los Veintiuno en Estrasburgo, que no aprobó su uso por verle dificultades prácticas. El dibujo original sigue guardado en la gran biblioteca de la ciudad. Hay otra historia, sin duda apócrifa, que cuenta que en cierta guerra los persas presentaron batalla a los egipcios con gatitos en los brazos: los egipcios se dieron a la fuga para no dañar al animal sagrado.

A veces los gatos traen conejos para sus amos. Pero han cumplido tareas más extrañas también. Un médico me contó de una dama a la que no le bajaba la leche después del parto de una hija. Él le aconsejó que pusiera un animalito en el pezón para estimularlo. Sucedió que la gata de la familia había tenido crías esa misma noche, y así un diminuto mamífero fue sustituido por otro con éxito. La hija y la gatita, por lo tanto, se criaron como *soeurs de lait*. Al crecer, esta gata adquirió la bonita costumbre de encender el árbol navideño presionando un botón con la pata. Vivió hasta la inusual edad de veintiocho años, y cuando enfermó de cáncer el médico la vendó y la cuidó hasta la víspera de su última Navidad: la gata encendió una vez más el árbol navideño e inmediatamente después se le aplicó cloroformo para terminar con sus sufrimientos.

Sin embargo, a mí me parece que mientras más inútil es el gato tanto más se ha ganado el derecho a la compañía. Hay demasiadas personas “tratando de ser útiles” en este mundo sin la competencia añadida de los gatos. Y aquellos que más se preocupan por el gato nunca piensan en él como un funcionario público de la caza. Un colaborador de *The Nation* lo dice: “Respetar al gato es el comienzo del sentido estético. En una fase de la

cultura en que la utilidad gobierna todos los dictámenes, la humanidad prefiere al perro". Y continúa:

> Para la mente cultivada, el gato tiene el encanto de la exhaustividad, la satisfacción que hace de un soneto algo mejor que una epopeya (…) Los antiguos representaban la eternidad como una serpiente mordiéndose la cola. Ya surgirá el filósofo que concebirá lo Absoluto como un gato gigante y satisfecho de sí mismo en su confortable redondez, que no deja de ronronear mientras abraza su propia perfección y profiere esa frase de Edmund Spenser acerca del cosmos: "Se amaba a sí mismo porque era bueno hacerlo". Un gato que parpadea a medianoche entre nuestros papeles y libros declara con mayor elocuencia que cualquier calavera la vanidad del conocimiento y la inutilidad del esfuerzo. El gato disfruta la marcha de las estaciones, gira en el espacio con las estrellas y comparte en su quietismo el inevitable devenir del universo. Nosotros, con todos nuestros apuros y carreras, ¿podemos hacer más?

Un distinguido académico de Oxford dijo creer que las personas admiraban a los gatos o a los perros según si eran de naturaleza platónica o aristotélica. "El visionario elige un gato; el hombre concreto, un perro. Hamlet debe de haber tenido un gato. Los platónicos, amantes de los gatos, son marineros, pintores, poetas y pillos carteristas. Los aristotélicos, amantes de los perros, suelen ser soldados, futbolistas o ladrones de casas". Dice Champfleury que "las naturalezas refinadas y delicadas comprenden al gato. Las mujeres, los poetas y los artistas los tienen en gran estima, pues reconocen la exquisita delicadeza de su sistema nervioso; solo las naturalezas toscas fracasan en apreciar su distinción natural".

Madame Delphine Gay habla del hombre de índole gatuna: "Al hombre gatuno no se lo puede engañar con ningún truco. No tiene las cualidades del hombre perruno pero disfruta de todas las ventajas que vienen aparejadas a esas cualidades. Es egoísta, malagradecido, tacaño, codicioso, sofisticado, persuasivo, astuto, y dotado de gran inteligencia y poder de fascinación. De un modo refinado adivina lo que no sabe, entiende lo que se le oculta. A esta raza pertenecen los grandes diplomáticos, los galanes exitosos, y en realidad todos los hombres que las mujeres consideran pérfidos".

Al gato se le admira por su independencia, su valentía, su prudencia,

paciencia, naturalidad e ingenio. Esencialmente es, como nos lo recuerda madame Michelet, un animal noble. No hay mezcla en su sangre, se puede nombrar a cualquier miembro de la familia en un pestañeo. El tigre, el león y el gato doméstico difieren más en tamaño que en apariencia; por eso la originalidad del gato consiste en ofrecerse como una exquisita e inofensiva miniatura de sus hermanos salvajes. Vive como un gran señor, no hay nada vulgar en él. Su delicadeza es fascinante; todos nos hemos preguntado alguna vez cómo puede saltar a una mesa llena de objetos frágiles y posarse con firmeza sin romper nada. Y, como ha señalado Philip Gilbert Hamerton, esto no es una prueba de civilización o pusilanimidad sino, una vez más, evidencia de que ha conservado sus hábitos salvajes. “Cuando evita tan cuidadosamente las copas en la mesa, no se está comportando como un subordinado de la civilización humana sino obedeciendo al hábito heredado del cazador furtivo, la máxima precaución, una habilidad natural de su especie. Sabe que no debe moverse una sola rama si no quiere que el pájaro –ya condenado– se le escape, y sus patas son así de silenciosas para que el ratón no se dé cuenta que viene”.

El señor Hamerton ha captado otro rasgo interesante del gato:

> Siempre usa la fuerza que se precisa y no más ni menos, mientras que otros animales actúan bruscamente, con toda la potencia de que son capaces, sin tener en cuenta la falta de necesidad. Un día observé a una gata joven jugando con un narciso. Se sentó en sus patas traseras y con las delanteras daba palmaditas a la flor, primero con una pata y luego con la otra. El capullo amarillo pálido se balanceaba de un lado a otro, sin daño alguno en los pétalos o el estambre. Me pareció evidente que se deleitaba precisamente en la delicadeza del ejercicio, mientras que un perro o un caballo no hallan ningún placer en sus propios movimientos y acometen con fuerza cuando son fuertes, sin cálculo ni proporcionalidad. Esta dosificación de la fuerza respecto de la necesidad es muestra de una cultura refinada, en los modales tanto como en las bellas artes. Si los animales pudieran hablar, como en las fábulas, el perro sería un tipo honesto, franco y contundente, pero el gato tendría el raro talento de nunca decir una palabra de más. El suave revestimiento de las garras y la contractilidad de las pupilas son cristalizaciones de ese carácter. Las garras hostiles son invisibles; siempre listas y afiladas, no

se muestran si no hay para qué. La pupila estrechada a plena luz del día no recibe más sol que el que es agradable, pero se expande a medida que cae el crepúsculo y una visión clara requiere una superficie más y más grande. Algunas de estas cualidades gatunas son muy deseables en el oficio de la crítica. Las garras de un crítico deben ser muy aguzadas, pero no perpetuamente prominentes, y el ojo debe poder distinguir la esencia de objetos más bien oscuros sin que lo deslumbre la luz del día.

A algunos la apariencia y obras de los felinos adultos les parecen del menor interés, pero son incapaces de resistirse a la fascinación de los gatos recién nacidos. El gatito es ese irresistible atado de pelo animado, pura osadía y ternura, un comediante que corre locamente hacia nada en particular, o avanza a brincos por el sendero del jardín con la espalda arqueada y el gesto afectado de quien está a punto de cometer una infamia, persiguiéndose la cola, intentando en vano capturar y asustar a su propia sombra, contemplando con curiosidad insectos esotéricos o quedando en trance y encantado con una víbora, como el gatito de Cowper,

Quien, no habiendo visto jamás
En el campo o el hogar
Algo similar, sentose quieto y mudo como un ratón
Solo proyectando su carita bigotuda hacia delante
Y preguntó: "¿Quién eres tú?".

Donde hay pavos reales, es un lindo espectáculo ver a los gatitos sorprendidos ante su soberbia cola desplegada; corren y saltan como locos en torno de la gran ave mientras esta, furiosa, intenta librarse de esos pequeños demonios. Pero es suficiente con verlos sorber la crema de un platito en la mesa del desayuno, inocentes como querubines, o yacer como bolas ronroneantes de pelo tibio en nuestro regazo u hombro. Los gatos chicos, como algunos bebés humanos, pueden perder algo de su encanto cuando crecen, pero como crías son insuperables. Así, es aconsejable seguir la sugerencia de Oliver Herford:

Acoge gatitos mientras puedas
El tiempo solo trae tristes dejos
Y los gatos pequeños de hoy
Mañana serán gatos viejos.

7 Dice Margaret Benson en *The Soul of a Cat*: “Es rara esa aversión intensa de los gatos a cualquier cosa que uno piense destinar a ellos. Mentu tenía un cesto de su propiedad y un cojín confeccionado por una afectuosa dama, pero si lo metían allí salía saltando como una pelota de caucho. Le gustaba ocupar sillas y sofás, o incluso los tapetes delante de la chimenea. De la misma manera, el gato bien educado demuestra una preferencia inconveniente pero estética por comer en lugares placenteros, incluso si solo estamos ante un té helado y un pan polvoriento con mantequilla en un claro en verano. Los platos no les gustan, el papel de diario menos; lo que quieren es comer pegajosos trozos de carne en una silla mullida o sobre una linda alfombra persa. Sin embargo, si les cediéramos esos objetos para su uso personal se moverían a otro lugar. Por lo tanto la controversia es interminable”.

8 De todos modos, su capacidad para trepar y saltar les da una clara ventaja a la hora de cazar y de escapar de sus enemigos. Es un hecho curioso, sin embargo, que los gatos que trepan hasta alturas considerables con frecuencia se rehúsen a descender de alturas más modestas. El mayido lastimero de un gato en un árbol, adonde ha subido huyendo de un perro, o en una ventana de un segundo piso, es un espectáculo común. A veces, su rescate se convierte en un asunto internacional e incluso se ha considerado conveniente llamar a los bomberos. Recordemos que una caída desde cierta altura es un asunto serio para un gato. A pesar de la superstición popular, no siempre cae parado y es probable que se rompa la espina dorsal.

9 Madame Michelet no es de la opinión de que los juegos del gatito sean todos un aprendizaje para la caza: “Un mundo de ideas, de imágenes, despierta primero en él, imágenes que no son de presas. Eso vendrá, pero más tarde. La primera atracción para los gatos nuevos, como para un bebé, es por aquello que se mueve. Parece que esta vida de los objetos engaña a su inmovilidad. Ambos siguen los movimientos con un ojo al comienzo indeciso, pero pronto cautivado. El bebé quiere aferrar la pelota suspendida sobre su cuna y el gatito persigue a su sombra en la noche. Tigrine mostraba un gusto muy vivo por estas siluetas, que tenían a sus ojos mayor realidad que el objeto mismo”.

10 En la Edad Media, era costumbre atarlos a las ventanas de las viudas que volvían a casarse, para indicar su lascivia. La gata se opone al matrimonio. Aceptará uno, dos, tres amantes, tantos esclavos como sea posible, pero nunca a un tirano.

11 El léxico del criador de gatos es poético. Cuando lleva a una hembra a aparearse con un macho el evento se llama “visita”, y el acto del macho, “firma”.

12 A veces los gatos consideran ciertas sillas como de su propiedad y no permiten que perros ni humanos las usen. He observado a uno pasar por el salón y expulsar a cada ocupante de su silla. Su método era simple. Pesaba seis kilos y se deslizaba hasta posarse entre el respaldo de la silla y la persona sentada.

13 Sin embargo es habitual que se intoxiquen con el olor de la valeriana, y adoran la fragancia de las flores. A veces incluso expresan deleite por los artificios de los perfumes Houbigant, Coty y Bichara. En esto se diferencian de los perros, como nota W.H. Hudson en *El diario de un naturalista*: “El mimado perro faldero tiene clavada una gran espina en el costado, una perpetua miseria que debe soportar, aun con todas las comodidades en que vive, y son los perfumes que complacen a su dueña. Él también es un poco veneciano a su manera, pero su sofisticación no es la de ella. El baúl de madera de alcanfor en el dormitorio le parece una ofensa; el estuche de fragancias en sus delicados frasquitos de vidrio, una abominación. Ante sus exquisitas fosas nasales todas las flores aromáticas son fétidas, y la madera de sándalo de cajas y ventiladores le hace voltear el rostro con disgusto. Se siente cálido y suave en el regazo de la dama, pero es un dolor incurable tener que estar tan cerca de

su pañuelo de bolsillo, saturado de lavanda o rosa blanca. Si es obligación perfumarse con esencias florales, el perro preferiría que ella se bañara en aceite esencial extraído de la magnífica *Rafflesia arnoldii* de la selva de Borneo, que huele a carne podrida, o incluso de la humilde flor de la carroña que florece más cerca de casa".

14 Ahora bien, espero ya haber impresionado al lector y haberlo convencido de que no todos los gatos son iguales. He visto gatos tan estúpidos como cualquier pagador de impuestos compulsivo.

15 Esta era la misma Isoline que tomaba baños de tina.

16 Los hindúes, que creen en la doctrina de la metempsicosis, tienen una válida objeción para no quitar la vida. En Bombay existe un hospital para animales enfermos. El profesor Monier Williams, que lo visitó, dijo: "Los animales están bien alimentados y bien atendidos, aunque me pareció que sería más piadoso para la gran mayoría un disparo en la cabeza (…) Incluso se dice que hay hombres pagados para dormir allí, en sucios colchones de lana, para que las repugnantes alimañas con las que están infestados puedan surtir su nocturna necesidad de sangre humana; y los drogan, para que no maten involuntariamente a los bichos durante el sueño".

3

AILUROFÓBICOS Y OTROS ENEMIGOS DE LOS GATOS

Hay hombres que no pueden ver un cerdo boquiabierto.
Y hay hombres que no soportan ver un gato.

SHYLOCK, en *El Mercader de Venecia*

Uno se puede permitir una actitud de plácida indiferencia en materia de elefantes, cacatúas, H.G. Wells, Suecia, el rosbif, Puccini, los mormones; pero cuando se trata de gatos es necesario adoptar una postura firme.

El mismo gato insiste en ello; invariablemente inspira sentimientos muy marcados, y de hecho es el único animal que lo hace. A sus admiradores les evoca una intensa adoración, que por lo general se expresa de formas de lo más exageradas. Es prácticamente imposible para un amante de los gatos encontrarse uno en la calle y no detenerse y pasar el día con él. De mí mismo puedo decir que me toma muchísimo más tiempo atravesar una vía pública donde hay gatos que donde no. Pero un animal tan magnético está destinado a repeler cuando no fascina, y aquellos que desprecian a los gatos lo hacen con una malignidad que solo tiene equivalencia en el odio a las serpientes. Por algo se lo ha apodado “la serpiente peluda”. Su asociación con las brujas y con diversas supersticiones es responsable de buena parte de esta antipatía; aunque también está la aversión de los amantes de perros y pájaros, que llegan a ser irracionales en su exclusión; por último, ha complacido a muchos niños pequeños la idea de hacer investigación científica en el tema de las siete o nueve vidas de un gato. Así las cosas, a

través de los siglos el gato ha sido maltratado de manera más cruel y persistente que cualquier otra bestia. Supongo que es natural si recordamos que en una época se lo creyó un dios y en otra un aliado de la brujería; digamos que ha sido uno más de los sufridos gnósticos que ha experimentado el martirio.

Hay incluso una enfermedad de quienes odian a los gatos, conocida como ailurofobia, pese a que, según las investigaciones del profesor Rolleston, de Oxford, los *ailuros* que los griegos llevaban a bordo de sus navíos para que mataran a los ratones al parecer eran martas o garduñas. La ailurofobia es una sensación más fuerte que el odio, un tipo más abyecto de temor. Hombres y mujeres fuertes se ven acometidos por la náusea y hasta se desmayan en presencia del gatito más minúsculo, incluso de un gatito *que no se ve*.

La forma más simple de esta afección es la ailurofobia asmática; las personas que sufren de asma o rinitis alérgica ven agravados sus síntomas en presencia de un gato. La otra forma es más seria. Tengo una amiga, por lo demás bastante sana, que exhibe síntomas del terror más violento ante la visión de un gatito de cuatro semanas; si es un gato adulto podría llegar a tener convulsiones. Su padecimiento no es tan raro ni se limita a las mujeres. Scott escribe sobre un galante cacique de las Highlands por cuyo rostro habían visto “pasar todas las tonalidades de su tartán” al verse frente a un gato.

Napoleón debe de ser el ailurofóbico más célebre de la historia. Cuenta la leyenda que, poco después de la batalla de Wagram y la segunda ocupación de Viena, cuando el corso y su séquito ya ocupaban el palacio de Schönbrunn, uno de sus ayudantes de campo se retiraba a dormir a altas horas de la madrugada cuando, al pasar junto a la puerta de Napoleón, lo sorprendió el ruido más singular, así como los reiterados llamados de ayuda del emperador. Abrió la puerta sin vacilar, entró como una tromba y vio al mayor genio militar de todos los tiempos, semidesnudo, el semblante agitado, la frente salpicada de sudor, dando estocadas convulsivas con su espada a través del tapiz que forraba las paredes, detrás del cual se había escondido un gato. Madame Junot era consciente de esta debilidad y se sabe que obtuvo una importante ventaja política simplemente mencionando a un gato en el momento preciso.

En uno de sus artículos en el *Spectator*, Addison cuenta cómo un amante

ganó los favores de su dama contra un rival ailurofóbico con la ayuda de un "ronroneante pedazo de carey". Y Peggy Bacon, en *The True Philosopher*, ha tejido una divertida historia sobre un rey ailurofóbico y una reina felinófila cuyos conflictos debió resolver el médico de la corte de esta sabia manera: les trajo una criatura enjuta, de piernas largas, sin nada de cola, orejas grandes como velas, la cara como un triángulo isósceles, la nariz un vértice muy agudo, ojos pequeños y amarillos como botones de hueso plano, pelaje marrón, corto y áspero, y grandes patas blandas. Sonaba como una sirena de vapor y su nombre era Rosamund. "Tanto el rey como la reina se hicieron devotos; la reina porque la criatura era un gato, el rey porque parecía cualquier cosa menos un gato".

El doctor S. Weir Mitchell pasó algún tiempo investigando la cuestión de la ailurofobia, enviando cartas con preguntas a todo el mundo, pero las numerosas pruebas que acumuló no arrojaron resultados concluyentes: no hay pistas sobre las causas del mal. A veces se incluye entre los fenómenos prenatales, pero pareciera que sin suficiente justificación. El doctor Mitchell infiere que es el olor lo que detectan los ailurofóbicos cuando descubren gatos escondidos, pero los felinos, al menos los gatos domésticos, casi no tienen olor para una nariz común y corriente (no hay que olvidar que hay personas capaces de clasificar los pañuelos recién salidos de la lavandería por su olor). La teoría del doctor J.G. Woods de que los ailurofóbicos presienten a los gatos ocultos por la electricidad que proyectan parece más plausible.

Cualquiera sea la causa, hay muchos casos registrados de personas que sufren de ailurofobia y han presentado síntomas de angustia en habitaciones donde aparentemente no había gatos; más tarde los encontraban detrás de las cortinas o en los armarios. El doctor Mitchell proporciona un ejemplo interesante: "En mi propia familia hubo un caso: la víctima fue un tío mío. Mi padre, el difunto profesor John K. Mitchell, encerró a un gatito dentro de un clóset con un plato de leche y le pidió al señor H. que viniera a casa a echar una mirada a algunos libros viejos que podrían ser de su interés. El tío llegó, se sentó y a los pocos minutos se puso pálido, se estremeció y dijo que había un gato en la estancia. El profesor Mitchell respondió: 'Mire alrededor. No hay ningún gato en la habitación. ¿Oye uno afuera?'. El señor H. dijo: 'No, pero hay un gato aquí'. Comenzó a desvanecerse y, alegando náuseas, salió. Afuera se recuperó al poco rato".

Rudyard Kipling escribió una vez un relato en clave irónica acerca de un ailurofóbico, “El envío de Dana Da”. Un hombre, aparentemente a causa de cierto conjuro místico, se vio un día tan rodeado de gatos como los egipcios con la plaga de langostas. La mitad de las sociedades psíquicas de la India se interesó en resolver el enigmático fenómeno, pero la explicación, cuando finalmente llegó, no era sobrenatural ni milagrosa. El fragmento en que Kipling describe el “envío” es muy gracioso:

> Cuando un hombre que odia a los gatos se despierta por la mañana y encuentra a un gatito encogido en su pecho, o mete la mano en el bolsillo y encuentra a un gatito medio muerto donde debieran estar sus guantes, o abre su baúl y encuentra a un repugnante gatito entre sus camisas de vestir, o sale a dar un largo paseo a caballo con su impermeable amarrado a la montura y cuando lo sacude cae un gatito chillón de sus pliegues, o sale a cenar y encuentra a un gatito ciego debajo de su silla, o se queda en casa y se topa con un gatito retorciéndose de dolor bajo el edredón, o contoneándose entre las botas, o cabeza abajo en su frasco de tabaco, o siendo aplastado por el terrier de la casa en la terraza; cuando un hombre así encuentra a un gatito una vez al día ni más ni menos, en un sitio donde ningún gatito legítimamente podría o debería estar, su molestia es natural. Y si no se atreve a asesinar a este diario tesoro porque cree que es una aparición, un emisario del Más Allá, una encarnación y media docena de otras cosas, todas apartadas del curso natural de la vida, se siente más que molesto; se siente afligido.

Por regla general los ailurofóbicos no hacen daño a los gatos, aunque no les molestaría en absoluto que otros los sacaran de su camino. Los dejan tranquilos, y como a los gatos les gusta que los dejen tranquilos, suelen desarrollar una perversa atención hacia estas personas que los odian, dedicándoles señales de afecto y honor. “Tuve un gran gato plateado de temperamento inmutable –escribe Andrew Lang–. Pero una vez, durante la cena, Tippoo dio un salto de pronto y se posó en el cuello de una dama bastante ailurofóbica que llevaba un vestido escotado. Nunca había sido tan amigable con los no ailurofóbicos”.

No, no es entre las personas que temen a los gatos donde surgen sus mayores enemigos. Tal vez algunos historiadores naturales injustos y estúpidos han tenido algo que ver con la ocasional aversión hacia los michos domésticos.[17] Ahí está, por ejemplo, lo que Buffon tiene que decir sobre el tigre de la casa:

> El gato es un criado infiel y solo lo mantenemos por necesidad, para oponerse a otro criado que nos incomoda aun más; por ello no sentimos respeto por quienes aprecian a todas las bestias y tienen gatos por diversión. Si bien son suaves y juguetones cuando jóvenes, ya entonces poseen una astucia innata y una disposición perversa, que aumenta con la edad y que la educación no hace sino disimular. Sienten una inclinación natural por el robo y una educación distinguida solo los convierte en ladrones serviles y aduladores, pues demuestran la misma destreza, sutileza e inclinación por la travesura que por el saqueo. Como todos los bribones, saben cómo ocultar sus intenciones; saben observar,

> esperar y elegir la mejor oportunidad para apoderarse de su presa, y para huir del castigo y permanecer alejados hasta que pase el peligro y puedan retornar a salvo. Se adaptan fácilmente a los hábitos de la sociedad, pero nunca van a adquirir sus modales, porque de apego solo tienen la apariencia, como puede verse por la oblicuidad de sus movimientos y la duplicidad de su mirada. Nunca miran a la cara a quienes mejor los tratan y por quienes parecen sentir más aprecio, pero, sea por miedo o falsedad, se acercan a ellos sinuosamente para buscar esas caricias que no les son placenteras pero que soportan para adular a aquellos de quienes las reciben. Una actitud muy diferente de la del perro, fiel animal cuyos sentimientos se orientan todos hacia la persona de su amo. El gato parece solo pensar en sí mismo y vivir en condicional, únicamente compartiendo la sociedad de la que puede abusar, y por esta disposición tiene más afinidad con el humano que el perro, que es todo sinceridad.

Buffon se redime con esta última frase, pero lo que ha dicho antes es un completo sinsentido. Lejos de evitar la mirada, los gatos tienen la costumbre de mirarlo a uno por horas; es uno de sus trucos más desconcertantes. Pero ¿para qué perder el tiempo refutando a Buffon? En su inestimable obra de referencia *El diccionario del diablo*, Ambrose Bierce destaca en su definición de "zoología": "Dos expositores ilustres de la ciencia fueron Buffon y Oliver Goldsmith, de quienes aprendimos (*L'Histoire générale des animaux* y *A History of Animated Nature*) que la vaca doméstica cambia sus cuernos cada dos años".[18] El mismo Bierce no era amante de los gatos, sin embargo. No creo que le importara ninguna clase de animal, ciertamente no el humano. La definición de "gato" en su diccionario dice: "Autómata suave e indestructible, provisto por la naturaleza para que reciba las patadas cuando las cosas andan mal en el círculo doméstico".

Hay que añadir a Noah Webster en esta lista infame; en su diccionario insertó este insulto gratuito al "gato de pisada sigilosa": "El gato doméstico es un animal engañoso y, cuando se enfurece, extremadamente rencoroso". El doctor Johnson, quien en realidad apreciaba a los gatos más que a Boswell, era algo reticente a reconocerlo. La definición en su diccionario es ambigua: "Un animal doméstico que atrapa ratones, considerado por la

mayoría de los naturalistas como el orden inferior de todas las especies leoninas".

A sir Walter Scott originalmente no le gustaban los gatos, pero en sus últimos días admitió: "El mayor progreso que he hecho hasta ahora con la edad es el gusto por el gato, un animal que detestaba, y el aprecio por el jardín, un arte que menospreciaba". Enrique III de Francia, un monarca débil y disoluto, odiaba a los gatos. También Meyerbeer. M. Jusserand dice de Ronsard: "No puede esconder el hecho de que le gusta dormir hacia el lado izquierdo, odia a los gatos, no le gustan los criados 'de manos lentas', cree en los presagios, adora el ejercicio físico y la jardinería y prefiere, especialmente en verano, los vegetales a la carne". Y el mismo Ronsard dejó pruebas de su aversión en las siguientes estrofas de un largo poema dedicado a Remy Belleau:

No hay otro hombre en el mundo
que odie al gato más profundo.
Odio sus ojos, su frente, su forma de mirar
De solo verlo prefiero marchar.

Honoré Schoefer y Toussenel también detestaban a los gatos. Este último afirmó una vez que ningún hombre de buen gusto puede mantener relaciones empáticas con un animal que es aficionado a los espárragos.

Hilaire Belloc ha expresado de manera contundente su desprecio en un texto titulado "On Them", pero a pesar de él la admiración se asoma aquí y allá en sus antipáticas líneas:

> No me gustan. No es bueno preguntarme por qué, aunque tengo muchas razones. No me gustan. No habría nada de malo en decir que no me gustan si no fuera porque tanta gente se emboba con Ellos y cuando uno los escucha alabarlos, se siente incitado a expresar su odio y miedo por Ellos.
>
> Sé muy bien que Ellos pueden hacernos daño y que tienen poderes ocultos. Todo el mundo ha sabido eso por cien mil años, más o menos, y se han hecho todos los intentos por apaciguarlos. Jacobo I ahogaba a sus amantes o las quemaba, pero a *Ellos* los perdonaba. Los egipcios los momificaban y veneraban a las momias; los tallaban en piedra en Chipre

> y en Creta y en Asia menor, o algo más notable aun, los artistas, especialmente en el Imperio Occidental, los dejaban afuera por completo, tan temida era su influencia. Bien, yo me rindo hasta el punto de no escribir su nombre y solo llamarlos “Ellos”, pero los odio y no tengo miedo de decirlo.
> Su amo los protege. Tienen una vida afortunada. He visto cómo uno fue arrojado desde gran altura a una calle de Londres y que después de caer siguió caminando tranquilamente con la dignidad del mundo perdido al que pertenecía.
> Beben cerveza. No es una teoría; lo sé; lo he visto con mis propios ojos. Comen alimentos especiales; pueden llegar a comer hasta pan seco… pero jamás, bajo ninguna circunstancia, comerán algo que haya sido envenenado, así de absoluta es su falta de sencillez y humildad, y así de abominablemente bien dotados de astucia han sido creados por cualquiera que sea el demonio que produjo esa raza.
> Todo lo que hacen es malvado y todo lo que piensan es nocivo, y cuando yo me deshaga del mío (como pienso hacerlo la próxima semana, en una cesta), tengo primero que leer en un libro de estadísticas cuál es la zona más infame de Londres y lo dejaré allí, porque no conozco a nadie entre mis vecinos tan vil como para merecerlo de regalo.

Alphonse Daudet sentía miedo de los gatos; a Georges Docquois le contó el motivo: “Una noche estábamos en casa, en círculo alrededor del quinqué. Solo mi padre estaba ausente y no esperábamos su vuelta para esa noche. De hecho, no esperábamos a nadie. La paz del hogar junto a la chimenea era completa y deliciosa. De pronto, en la habitación contigua, empezó a sonar el piano. Se oía como si las notas gimieran tenuemente bajo unos dedos enguantados con gruesos mitones… Me aterré. Los demás también. Tras un momento de silencio el piano insinuó unos lúgubres quejidos cromáticos. Era como si unas almas desoladas estuvieran llorando en el salón. ¡Qué sensación! Entonces el piano calló, cesó de crujir, y oímos una caída en la alfombra, algo liviano y pesado a la vez, como un peso amortiguado imposible de describir… Después de otro silencio, un pequeño gemido…”.

Si los enemigos de los gatos se contentaran con odiarlos nadie tendría ninguna queja, pero al pobre micho se lo ha perseguido tan violentamente como a los cristianos en la antigua Roma o a los judíos en la moderna Polonia. Como entraba y salía por las ventanas de las casas habitadas supuestamente por hechiceras, se lo asoció con ellas y a menudo compartió su pavoroso destino. Las brujas medievales nada hicieron por disipar esta creencia, pues a menudo en sus confesiones inculpaban a los gatos. En una ejecución del siglo XVII se quemó a una mujer y catorce gatos encerrados en una jaula sobre un fuego lento; los animalejos, aterrorizados, desesperados, desgarraron a la mujer en su propia agonía de muerte. Para la coronación de Isabel I, uno de los atractivos de la procesión era un papa de mimbre en cuyo interior gatos vivos "comenzaron a chillar de la manera más horrible tan pronto como sintieron el fuego". En numerosas fiestas religiosas en Alemania, Francia e Inglaterra la culminación contemplaba arrojar unos cuantos mininos desgraciados desde un punto en altura o directamente al fuego. En 1753, unos franceses recibieron un finiquito de cien *sols parisis* por haber provisto durante tres años todos los gatos necesarios para las piras del festival de San Juan.

En Vosges se quemaban gatos para el martes de Carnaval; en Alsacia se arrojaban a la hoguera de Pascua. En las Ardenas los tiraban a las hogueras que se encendían el primer domingo de Cuaresma; a veces, con un sentido estético más desarrollado, los colgaban de un palo largo y los asaban vivos. "El gato representaba al diablo; ningún padecimiento sería suficiente". En las hogueras del solsticio de verano que se encendían en la Place de Grève en París se acostumbraba a quemar un canasto, barril o saco lleno de gatos vivos, colgados de un mástil encima del fuego. En 1648 Luis XIV, con una

guirnalda de rosas a guisa de corona, y rosas también en las manos, encendió él mismo la hoguera, danzó frente a ella y luego participó del banquete en el Hôtel de Ville. Todos estos ejemplos aparecen en *La rama dorada*, de sir James George Frazer. Y los albañiles en Francia acostumbraban a meter un gato vivo bajo el piso antes de clavar la última tabla; se suponía que la ceremonia traería buena suerte a los flamantes habitantes de la casa. En las demoliciones de antiguas mansiones parisinas a menudo se encuentran los restos secos de gatos convulsionados por el sufrimiento que debieron soportar antes de morir.

Las pócimas de brujas y hechiceros solían tener como ingrediente a nuestro objeto de estudio: sesos de gato, ojos de gato y grasa de gato. En una antigua colección llamada *The young Angler's Delight* hay una receta para atrapar peces:

> Sofoque un gato hasta la muerte; a continuación desángrelo, y después de espulgarlo y destriparlo áselo en un espetón sin engrasar; reserve el goteo para mezclarlo con yemas de huevo y una cantidad equivalente de aceite de nardo; mezcle bien, empape la caña, el anzuelo o el cebo y verá como los peces vienen a usted, para su felicidad.

Los niños desde hace mucho consideran una prerrogativa suya atormentar a los gatos. Lo hacen amarrándoles a la cola latas o un cordel con petardos encendidos, metiendo sus patitas delanteras en cáscaras de nuez o poniéndolos a navegar en un cuenco en el estanque de los caballos. Booth Tarkington, toda una autoridad en adolescencia, escribe: "El sufrimiento de los gatos es un barómetro de la tensión nerviosa de los niños, y se sabe que los miércoles después de la escuela es el peor momento para los primeros (…) Es probable que si hubiesen estadísticas disponibles mostraran que los gatos detestan los miércoles, temor que comparten otros animales y hasta cierto punto las ventanas, si las ventanas tuvieran sistema nervioso. Y no se piense en esta probable aprensión de parte de los gatos y los demás como una mera superstición. Es cierto que los gatos tienen sus supersticiones, pero las acciones inspiradas por la visión de un niño con un misil en la mano son mejor prueba del funcionamiento de la lógica en una naturaleza práctica que de la fe en lo sobrenatural".

Edwin Tenney Brewster cuenta cómo a falta de una pelota propiamente tal ciertos niños jugaban al fútbol amarrando dos gatos con un cordel para la ropa. Y observa:

> El público es sentimental. No soporta matar a esas criaturas. Así que las hunde en barriles de ceniza, donde mueren a su tiempo y no precisamente muy cómodas. Las arrojan a pozos ciegos para que la próxima lluvia tenga la bondad de ahogarlos. Hay amas de casa minuciosas que, antes de relegar a los gatitos a la pila de la basura, los convierten en pulcros paquetes envueltos en papel y atados con una cuerda. Este amable artilugio protege a los mininos indefensos de los perros callejeros y les permite asfixiarse o morir de hambre con toda calma. En los distritos dominados por bloques de departamentos, un método rápido y fácil es simplemente abrir la ventana y adiós, gatitos. Una caída desde cuatro pisos de altura con aterrizaje en el pavimento o las púas de los barrotes normalmente es indicio suficiente para que un gatito inteligente no intente volver.

Se han lanzado gatos con piedras al cuello desde las torres de las iglesias, los han masacrado perros belicosos, han sido pateados hasta morir, ahogados, encerrados vivos en estufas y hornos de panadería,[19] rociados de cal, triturados por tacones puntiagudos en el cráneo, amarrados por la cola y colgados. En España, en tiempos de Gautier, era costumbre privarlos de orejas y colas, lo que les confería la apariencia de “quimeras japonesas”. En La Habana, me han contado, los traviesos niños de las barriadas pobres practican aquel alegre deporte que implica sumergir a un gato en un balde de queroseno y luego prenderle fuego, para soltarlo como si fuera una cometa ardiente con efectos de sonido. En 1815, justo antes de la partida de Napoleón a Santa Elena, un gracioso hizo una broma en la ciudad de Chester. Se distribuyeron volantes anunciando que la isla estaba infestada de ratas y que se pagarían dieciséis chelines por cada gato adulto, diez por cada hembra adulta y dos chelines con seis peniques por cada gato pequeño. El día previsto, la ciudad amaneció llena de hombres, mujeres y niños acarreando gatos en los brazos. Se armó un gran alboroto y los gatos escaparon. Se dio muerte a varios cientos, muchos otros se ahogaron y los restantes plagaron las casas y los graneros vecinos durante semanas.

En Francia comen gato hecho pasar por conejo. Acerca de esta costumbre

he encontrado una breve mención en un libro de un autor indigno cuyo nombre no voy a publicitar. Quien habla es un marinero francés:

> A veces comemos estofado de conejo. Cuando se casó mi hermana comimos estofado de conejo. Durante semanas atrapamos gatos en los caminos, en los campos, en los graneros. Mi hermano atrapó gatos y yo atrapé gatos y mi padre atrapó gatos; todos atrapamos gatos. Atrapamos cuarenta gatos, tal vez cincuenta. Algunos eran machos, otros hembras preñadas. Algunos eran negros y otros blancos y algunos eran amarillos y otros atigrados. Un gato arañó a mi hermano en la cara y le dejó una gran herida que le sacó sangre. Después los encerramos en una habitación, mi padre y yo… Mi hermano tenía miedo después de haber sido arañado. Entramos con garrotes y dimos golpes a diestra y siniestra. Durante una hora perseguimos a los gatos dándoles en la cabeza hasta que todos yacieron en el suelo. ¡Cómo aullaban y peleaban! Pero nosotros estuvimos a la altura. Entonces mi hermano y mi madre los desollaron y prepararon un magnífico estofado de conejo para la boda de mi hermana.

Una de las aventuras del archiirreverente Till Eulenspiegel es sobre cómo cosió a un gato una piel de liebre y lo vendió a unos peleteros en Leipzig. Antes de zampárselo los mercaderes quisieron gozar de los placeres de la caza, de manera que soltaron al animal en el jardín y le echaron a los perros; pero la liebre se subió a un árbol y comenzó a maullar, con lo cual quedó expuesta la broma de Till y el gato fue ejecutado.

Se recordará que los inigualables Bouvard y Pécuchet experimentan con un niño y una niña para poner a prueba sus teorías superiores sobre educación. Desde luego los niños, unos incorregibles, proceden a demoler esas elucubraciones de inmediato. Una de las horrorosas hazañas de Víctor supone la tortura de un gato. Al oír los alaridos de Marcel, el sirviente, Bouvard y Pécuchet corren a la cocina.

> –¡Sáquenlo! Es demasiado, ¡es demasiado!
> La tapa de la olla saltó de pronto como el estallido de un obús. Una masa gris salió disparada hacia el techo y luego se retorció desesperada, emitiendo unos aullidos aterradores.

Entonces reconocieron al gato; demacrado, sin su pelaje, la cola como un trozo de cuerda y los ojos dilatados, blancos como la leche, vacíos. Y aun así el gato miraba todo.

El espantoso animal se arrojó aullando a la chimenea, donde desapareció un momento y luego rodó hasta las cenizas, ya sin vida.

Víctor había perpetrado esta atrocidad, y los hombres, pálidos de espanto y estupor, retrocedieron. A los reproches que le dirigieron el niño respondió como el guardia rural sobre su hijo, sin ninguna ceremonia y con aire de inocencia, con la placidez del instinto saciado:

–¡Y qué, si era mío![20]

En *Los hermanos Karamázov*, Dostoievski apunta a la malignidad de Smerdiakov al decirnos que en su infancia "era muy aficionado a colgar gatos y a enterrarlos con gran ceremonia. Se ponía una sábana a modo de casulla y cantaba mientras agitaba algún objeto sobre el gato muerto, como si fuese un incensario". En un libro extremadamente malo llamado *Nightshade*, de Paul Gwynne, el perverso doctor Meisterlimmer arroja a un gato por una ventana. "Cayó cuatro plantas hasta el patio y se quebró la espina dorsal. Meisterlimmer lanzó una carcajada vigorosa al ver al desdichado arrastrarse entre lamentos…".

Al menos un gato ha sufrido a causa de sus convicciones religiosas. George Borrow, en *Wild Wales*, describe a uno en Llangollen, abandonado por un antiguo vicario. Casi todos los habitantes del pueblo eran disidentes y se negaron a acoger al pobre animal; peor, lo persiguieron. "Oh, no ha habido un gato más perseguido que aquel desdichado, y únicamente por las opiniones que se suponía que había absorbido en la casa de su último amo; porque, que yo sepa, los disidentes de Llangollen nunca tuvieron la costumbre de perseguir gatos; este gato era un gato de la Iglesia de Inglaterra y eso era suficiente. ¡Apedréenlo, cuélguenlo, ahóguenlo!, eso pedía la gente de allí. Si los obreros de la fábrica de telas, todos calvinistas metodistas, llegaban a atisbarlo desde las ventanas del edificio, salían en masa, con palos, piedras, o a falta de otras armas con bostas de caballo, de las que abundaban en el camino, y lo perseguían por la orilla o tal vez sobre el mismo río Camlas (…) los habitantes de una pequeña calle entre nuestra casa y la fábrica, todos disidentes, si lo veían rondar por el manzanar le chillaban y le tiraban cualquier bagatela que tuvieran a mano, tratando de

darle en la cabeza o el cuerpo al gato eclesiástico". Mis lectores estarán felices de saber que Borrow recogió al gato, lo curó de una enfermedad eruptiva, lo alimentó hasta que recuperó el buen aspecto, y cuando abandonó el vecindario lo dejó al cuidado de una joven de "profundos principios religiosos". Tiempo después supo que el gato "había continuado con su vida en paz y tranquilidad, hasta que una mañana dio un brinco repentino desde la chimenea hacia el exterior, dio un maullido y murió".

Sobre la vivisección, aunque es sin duda uno de los riesgos de la vida gatuna, no tengo la intención de extenderme aquí, pero parece un momento apropiado para hablar de las infernales operaciones del profesor Mantegazza, de Milán, cuya obra *Fisiología del amor* resulta más o menos familiar a los lectores ingleses. El profesor Mantegazza también escribió una *Fisiología del dolor*, para la cual llevó a cabo experimentos "con el mayor deleite y extrema paciencia por el lapso de un año". No hay necesidad de enumerar los repugnantes detalles que contiene este libro diabólico, pero entre otros tormentos el italiano ideó una máquina –que por cierto apodó "El Verdugo"– en la que primero se aguijoneaba "con clavos largos y delgados" a animales pequeños, de manera que el más mínimo movimiento era una agonía; luego padecían otras torturas y eran desgarrados y retorcidos, aplastados y lacerados, hora tras hora. "En el augusto nombre de la ciencia se ha sometido a animales diversos a quemaduras, cocción, congelamiento, inmersión en aceite inflamable y luego exposición al fuego, laceración de las patas con clavos, muerte por hambre; han sido desollados vivos, triturados y atormentados en todas las formas imaginables. El ingenio humano se ha puesto a prueba al máximo para idear nuevas torturas, solo para observar los curiosos resultados que producen", se sostiene en *Animal's Rights*, un libro de 1894.

Y no es que no existan personas capaces de defender a los gatos en problemas. Octave Mirbeau describe a uno de ellos en su horripilante narración "El guardián de las vacas", donde se tortura a un gatito pero el torturador encuentra la muerte a su vez. Uno se pregunta qué es lo que el autor de *El jardín de los suplicios* habría escrito sobre Mantegazza.

También están los amantes de los pájaros, algunos de los cuales son tan rabiosamente histéricos que si pudieran terminarían con todos los gatos.[21] Ante los meros sentimentalistas que protestan por la crueldad gatuna no tengo nada que agregar a mis comentarios del capítulo anterior. Para un

gato es natural matar pájaros; es carnívoro y el pájaro le parece tan tentador como a un hombre las chicas del Folies Bergère. Algunos además disfrutan cazar porque sí y matan pájaros que no se comen. Los gatos persas, que son un lujo, suelen vivir en semicautiverio por eso mismo y por lo tanto hay que descartarlos de esta discusión.

La mayoría de quienes demonizan al gato como cazador de pájaros usan argumentos económicos para ello: una vieja artimaña de los reformistas, una fórmula típica de quienes se creen superiores, que casi siempre es eficaz para suscitar cierto interés público. Estos señores afirman que los pájaros cuidan la vegetación de las granjas liberándola de gusanos, y por lo tanto los gatos merman la producción agrícola al atacar a las aves. Todo está muy bien pero no me van a decir que el objetivo de un espantapájaros sea asustar a los gatos precisamente. Por no hablar de un cerezo que vi, despojado de sus frutos en una sola mañana gracias a una bandada de pájaros.[22] Y me resulta placentero recordar que el señor Darwin hizo una curiosa especulación referida al modo en que una escasez de gatos en un distrito rural afectaría la vegetación del vecindario, puesto que aumentaría proporcionalmente la cantidad de aves y otros animalillos del campo, que arrasarían con el entorno vegetal.

Cuando Calvin, el excepcional gato de Charles Dudley Warner, le llevó por primera vez un pájaro, Warner le dijo que eso estaba mal “y traté de convencerlo de ello mientras el gato se lo comía, porque es un gato razonable y entiende todo excepto el teorema del binomio y el tiempo de inactividad del arco de cicloide. Pero no surtió efecto. La matanza de pájaros continuó, para mi gran pesar y vergüenza”. Hasta que un día Warner encontró las vainas de las arvejas vacías y el vivero de fresas sin nada de fruta, y cambió de parecer. Llamó a Calvin y lo acarició.

> Le prodigué un cariño entusiasta. Le dije que no tenía ninguna culpa; que había entendido que la acción que a mí me había parecido un vicio era en realidad una heroica exhibición de consideración por mis intereses. Le ordené ir y seguir haciéndolo. Ahora veía cuánto mejor es el instinto que la mera razón desconcertada. Así es el ciclo de la naturaleza. Los gusanos comen unas criaturas nocivas del suelo. Los pájaros se comen a los gusanos. Calvin se come a los pájaros. Nosotros comemos… no, no nos comemos a Calvin, hasta ahí llega la cadena.

Cuando se asciende por la escala del ser y se llega a un animal que no es comestible, como nosotros, ya se puede descansar. Respetemos al gato. Es un hito en la cadena alimenticia.

Me place recordar que la mayoría de los pasajes literarios sobre el gato son de esta tónica; incluso Olive Thorne Miller, gran amante de los pájaros, escribió un capítulo muy elogioso sobre el gato común, el gato de la calle, en uno de sus libros de aves.

En la ficción, los malignos enemigos de los gatos por lo general son comisarios o superintendentes de humor febril; a veces hasta echan espuma por la boca. Un relato de T.G. Pearson, por ejemplo, habla de un gatito sanguinario criado en casa que nunca había visto un pájaro, y lo describe agazapado y preparándose para saltar hacia un fonógrafo en el que sonaba la grabación de un ruiseñor. (Me pregunto si el señor Pearson sabe que los guardabosques en Inglaterra matan a los ruiseñores porque su canto no deja dormir a los faisanes). Yo podría contar una historia parecida a la del fonógrafo y el ruiseñor. Pasan muchos aviones volando cerca de casa, y cuando eso ocurre Feathers manifiesta la más viva emoción, corre a la ventana de mi buhardilla, emite su grito de caza, eriza el pelaje y se prepara para saltar.

La naturaleza, como bien saben Joseph Conrad, Thomas Hardy, Anatole France, James Branch Cabell y algunos otros, rara vez rechaza una oportunidad de ser irónica. Así, hay pájaros que se cuentan entre los peores enemigos del gato. El águila desciende en picada desde el cielo, con sus mortíferas garras lo aferra por la espina dorsal, le destroza la cabeza con el pico mientras sostiene a la pequeña bestia en el aire y bate sus alas

descarnadas y aterradoras. Un guardia de la jaula de las águilas de un zoológico de Londres informó al doctor Louis Robinson que cuando se quedaban sin comida les ofrecían gatos. “Si no se los comen es que van a morir pronto”, dijo.

Otro de los más empedernidos y egoístas enemigos del gato es el supuesto amigo que va a Palm Beach en invierno o a Lake Placid en verano y lo deja abandonado a su suerte en la ciudad. O la dama de buen corazón que sencillamente no puede soportar ahogar a unos gatitos tiernos, así que los aleja de su madre y los deposita en algún jardín público, donde encontrarán una muerte cruel a manos de niños o perros, mientras la madre gata sufre no solo por la pérdida de su camada sino por el exceso de leche en su cuerpo. (Conozco un caso de este tipo, en el que un amigable gato adulto succionó hasta que se arregló el problema).

Es bastante alentador saber que los gatos odian tan intensamente como los humanos, que también elaboran sus pequeñas *vendettas* sicilianas para compensar en algo los insultos a su raza. Una conocida leyenda irlandesa cuenta que una vez un hombre castigó muy duramente a una gata por un delito menor, y luego ella desapareció. Unos días más tarde, hombre y animal se encontraron en un estrecho sendero. La gata dedicó al hombre una mirada vil, y cuando él hizo el intento de amedrentarla se lanzó sobre él y le aprisionó una mano con tal ferocidad que debieron cortarle la cabeza para hacerla abrir las garras. El hombre murió poco después a causa de las heridas. En el cuento de Frederick Stuart Greene “The cat of the Cane-brake”, el felino se venga de la mujer que lo ha maltratado arrastrando una serpiente cascabel hasta su cama y depositándola en su pecho. Tampoco olvidemos a la excéntrica gata del señor Wilde en el relato de Robert W. Chambers “El reparador de reputaciones”. En su primera aparición en el cuento ataca al tullido memorioso con quien vive: “Antes de que pudiera moverme, aplanó el abdomen contra el suelo, se engrifó, tembló y acto seguido le saltó a la cara. Aullando y echando espuma por la boca rodaron por el suelo, arañándose y desgarrándose, hasta que la gata huyó entre chillidos a refugiarse bajo el ropero y el señor Wilde se volvió sobre su espalda, contrayéndose y enroscándose como las patas de una araña moribunda”. En una ocasión posterior lo descubren “gimiendo en el suelo, la cara ensangrentada, las ropas desgarradas. Había gotas de sangre esparcidas por la alfombra, que había resultado rasgada y deshilachada en la

lucha que evidentemente había tenido lugar hacía poco. ‘Es esa maldita gata –dijo, volviendo sus ojos descoloridos hacia mí–; me atacó mientras dormía. Creo que terminará por matarme’. El señor Wilde tenía toda la razón: la gata efectivamente acabó con él”.

Se recordará que en el cuento de Poe “El gato negro” el protagonista ha tratado muy mal a un gato llamado Plutón, que al final será quien entregue a su amo a la policía por asesinar a su mujer. Dos viejas historias ofrecen una corroboración interesante de esta fábula. Una de ellas cuenta que se había cometido un asesinato en Lyon y se pidió a un médico que investigara el caso. El hombre fue a la casa de la víctima y la vio tendida en medio de un charco de sangre. Desde arriba de un armario un enorme gato blanco observaba la escena, los ojos fijos en el cadáver. Toda la noche se mantuvo velando a su ama muerta con expresión de horror. A la mañana siguiente, cuando la habitación se llenó de policías, todavía se mantenía en su posición, sin tomar en cuenta el traqueteo de las armas ni las voces de los visitantes. Pero, cuando hicieron entrar a los sospechosos a la estancia, los contempló de hito en hito con una malignidad muy particular y detuvo la mirada en uno; luego se retiró bajo la cama. A partir de entonces el detenido comenzó a perder los nervios y poco después confesó el crimen.

Una historia similar aparece en la autobiografía de la señorita Cornelia Wright, dama de compañía de Carlota de Gales: “Una anciana murió hace algunos años. Tenía un sobrino a quien legó todas sus posesiones. Tenía también un gato mimado, que nunca la abandonó e incluso permaneció junto al cadáver todo lo que pudo. El sobrino era abogado, y mientras leía el testamento después del entierro –aparentemente en una habitación contigua a aquella en la que había muerto la dama– el gato, inquieto, se mantuvo del otro lado de la puerta. Cuando esta se abrió saltó sobre el abogado, lo atacó por el cuello y los presentes a duras penas impidieron que lo estrangulara. El hombre murió dieciocho meses después, y en su agonía confesó que había asesinado a su tía para quedarse con su dinero”. En *Gleanings in Natural History*, Edwards Jesse dice saber de un hombre que fue deportado por el delito de robo. Él y otros dos ladrones habían irrumpido en la casa de un caballero que vivía cerca de Hampton Court. Mientras reunían el botín en sacos, un gato negro de gran tamaño voló hacia uno de los rateros y le clavó las garras en la cara.

El gato, a diferencia del perro, se niega a devolver bien por mal, a poner la

otra mejilla. Estas venganzas, sin embargo, son extremas. Lo normal es que huyan del perseguidor o lo ignoren. Pero es importante recordar que este es el animal que los amantes de los perros a veces llaman “ingrato”.

17 Aquellos que no sienten nada por los gatos los consideran unos mamíferos aullantes y retromingentes. Thomas Pennant, quizás, fue uno de ellos. Aquí está su descripción de la esfinge de la chimenea: “Es un sirviente útil pero embustero; activo, limpio, sosegado, concentrado en su presa. Cuando lo complacen ronronea y mueve la cola; cuando se enoja escupe, bufa y golpea con la pata. Cuando camina retrae las garras; bebe poco; es aficionado a los peces; se lava la cara con la pata delantera (Linneo dice que ante la proximidad de una tormenta); la hembra es muy lasciva, una amante lamentable, chillona y desafinada. Sus ojos brillan en la noche; cuando se frota en la oscuridad el pelaje emite chispas; es proverbialmente tenaz tratándose de la vida: siempre cae parado; es aficionado a los perfumes, el tomillo de gato, la hierba gatera, la valeriana, etcétera”.

18 Fragmento de *El diccionario del diablo*: trad. Eduardo Stillman. Madrid, Valdemar, 1993 [NdT].

19 En las primeras ediciones de *Mario el epicúreo* se lee este párrafo, que luego Walter Pater eliminó: “Fue entonces cuando el hijo del anfitrión le recordó a su animal favorito, que lo había ofendido de alguna manera y a quien había prohibido acercarse al banquete. ‘¡Hablo en serio sobre encerrarte en el horno un rato, cosita suave y blanca!’, había dicho al pasar junto al gran fuego de la cocina donde se preparaba el festín, todo decorado para la fiesta. Luego lo había olvidado, y fue con una risa natural como al abrir el horno vio la grotesca apariencia del animal, que estaba allí, medio quemado, junto a la puerta de hierro al rojo vivo”.

20 Fragmento de *Bouvard y Pécuchet*: trad. José Ramón Monreal. Barcelona, Mondadori, 2009 [NdT].

21 En 1897 se fundó en Westfalia el Antikatzenverein, un club cuyo objetivo declarado era hacer la guerra a los gatos.

22 Los amantes de los pájaros de vez en cuando se delatan. En un artículo en *Bird-Lore*, William Brewster cuenta cómo espantaba a las ardillas de sus tulipanes y a los estorninos de sus cerezos con un gato maltés blanco de brillantes ojos amarillos. Los estorninos, sin embargo, pronto se dieron cuenta del engaño y retomaron su labor depredadora.

4

EL GATO Y EL OCULTISMO

El carácter místico del gato ha deleitado a sus admiradores y aterrorizado a sus detractores desde que repentina y magníficamente hizo su aparición en la historia, alrededor del 1600 antes de Cristo. Una aparición que por cierto se sume en el más profundo misterio, porque aquellos que lo creen un apacible descendiente de algún gato salvaje deben de pasar por alto el hecho de que, de todas las bestias terrestres, es el que resiste de modo más persistente y feroz todo intento de domesticación. "¿Es un hada, es un dios?", escribe Baudelaire en *Las flores del mal*, y en otro lugar se refiere al "gato misterioso, gato seráfico, gato bizarro". Un redactor de la *Occult Review* nos asegura que los gatos tienen auras de color verde y que son los cuadrúpedos con mayor magnetismo. Sir Walter Scott dijo una vez a Washington Irving: "¡Ah!, los gatos son unos tipos misteriosos. Tienen más cosas en la mente de las que nos imaginamos, sin duda a causa de su familiaridad con brujas y hechiceros".

Sin embargo, sir Walter revirtió la causa y el efecto. Las brujas y los hechiceros están familiarizados con los gatos porque estos son místicos, no al revés. Su pisada es suave y silenciosa. Saltan con facilidad, y en apariencia ciegamente, al tope de una cómoda alta repleta de cristales y loza sin alterar un ápice esta quebradiza composición. Las pupilas de sus ojos, abiertas al máximo, varían con la luz: en China un tiempo estuvo de moda guiarse por ellos para saber la hora del día; en Suffolk es muy popular la suposición de que los ojos de los gatos se dilatan con el flujo y reflujo de la marea. Madame Michelet afirma que es su gran transparencia, su claridad, lo que confiere a estos ojos su misterio, unos ojos que ven más allá, que te clavan una mirada gnóstica y extática que nada tiene en común con los ojos

mendicantes o reprochadores de un perro. Por la noche, brillan y refulgen en la oscuridad. El gran maestro William Salmon, que escribió de gatos en su *Compleat English Physician*, publicado en 1693, parece estar hechizado: "En cuanto a sus ojos, muchos autores dicen que brillan en la noche, y que ven mejor cuando hay luna llena y más tenuemente con el cambio de fase lunar. Además varían con el sol: es redonda la pupila al amanecer y hasta bien entrado el mediodía, pero no se puede ver de noche, cuando todo el ojo brilla en la oscuridad. Estas apariencias de los ojos del gato estoy seguro de que son ciertas, mas si responden a las horas del día no lo sé, nunca lo he observado". Los párpados semicerrados son incluso más sugerentes de extraños poderes taumatúrgicos. También pueden ser ojos ferales, como registra Mérimée en *Carmen*: "*Ojo de gitano, ojo de lobo* es un refrán español que denota buen poder de observación. Si no tiene tiempo de ir al zoológico a estudiar la mirada del lobo, mire a su gato cuando acecha a un gorrión". El pelaje guarda electricidad y puede emitir una corriente como un rayo por el brazo de quien ataca al animal. A veces, en los silencios muertos de la noche, estando solo junto a un gato, he observado cómo sus ojos se dilatan de pronto, las orejas apuntan hacia atrás y la espalda se arquea antes de una inesperada e inexplicable cabriola, después de la cual el gato vuelve a ponerse cómodo y reposar sobre la pila de la ropa como si nada hubiera pasado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha despertado este ataque de extravagancia? ¿Algún ruido inaudible para los humanos, un olor desagradable, alguna reminiscencia de esas terribles noches medievales en que acompañaba a la bruja en sus viajes en un palo de escoba y se cruzaban por la cara de la luna?

El gato va a su ritmo, es orgulloso, conserva su dignidad y su cautela, guarda el secreto del ciborio y no da ninguna pista sobre las copelaciones que ha visto en los desvanes de los alquimistas. Puede ser perverso, se niega a que lo pongan donde no quiere, y a menudo se deleita en manifestar afecto por quien siente aversión por él y en ignorar a quien lo admira. "Nunca se llega a conocer a fondo a los gatos", dice un redactor en *All the Year Round*, la revista de Dickens.

> Nunca encontrará dos que no ofrezcan marcadas diferencias en sus modos y disposición, y en general la combinación que exhiben de reposo y actividad, y la rapidez con que pasan de uno a otra; su amable

> aspecto y frágiles formas, dotadas sin embargo de fuerza y elasticidad; sus repentinas apariciones y desapariciones; su tenacidad y sus incontables zafadas de todo peligro; sus movimientos fulminantes aunque mudos; sus a veces incomprensibles reuniones, sus extraños ruidos durante la noche, todo ello contribuye a investirlos de un halo de misterio, que alcanza su punto culminante en el caso (no muy frecuente) de un gato completamente negro.

¿Tan extraordinario es que estas cualidades los hayan transformado en dioses y en demonios a nuestros ojos? Muchos animales tienen un papel importante en la mitología y las religiones, pero pareciera que ningún otro está tan íntimamente ligado a ritos arcanos de varias épocas: reverenciado por los sacerdotes de Egipto, cercano a las brujas en la Edad Media, compañero de san Ivo y santa Gertrudis, “el más gentil de los místicos”, sagrado para santa Marta en Sicilia, amigo de Mahoma, símbolo del tiempo en China y veleta del clima en Escocia e Inglaterra, las silenciosas patas almohadilladas del gato se pasean por el folclor y las leyendas de Europa, Asia y África, que lo consignan sea con asombro o espanto, sea con ternura y veneración.

No hay gatos en la Biblia,[23] lo que agrada sobremanera a los amantes de los perros, y aparecen solo una vez en los evangelios apócrifos, pero la alusión es significativa. En Baruc, 6, 21 se lee:

> Sobre sus cabezas [las de los dioses e ídolos falsos] van a pararse los murciélagos, las golondrinas y otras aves, y hasta los gatos.

Nos enteramos de que un gato no solo puede mirar al rey, también se le permite sentarse sobre la cabeza de un dios. Los pintores de escenas

bíblicas evidentemente han considerado la omisión como un descuido o una perversión impertinente y lo han puesto de todas maneras; además, una vieja y encantadora leyenda árabe conecta la creación del gato con la historia del Arca de Noé. Dice así: el par de ratones instalados a bordo se reprodujeron y multiplicaron tanto que la vida se hizo insoportable para el resto de los ocupantes del barco, de modo que Noé pasó la mano tres veces sobre la cabeza de la leona y ella amablemente estornudó un gato. Otra historia oriental muy popular cuenta que el primer día en el arca las parejas de animales descansaron tranquilamente en sus estancias. El primero en aventurarse a salir fue el mono, que persuadió a la leona de olvidar sus votos de fidelidad. El resultado de esta transgresión inicial de las leyes naturales fue el nacimiento del gato, pero no solo eso, también "la proliferación de un espíritu de galanteo que se mantuvo durante toda la travesía".

Y Pierre Palliot cuenta en *La vraye et parfaicte science des armoires* (1664):

> El gato es más perjudicial que útil, sus caricias son más temibles que deseables, y su mordida es fatal. La causa del placer que nos proporciona es extraña y divertida. En el momento de la creación del universo, dice la fábula, el sol y la luna rivalizaron a la hora de poblar la tierra. El sol, grandioso, ardiente y lumínico, hizo al león, un animal hermoso, sanguinario y generoso. La luna, viendo a los otros dioses celestes admirar la nobleza de esta obra, hizo que el gato surgiera de la tierra, un animal tan desproporcionado respecto del león en belleza y bravura como lo era ella respecto de su hermano el sol. La disputa dio paso a las burlas y al enojo del sol, quien, molesto por el intento de la luna de igualarse a él, *créa par forme de mépris / en même temps une souris*. Pero, como el sexo débil nunca se rinde, la luna hizo un avance aun más ridículo al crear al más absurdo de los animales, el mono. Las estrellas recibieron a la criatura con sonoras carcajadas, y entonces una flama se extendió por toda la superficie de la luna, que amenazó con vientos tempestuosos y, en un último esfuerzo, delineó su eterna venganza del sol estableciendo la enemistad imperecedera entre el mono y el gato, y entre el gato y el ratón. De ahí viene la única ventaja que podemos derivar del gato.

Unas tablillas son la prueba de que los egipcios conocían al gato al menos mil seiscientos años antes del nacimiento de Cristo. Bastet, Bast o Bastis (o Pasht) era la diosa gata, venerada en la ciudad de Bubastis, y desde ese nombre ciertos filólogos han querido derivar la palabra *puss*, aunque a otros les gusta pensar que proviene del latín *pusus*, niño pequeño, o *pusa*, niña pequeña. Heródoto nos informa que Bastet ocupaba entre los egipcios una posición similar a la de Artemisa entre los griegos; era la Diana de los romanos. Diana, de hecho, asumió la forma de una gata cuando Tifón obligó a los dioses a tomar la forma de un animal para ocultarse. También hay una conexión con las diosas nórdicas Freya y Elda: el carruaje de Freya, la Venus teutónica, es tirado por gatos, y Elda se hace acompañar por doncellas posadas sobre gatos o ellas mismas con formas felinas. Bastet era la diosa de la luz, pero, más que Diana, tanto del sol como de la luna. La palabra egipcia *mau* significa "luz" pero también "gato". Y no solo eso: otro nombre para el rey-sol Ra era el Gran Gato. Aunque los mininos prefieren la luna; el poeta hindú dice: "El gato lame los rayos de la luna en el cuenco de agua, pensando que es leche". Ahora bien, Diana además era la diosa de la sabiduría, la caza y la castidad; y el gato sí es sabio y cazador, pero casto, ¡nunca!

En el *Livre de la science héroïque*, Vulson de la Colombière habla a la manera pintoresca de la heráldica sobre la relación del gato y la luna: "Así como el león es un animal solitario, una bestia lunática es el gato, cuyos ojos clarividentes y resplandecientes en la noche más oscura crecen y decrecen a imitación de la luna; pues, como ella, que cambia de cara todos los días según participa de la luz del sol, así el gato muestra pareja conducta, con la pupila creciente o disminuida tal que el astro. Hay naturalistas que aseguran que con luna llena los gatos tienen más fuerza para hacer la guerra a los ratones".

Los egipcios se afeitaban las cejas y guardaban luto cuando expiraba un gato, y la sanción por matar a uno de ellos era muy grave. Como se sospechaba de cualquiera que presenciara la muerte de un felino, los ciudadanos tomaban precauciones para mantenerse lo más lejos posible de esa situación, medida de precaución que se veía facilitada por el instinto gatuno de ocultarse cuando están enfermos, pues se saben incapaces de enfrentarse a sus enemigos en esa condición. El tema del relato de G.A.

Henty *The Cat of Bubastes* es el dilema de un egipcio que sin querer es responsable de la muerte de un gato.

Pintados en frescos, esculpidos en roca y hasta momificados: hay innumerables ejemplos de la veneración egipcia por este animal, entre ellos sus momias en museos contemporáneos. Los métodos de embalsamamiento eran varios, pero solo el más elaborado ha dejado registro. Las clases bajas deben de haber empapado los cuerpos en una mezcla antiséptica para conservarlos durante un tiempo, pero era privilegio solo de faraones y gobernantes que se trataran sus cuerpos con costosos ungüentos y especias para que reposaran en sus tumbas en perfecto estado durante miles de años… Así, la prerrogativa que se negaba al pueblo se le concedía al gato.[24]

Ha desconcertado a algunos científicos que se haya descubierto que hay ratones momificados en las tumbas de los gatos. Pero en los sepulcros de la realeza siempre se dejaba comida, ¡qué más natural que proveer alimento para el gato momificado! Se entenderá mejor este culto si damos crédito a los sacerdotes de Egipto, que parecían saber más que nosotros sobre simbolismo animal. El profesor Maspero es de la opinión de que el culto a los gatos entre las clases medias bajas de Egipto era ante todo una adoración por el animal en sí mismo, no al dios oficial que encarnaba. Para apoyar sus dichos describe ciertas *stelae* en el museo de Turín. En una de ellas, procedente de la décimo octava dinastía, hay pintadas dos enormes figuras de un gato y una golondrina tras una mesa de ofrendas, así como dos escribanos de rodillas. Las filacterias que acompañan el monumento declaran que las ofrendas son para el "buen gato" y la "buena golondrina", nada de dioses del panteón oficial bajo estas formas. Por lo demás, hay que tener en cuenta que después de cada inundación estacional del Nilo cada granja se convertía en una isla, en la que afloraban ratones, serpientes e insectos, para cuya depredación se dependía del gato (y del ibis para liberarlo).

Recuerdo una noche en una villa en las colinas de Florencia, una verdosa noche florentina, cuando una tonta curiosidad se apoderó de dos de nosotros y nos impulsó a dejar nuestro sitio en la galería, donde una débil brisa hacía parpadear las llamas de las lámparas romanas y las altas botellas de dorado Strega estaban a medio vaciar, para subir las escaleras, conducidos por una interrogante sin nombre, y buscar la habitación situada justo encima de donde nos habíamos sentado, que era la morada provisoria de dos gatos

persas de color blanco. El cuarto estaba vacío cuando entramos; la brillante luz de la luna entraba a raudales por la puerta, que daba a una terraza, y la terraza era el techo de la galería. Sin el menor ruido, y aparentemente sin razón, atravesamos la estancia con cuidado y miramos hacia fuera… Todavía puedo ver la expresión de horror en la cara de mi compañero, quizás reflejada en la mía, cuando, parados allí y ocultos por los cortinajes, vimos a los dos gatos levantar suavemente las patas delanteras y soltar dos palomas blancas que tenían aprisionadas; las palomas se elevaron vacilantes, con aire atolondrado y lentamente hacia la verde atmósfera mientras los gatos rodaban sobre sus espaldas, estirando al aire sus garras y emitiendo unos débiles maullidos… ¿Acaso aprendimos allí por qué el halcón y el gato se sientan juntos en los templos del Nilo?

Se pierde de vista al gato en la historia temprana de Grecia, lo que no quiere decir que no existiera.[25] Emily James Putnam señala con ironía que las mujeres sufrieron un eclipse similar. En Roma no se permitía a los perros ingresar al Templo de Hércules, pero a los gatos sí, e incluso en el ádito, lo que indica que aquellos sacerdotes sabían hacer de la necesidad virtud: es imposible excluir a los gatos de cualquier lugar donde quieran entrar. Hasta el día de hoy asisten a los templos cristianos de cualquier denominación, siempre que tengan el interés de hacerlo. En el *Every-day Book* de Hone hay una referencia a una curiosa costumbre medieval: “En Aix-en-Provence, durante la fiesta de Corpus Christi, se exhibía en un magnífico altar al mejor gato macho del campo, envuelto como un niño en pañales. Los feligreses se arrodillaban frente al altar y las manos esparcían flores o vertían incienso; en suma, ese día el gato era tratado en todos los aspectos como un dios”. Esta curiosa anécdota la recoge la mayoría de los libros sobre gatos, sin embargo ya en 1896 un redactor del periódico católico *The Month* le atribuye escasa credibilidad, pues, si bien la festividad era más antigua, en 1472 Renato de Anjou formuló un plan para los juegos del festival que incluía interludios teatrales para amenizar las ceremonias religiosas. Desafortunadamente el manuscrito del rey se perdió, pero sobrevive un recuento muy completo de los juegos, con curiosas ilustraciones, escrito poco antes de la Revolución Francesa, cuando a la procesión en Aix aún no se le tronchaba el esplendor, y es de allí de donde el colaborador de *The Month* extrae su información. Al parecer había doce *jeux* y el gato aparecía en el primero, que se llamaba, claro, “El juego del

gato”: uno de los actores llevaba una vara alta con la imagen dorada de un becerro rodeado de israelitas en el tope, mientras Moisés, fácilmente reconocible por sus cuernos, y Aarón, con su peto distintivo, los increpaban a la distancia. Pero el centro del interés popular era el gato. Sobre cómo llegó a integrar el cuadro no podemos sino hacer conjeturas, pero en cualquier caso allí estaba: otro actor llevaba a un pobre gato en los brazos, embozado, probablemente para evitar los rasguños. En medio de la escena lo lanzaba al aire tan alto como podía, para luego atraparlo, con mayor o menor destreza, en medio de los aplausos de la multitud. Un grabado de Grégoire representa al gato en ese acto y retrata la agonizante expresión de la víctima. “Podemos entender fácilmente que esta pizca de cruel bufonería haya sido el atractivo más popular de la procesión –agrega el autor–, pero solo podemos explicar la presencia del pobre gato suponiendo que, además del becerro de oro, Renato de Anjou quería sugerir que los hijos de Israel recordaban en algo la adoración al animal de los egipcios. En cualquier caso, es en este sentido y solo en este sentido como puede decirse de los habitantes y sacerdotes de Aix que rendían honores divinos al gato”.

El gato parece haber estado en las casas en China desde el siglo v, y desde allí llegó a Japón cinco siglos después. En leyendas y el folclor de ambos países suele ser un personaje demoníaco y censurable, aunque hay historias de gatos que hicieron amistad con mortales. Es habitual que robe objetos preciosos y que se lo muestre con el pernicioso hábito de producir bolas de fuego danzantes; a veces se envuelve una toalla en la cabeza y camina en dos patas sobre la azotea; a veces le crece una cola bifurcada y de esa manera se convierte en un *nekomata*. Al cumplir diez años comienza a hablar. En China lo usan las mujeres mayores para eludir ciertas abyecciones; en Japón, por el contrario, destruye a las veteranas. Su fuerza espiritual aumenta con la edad y con el número apropiado de años es capaz de trasmutarse en otros seres. Esta creencia encuentra confirmación en el folclor europeo, que sostiene que un gato de veinte años se convierte en bruja y una bruja de cien años vuelve a convertirse en gato. No obstante, a pesar de su depravación, en Japón matar al felino era un pecado que llevaba aparejado un penoso castigo espiritual: se decía que la maldición de la bestia no recaía solo en el culpable sino sobre su familia hasta la séptima generación. A veces el gato mataba al culpable; a veces le bastaba con atormentarlo. Los persas también dudaban antes de asesinar a un gato,

puesto que los genios y los demonios solían asumir formas felinas, y los demonios desahuciados podían estar bien dispuestos a pasar el resto de la eternidad acosando al responsable de la destrucción de su morada. En Egipto creían que un genio toma la forma de un gato cuando quiere aparecerse en una casa, y que la segunda en nacer de un par de mellizas podría convertirse en gato con el fin de satisfacer sus deseos. Un viajero que había matado a uno por hacer estragos en su bodega en Luxor fue visitado al día siguiente por un vecino que era boticario, y que le rogó que no volviera a hacerlo: “Mi hija –le explicó– a menudo lo visita a usted en forma de gato para comerse su postre”.

Y tenemos la doctrina de la metempsicosis. En China se creía que las personas se convertían en gatos al morir, lo que llevó a la poderosa emperatriz Wu a prohibirlos en su palacio porque una dama de la corte, a quien ella había hecho condenar a muerte, la perseguía en su calidad de gato fantasma, amenazándola con convertirla en rata. Hay un cuento en el *Konjaku monogatarishū* de un hombre que tenía mucho miedo de los gatos, probablemente porque había sido rata en su vida anterior. La misma creencia se impuso en la India, por cierto. El general sir Thomas Edward Gordon narra en *A Varied Life* (1906) la interesante historia que sigue:

> Durante veinticinco años, cada miembro de la guardia nativa de la Casa de Gobierno cerca de Poona comunicó regularmente a su relevo un anexo oral al reglamento escrito que estipulaba que cualquier gato que pasara de noche frente a la entrada debía recibir el tratamiento de Su Excelencia el Gobernador. Sir Robert Grant, gobernador de Bombay, había muerto allí en 1838, y al anochecer del día de su deceso la gente

de la casa había visto a un gato abandonando la morada por la puerta principal, para dar un paseo tal como había sido costumbre del gobernador cada día tras la puesta del sol. Un centinela hindú observó ese comportamiento y lo mencionó a sus compañeros en la fe, quienes divulgaron la conjetura supersticiosa hasta que un sacerdote la explicó como una manifestación misteriosa del dogma de la transmigración: el espíritu del difunto gobernador había entrado en una de las mascotas de la casa. Como era difícil saber en cuál de ellas, se decidió que todos los gatos que pasaran frente a la entrada principal después del anochecer recibirían los honores correspondientes. Todos los empleados de la Casa de Gobierno acataron sin chistar la decisión, así como la guardia completa, de cipayo a oficial.

Los orientales son más sagaces que nosotros en materia de gatos. Les atribuyen un lenguaje, un conocimiento del futuro, una sensibilidad extrema que les permite percibir objetos y seres invisibles a los humanos. Saben que este animal oscila entre lo natural y lo sobrenatural, lo consciente y lo inconsciente. Incluso les permiten tener fantasmas. Ha de decirse sin embargo que fue un clérigo occidental, el reverendo J.G. Wood, quien escribió *Man and Beast: Here and Hereafter*, obra que demuestra que los animales tienen alma y compartirán nuestra vida eterna. Ciertamente preferiríamos un infierno con gatos que un cielo sin ellos.

En *The Religious System of China* del profesor De Groot nos encontramos con uno de los primeros relatos de hechicería gatuna. El incidente ocurrió el año 598, bajo la dinastía Sui. El emperador estaba a punto de ordenar a su cuñado Tuh-hu T’o y a su esposa que se suicidaran por haber usado fantasmas de gatos en contra de la emperatriz y otra dama, quienes habían caído enfermas simultáneamente, pero la propia emperatriz y su hermano más joven intercedieron y se les perdonó la vida, aunque el hombre fue despojado de todos sus títulos y la mujer obligada a convertirse en monja budista. Durante el juicio, una esclava dijo a los jueces que la madre de T’o solía hacer sacrificios a los gatos espectrales el día de la rata. Por cierto, cada vez que un gato fantasma mataba a alguien las posesiones del muerto se transferían automáticamente a la casa donde se mantenía a la bestia. Según el testimonio de la esclava, T’o le había ordenado hacer entrar al gato fantasma al palacio con el fin de asegurarse los valiosos haberes de la

emperatriz. Tras la confesión, los jueces ordenaron a la mujer que llamara de vuelta al fantasma y ella dispuso un tazón de fragantes gachas de arroz; golpeándolo con una cuchara, exclamó: “Ven, micho, micho, sal ya del palacio”. Pronto su cara pareció azul y comenzó a moverse como si estuviera poseída por una fuerza invisible, al tiempo que murmuraba: “Aquí está el gato fantasma”. Ese mismo año el emperador ordenó que todas las familias que mantenían gatos espectrales fueran desterradas a los confines del imperio, un acto que parece del todo coherente con el proceder gubernamental moderno. De Groot también habla de una bruja que atormentaba a un niño haciéndolo llorar incesantemente durante la noche. Lo hacía montada en su gato, es decir en su alma, como un caballo espectral, pero fue descubierta y expulsada por un exorcista. Al gato lo mataron a golpes, la bruja murió de hambre y el niño se aplacó y dejó de llorar. El resultado parecía digno del método.

El gato doméstico fue una importación china en Japón durante el reinado del emperador Ichijō (986-1011). Al principio era un lujo, escaso y oneroso, y solo las familias nobles podían permitirse uno. Los libros *Ouki* y *Makura no sōshi* dan pistas de cuánto le gustaban los gatos al emperador. Se dice en el primero de estos que “el décimo noveno día del noveno mes del año 999 una gata dio a luz en palacio. Los ministros de la derecha y los ministros de la izquierda tenían la tarea de criar a los gatitos y prepararon cajas [con exquisiteces] y arroz y ropa para ellos [como si fueran bebés]. Uma-no-myōbu, una dama de la corte, fue designada nodriza de los gatitos. La gente reía o se mostraba asombrada por estos cuidados”. El emperador otorgó además el quinto rango, esto es, el de dama de la corte, a una gata del palacio y le dio el nombre de Myōbu-no-Omoto. Omoto quiere decir dama de compañía.

El pobre gato, sin embargo, que comenzó su andadura en Japón con tantos mimos, en menos de tres siglos empezó a ser asociado con los demonios. En el *Kokon chomon jhū* (1254) hay un relato de un arzobispo budista que recibió la visita de una preciosa gata china, la que aparentemente, como Melisande y el Calvin del señor Warner, venía de ninguna parte. El arzobispo quedó encantado con el gracioso animal y sus travesuras con una pelotita; era muy hábil en el juego. Un día, a modo de broma, el sacerdote sustituyó la pelota por una preciada espada mamori, una espada sagrada con poderes. La gata tomó la espada con la boca y escapó para no volver.

“Probablemente era un demonio transfigurado –se dice en el libro–, que con la espada protectora podría atacar más fácilmente a las personas”.

En el *Yamato kwai-i ki* (1708) se da cuenta de los extraños acontecimientos que comenzaron a registrarse en casa de un samurái. Por la noche, unas bolas luminosas que nadie podía atrapar saltaban por las habitaciones a unos ocho centímetros del suelo. Una vez, las bolas misteriosas se agruparon para iluminar un árbol. Las sirvientas declararon que los espíritus las atacaban en el sueño, y una de ellas estaba especialmente afligida por los demonios: su rueca giraba sola y su almohada pivotaba mientras ella dormía. En vano buscó alivio en hechiceras, sacerdotes sintoístas, yamabushi y monjes budistas; ni sus encantos ni sus oraciones la ayudaron. Finalmente, al mirar hacia el techo el dueño de casa vio una gata muy vieja caminando en dos patas, con una toalla que pertenecía a aquella sirvienta amarrada a la cabeza.[26] Un esclavo la hizo caer con una flecha y la casa dejó de estar encantada. El animal medía cinco *shaku*, un metro y medio, y tenía la cola bífida.

El *Mimi-bukuro* (1815) nos presenta a los gatos parlantes, que aparecen en otros relatos orientales y medievales. En 1795, al parecer, un gato exclamó:

cuando su dueño, el abad de un monasterio, ahuyentó algunas palomas a las que había estado acechando. El abad agarró al gato y lo amenazó de esta manera: “Es muy extraño que un animal pueda hablar. Ciertamente tienes el poder de transformarte y de acosar a la humanidad. Puesto que has hablado una vez, hablarás de nuevo; de lo contrario, romperé el mandamiento de respetar a todos los seres vivos y te mataré”. A lo cual el minino respondió, con majestuosas pausas: “Los gatos no somos las únicas creaturas capaces de hablar; todas pueden hacerlo cuando cumplen diez años de edad. Y cuando llegan a los veinticuatro o veinticinco pueden transformarse como por milagro, pero ningún gato llega nunca a esa edad. Un felino que fuera una cruza de gato y zorro sí podría hablar antes de los diez años”. Al término de esta lección de historia antinatural el buen abad se dio por satisfecho y permitió al gato permanecer en el monasterio, pero el viejo felino hizo tres ceremoniosas reverencias y se marchó para siempre.

Incluso en fecha tan reciente como el año 1875 un hombre de Tolón le informó a Bérenger-Féraud que una de sus amistades había vivido con un gato mago que tenía la costumbre de participar en las sobremesas nocturnas, al menos cuando la conversación era lo suficientemente interesante para mantenerlo despierto. Su dueña le consultaba antes de hacer planes, obteniendo por respuesta diferentes razones para decidirse por un curso de acción u otro, e invariablemente seguía los consejos del gato. El animal manifestaba sus preferencias por carne o pescado y se mostraba muy contrariado cuando no se respetaban sus deseos. De vez en cuando

desaparecía varios días, ausencias que la familia atribuía a que tomaba forma humana para ir a darse una vuelta. Y cuando yació en su lecho de muerte se le oyó rezar para que su cuerpo fuera enterrado con las debidas ceremonias. Su dueña no se atrevió a sepultarlo en una fosa preparada para un ser humano, pero hizo colocar el ataúd justo detrás del muro del cementerio, junto a una tumba cristiana, y en el funeral se encomendó el alma del gato a los cuidados del Creador.

Todos los fabulistas le piden al gato que hable, y el Gato de Cheshire es tan epigramático como una duquesa en las obras de Oscar Wilde. “Si en nuestra relación con los seres humanos no hubiésemos adquirido cierto desprecio por la expresión oral, todos podríamos hablar”, dice Hinze, el gato de la deliciosa pieza teatral de Ludwig Tieck *El gato con botas*.

Ya hemos visto cómo en la Edad Media los gatos asistían a las fiestas y los aquelarres de las brujas y compartían su destino, que no era otro que morir ahogados o achicharrados. En los procesos muchas brujas reconocían haber tomado la forma de gatos –*Chatte dans le jour, la nuit elle est femme*– y estas confesiones estimularon la persecución de la raza felina. También hay que recordar que en la Edad Media se creía que los animales eran agentes morales y por lo tanto podían ser objeto de demandas y juicios criminales. Los juicios de esta índole no eran infrecuentes. La Iglesia de Roma reclamaba plenos poderes para excomulgar a todo lo animado e inanimado sin distinción. Sin duda estos hechos, más los ojos destellantes y la naturaleza por lo general misteriosa del gato, sus inexplicables apariciones y desapariciones, hicieron que fuese muy fácil para los jueces creer en las forzadas confesiones de las brujas. “¿Qué explicación dar para la mala reputación de nuestro amigo de la casa?”, se pregunta Moncure Daniel Conway en *Demonology and Devil-Lore*. “¿Es herencia de sus feroces antepasados salvajes? ¿Fue a causa de sus horribles mayidos nocturnos, que atormentan el sueño al ser tan parecidos al llanto humano? ¿O simplemente ha sufrido la maldición teológica que se dice recayó sobre los gatos que tiraban del carro de la diosa de la belleza?”. El escéptico Fontenelle le dijo a Moncrif que a él de niño se le había enseñado a creer que todos los gatos de su pueblo iban al aquelarre la noche de San Juan. En consecuencia los campesinos arrojaban a la hoguera todos los gatos que podían atrapar ese día, para librar sus tierras de hechiceros.

Nuestro felino tenía participación en los horribles ritos masónicos

descritos por el doctor Bataille en su *Le diable au XIX siècle*.[27] La gata es uno de los doce animales que Dante compara con sus demonios. Monseñor Maurin, alguna vez arzobispo de Port Louis en la isla Mauricio, escribe sobre los sacrificios de gatos que realizaban los adoradores del diablo a medianoche en los altares de iglesias saqueadas. El mismo Satán a menudo tomaba prestado el manto negro de un gato. El digno padre Bougeant dice que "los animales no son más que diablos, y a la cabeza de todos ellos marcha el gato". También santo Domingo, cuando predicaba acerca de Satán, lo describía como un gato. Los grandes ojos verdes o topacio de los felinos negros, y su mirada fija, contribuyeron a la estabilidad de la leyenda. Podía haber gatos espectrales, "familiares", pero lo más frecuente era la propia pitonisa de aspecto gatuno. Todavía celebramos la unión de gatos y brujas en Halloween.

¿Y cómo se criaban estos endemoniados? En el siglo XVI, Cornelio Agripa dice en su *Filosofía oculta* que si

> se prepara un brebaje hirviente que lleve cilantro, apio, beleño y cicuta, de inmediato los espíritus confluyen; por eso recibe el nombre de hierbas del espíritu. También se dice que el vapor que emana de la raíz del sagapeno, con el jugo de la cicuta y del beleño, más verbasco, sándalo rojo y amapola negra, hace aparecer a los espíritus y a extrañas formas…

En una publicación de 1791, la *Conjurers' Magazine*, hay una receta "para juntar un grupo de gatos y embrujarlos": "En luna nueva, recoger la hierba llamada nepe y secarla al sol cuando esté moderadamente caluroso. Recoger verbena en la hora ☿ y solo exponerla al aire mientras ☉ está bajo la tierra. Colgar ambas hierbas entreveradas en una malla, y cuando una de ellas haya perfumado la estancia llamará a todos los gatos que estén a escasa distancia, y van a vociferar y correr, saltar y dar cabriolas para alcanzar la malla, que debe estar situada de modo que los gatos no puedan tocarla, puesto que la desgarrarían en seguida". Debe de haber otras recetas en el *Grimorio de la verdad*, *El grimorio del papa Honorio* y el *Gran grimorio*. Pero cuando una bruja quería convertirse en gato se frotaba con un ungüento específico; ese arte, junto con el de pulir la talla dulce, parece haberse perdido.

El Taigheirm escocés era un sacrificio mágico de gatos. Su origen se pierde en los remotos tiempos paganos, en los ritos dedicados a los dioses del Averno, a quienes se rogaba por dones y beneficios particulares en ofrendas nocturnas. En gaélico, Taigheirm significa la invocación de la casa. Con la llegada del cristianismo estos sacrificios se modificaron y comenzaron a ofrecerse a los poderes infernales o, como se les llamaba en las Highlands y en las islas occidentales de Escocia, los Espíritus del Gato Negro. La *Deuteroscopia* de Horst dice algo muy similar: los gatos negros –muchos, un montón– eran indispensables para la ceremonia del hechizo del Taigheirm, dedicado a los dioses del inframundo y más tarde a los demonios infames en que creían los cristianos. La medianoche del viernes era la hora precisa para dar inicio a estas horribles ceremonias, que se prolongaban por cuatro días con sus noches, en los cuales el hechicero no podía comer ni dormir.

> Después de que se ofrecieran los gatos a todos los demonios, y estando los animales en un estado de empatía mágica por las vergonzosas cosas que les hacían y la agonía que les ocasionaban, los iban poniendo uno a uno en el espetón y, en medio de los más espantosos alaridos, los asaban a fuego lento. Tan pronto cesaban los aullidos de un gato torturado hasta la muerte disponían otro en el fierro, pues no debía haber ni un minuto de intervalo en este infierno controlado; y así cuatro días completos y sus noches, e incluso más si el exorcista podía resistirlo; debía seguir hasta la extenuación. Así, de pronto los espíritus del infierno aparecían en forma de gatos negros; y comenzaban a aparecer más y más de estos gatos, continuamente, y sus aullidos, mezclados con los de aquellos que se asaban en el espetón, conformaban una escena pavorosa. Por fin, un gato de tamaño monstruoso aparecía para proferir amenazas terroríficas. La recompensa del Taigheirm era el don de la clarividencia.

Dice Horst que uno de los últimos Taigheirm se llevó a cabo a mediados del siglo XVII en la isla de Mull.[28][28] sacrificios, Allan Maclean, y su asistente, Lachlain Maclean. Allan se mantuvo allí de pie hasta el cuarto día, momento en que se desvaneció extenuado. Los espíritus del infierno aparecieron pronto y en forma de gatos negros, como manda la tradición. El primero fulminó con la mirada a los sacrificadores y gritó “Lachlain Oer!”,

que significa “verdugo de gatos”. Allan Maclean advirtió a Lachlain que no debía vacilar y que mantuviera girando el asador a pesar de lo que pudiera ver u oír. Al final del segundo día, un gato de tamaño descomunal lanzó un aullido horrible y amenazó a Lachlain Oer con que nunca llegaría a ver el rostro de Dios si no se detenía antes de que llegara el gato monstruo que era el hermano mayor de todos los gatos. “¡Trae a todos los demonios del infierno, que yo no me detendré hasta que haya terminado mi trabajo!”, gritó el hombre. Al final del cuarto día otro gato negro, este con los ojos en llamas, se posó en el extremo de una viga del techo del establo; tan penetrante era su aullido que podía oírse a través de los estrechos de Mull hasta la colina de Morven. No nos sorprende enterarnos de que el último día Allan se hallaba en un estado de fatiga extrema por las apariciones, y solo pudo musitar la palabra “prosperidad” antes de perder el conocimiento. Pero Lachlain todavía se mostraba dueño de sí mismo y capaz de continuar: él pidió prosperidad y riqueza. Ambos obtuvieron lo que pidieron. Podría añadirse que hombres de esa osadía debieran ser capaces de conseguir todo lo que quisieran en esta tierra.

Años después, en su lecho de muerte, Allan dijo a sus amigos que si él y Lachlain (que había partido antes) hubieran vivido un poco más habrían derribado de su trono a Satanás. Días después, cuando su cortejo fúnebre llegó al cementerio, algunos clarividentes vieron a cierta distancia a Lachlain Oer, de pie y armado, a la cabeza de una horda de gatos negros que dejaban una estela de hedor de azufre.

En algunos registros franceses antiguos se informa de un hombre que enterró vivo a un gato negro en una encrucijada de cuatro caminos. En la caja con el gato dejó pan remojado en agua bendita y santos óleos, en cantidad suficiente para mantener al animal vivo por tres días. Su intención era desenterrar luego a su inocente víctima, matarla y hacerse una faja con su piel, con la que esperaba ser capaz de transformarse en animal y obtener el don de la clarividencia. Pero para su desgracia los perros desenterraron al

gato, el asunto pasó a ser de público conocimiento y el hombre acabó en los tribunales, donde fue condenado por brujería y con toda probabilidad quemado en la estaca.

Uno de los grimorios medievales entrega una curiosa receta para volverse invisible, en la que nuevamente un gato negro es la figura central: “Robe un gato negro, compre un caldero nuevo, un espejo, un pedernal, un ágata, carbón de leña y yesca; saque agua de una fuente exactamente a medianoche; después encienda el fuego en el hogar, ponga el gato en el caldero y sostenga la tapa en la mano izquierda sin moverse ni mirar hacia atrás, cualquiera sea el ruido que pueda oír; deje hervir veinticuatro horas, siempre sin moverse o mirar hacia atrás, y luego sirva el revoltijo en un plato nuevo; tome la carne y arrójela tras el hombro izquierdo repitiendo estas palabras: *Accipe quod tibi do et nihil amplius*. Luego quiebre los huesos uno a uno con los dientes, desde el lado izquierdo de la boca, mirándose en el espejo y caminando hacia atrás al mismo tiempo”.

Cuando sir Walter Scott era joven fue a ver a su sombría guarida al Enano Negro, “el jorobado David Ritchie”. Este lo recibió y después de un rato le preguntó: “Man, ha’ ye ony poo’r?”, refiriéndose por cierto a poderes sobrenaturales. Scott negó cualquier don de ese tipo y entonces el enano indicó con el dedo hacia un rincón, donde un gato negro de ojos verdes miraba fijamente al invitado, que no había reparado en él. “¡Él tiene poder!”, dijo el enano, y una extraña sensación de sobrecogimiento y horror se apoderó del escritor. Uno o dos siglos antes, el jorobado y su gato habrían terminado quebrados en la rueda.

En 1607, una bruja de nombre Isobel Grierson murió en la hoguera después de haber sido acusada y condenada por entrar en casa de un tal Adam Clark, en Prestonpans, transfigurada como el gato del propio dueño de casa y en compañía de una poderosa turba de felinos, los que asustaron a Adam, a su esposa y su sirvienta, que cayó por la escalera arrastrada por el pelo, supuestamente por el diablo en forma de un hombre negro. Isobel también visitó como gato la casa de un tal señor Brown, pero al ser llamada por su nombre desapareció, no sin antes haberle provocado al jefe de hogar una enfermedad que lo llevaría a la tumba. Y Alice Duke, alias Manning, de Wincanton en Somerset, quien fue enjuiciada en 1664 por brujería, confesó que un familiar suyo la visitaba “en forma de un gatito del color de las dunas, tan suave como un deseo” y que solía chuparle un pecho hacia las

siete de la tarde, después de lo cual ella caía en trance. Cualquier libro de brujería proporcionará una veintena de ejemplos como estos y casi todos describen con largueza el famoso caso Rutterkin, que aparece en tantos libros sobre gatos que no lo voy a repetir aquí.

El tema también ha dado de sí en la ficción. En el relato "Antiguas brujerías", en *John Silence, investigador de lo oculto*, de Algernon Blackwood, un inglés que viaja por Francia baja en alguna estación de paso y decide pasar allí la noche. Cuando el tren ya comienza a alejarse, uno de los viajeros de su compartimento le alcanza su equipaje por la ventanilla y le susurra al oído una larga advertencia de la que solo puede entender las últimas palabras: "… *à cause du sommeil et à cause des chats*". De inmediato el inglés nota "el extraordinario silencio del lugar. El pueblo era de un sosiego total, todos los ruidos eran como sofocados, ahogados. Aun con las calles adoquinadas la gente circulaba en silencio, delicadamente, con pasos afelpados, como gatos. Nada hacía ruido. Todo era callado, tranquilo, amortiguado. Hasta las voces: calmadas y en tono bajo, como un ronroneo. Nada clamoroso, vehemente o enfático parecía capaz de interrumpir la suave ensoñación de la atmósfera que confortaba a esta pequeña localidad en la colina y la inducía al sueño. Era como la mujer en la posada: la quietud aparente tamizaba una intensa actividad y unos propósitos desconocidos. Pero no se crea que era letargo o lentitud lo que allí había; la gente estaba activa y alerta. Solo que una especie de amortiguamiento misterioso los cubría a todos como un hechizo".

Arthur Vezin, el protagonista del relato, tuvo la sensación de estar siendo espiado, "aunque de un modo tan hábil que no parecía que lo fuera. Nadie hacía nada *directamente*. El comportamiento era oblicuo; (…) lo miraban desde ángulos no naturales, forzados. Sus movimientos eran indirectos también, en todo lo que concernía a Vezin. Lo obvio, lo franco y directo no se estilaba, eso era evidente. Si entraba a una tienda a comprar, la mujer tras el mostrador se iba al extremo opuesto y simulaba estar ocupada con algo, aunque respondía al instante si él le hablaba, lo que demostraba que sabía que él estaba allí y que esa era su manera de atenderlo. Unas maneras gatunas. Y en el comedor de la posada, el bigotudo y amable camarero, ágil y sigiloso en todos sus movimientos, no parecía capaz de dirigirse en línea recta hasta su mesa; iba zigzagueando, como en avances vagos, indirectos, dando toda la impresión de que iba hacia otra mesa, y solo en el último

momento se volvía y repentinamente estaba allí, a su lado”.

Luego apareció la hija del posadero, una belleza parecida a una pantera; en un pasillo oscuro adelantó a Vezin rozándolo con un toque como del pelaje de un gatito, y despertó en él la más intensa de las pasiones. Fue de ella de quien Vezin aprendió el secreto del pueblo, su consagración a un embrujo de los antiguos. Se unió a ella y a su madre en una danza salvaje aunque sigilosa sobre las losas del patio de la posada, y luego huyó en pánico a su cuarto, desde donde vio a los habitantes del pueblo trepando a la manera de los gatos por ventanas y azoteas, saltando a las calles. Corrió abajo y encontró a la chica, que le gritó: “¡Transfórmate, transfórmate! Frótate bien la piel antes de volar, ¡ven! ¡Ven conmigo al aquelarre, a la orgía de placer furioso, al dulce abandono del culto maligno! ¡Mira, ya están aquí los Grandes! Los temibles sacramentos están dispuestos, ya está ocupado el trono. ¡Conságrate y ven! ¡Conságrate y ven!”. A su lado la chica creció de tamaño hasta alcanzar la altura de un árbol, y saltó la pared con los ojos llameantes y el pelo flotando en la noche. Vezin sintió que también él comenzaba a transfigurarse bajo el efecto de un ungüento ardiente que desvanecía todo lo que era bueno con el poder de la magia vieja.

> Un rugido salvaje llegó hasta sus oídos desde el corazón del bosque, y al oírlo la chica volvió a saltar el muro en un frenesí de endemoniada alegría.
> –¡Satán está allí! –chilló, corriendo hacia él y tratando de atraerlo hasta la cima del muro–. ¡Satán ha llegado! ¡Los sacramentos nos llaman! Ven con tu querida alma apóstata y lo adoraremos y bailaremos hasta que la luna muera y el mundo caiga en el olvido…

En los cuentos antiguos era frecuente que los seres humanos asumieran la forma de gatos para medrar en sus infamias. Habitualmente la transformación se lograba con un ungüento mágico, como en el relato de Blackwood. La característica más interesante de estas historias es el fenómeno de la repercusión, es decir la creencia de que, si se lastimaba a un animal habitado por el espíritu de una bruja, cuando ella retomara la forma humana llevaría las marcas de las heridas. En los cuentos populares de todas las culturas hay variaciones de esta creencia en la repercusión, y en

los juicios por brujería solían presentarse pruebas de ella. Un leñador a quien un gato le robaba la cena a diario hizo muchos intentos por poner fin a estas depredaciones; finalmente, lo atrapó con las manos en la masa y le rebanó una de las patas delanteras, pero cuando regresó a casa observó con horror que su mujer había perdido una mano. También hay una historia parecida en un libro de Ernst Meyer, sobre un soldado suabo que solía visitar a su novia cada noche, cuando quedaba libre de sus obligaciones. En una ocasión la joven le advirtió que nunca debía ir a verla un día viernes. El hombre no pudo controlar sus sospechas y el siguiente viernes por la noche se encaminó a la casa de su amada. Cerca de allí un gato blanco comenzó a seguirlo muy pegado a su cuerpo, y como el animal lo importunaba el soldado sacó su espada y le seccionó una de las patas traseras. El gato huyó despavorido y él siguió hasta la casa de su novia, a quien encontró en cama y sin poder explicar claramente el motivo de su reposo. Unas manchas rojas sobre la colcha blanca impulsaron al soldado a levantar las sábanas, y entonces vio las extremidades de su prometida bañadas en sangre: uno de sus pies faltaba. “¡Bruja!”, exclamó antes de abandonarla, y ella murió a los tres días.

Se sabe de otra historia, la de la mujer de Ceyreste, cuyos hijos siempre estaban enfermos. No había una explicación natural para ello y una vecina le dijo que podría ser la suegra la responsable. “Podría ser una bruja”. La mujer habló con su esposo y decidieron observar las camitas de sus hijos. Esa misma noche, el hombre vio a un gato negro deslizándose por el costado de la cuna del bebé y le asestó un violento golpe con un garrote. La bestia saltó por la ventana abierta dando un aullido y desapareció. La suegra había adoptado la costumbre de visitar a diario a la familia pero al otro día no se presentó, y tampoco al siguiente. Después de unos días su hijo fue a verla y la encontró de muy mal humor y con la mano vendada. Le preguntó por qué no había ido a verlos y ella replicó con rabia: “Mira mis dedos. ¿Qué podría ir a hacer a tu casa? Si me hubieran atacado con un hacha y no con un palo ahora solo tendría un muñón en vez de mano”. Una más: las brujas de Vernon, felinas redomadas, habitaban un antiguo castillo. Una vez, tres o cuatro hombres decidieron pasar la noche en el castillo, pero fueron atacados por las gatas. Los hombres repelieron el ataque con sus cuchillos y, más tarde, cuando las mujeres retomaron la forma humana, se comprobó que sufrían de las correspondientes estocadas.

Sorprende que Arthur Machen no aludiera al fenómeno de la repercusión en alguna de sus obras místicas. Una vez más debemos recurrir a Algernon Blackwood, quien, en “La manga vacía”, nos presenta al violinista Hyman, que “creía que había cierta porción líquida de la personalidad de un hombre que podría proyectarse a la distancia, semimaterializarse en otro lugar. Lo llamaba el cuerpo astral o alguna locura de esas, y decía que podría aparecerse en diversas formas, incluso animales, según el deseo de su propietario”. A John Gilmer lo despertó una noche un ruido en sus aposentos; tomó una espada turca de la pared y fue a la sala de estar, donde distinguió apenas una figura que se movía. Blackwood describe el encuentro y el terror que se apodera de ambos seres en la oscuridad: la criatura, que John finalmente reconoció como un gato de enorme tamaño, quiso escapar pero el hombre la atacó con la espada y de un golpe limpio le amputó una pata. Meses después, John y su hermano William se encontraron con el violinista, que ahora usaba gafas y barba:

–Pero ¿no te diste cuenta…?
–¿De qué?
–Lleva una manga hueca.
–Sí –dijo William–. ¡Ha perdido un brazo!

Lo sobrenatural tiene un papel destacado en muchas historias. El día 26 de marzo de 1782 (es notable que muchos de estos prodigios estén cuidadosamente datados), un caballero muy rico fue a consultar al conde Cagliostro para saber si su esposa, que era joven y bella, le había sido infiel. Cagliostro aseguró al ansioso marido que la prueba era una sola y le pasó un frasco de líquido con la instrucción de que debía beberlo antes de dormir. “Si su esposa ha quebrado sus votos, usted se verá transformado en gato”, le dijo. El marido volvió al hogar y le contó a su esposa la historia; ella se rio de su credulidad, pero él se tragó el líquido y se fue a la cama. La mujer se levantó de madrugada y dejó a su esposo dormir, pero luego, como no aparecía, fue a buscarlo y para su sorpresa encontró en su lugar a un formidable gato negro. Chilló, invocó el nombre de su marido y finalmente se arrodilló a los pies de la cama pidiéndole perdón: había pecado con un soldado joven y guapo que la había embaucado con historias tristes y heroicas para que ella olvidara sus votos matrimoniales.

Hay una leyenda del norte de Alemania conocida como “El gato del diablo” y es así: un campesino tenía tres preciosos gatos. Un vecino le rogó que le cediera uno y consiguió una gata. Para acostumbrarla a su nuevo hogar, la encerró en el pajar. En la noche, asomando la cabeza por la ventana, la gata preguntó: “¿Qué he de traer esta noche?”. “Tú trae ratones”, respondió el hombre. La gata se puso manos a la obra, arrojando todo lo que atrapaba al suelo hasta que el pajar estuvo tan lleno de ratones muertos que era prácticamente imposible abrir la puerta y el hombre estuvo ocupado todo el día siguiente llevándoselos de allí. A la noche, la gata nuevamente sacó la cabeza por la ventana y preguntó: “¿Qué he de traer esta noche?”. “Tú trae centeno”, contestó el granjero. Por la mañana, el pajar estaba lleno de grano. Entonces el hombre comprendió quién era realmente esa gata y se la llevó de vuelta a su vecino, “porque si le hubiese pedido un trabajo por tercera vez nunca habría podido desprenderse de ella”. Su error, naturalmente, fue no haberle pedido oro la segunda noche.

Es su finísimo sistema nervioso, su electricidad, lo que hace al gato útil para la hechicería, y ese mismo sistema nervioso, su extrema sensibilidad y susceptibilidad, le permiten a menudo y aparentemente hacer milagros. En 1783, los dos gatos de un comerciante de Messina le advirtieron de la inminencia de un terremoto. Antes del primer remezón comenzaron a arañar el suelo de la habitación donde estaban confinados. Su dueño, observando sus infructuosos esfuerzos, les abrió la puerta. Ante otras dos puertas cerradas continuaron exhibiendo síntomas del mayor pánico, y cuando finalmente fueron liberados atravesaron la ciudad corriendo hasta alcanzar los campos, donde se pusieron a cavar. El terremoto destruyó la casa que habían dejado y varias a su alrededor, pero el comerciante estaba a salvo pues, lleno de curiosidad por el extraño comportamiento que mostraban, los había seguido. La historia tiene una explicación muy natural: el sistema perceptivo extremadamente sensible de los gatos capta los ruidos sísmicos mucho antes de que los registre el infinitamente más tosco ser humano, quien si alguna vez poseyó esta facultad la ha perdido casi por completo, excepto en casos muy aislados. No son tan frecuentes los terremotos como para obtener mucha evidencia en este sentido, pero los casos en que los gatos han advertido del fuego a los dueños de casa son incontables, y han salvado muchas vidas de los incendios.

Los gatos tienen una manera asombrosa de calcular el tiempo. Un

abogado de Londres, parte del equipo de un reconocido periódico de provincia, le contó a Lindsay que el suyo acostumbraba a encontrarse con él en una calle determinada camino a casa desde su oficina. Hay un método infalible si usted quiere probar a su gato en este aspecto. Aliméntelo regularmente a una determinada hora cada día por algunas semanas y después, si no tiene un reloj en casa, él mismo le informará cuando llegue la hora. Alexandre Dumas, en *Historias de mis animales*, narra la historia de un gato clarividente que hacía más que eso. Mysouff solía acompañarlo cada mañana desde su casa en la rue de l'Ouest hasta la distante rue de Vaugirard, y lo esperaba cada tarde en el mismo punto. "Lo curioso era que, cuando alguna circunstancia del destino o una invitación casual me tentaba a variar mis hábitos y deberes de hijo y no volvía a casa para la cena, Mysouff se había negado firmemente a salir, aunque la puerta estuviera abierta para su salida como era habitual, y permanecía inmóvil en su cojín, en la postura de una serpiente mordiéndose la cola. En cambio los días en que yo tenía la intención de volver a la hora Mysouff arañaba persistentemente la puerta si se les olvidaba abrirle, hasta que lograba lo que quería".

Siempre que Avery Hopwood visita su casa de campo se lleva a su gato en el automóvil. Abélard duerme plácido la mayor parte del viaje, pero cuando el auto asciende una determinada colina a cuatrocientos metros de la casa, invariablemente, se levanta y comienza a desperezarse.

En muchas partes del mundo se atribuye el clima a los gatos; se dice que ellos hacen que sea bueno o malo, o se les considera competentes barómetros. Lo que no es extraño si se recuerda que son extraordinariamente sensibles a los cambios de temperatura, y que las tormentas los afectan a veces hasta el punto de la locura. Colette, quien ha descrito la psicología de los gatos con más delicadeza que nadie en sus *Diálogos de animales*, nos ofrece lo que muy bien puede ser una aguda visión de la mente de un gato en medio de una calurosa tormenta de verano. Kiki-la-Doucette está hablando con el perro Toby: "Me duele la cabeza. ¿Acaso no has visto cómo laten mis arterias bajo la piel casi desnuda de las sienes, bajo mi piel azulosa y transparente de animal de fina crianza? ¡Es terrible! Las venas de la frente son como víboras en convulsión y yo no sé qué gnomo se está forjando en mi cerebro. Oh, guarda silencio, o al menos habla en voz tan baja que el fluir de mi sangre agitada se imponga a tus

palabras”. Y luego: “La tormenta ya está aquí. ¡Cielos, qué manera de sufrir! Si solo pudiera abandonar esta piel y este pelaje que me ahogan, si tan solo pudiera desdoblarme, desnuda como un ratón pelado, ¡hacia el frescor! Oh, perro, no puedes verlo pero yo siento las chispas que crepitan en la punta de cada uno de mis pelos. No te me acerques: estoy a punto de arrojar un rayo de llama azul…”. De inmediato el perro la describe: “¡Estás cambiada, gata! Tu figura demacrada es la de una criatura muerta de hambre y tu pelaje, metal bruñido aquí, desordenado allí, te confiere la penosa apariencia de una comadreja que se ha caído en el aceite”. Y cuando la señora aparece, Kiki murmura para sí: “Si me toca, voy a devorarla”.

Pierquin de Gembloux reseña en su *Traité de la folie des animaux* una reacción diferente en la que un exceso de electricidad en el aire, un estado de alta tensión eléctrica, produce a veces hilaridad, regocijo, ganas de hacer ruido, incluso una especie de alegre manía, una mórbida exuberancia de los espíritus animales, especialmente en los gatos jóvenes.

Este extraño comportamiento relacionado con los cambios atmosféricos ha alterado la imaginación de muchos pueblos en diferentes épocas. Si un gato desgarra cojines o alfombras, o se muestra incómodo en general, se dice que está levantando viento; una superstición que se mantiene viva en las ciudades costeras, en Cape Cod y otros lugares. Estas ideas inútiles provienen todas de las ciencias de la adivinación, una actividad totalmente inane, pues de los efectos pasados por alto por los ignorantes asciende a través de una secuencia de causas relacionadas. Esta ciencia sabe por ejemplo que las condiciones atmosféricas que hacen aullar al perro son fatales para ciertos pacientes, o que las monótonas trayectorias circulares de los cuervos –que frecuentan sitios de ejecuciones y asesinatos– denotan la presencia de cuerpos insepultos. El vuelo de ciertos pájaros pronostica un invierno duro, mientras que otros anuncian tormentas por venir. Incluso puede afirmarse categóricamente que la superstición de que es mala suerte pasar debajo de una escalera se basa en un accidente ocurrido a alguien que lo había hecho; tal vez el albañil dejó caer un ladrillo sobre su cabeza. En lo que los místicos disciernen, la ignorancia comenta y generaliza. Los primeros ven advertencias de utilidad en todas partes, la segunda está aterrada por todo. Solo resta decir que, gracias a su órgano nervioso superior, el gato es consciente de la aproximación del viento antes que los humanos, y la condición de su pelaje por sí sola indicará los cambios

meteorológicos al observador cuidadoso.

Es una idea común que el tiempo va a cambiar si un gato estornuda, rasca la pata de una mesa o se sienta con la cola hacia el fuego de la chimenea. Erasmus Darwin, abuelo del autor de *El origen de las especies*, dice del comportamiento del gato ante la cercanía de una tormenta en el poema "Signs of foul weather": "El gato sentado en el fogón / se limpia la quijada bigotuda / con sus garras de terciopelo".

John Swan escribe en 1634 en su *Speculum Mundi*: "Suele por lo tanto lavarse la cara con los pies, los que lame y humedece con la lengua; y algunos han afirmado que si durante este aseo pone un pie más arriba de la corona de la cabeza eso es signo de lluvia". En sus *Hespérides*, Herrick hace referencia a lo mismo: "Como calendarios los gatos son / Míralos bien: alzan la pata y el tiempo cambia".

Pero existe otro viejo dicho inglés que sostiene que cuando un gato se limpia más arriba de las orejas es signo de buen tiempo, y cuando se sienta con la espalda hacia el fuego es signo de heladas. Willsford dice algo bastante pintoresco: "Los gatos que codician el fuego de la chimenea más de lo normal o que se lamen las patas o atusan los pelos de la cabeza o los bigotes presagian tormenta". Lo bueno de la superstición es que tiene respuesta para todo. Moncrif nota que los gatos esponjan o compactan el pelaje de acuerdo con el tiempo que hace, y yo mismo he observado que se lamen más que de costumbre en una atmósfera sobrecargada de humedad, tal como se secan con la lengua cuando se mojan.

Pero lo que siempre hacen es lavarse la cara después de la cena, siguiendo la costumbre de los romanos más que de los americanos a este respecto. Un cuento popular dice que un gato atrapó a un gorrión que le dijo: "Ningún caballero come sin antes lavarse la cara". El gato soltó al pájaro para probar que sí era un caballero y el gorrión voló. Desde aquel día han encontrado más inteligente lavarse después, no antes, de comer. También se asean para dormir. "¡Oh! Todas esas féminas hacían tan buen uso de sus lenguas", dice una tal Isobel Hill. Si el aseo de un gato indica mal tiempo, la renuncia a lavarse indica un gato enfermo.

"El gato se limpia el rostro con una mirada de placer", dice John Clare. Mi Feathers se pasa la pata sobre la cabeza haya lluvia o sol. ¿Y quién ha descrito la operación más deliciosamente que Leigh Hunt?

… se retuerce en un bostezo antes de lamerse los bigotes. Teniendo como tiene una profunda conciencia de lo que demanda ser tan elegante persona, procede a limpiarse por todas partes, comenzando juiciosamente por las patas y estirando la lengua hasta lo increíble para llegar a los cuadriles. En seguida se rasca el cuello con una pata en veloz deleite, bajando la cabeza y cerrando los ojos, en parte para facilitar la acción y en parte para disfrutar en extremo de ese momento de lujo. A continuación se premia con unos cuantos toques más y se complace en la acción de cabeza y cuello, ¡qué placentero es apuntar las orejas hacia delante mientras suavemente arquea el cuello de un lado a otro! Por último estornuda, otro giro de la quijada y luego, curvando la cola hacia las patas delanteras, se asienta en sus cuadriles en actitud de meditación serena.

En Estados Unidos reconocen la relación del gato con el clima, aunque con diferencias regionales. En el este de Kansas un gato que se lava la cara antes del desayuno predice la lluvia; en Nueva Inglaterra, es chaparrón si se la limpia en el salón. En Maine occidental la precipitación es segura si rasca una valla, y hacia dónde soplará el viento el día siguiente se sabe mirando en qué dirección apunta la cola cuando se está afilando las garras. En Nueva York y Pennsylvania, el mero lavado de la cara significa tiempo despejado, y en el centro de Maine dicen que si ves un gato mirando por la ventana puedes estar seguro de que pronto habrá tormenta. Allí debe de haber tormentas continuas, porque un gato de casa pasará la mitad del día mirando por la ventana. Y en Cambridge, Massachusetts, creen que un pelaje

lustroso es señal de que el día siguiente será agradable.

La creencia que tienen en Scilly Cove [hoy Winterton], Newfoundland, de que un gato ahogándose en agua salada traerá lluvias está en directa relación con ciertos preceptos de la magia ceremonial. Según W.W. Skeat, en *Malay Magic*, en Malasia si una mujer pone un cuenco de barro invertido sobre su cabeza y luego lo llena con agua en el suelo y lava a un gato en él, hasta casi ahogarlo, sin duda caerá una lluvia fuerte. En esta representación el cuenco invertido simboliza la bóveda celestial. Una costumbre similar prevalece en Java, donde se baña a dos gatos, un macho y una hembra; y a veces los sacan en procesión, con música. También en Batavia los niños acarrean gatos con este propósito: tras zambullirlos en piletas los liberan. En el sur de la isla de Célebes, en Indonesia, se invoca la lluvia paseando a un gato atado a una silla de manos tres veces alrededor de los campos resecos; con varas de bambú lo calan con chorritos de agua y cuando el gato maúlla gritan: "¡Oh, Señor, deja caer la lluvia sobre nosotros!". En una aldea de Sumatra la costumbre es que las mujeres se metan al río y jueguen a salpicarse unas a otras, mientras alguien arroja al agua a un gato negro: lo obligan a nadar y luego le permiten escapar perseguido por los chapoteos de las mujeres.

"A ojos del supersticioso –escribe T.F. Thiselton Dyer– no hay un solo movimiento del gato que no tenga algún significado". Si salta sobre un ataúd, debe ser sacrificado o sobrevendrá una gran desgracia. Los chinos en cambio creen que un gato sobre el féretro puede hacer que el muerto vuelva a la vida; puesto que con frecuencia ese regreso resultaría embarazoso para herederos y beneficiarios, la gente se encarga de mantener al animal lo más lejos posible de los difuntos. Y si el accidente ocurre de todas formas, la instrucción es aplastar rápidamente al resucitado con una escoba, con lo cual recuperará el rigor mortis. Declara la afligida vampiresa en *Jurgen*, la incomparable fantasía de James Branch Cabell:

> Mi nombre es Florimel, porque mi naturaleza, no menos que mi persona, era tan bella como las flores del campo y tan dulce como la miel que las abejas extraen de esas flores. Pero una desgracia vino a trastocarlo todo. Pues ocurrió que un día caí enferma y morí, y cuando el cortejo salía de casa el gato saltó al féretro. Qué terrible infortunio para una pobre niña que había logrado granjearse el respeto de todos, además

de una amplia demanda como costurera; aunque incluso entonces se podría haber evitado lo peor si mi cuñada no hubiese tenido lo que llamaron “una disposición tan humana” y no hubiese estado tan locamente apegada a ese gato. Así, no lo mataron y yo, naturalmente, me convertí en vampiro.

Otra superstición dice que si un gato salta por encima de un cadáver el alma del difunto entra en su cuerpo. Hay una referencia sobre ello en *Casa desolada*. Cuando el desgraciado amante de lady Dedlock muere, el médico saca a la gata de Krook de la habitación. “¡No deje a la gata allí! –exclama–. ¡Eso no lo resolverá!”. Y Lady Jane baja furtivamente las escaleras, lamiéndose los labios y enroscando su esbelta cola. En uno de los cuentos de horror de Ambrose Bierce, “El funeral de John Mortonson”, una gata se oculta dentro de un ataúd y estropea los rasgos del cadáver. En Devonshire impera la creencia de que los gatos no permanecerán en una casa con un cuerpo insepulto, y se cuentan historias de ejemplares que desaparecen y no vuelven hasta después del entierro. Elliot O’Donnell, toda una autoridad en espiritismo, dice en *Animal Ghosts* que los gatos *olfatean* la muerte, es decir huelen la presencia del espíritu guía que ha venido a llevarse una nueva alma. “Antes de un deceso en una casa he visto cómo una gata mostraba cada vez más signos de incomodidad. Se movía de un lugar a otro, incapaz de acomodarse en un solo rincón más de un momento; se ponía a temblar, iba a la puerta, olía la atmósfera, arrojaba la cabeza atrás y maullaba en un tono tenue, quejumbroso, y mostraba la mayor renuencia a quedarse sola en la oscuridad”. En Alemania, un gato en la cama de una persona enferma quiere decir que la muerte está cerca, y hasta el día de hoy mantienen a los gatos negros alejados de las cunas: hay una leyenda que dice que los gatos chupan la respiración de los niños mientras duermen; una leyenda tonta, como ha señalado Harrison Weir, porque la formación de la mandíbula del gato no está adaptada para ese propósito. El fundamento fáctico de esta creencia debe de ser que los gatos gustan de los lugares tibios y mullidos para echarse, por lo que a menudo trepan a las cunas, y si el animal es grande puede ocurrir que haya sofocado al bebé por accidente.

Si un gatito llega a casa por la mañana, es buena suerte; si lo hace en la noche, presagia el mal, a menos que se quede para evitarlo. En Escocia, que un gato blanco entre en la casa se considera un aviso de enfermedad o

problemas; si entra un gato negro, en cambio, es buena suerte, y aquel que presuma de matar o ahogar al animal puede esperar nueve años de infortunios. Se dice que el estornudo de un gato el día de la boda es un buen presagio para la novia. En Lancashire creen de mala suerte permitir que un gato muera dentro de la casa, por lo tanto los ahogan cuando están enfermos, lo que es ciertamente de una suerte fatal para los gatos. También es una superstición de esa región que aquellos que juegan con gatos nunca tienen buena salud, aunque el magnetismo y la actitud reposada del felino deberían tener la más beneficiosa influencia sobre la salud humana. Dice Louis Wain, una voz autorizada en este asunto: “Tras muchos años de investigación y estudio he encontrado que las personas que tienen gatos y los miman y acarician no sufren de esas dolencias ruines de las que toda carne es heredera. El reumatismo y los trastornos nerviosos son poco comunes entre ellas, y los amantes de los gatos manifiestan el más dulce de los temperamentos. Muchas veces, después de un largo periodo de esfuerzo mental, he sentido el beneficio de tener mis gatos sentados sobre mis hombros…”.

Otra superstición del campo inglés sostiene que los gatos negros atraerán amantes a una joven. Dice el proverbio: “Si el gato de la casa es negro, le sobrará a la niña amor verdadero”. Y una rima popular dice:

Besa al gato negro
Y te engordarán los flancos

Besa al gato blanco
Y tendrás un cuerpo magro.

Lo que no se sabe es qué pasará si se besa a un gato carey, a uno atigrado o a un gato azul. Estas rimas aparecen en el *Every-Day Book* de Hone, que ahonda en las extrañas costumbres de los gatos: en Devonshire y Wiltshire se cree que un gato nacido en mayo nunca atrapará ratas ni ratones, pero sí serpientes, luciones y otros reptiles desagradables. En Hungría dicen que para que un gato sea buen cazador de ratones debe ser robado. Si un hombre sale a cabalgar y hay pelos de gato en sus ropas, el caballo sudará hasta extenuarse. Lo mismo si el viento sopla sobre un gato que va arriba de un carruaje. Además, existe la creencia de que si muere un gato macho toda su descendencia por nacer morirá también. Los japoneses sostienen que si se frota un cepillo de bambú en el culo de una gata esta puede concebir por sí sola. En Cumberland, Inglaterra, se cree que si un ser humano traga pelos de gato le crecerá dentro un gatito completo.

Los gatos en la Isla de Man no tienen cola; tampoco los del archipiélago de Bismarck, al noreste de Nueva Guinea. Los nativos a veces comen gato y es posible que unos vecinos inescrupulosos roben uno para la cena. Por consiguiente, y en interés de una moral superior, las personas suprimen este escollo del camino de sus hermanos más débiles cercenando la cola a sus gatos y guardando la extremidad en un lugar secreto. Si llegara a ser robado y comido, el legítimo propietario del animal está facultado para vengar el crimen. Solo necesita enterrar la cola pronunciando ciertos maleficios y el ladrón caerá enfermo. Si un habitante del sur de Eslavonia tiene en mente hurtar o engañar en el mercado, ha de quemar un gato ciego y luego arrojar una pizca de sus cenizas sobre la persona con quien está regateando; después de eso puede tomar lo que quiera del mostrador que el dueño nunca se enterará, porque habrá quedado tan ciego como el gato cuyas cenizas ha absorbido. Así aparece en *La rama dorada* de Frazer.

En Estados Unidos, Fanny Bergen ha recogido innumerables ejemplos de estas curiosas supersticiones que conciernen a los gatos. En Nueva Inglaterra es mala suerte matarlos. En Pennsylvania se cree que si un granjero lo hace parte de su ganado morirá. Los gatos tricolores dan buena suerte en Canadá, Washington y el este de Kansas. Los marineros japoneses comparten esta superstición. En el este de Kansas la posesión de un gato

carey es una carta segura contra incendios. En Nueva Inglaterra, un gato de nariz manchada trae prosperidad a su dueño, y en Maine un gato blanco trae pobreza. En Massachusetts, un gato con polidactilia es un buen presagio, y en Nueva York un gato blanquinegro es seguro que traerá enfermedad a la familia. La creencia de que es mala suerte que un gato negro se cruce en nuestro camino es generalizada, pero, al revés, que te siga un gato negro en Nueva Inglaterra y el este de Kansas es señal de buena suerte. En ciertas áreas de Nueva Inglaterra se da por seguro que si usted regala un gato a alguien luego va a pelearse con esa persona. En Alabama, si un gato se lava la cara delante de varias personas, la primera que mire será la primera en contraer matrimonio. En el este de Kansas es mala suerte mudarse a una casa donde hay gatos que fueron abandonados por sus anteriores ocupantes; los debieron haber matado. En algunos puntos de Estados Unidos, llevarse a los gatos cuando la familia se muda se considera de mala suerte, y en otros es mala suerte no llevarlos. En el condado de Hamilton, Ohio, se cree que un niño que juega con gatos se volverá estúpido. Dicen en Brookline, Massachusetts, que los gatos se trastornan si se les permite comer mucha carne o estar mucho tiempo echados frente al fuego de la chimenea. Y en Maryland existe la superstición de que si se le recortan los bigotes se les priva de su sentido del olfato.

Las supersticiones de los negros, conectadas como están con el antiguo culto vudú y con ceremonias más bien palúdicas, son muy curiosas. Una de ellas dice que en la punta de la cola de cada gato hay tres pelos del diablo, lo que confiere al animal su tendencia a merodear. Sandy Jenkins, el héroe de James David Corrothers en *The Black Cat Club*, “iba vestido para matar; sus ropas eran impecables; su pañuelo, inmaculado; su bastón, el crisantemo y los botines de charol, inigualables”, y bajo el brazo llevaba a su gato negro, Mesmerizer, para hacer vudú a sus enemigos. En el mismo libro Corrothers ilustra el sentimiento negro hacia los gatos con un negro viejo llamado Sambo Lee, que estaba “atrapao” por un gato negro que le había echado una maldición. Lo echaron del trabajo, lo mordió el perro de un policía, lo golpeó el policía, lo metió en la cárcel, luego lo riñó su suegra, perdió su toque con las mujeres, fue derrotado en una gresca a puñetazos, le robaron y pasó tres semanas en un hospital, todo por la maldición del gato.

De los gatos magos, dice Frank Hamel, se sabe que pueden hacer mucho

daño, así que conviene estar muy seguro, si es que usted atribuye algún valor a su vida, de que está tratando con un animal real y no con un brujo. Tenemos, por ejemplo, la muy edificante historia del joven de Radnorshire que lanzó una piedra a un gato el día de su boda. Su salud se fue debilitando desde ese día y luego comenzó a desaparecerse por semanas. Durante estos periodos, sostiene la leyenda, se transformaba en felino. Cuando murió su alma permaneció en el cuerpo de un gato, que merodeaba por el distrito en las noches infundiendo terror en los corazones de los niños traviesos.

Los marineros son tan supersticiosos como los negros con los gatos, pero en un sentido más favorable. Una prueba de que el marinero ama al gato es la cantidad de palabras que se usan a bordo derivadas de *cat*. En ciertos pueblos costeros de Inglaterra las mujeres de los marineros tienen gatos negros para proteger a sus esposos en la mar. La vivacidad de un gato de barco augura buenos vientos, y su muerte por inmersión se estima como una fatalidad para todos los que van a bordo. Los marineros japoneses no están dispuestos a hacerse a la mar sin un gato de tres colores –blanco, negro y marrón–, pues lo creen un excelente amuleto contra los malos espíritus. Una superstición muy conocida dice que un gato abandonará un barco que está a punto de zarpar por última vez, y se han registrado casos de tripulaciones negándose a embarcar si el gato del barco ha desertado.[29]

Charles Henry Ross, en *The Book of Cats*, cita a un autor anónimo que escribe sobre el significado de los sueños con gatos. Hay que decir que el doctor Freud podría no estar de acuerdo con estas afirmaciones: “Si alguien sueña que ha encontrado un gato, o que lo ha matado, esa persona se encargará de que un ladrón vaya a la cárcel y pague con la muerte, ya que el gato representa a un ladrón común. Si sueña que come de la carne del gato, tendrá acceso a los bienes que el ladrón le robó. Si sueña que tiene la piel, entonces se hará con todos los bienes del ladrón. Y si alguien sueña que lucha con un gato y este le araña hasta producirle heridas notorias, es que hay alguna enfermedad o un sufrimiento”.

Existen los remedios de gato: una cura para la erisipela era cortar una oreja de gato (o tomar tres gotas de sangre de una vena debajo de la cola) y dejar que la sangre cayera lentamente sobre la superficie afectada. Ha habido pociones amorosas compuestas por sesos de gato tomados en pequeñas dosis. Una panacea para la preservación de la visión era reducir a cenizas la cabeza de un gato negro y hacerse soplar un poco de este polvo

en los ojos tres veces al día. Un panadizo se podía curar si se posaba el dedo afectado en el oído de un gato un cuarto de hora diaria, y la pata del gato salvaje se consideraba un excelente remedio para la erisipela y la cojera. Su grasa era buena materia prima pero de ninguna utilidad para fines mágicos o medicinales, a menos que el gato hubiese hecho una ofrenda voluntaria de ella. T.F. Thiselton Dyer, en *English Folk-Lore*, cita a Hunt de la siguiente manera: “En Cornwall, esos pequeños abscesos que se forman en los párpados de los niños, llamados localmente *whilks* y también verrugas, se curan pasando la cola de un gato negro nueve veces sobre el área”.

Quizás a esta altura usted esté sonriendo un poco, cómodamente hundido en su sillón, pensando que la población de Estados Unidos es inmune a estas supersticiones absurdas. Pues se equivoca.[30] Es probable que cada una de ellas haya estado vigente en algún lugar del país en un momento u otro. En ciertas regiones de Inglaterra se da por cierto que el pelo de gato no es digerible y que si se traga sobrevendrá la muerte. Quizás los estadounidenses no tomen en consideración esta leyenda, pero personalmente puedo dar fe de que cada niño que conocí en Cedar Rapids, Iowa, creía que un pelo de caballo sumergido en un vaso de agua con el tiempo se convertiría en serpiente. En cuanto a la cura de las verrugas, supimos ni más ni menos que por Mark Twain que tal creencia existió a lo largo de las riberas del Mississippi. Cuando Huckleberry Finn hace su aparición en las páginas de *Tom Sawyer* lleva con él un gato muerto, y cuando Tom le pregunta para qué sirve, su nuevo amigo le responde que para curar verrugas:

> Mira, tomas el gato y te vas al cementerio poco antes de medianoche, cuando hayan enterrado a alguien que haya sido un granuja; y a medianoche vendrá un demonio, o quizá dos o tres, pero tú no los puedes ver, solo oyes algo parecido al viento, o tal vez los oigas hablar; y cuando se estén llevando al fulano, arrojas el gato detrás de ellos y dices: “El demonio sigue al muerto, el gato sigue al demonio, las verrugas siguen al gato, y yo me quedo sin ellas”. Eso se lleva cualquier verruga.[31]

Ya no quemamos brujas y ya no perseguimos gatos. El minino se ha acomodado a una vida de lujos y aprecio, la que no había disfrutado desde

los días en que observaba los altares de los templos del Nilo, cerca de las cataratas, o paseaba entre los invitados al banquete del sultán. Ya no es un dios, aunque todavía se lo venera. Pero no se deje engañar. Nosotros hemos olvidado los días oscuros, pero los gatos los recuerdan; la conciencia racial, los rasgos hereditarios en ellos son fuertes y nunca olvidarán sus salvajes andanzas con las brujas, sus apariciones en los aquelarres, atados al cinturón de la pitonisa, ni las persecuciones, ni el uso de su cuerpo como un féretro para el alma de la hechicera. Por eso hoy el gato está más en contacto con lo que llamamos lo sobrenatural que cualquier otro animal, incluyendo el humano. Wood, en *Man and Beast*, cita el caso de una dama y su gato que fueron víctimas de la visión de una vieja bruja. La dama se vio afectada mental y físicamente, le sobrevino un embelesamiento mágico y una parálisis que le impedía moverse y hablar; el gato, por su parte, hacía esfuerzos frenéticos por escapar.[32] Tal vez había tenido una experiencia desafortunada con la vieja bruja en alguna vida pasada; en todo caso, se sabe de gatos que cultivan una gran afición por el espiritismo.

Algernon Blackwood produjo un relato sorprendentemente astuto sobre este tema, también en *John Silence, investigador de lo oculto*, en el que hace un contraste de los efectos de la presencia de espíritus en un gato y un perro. En un intento por descubrir las causas de ciertos fenómenos extraños, John Silence visita una casa a medianoche acompañado por un perro y un gato. “Los gatos manifestaban casi siempre estar en posesión de un campo de visión más amplio, demasiado complejo incluso para una cámara fotográfica y bastante más allá del rango de los órganos humanos normales. Había observado, además, que mientras los perros se mostraban aterrorizados ante fenómenos extraños, los gatos parecían calmados y

satisfechos, como si aquellos formaran parte de su mundo". El resultado del experimento justificaba su fe. El perro, un collie por lo general muy valiente, estaba aterrorizado hasta lo impensable por la presencia de espíritus y se quedó gimoteando en una esquina hasta perder la vista. ¡Pero el gato! El doctor, solo en la oscura habitación, sin más compañía que el gato y un fuego tenue, esperaba algún acontecimiento indeterminado. Y entonces "Smoke… comenzó a asearse. Pero su verdadero propósito no era la limpieza –notó el médico–; solo era una estratagema para enmascarar otra cosa; de pronto, en los momentos más ajetreados y furiosos, se detenía a mirar la habitación en todos sus puntos. Sus pensamientos debían de vagar sin ton ni son. Miraba fijamente hacia los cortinajes, las esquinas sombrías, el espacio vacío encima de sí, con el cuerpo en incómodas posiciones durante largos minutos". Finalmente el médico se quedó dormido. Unos suaves toques en la mejilla, más bien unas palmaditas, lo despertaron.

Se incorporó de golpe y se encontró con un par de ojos brillantes, mitad verdes, mitad negros, mirándolo fijamente. El gato había trepado hasta su pecho y su rostro estaba al mismo nivel que el suyo. La lámpara había ardido casi del todo y el fuego estaba por apagarse, pero el doctor Silence vio que el gato se hallaba en un estado de excitación. Le amasaba el pecho con las patas delanteras, una y otra; sentía la presión. El gato alzó una pata con mucho cuidado y le palmeó una mejilla despacio. Tenía el pelo erizado como una cresta sobre el lomo, las orejas aplanadas hacia atrás y la cola como un relámpago. El gato lo había despertado por algo, naturalmente… Se percató de dos cosas a la vez: una, que *Smoke*, aunque excitado, lo estaba de una manera *placentera*; la otra, que el collie ya no estaba sobre el tapete a sus pies sino en el rincón más alejado de la ventana, observando la habitación con los ojos muy abiertos, y muy asustados… Smoke había saltado al centro de la alfombra y, con la cola erecta y las patas rígidas como baquetas, avanzaba y volvía emitiendo esos curiosos sonidos guturales de placer que solo un felino sabe hacer expresivos de una suprema felicidad. Las patas rígidas y el lomo arqueado lo hacían parecer más grande de lo habitual, y el negro rostro parecía dibujar una sonrisa de beatífica alegría. Sus ojos ardían con magnificencia; estaba en éxtasis. Tras cierta cantidad de pasos regresaba bruscamente y retomaba la misma línea,

pisando con suavidad y ronroneando en lo que se oía como un vaivén de pequeños tambores amortiguados. Se comportaba exactamente como si se estuviera frotando contra los tobillos de alguien que permaneciera invisible. El médico se estremeció mientras se ponía de pie y fijaba la vista. Un leve malestar se agitaba en las profundidades de su ser ante el curioso comportamiento de esa criatura que tenía delante. De pronto emergió en él una nueva comprensión del misterio que conectaba a toda la tribu felina, pero especialmente a su miembro más numeroso, el gato doméstico: sus vidas ocultas, su extraña indiferencia, su incalculable sutileza. Cuán absolutamente alejadas del entendimiento humano se hallaban las fuentes de su esquiva actividad. Mientras observaba el comportamiento inefable de la criatura a lo largo de la franja de alfombra, coqueteando con delicadeza con los poderes de la oscuridad, quizás dando la bienvenida a algún visitante temible, se agitó en su corazón un sentimiento extraño, muy parecido a la admiración. Esa indiferencia ante la especie humana, su serena superioridad, lo golpearon poderosamente: tan remotos, tan inaccesibles le parecieron los secretos propósitos de la vida gatuna, tan ajenos a la torpe honestidad de otros animales. Su total aplomo lo llevó a pensar en las palabras del comedor de opio: “Ninguna dignidad es perfecta si no se asocia en algún momento con lo ominoso”.

No recuerdo si Hermes Trismegisto o Paracelso mencionan al gato en sus fórmulas alquimistas, pero que ambos lo adoraban es tan cierto como que alquimistas posteriores requerían la presencia del *grimalkin* o incluían alguna parte de su cuerpo como ingrediente en la preparación de alguna pócima en el caldero. Es probable que los silfos, gnomos, ondinas y salamandras del conde de Gabalis no fueran sino gatos de color blanco, negro, plata y anaranjado, respectivamente. Creo que no se ha desarrollado un sistema mágico de adivinación basado en gatos –una ailuromancia– porque estos mantienen demasiado celosamente sus secretos como para ser de ayuda al hierofante. El gato retiene esos instintos de sensualidad trascendente, esas corrientes extrañas del pasado que los humanos y la mayoría de los animales, especialmente los domésticos, han canjeado por los inferiores beneficios de la “civilización”. Está en contacto con lo infinito y lo desconocido; recuerda el culto de los egipcios, los secretos de

Babilonia y las pociones de la hechicera. Reconoce a Wotan en la tempestad y a Koschéi en la oscuridad de la noche. En las llamas ve a Loki, y a Afrodita sobre las olas de todos los mares. Eros ronda con él en los tejados y Diana dirige sus expediciones de caza. Sejmet y Pasht se sientan en los templos de su imaginación. Todos los dioses, todos los demonios son sus amigos; conoce a las hadas, los elfos y los *kobolds*; las estirges y los vampiros vienen cuando él los llama. El susurro de las hojas le advierte del peligro, y un vuelo de pájaros vaticina un día claro. Un solo toque de un bigote suyo contra una pared envía una rápida señal a su cerebro, y bajo sus patas acolchadas el crepitar de un helecho seco es para él como la amenaza de la Camorra o La Mano Negra. Es pagano y swedenborgiano, palladiano y cabalístico, musulmán y judío. Camina sobre el mar con Cristo y sobre las nubes con Buda. Se pasea en el cerebro del poeta. Comprende y saluda a la pálida petunia, la esotérica begonia. Los ritos de Heliogábalo le son tan familiares como las crueles diversiones de Gilles de Rais. Conoce el significado del zodiaco, del sello del rey Salomón, el tarot, las tríadas en forma de ibis, los pentáculos de los planetas, los Diez Mandamientos, la ciencia y la salud ya cuando es un gatito de meses. Lejos de ser un aprendiz de brujo, lo que suele ser es el maestro.

23 Dice Moncure Daniel Conway en *Demonology and Devil-lore*: “En el manuscrito iluminado conocido como *Salterio de la reina María* (1553) hay una imagen que es una variación de la iconografía de la Caída del Hombre, muy aceptada en la Edad Media, en la que una serpiente-mujer, Lilith, es la que tienta a Adán a morder la fruta prohibida. En esta imagen aparece una hermosa Lilith de abundante cabellera, pero en vez del pecho femenino tiene el cuerpo de un gato”.

24 Dice W.M. Conway en la *English Illustrated Magazine*: “Pero el fantasma o doble de cuerpo tenía que tener algo material para serlo. El propio cuerpo era lo mejor, naturalmente; lo segundo mejor era una imagen plasmada en una sustancia duradera. Así surgieron la momificación, para preservar el cuerpo, y la efigie esculpida, para reemplazarlo. Luego, a un egipcio rico se lo enterraba con no menos de algunos cientos de miniaturas con la forma de una momia, etiquetadas con su nombre, además de una o más estatuas realmente detalladas de su figura. Esas estatuas *Ka* harían el papel de la momia si esta era destruida. Y así como los hombres, los gatos; ellos también tenían su *Ka* y lo demás, y su estatua debía ser resguardada de la devastación hasta el gran día de la resurrección de los gatos, los cocodrilos y los hombres. El gato de un hombre rico era laboriosamente momificado, relleno y envuelto una y otra vez con cintas de lino teñidas en dos colores. Revestían la cabeza con una envoltura tosca parecida al *papier maché*, cubierta de lino y pintada, incluso bañada en oro a veces; las orejas siempre cuidadosamente erguidas. La momia podría estar en una caja de bronce con un *Ka* del gato a guisa de corona. Los pobres hacían un simple bulto, pero la acción se realizaba con gran cuidado y respeto”.

25 Sir George Lewis pensaba que había probado que no existían gatos en Atenas, pero una vasija del periodo más representativo muestra a uno persiguiendo ratones.

26 Dice Pierre Loti en *Japonerías de otoño* que leyó en un libro “muy notable y muy poco conocido en el Japón” algo que después comprobó que era una creencia muy general entre los campesinos de ese país: “Cierta noche de invierno, los gatos celebran, en algún jardín aislado, una gran asamblea que termina con una ronda general a la luz de la luna”. Y continúa Loti: “Viene en seguida esta cláusula adorable, que recomiendo a todos los que se preocupan en averiguar el misterioso encanto de los gatos: ‘Para ser admitido en esta reunión, todo gato debe procurarse un fichú o un pañuelo de seda con que cubrirse la cabeza, para bailar’”.

27 El “doctor Bataille” nunca existió, aunque el libro sí: fue parte del fraude montado por el escritor marsellés Léo Taxil para perjudicar a los masones, a fines del siglo XIX; una farsa en la que involuntariamente llegó a estar implicado hasta el papa León XIII [NdT].

28 John Gregorson Campbell describe el Taigheirm como una “cena del diablo” en *Superstitions of the Highlands and Islands of Scotland*; dice que la tradición en las Tierras Altas Occidentales distingue tres representaciones: la de Allan, el levantador de ganado (Ailein nan creach) en Dail-a-chat (rebautizado The Cats’ Field) en Lochaber; el Dun Lachlain en el gran granero de Pennygoun, en la isla de Mull, y los Hijos de Quithen en una cueva de Skye. El mismo día que supe del Taigheirm cené con unos amigos que también tenían de visita a Seumas, jefe del clan Fhearghuis de Stra-chur, quien me informó que, hasta donde sabía, el Taigheirm todavía se celebra en las Tierras Altas.

29 En *Rabbits, Cats and Cavies*, C.H. Lane cita la siguiente historia: “La mañana previa al reciente accidente del destructor *Salmon*, ese navío se encontraba al costado del *Sturgeon*. A bordo de la primera embarcación vivían dos gatos, mascotas de la tripulación, que nunca habían mostrado la más mínima inclinación a abandonar la nave. Pero esa mañana, a riesgo de ser perseguidos por la

tripulación y molestados por los perros, y cuando el *Salmon* ya había levado anclas para lo que sería un viaje desastroso, los gatos no vacilaron en su determinación y de un salto aterrizaron en la cubierta del *Sturgeon*".

30 No hay panacea –mística, moral, política o física– que los estadounidenses no estén dispuestos a creer. Moncure Daniel Conway da ejemplos en *Demonology and Devil-lore*: "El doctor Dyer, un eminente médico de Chicago, me contó de un caso en esa ciudad, de su propio conocimiento, en que el cuerpo de una mujer que había muerto de tuberculosis fue exhumado para quemarle los pulmones, pues se creía que estaba atrayendo a su sepultura a algunos parientes vivos. En 1874, según el *Providence Journal*, en Peacedale, Rhode Island, el señor William Rose exhumó el cuerpo de su hija y quemó su corazón, convencido de que estaba consumiendo la vida de otros miembros de la familia". Un reciente juicio penal en uno de los estados del Medio Oeste reveló que muchos ciudadanos llevan una bala de plata en el bolsillo como talismán contra el gato-brujo.

31 Fragmento de *Tom Sawyer*: trad. de Simón Santainés. Barcelona, Penguin Clásicos, 2016 [NdT].

32 Elliott O'Donnell habla de experiencias similares en *Animal Ghosts*: "A partir de infinitos experimentos realizados en casas embrujadas, he demostrado que el gato es un barómetro psíquico del todo confiable. El perro a veces no es consciente de la proximidad de lo Desconocido. Cuando el fantasma se materializa o demuestra de alguna otra forma su advenimiento, el perro podría no reaccionar y permanecer imperturbable; el gato jamás. Nunca he tenido un gato que no haya mostrado los más evidentes signos de terror e inquietud antes y durante una manifestación metafísica". El señor O'Donnell no solo cree que los gatos *ven* fantasmas; también cree que los *tienen*. El lector curioso encontrará en su libro descripciones de fantasmas de gato que han vuelto a rondar los lugares donde se los ha torturado. O'Donnell incluso asegura que puede haber algo de cierto en la superstición de que un gato negro es el diablo en persona. "Sería inútil, desde luego, esperar que en estos tiempos no meditativos se crea que alguna vez hubo la más remota verdad en estas suposiciones fantásticas del pasado; sin embargo, según testimonios confiables, hoy mismo muchas casas en Inglaterra son frecuentadas por fantasmas en forma de gatos negros, de una apariencia tan siniestra y hostil que solo se puede asumir que, a menos que sean los verdaderos espíritus de los gatos, ligados a la Tierra por propensiones crueles y viciosas, deben de ser elementales del vicio, espíritus que nunca han habitado un cuerpo material y que surgen por pensamientos viciosos, o bien son atraídos hacia un lugar por algún delito o acto vicioso que se ha perpetrado allí alguna vez".

5

EL GATO EN EL FOLCLOR

De dónde provino el gato es un misterio; usted puede creer la historia de Noé si quiere. Wood dice que el *Felis maniculata* egipcio es el abuelo de nuestra mascota, y Lydekker cree que el progenitor fue el Kaffir, un gato amarillento con rayas de tigre –*Felis lybica*– que todavía deambula por el noreste de África, cazando por la noche y morando en huecos cavados por otros animales. De nuevo, *probablemente*, pues todo es tan incierto como la historia de Noé, en algún momento antes del siglo v los romanos llevaron el gato egipcio a Inglaterra, y en teoría nuestro moderno gato atigrado o *tabby* sería el resultado de la cruza entre ese antiguo animal y el gato salvaje británico. Pero esta teoría dejaría fuera a los persas y a los angora, porque los gatos egipcios eran de pelo corto; se sospecha que el ancestro de estos felinos más aristocráticos fue una variedad de Asia Central, el gato de Pallas. En cuanto al *ailuros* de los griegos, ya he dado a entender que la opinión de la academia actual, la que por cierto vale muy poco, ha concluido que no era un gato en realidad, sino una marta de pecho blanco.

Adónde va el gato es igualmente un misterio. “Todas las personas –escribe Andrew Lang– son conscientes de que un gato que estuviese perfectamente cómodo y bien alimentado en otro lugar puede de pronto llegar a su casa y establecerse allí, abandonando a una familia que lo llora y a la que, si quisiera, podría encontrar de vuelta con facilidad. Esta conducta es un misterio que puede llevarnos a inferir que los gatos forman una gran sociedad secreta, y que van y vienen en cumplimiento de alguna política relacionada con la educación, o tal vez con la brujería. Conocí a uno que abandonó su casa y que cada seis meses volvía y miraba a su alrededor con cierto aire de desprecio, como diciendo ‘estos fueron mis humildes

comienzos’”. Debe recordarse que el gato es un oriental y todos los orientales son misteriosos. Incluso parece haber una etiqueta felina que prohíbe que dos gatos se encuentren y sigan de largo sin alguna muestra de formalidad solemne, una reminiscencia de los saludos de Oriente, donde el tiempo no tiene un valor particular.

Hasta la etimología de su nombre es oscura. De la palabra latina *felis* hemos extraído “felino”, pero *cattus* o *catus* entró en uso más tarde, en el siglo IV, y se encuentra por primera vez en los escritos del agrónomo romano Paladio, quien en su *Opus agriculturae* recomienda tener gatos en los jardines de alcachofas como protección contra los topos y roedores. Evagrio Escolástico, historiador de la iglesia griega, usa la palabra *catta*. Isidoro deriva *cattus* de *cattare*, “mirar”, sin duda en referencia a la actitud alerta y vigilante del animal. Por otra parte, un redactor en *Notes and Queries* declara que el único idioma, hasta donde él puede afirmar, en el que la palabra “gato” significa algo es el zend, antigua lengua en la que *gatu* es “un lugar”. Deduce que Persia es el hogar original del gato y que probablemente desde allí, a través de España, fue introducido en Europa, porque la palabra española es casi idéntica. Los únicos defectos de este brillante razonamiento filológico son que la palabra española es también casi idéntica al término en latín tardío, y que los gatos persas y los europeos son razas distintas. Adolphe Pictet deduce *catus* de una raíz africana: árabe, *kitt*, plural *kitât*; sirio, *katô*; nubio, *kadiska*; y aun en otras lenguas africanas, *kaddiska* y *gada*. Este ingenioso etimologista piensa que otra palabra inglesa para gato, *puss*, proviene de una del antiguo sánscrito, *pućća*, *pićća*, que significa cola. Dice que hay un indicio de esta raíz en el persa, *pushak*; el afgano, *pishik*; el kurdo, *psig*; el lituano, *katé*; el irlandés, *pus*, *feisag*, *fiseog* y *feisain*. Un especialista todavía más ingenioso piensa que la palabra francesa *chat* es una onomatopeya del bufido del gato.

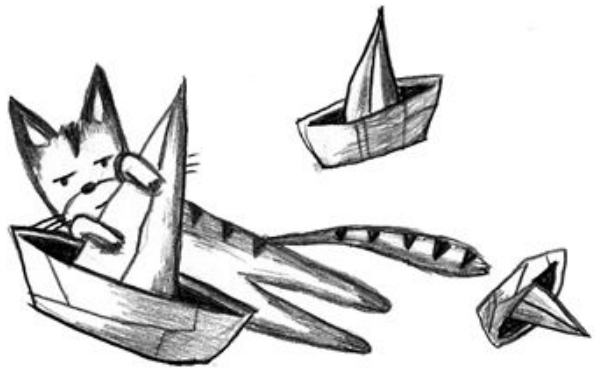
En cuanto a lenguas más familiares, en flamenco la palabra es *kat*; en sueco, *katt*; en italiano, *gatto*; en portugués y español, *gato*; en polaco, *kot*; en ruso, *kot*; en turco, *kedi*; en galés, *cath*; en córnico, *kath*; en alemán, *die Katze* (un francés que desaprueba que *chat* sea masculino en su idioma admira esta opción de género); en vasco, *katu*; en armenio, *kitta*; en picardo, *ca*, *co*; en borgoñón, *chai*; en catalán, *gat*. Las esculturas antiguas en el Louvre dan el nombre egipcio de *mau*, *maï*, *maau*.[33] Estas y la palabra china, *mao*, parecen las más lógicas de todas.

En todos los idiomas son tan copiosas las alusiones al gato como las grosellas en una buena tarta de frutas. Muchas toman la forma de palabras derivadas, buena parte de las cuales tienen una formación tan misteriosa como la misma *puss*. Otras son metafóricas o proverbiales y proceden de la sabiduría popular, los prejuicios y las supersticiones. El *Oxford English Dictionary* de Murray le dedica dos páginas completas a *cat* y sus palabras derivadas, y en ningún caso es exhaustivo. Muchos de los siguientes ejemplos son de otras fuentes.

Están, para empezar, los términos náuticos, cuya abundancia [en especial en inglés] parece demostrar que el gato es un favorito entre la gente de mar. El velero que en español se ha llamado laúd es un *cat-boat*, y en un comienzo fue llamado simplemente *cat*. El significado de catamarán, embarcación que se endereza sola en el oleaje, es bastante claro: la palabra deriva del italiano *gatta marina* y alude a la facultad que tiene el gato de siempre caer parado. El aparejo de gata o *cat* es una combinación de poleas para suspender el ancla en la serviola o pescante de un barco. *Cat-harpin* es un asidero de cuerdas empleado para asegurar las velas en la parte baja de los mástiles. La *cat-fall* es la cuerda empleada en la serviola, y el *cat-hook*, un gancho grande adherido a un *cat-block*, mediante el cual se leva el ancla hacia la *cat's-head* (la serviola). Dos pequeños agujeros a popa, por encima de las compuertas de la armería, se llaman *cat-holes* o *bocas de gato*. Un *cat's-paw* es un giro particular en la lazada de una cuerda, y también la formación de olas suaves por un viento ligero durante la calma, que se asemeja a la leve perturbación en el agua de una pileta cuando un gato altera delicadamente la superficie con su pata. Por último, tenemos el temible *cat-o-nine-tails* o látigo de nueve colas. Los estudiosos han descubierto referencias cruzadas. David Fitzgerald pregunta en *The Cat in Legend and Myth*: "¿Cómo es posible que encontremos al gato de nueve colas (un gato mágico sin alusión al azote) en las leyendas de Gobán Saor? Y un gato con *diez* colas en las rimas escocesas para aprender a contar; y el término 'azotar al gato' para referirse a que alguien está complotando contra los demás, entre los sastres de Crieff?".[34]

Muchos nombres de plantas se componen con *cat*: *cat-briar*, un americanismo para la zarzaparrilla, que dedico a H.L. Mencken; *cat-chop*, que no he podido identificar; *cat-haw*, el fruto del espino; *cat-in-clover*, el loto corniculado, cuya hoja tiene la forma de una pata de pájaro; *cat-keys*, el

fruto del fresno; *cat-sloe* es una variedad del endrino; *cat-succory*, una variedad de endivia; *cat's-head*, una variedad de manzana y también un fósil; *cat-trail*, la apreciada valeriana; *cat-thyme*, una especie de *teucrium* que hace estornudar; *cat-tree* es el bonete de cura, evónimo o husera; las conocidas *cat-tails* y *catnip* son la totora y la hierba gatera; *catkin*, el amento, una suerte de flor imperfecta que cuelga de los árboles como la cola de un gato; la hierba *cat's-foot*, falso edelweiss o pata de gato; y para terminar, una curiosidad: *cat-whin* o ¡rosa canina!



En el argot estadounidense, *one old cat* es un juego, una especie de béisbol primitivo. *Let the old cat die* (dejar que muera el gato viejo) es dejar que el columpio pruebe que no existe el fenómeno del movimiento perpetuo; como el columpio sigue balanceándose unas ocho o nueve veces después de que se le deja de empujar, posiblemente la frase haga referencia a las nueve vidas del gato. *Cattycornered*, que significa que algo está opuesto o cruzado en diagonal, alude a los movimientos oblicuos del felino. *Scat!* se usa para ordenar al gato que salga rápidamente del lugar. *Pussyfoot* es un andar sigiloso, y en la jerga de los ladrones ingleses *cat* es el vello púbico femenino. Una especie de doble trípode con seis patas destinado a sostener una placa delante de la chimenea, y construido de tal manera que en cualquier posición tres de sus patas se apoyan en el suelo, se llama *cat* por la creencia de que un gato siempre cae sobre sus pies. Los enemigos de la raza felina dicen "tan falso como un gato", y en esa línea van los términos *cat's gold* y *cat's silver*, los nombres comunes para la mica, por su apariencia engañosa. Hay peces gato (los bagres), pájaros gato (como el sinsonte maullador), ardillas gato (la ardilla zorro gris) y búhos gato o gatos

voladores. Una palabra francesa para búho es *chat-huant*.

El ojo de gato es una piedra semipreciosa muy conocida. Se llama ronroneo de gato a una sensación determinada en la región cardíaca en ciertas enfermedades. El diente de gato es un mineral de plomo blanco de Irlanda, también llamado albayalde; el seso de gato o *cat-brain* es un tipo de suelo que se forma con arcilla en bruto y piedras; la caca de gato, un tipo de arcilla. *Catcollops* es un término en desuso para la carne de gato y al *cat's meat man*, una figura popular en Londres, se le llama a veces *pussy butcher*, carnicero de gatos. *Catface* es una marca en la madera que se usa en construcción; *cat-ice*, el hielo fino de aspecto lechoso. Esa breve siesta que se toma sentado es una *cat-nap*; la *cat-ladder*, un tipo de escalera que se usa en los tejados inclinados de las casas; *cat-steps*, la proyección de las piedras en la parte inclinada del aguilón. *Puss gentleman* es como se decía en el siglo XVIII al catamito. *Kitty* es un término común del póquer. *Copy cat* es un término inapropiado, porque el gato nunca copia a nadie. Una frase hecha para referirse a un evento inusual es "lo suficiente para hacer reír a un gato", pero el Gato de Cheshire no es el único ejemplo de un gato risueño. También se dice "lo suficiente para hacer hablar a un gato", pero, como ya hemos visto en el capítulo anterior, los gatos que hablan son casi un lugar común. *Salt-cat* es un revoltijo de comida puesto en un palomar para atraer a extraños. *Cat's walk* es una pasarela. *Whip the cat*, azotar al gato, es vomitar. *Cat-harrow*, *Cat and Dog* y *Kit-Cat* son juegos tradicionales. Un cobertizo móvil que usaban los sitiadores en tiempos medievales para acercarse a las fortificaciones con alguna protección se denominaba *cat-house*; hoy tenemos otra cosa conocida como *cat-house*, así como a ciertas señoritas bonitas en Londres y geishas en Japón se les llama gatas.

Alguna vez fue una trampa clásica de los granjeros llevar un gato en una bolsa al mercado y hacerlo pasar por cerdito lechón para venderlo a los incautos; si el comprador descubría el engaño, *he let the cat out of the bag* ("dejaba salir al gato de la bolsa", una frase hecha para decir que alguien revelaba un secreto); si no, se decía que había comprado *a pig in a poke* (que le habían dado gato por liebre); ambas expresiones se han vuelto muy conocidas.

Una isla de las Bahamas se llama Isla del Gato. Debe usted de haber oído hablar de las montañas Catskill. Un antepasado mío, Derrick Teunis Van

Vechten, fue el fundador de la muy poco importante localidad del estado de Nueva York que lleva ese nombre también.

Todas las lenguas son ricas en proverbios sobre gatos, muchos de los cuales parecen invenciones de aquellos que creían en lo que Buffon y Noah Webster tenían que decir acerca de nuestro animal. Pero también son numerosos los que hacen referencia a la destreza felina y sus especiales instintos, y unos pocos a su belleza y elegancia. Plutarco, estando en Egipto, oyó el siguiente: “Una dama demasiado engalanada es como un gato vestido de azafrán”. “Un gato cojo es mejor que el caballo más veloz cuando las ratas infestan el palacio” es un viejo proverbio chino. Y otro: “No serán las pulgas de los perros las que harán maullar a los gatos”. En Japón dicen: “Un perro recordará tres días de bondad durante tres años; un gato olvidará tres años de bondad en tres días”; lo considero un cumplido a la inteligencia del gato. Un dicho de la India: “Si quieres saber cómo es un tigre, mira al gato; si quieres saber cómo es una bestia, mira al carnicero”. Tiendo a concordar con Lockwood Kipling en que solo la primera mitad de este proverbio es cierta. Como en la India arrojan gatos a una malla por diversión, un refrán que describe allí un éxito repentino es “el gato está con suerte, se ha rasgado la malla”. Una muestra de que el carácter de los indios no es tan diferente del europeo o americano es el dicho “No estaba tan enojado con el gato por robar la mantequilla como por el modo en que meneaba la cola”. El indio, sobre un hipócrita: “El gato, con las colas de los ratones todavía colgándole de la boca, dice que ahora se siente bien, ¡que irá en peregrinación a La Meca!”.

“Hasta el gato es un león en su propia guarida”, se dice de las personas de genio apacible que tienen repentinos arranques de cólera. “El gato no caza ratones para Dios” es una incalculable pizca de sabiduría. “Luna de gato” es una expresión cachemir para una noche de insomnio; también en Cachemira dicen: “Si los gatos tuvieran alas no habría patos en la laguna”. Una madre india diría a una niña ociosa: “¿Estornudó el gato o qué?”. “En una casa conocida hasta el gato es conocido”, se dice en tono burlón. Un hombre ladino se dice que parece un gato ahogado, y es común escuchar que un gato vivo es mejor que un león muerto. Es fácil entender lo de “gato acobardado deja hasta al ratón morderle las orejas”, pero ¿habrá ocurrido alguna vez?

John Hay, en *Castilian Days*, da por español el dicho “gato maullador no es buen cazador” pero, desde luego, existe en todas las culturas. Otros refranes españoles: “Azotan al gato si la mujer no se afana”, “El ratón no sale con el estómago lleno de la casa del gato”, “Cuando el gato no está los ratones hacen fiesta”, “No eches al gato de la casa por ladrón” (se dice de aquellos que esperan de los sirvientes que se comporten como nobles), “Veamos quién se lleva el gato al agua” y “La carne está en la parrilla porque no hay gato”. Los portugueses han acuñado este: “Sí, el gato es amable, pero araña”. Un encantador proverbio ruso es: “El día es joven, dijo el gato, recordando que podía esperar”. “Juegos de gato, lágrimas de ratones” es también ruso. Un dicho alemán: “El gato va a pescar, pero no se ensuciará las patas”. Y uno italiano, delicioso: “Cuatro cosas se necesitan para un hogar: mujer, grano, gallo y gato”.

Los proverbios de gatos en inglés son tan numerosos que debo contenerme. Algunos son verdaderos dichos populares, otros se han vuelto populares por su aparición en obras de teatro y novelas. Tanto cuidado matará al gato. Gato embozado no es buen cazador. Extraño será el gato que no quiera lamer la crema. No se saca del gato más que la piel (proverbio que no toma en cuenta la costumbre francesa de usarlo para el “estofado de conejo”).[35] Cuando el gato le guiña, poco sabe el ratón qué trama. De buen grado el gato comería pescado, pero se resiste a los pies mojados. El gato nunca ve al ratón. Aunque el gato pestañee a veces, ciego no es. Mientras más le frotas el lomo a un gato, más alto empina la cola. Bien podría pestañear el gato con los dos ojos cerrados. ¿Cómo no va a robar el gato si la cocinera es tonta? Eso que viene de un gato puede cazar ratones. Un gato puede mirar a la cara a un rey. Un gato viejo bebe tanto como un gatito. Cuando el gato no está los ratones se divierten. El gato sabe de quién son

los labios que lame. Pedir misericordia mató a mi gato (se decía a quienes hacían trampa y luego pedían perdón para escapar del castigo). Cuando las velas se apagan todos los gatos son grises. Mordiendo y arañando se unen los perros con los gatos. No tendré más gatos que los que cazan ratones. Un gato tiene nueve vidas, y una mujer, nueve vidas de gato. Los gatos comen lo que las descocadas dejan. En octubre no hay un gato en Londres. El lugar de la buena esposa y el buen gato es su casa. Un gato nunca se ahogará si ve la orilla. Una gata fea puede tener gatitos bellos. Los gatos ocultan sus garras. Un gato con la cola de paja no se sienta delante del fuego. El gato errante vive a coscorrones. Tenía hambre la gata si un mendrugo la satisface. Ese hombre vive bajo el signo de la pata del gato (su esposa lo araña). Un gato tímido hace un ratón orgulloso (así dicen los escoceses para alentar a alguien a no temer a un rival estúpido o cobarde). Un gato muerto no siente frío. Un pedazo de niño vale más que dos de gato. El gato escaldado del agua fría huye (del francés *chat échaudé craint l'eau froide*). Melancólico como un gato, o bien melancólico como un gato castrado, es una frase común en Inglaterra. "¡Dios mío! Estoy tan melancólico como un gato o como un oso amarrado a la cadena", dice el Falstaff de Shakespeare. Dar vuelta el gato en la olla es revertir el orden de las cosas. Antes de que el gato pueda lamerse una oreja quiere decir, naturalmente, nunca. Los gatos y las viejas se sientan al sol. Denham en su *Popular Sayings* de 1846 registra un *Every day's no yule; cast the cat a castock* ("No es Navidad todos los días, dale al gato un tallo de repollo"), es decir no repares en gastos, trae otra botella. Puede sostener un gato al sol, se dice de un hombre extremadamente audaz.

Los franceses son tan prolíficos como los ingleses en materia de proverbios gatunos. Un aforismo encantador, y enteramente parisino, dice que los tres animales que más tiempo dedican a su *toilet* son los gatos, las moscas y las mujeres. Correr muy rápidamente sin cansarse es "correr como gato pobre". Un ritmo disonante es *une musique de chats*. Un bochorno repentino que nos lleva a perder la voz es "un gato en la garganta" (el dicho inglés equivalente usa la rana, más humilde). Puede describirse a una persona que gusta de las cosas finas como "ávida como una gata". Quien escribe de manera ilegible escribe como un gato. Tratar de inspirar compasión es "hacer la del gato mojado", y sortear elegantemente una situación delicada, "pasar por encima como el gato sobre las brasas".

“Limpio como la escudilla del gato” es verse impecable y sin embargo no estarlo. Vivir como el perro y el gato tiene su equivalente exacto en muchos idiomas. A los dignatarios que usan pieles en sus trajes de ceremonia se los llama “gatos forrados”. *Faire la chattemite* es tener modales modestos y halagadores. Si no hay nadie presente, “no hay un gato”. Si por debilidad o negligencia permite usted que lo engañen, “dejó que el gato fuera a por el queso”. “Si come pan es que el gato tiene hambre”, se dice de aquellos que se resignan a lo que no les complace enteramente. Pero a los gatos a menudo les gusta comer pan, a veces incluso lo prefieren a otros alimentos. Exponerse al peligro sin tomar precauciones es “tomar al gato sin guantes”. Hay muchas variaciones de esta frase, tanto en francés como en otros idiomas; dos de las más comunes son *On ne prend pas le chat sans moufles* y *Chat emmouflé ne prend pas souris*. Al glotón se lo llama *gourmand comme un chat*. Atormentar a un adversario es “jugar como juega el gato con el ratón”. De una situación peligrosa o imposible se dice que es como la guarida del ratón en la oreja del gato. Vigilar a todos es “tener un ojo en la sartén y el otro en el gato”. Aquellos que están siempre conciliando nunca “lanzan el gato a las piernas de nadie”, y “que le tiren la lengua al gato” es negarse a responder una pregunta embarazosa. *Acheter chat en poche* es la versión francesa de recibir gato por liebre. Uno también dice en francés *acheter le chat pour le lièvre*, una hermosa costumbre a la que ya he aludido. En francés, de noche todos los gatos son grises, no negros. Así aparece en *El barbero de Sevilla* de Beaumarchais. *A bon chat, bon rat*: para un buen ataque, una buena defensa. Puesto que es la cocina el lugar más común donde se quema, uno dice gato escaldado no vuelve a la cocina.

El significado de los siguientes proverbios es evidente: *Qui naquit chat court après les souris* (quien ha nacido gato corre tras los ratones); *On ne saurait retenir le chat quand il a goûté à la crème* (no detendrás al gato que ha probado la crema); *Il fait le saint, il fait le chat* (se hace el santo); *Qui vit avec les chats prendra goût aux souris* (al que vive con gatos terminarán gustándole los ratones); *Il ne faut pas faire passer tous les chats pour sorciers* (no todos los gatos son brujos). *Faire tirer au chat les marrons du feu*, sacar las castañas con la mano del gato, es una referencia a la fábula del gato y el mono. *Entendre bien chat sans qu’on dise minon* es tener la agudeza para comprender las cosas al instante. Según un proverbio del siglo XIII, *là où kas n’est, li souris se tient fière*, donde no hay gato se envanecen

los ratones. Ser descuidado es *faire de la bouillie pour les chats*. Despedirse a la francesa, o sea partir sin despedirse, es *emporter le chat*, llevarse el gato.[36] De algo insignificante uno dice “no es como para azotar a un gato”. “Tengo otros gatos que azotar” es tener cosas más importantes que hacer. *Ne reveillons pas le chat qui dort*: no despiertes al gato que duerme. P*ayer en chats et en rats* es pagar con cuentagotas.

En el Templo de Libertas que Tiberio Graco erigió en Roma, la diosa fue representada sosteniendo un cetro en una mano y una gorra en la otra, mientras que a sus pies reposaba un gato, símbolo de la libertad. Y en un texto de heráldica de 1664 se lee: “La compañía de soldados, los *Ordines Augustei*, que marchaban bajo las órdenes del coronel de infantería, *sub Magistro peditum*, llevaban en su escudo blanco o plata un gato del color del cuarzo de prase, que es sinople o verde agua. El gato se representa corriendo y mira por encima del lomo. Otra compañía del mismo regimiento, Los Felices Señores, llevaba un semigato, rojo, en un escudo color sangre o gules; *in parma punica diluciore*, con las patas en alto, como si jugara con alguien. Bajo la misma jefatura, un tercer gato pasante, de color rojo vivo, con un solo ojo y una oreja, era llevado por los soldados *qui Alpini vocabantur*”. Y es que los gatos tienen un lugar destacado en la heráldica. Los vándalos y los suevos llevaban un gato negro (*cat sable*) en sus escudos de armas. Los borgoñones lo usaron con el mismo significado –libertad e intrepidez–, y Clotilde, esposa de Clodoveo de Borgoña, optó por representar en su sigilo [un símbolo mágico] a un gato negro saltando sobre un ratón. Varias otras casas nobles estaban enamoradas del emblema. No será sorpresa para nadie saber que en el escudo de la familia Katzen, en azur, un gato de plata sostiene una rata, o que la cresta del escudo de la familia napolitana Della Gatta exhibía un magnífico gato recostado. Dos gatos de plata en un campo azur representaban a la familia Chetaldie de Limoges, y el lema del clan escocés Chatain es *Touch not the cat but (without) a glove*.[37] La familia Chaffardon llevaba en azur tres gatos, o dos, las caras enteramente de frente. El emblema de Ricardo III era un jabalí de plata, pasante, de donde deriva la rima que le costó la vida a William Collingborne:

The Cat, the Rat, and Lovel our Dogge, Rulen all England under an Hogged.

Cervantes, se recordará, habla del “siempre vencedor y jamás vencido” Timonel de Carcajona, Príncipe de la Nueva Vizcaya, cuyo escudo es un gato de oro en campo leonado y una única palabra, “miau”, en honor de su dama, la adorable Miaulina, hija del Alfeñiquen del Algarve. Más recientemente, el cuerpo de tanques del Ejército de Estados Unidos llevaba en sus máquinas enormes gatos negros con feroces colmillos y destellantes ojos de un verde eléctrico, y el lema “¡Trátenlos rudo!”. El emblema de la 81ª división de las Fuerzas Expedicionarias [las que participaron en la Primera Guerra Mundial] eran gatos salvajes; sus hombres, conscriptos de Carolina del Norte y del Sur, Florida y Puerto Rico, fueron los pioneros en la costumbre de tener emblemas por división. Cuando llegaron a Hoboken, el puerto de embarque, todos sus hombres llevaban el gato salvaje en el hombro izquierdo. El general al mando del puerto informó a Washington sobre la novedosa insignia y preguntó si estaba autorizada, pero las tropas zarparon antes de que se recibiera la respuesta negativa. Cuando la 81ª división desembarcó en Francia el gato feroz causó sensación entre los demás soldados, y dentro de la primera semana todos estaban ideando emblemas similares. Tanto éxito tuvo el gesto que el general Pershing se dio cuenta de que debía autorizar las insignias. No se hizo oficialmente, pero no se prohibieron, y todos los que han visto a los soldados volver a casa deben de saber que se convirtió en una costumbre entre los militares.

Ya no está en boga bautizar tiendas y almacenes con nombres y letreros descabellados, pero antes los carteles con gatos eran frecuentes. Un librero de Londres en 1612 llamó a su tienda The Cat and Parrot. Había posadas de nombres tan pintorescos como Cat and Cage, Cat and Lion, Cat and Bagpipes y Cat and Fiddle. El signo de la rueda de Catalina, muy usado en los pubs, en honor de la católica Catalina de Aragón, fue rechazado por los puritanos y reemplazado por la imagen de un gato en la rueda. Una vieja taberna inglesa se llamaba Salutation and Cat. Buena decisión; tanto como el Hotel de la Virgen María y el Príncipe de Gales, que alguna vez visité en la Riviera italiana: un nombre calculado para captar tanto al turista católico como al anglicano.

De los signos franceses, La Maison du Chat qui Pelote, Le Chat qui Pêche y sobre todo Le Chat Noir son los más comunes. Este último se usó para un sinnúmero de restaurantes y panaderías, y para uno de los más célebres

cabarets de París. A los zapateros parisinos les gustaba Le Chat Botte, y Le Chat qui Fume es un nombre encantador. Un cuento de Anatole France lleva por título el nombre de un pequeño café parisino, Le Chat Maigre. En Estados Unidos, una marca de limpieza en seco usa la imagen de un gato lavando ropa.

Hay tantas canciones de cuna con gatos, en todos los idiomas –alemán, yídish, ruso, patagón, australiano primitivo…–, que cada niño debe de saber al menos media docena. Esta es muy sugerente:

Poor Dog Bright, Ran off with all his might.
Because the cat was after him, Poor Dog Bright.

Poor Cat Fright, Ran off with all her might, Because the dog was after her, Poor Cat Fright.

Las rimas infantiles con el abecedario son populares entre las madres porque las creen semiinstructivas. Las variaciones son innumerables:

A, B, C, tumble down D, The cat's in the cupboard and can't see me.

Una versión francesa:

A, B, C, Le chat est allé Dans le neige; en retournant Il avait les souliers tous blancs.

La rima que empieza *Hey, diddle, diddle / The cat and the fiddle*, es tan conocida como cualquier cosa de Shakespeare. No puede haber muchos angloparlantes que no hayan cumplido con aprenderse el *Ding, dong, bell, Pussy's in the well*, o que no digan a los niños *Pussy cat, Pussy cat, where have you been?*, o *The three little kittens, they lost their mittens*. Y esta es una cantinela muy agradable:

Hey, my kitten, my kitten, Hey, my kitten, my deary; Such a sweet pet as this Was neither far nor neary.

Como esta es filosófica y fatalista:

Pussy-cat ate the dumplings, the dumplings; Pussy-cat ate the dumplings.
Mamma stood by, and cried, “Oh, fie!
Why did you eat the dumplings?”.

En muchas otras rimas el gato es una figura importante. Por ejemplo en el poema épico acerca de la mujer que quería pasar a su cerdo sobre la verja, fue la gata quien mató a la rata. También está la gata que mató a la rata que se comió la malta que estaba en la casa que construyó Jack.

Las rimas francesas, quizá no tan sensacionales, son naturalmente más hermosas. Qué podría ser más irresistible que

Le chat sauta sur les souris, Il les croqua toute la nuit.
Gentil coquiqui, Coco des moustaches, mirlo joli, Gentil coquiqui.

Una antigua rima de Mamá Oca dice:

Puss-cat Mew jumped over a coal; In her best petticoat burnt a great hole; Puss-cat Mew shan’t have any milk Till her best petticoat’s mended with silk.

Con estos versos como inspiración, E.H. Knatchbull-Hugessen compuso un cuento de hadas, “Puss-Cat Mew”, que es una mezcla de elementos de cuentos populares en la que los ogros son los gigantes de “Las habichuelas mágicas” y el hijo del molinero, Joe Brown, se hace amigo de una gata carey en el bosque mágico, y por supuesto en el momento apropiado la gata se convierte en una hermosa joven casadera que es nada menos que la hija de la Reina de las Hadas. Hace poco releí la historia y volví a sentir su encanto y a asustarme con sus horribles ogros devoradores de hombres.

Hay tantas historias populares sobre gatos que algún joven emprendedor del futuro podría llenar un gran libro solo con ellas. Muy a menudo el personaje del gato en ellas es cruel o se porta mal, pero tonto nunca es. Rara vez carece de ingenio; en una de las fábulas de La Fontaine, de hecho, es más listo incluso que el zorro. Recordemos la casual afirmación de Andrew Lang de que los animales siempre son más inteligentes cuanto más perversos. De los cuentos, "El gato con botas" es el más conocido, y existen versiones en muchas culturas. Según Lang se trata de un cuento "moral" entre los árabes y en Rusia, Sicilia y Zanzíbar. Allí el gato auxilia al hombre por gratitud. En cambio en Francia, Italia, la India y otros países es una historia inmoral; el gato es un estafador y el marqués de Carabás es su cómplice. Gaston Paris está convencido de que la versión de Zanzíbar es la original. En ella el hombre es ingrato con la amable bestia y solo al final se da cuenta de que su prosperidad no ha sido sino un sueño. "El gato blanco", que madame d'Aulnoy le dio a Francia en 1682, es un cuento de hadas en el que un agraciado felino, todo *pattes de velours*, se transforma en princesa. Gelett Burgess ha hecho de este tópico un símbolo en su novela homónima de 1907.

La leyenda de Dick Whittington y su gato ha sido objeto de investigación entre los folcloristas e historiadores ingleses.[38] W.R.S. Ralston escribe en *The Nineteenth Century*: "Solía haber en el Mercers' Hall un retrato de Whittington, fechado en 1536, en el cual un gato blanquinegro descansaba en su mano izquierda. Un retrato que aún existe, de Reginald Elstrack, lo representa con la mano apoyada en un gato. Dicen que originalmente la mano se apoyaba en un cráneo pero que por deferencia a la opinión pública se sustituyó por un gato, lo que demuestra que la leyenda ya se había propagado. También lo demuestra una referencia a la leyenda del gato en la pieza *If You Know Not Me*, de Heywood, y otra en *The Knight of the Burning Pestle*, de Beaumont y Fletcher. La cárcel de Newgate fue reconstruida por los albaceas de Whittington, y se dice que en la puerta de entrada dispusieron su estatua con un gato a sus pies, que permaneció allí hasta el gran incendio de Londres en 1666. En la casa de Gloucester que los Whittington ocuparon hasta 1460 se desenterró una piedra, durante unas obras de reparación en 1862, en la que se representa en bajorrelieve la figura de un niño llevando un gato en los brazos. La mano de obra parece ser del siglo XV. Esto es todo lo que se puede decir a favor de la leyenda; en

su contra, además de su inherente improbabilidad, puede llamarse como testigos a muchos cuentos populares,[39] los que como mínimo sugieren que esta historia es un lugar común de la ficción, capaz de asociarse con cualquier personaje histórico o ficticio". Así, algunos rebatidores de la existencia de Santa Claus nos aseguran que el gato de Whittington en realidad era un barco, y que en el siglo xv comerciar se decía *achat* y probablemente se pronunciaba "acat".

Moncrif relata un encantador cuento hindú que, me parece, no ha tenido suficiente difusión. En la corte de Salamgam, rey de las Indias, un brahmán y un penitente se jactaban de ser cada uno de ellos el más virtuoso. Se propuso un torneo y el brahmán ofreció ascender al Cielo de Devendiren y volver con la flor del árbol llamado Parisadam, que solo existe en ese reino celestial. Tuvo éxito y retornó con la flor, lo que produjo gran asombro en la corte. El penitente fue el único que no se mostró impresionado. "Mi virtud es tan grande –afirmó entonces– que yo puedo enviar a mi gato a buscar la flor del Parisadam". Se le pidió que lo hiciera e inmediatamente el adorable Patripatan subió a los cielos, a plena vista del rey y sus nobles. Sin embargo, el Destino vendría a interferir con los planes del penitente. El Cielo de Devendiren estaba habitado por cuarenta y ocho millones de diosas, que tenían por esposos a ciento veinticuatro dioses, de los cuales Devendiren era el soberano; y en el instante en que la diosa favorita del Rey de los Dioses puso sus ojos en Patripatan decidió conservarlo para sí. Devendiren, después de haber escuchado al gato, explicó a la diosa que en la corte de Salamgam esperaban con impaciencia a Patripatan, que la reputación del penitente estaba en juego, y que la mayor afrenta que podía hacerse a un mortal era robar a su gato. La diosa escuchó distraídamente estos argumentos y prometió por fin, como un favor especial a su rey, que devolvería al adorado minino al cabo de tres siglos. La corte esperó sin más inconveniente que la impaciencia, puesto que el penitente, por el poder de su virtud, preservó la juventud de todos. Transcurrido el plazo el cielo se enrojeció y el gato apareció en un trono sobre una nube de mil colores; en sus patas portaba toda una rama del árbol de Parisadam. Me parece que el rey le concedió a Patripatan la *croix de vertu*. La única parte inverosímil de esta historia es que la diosa hubiese permitido que la separaran de un gato que había conocido y amado durante trescientos años.

Uno de los cuentos de hadas japoneses traducido por Lafcadio Hearn se

llama “El niño que dibujaba gatos”. Este niño, hijo de un campesino pobre, había sido enviado a un sacerdote para que lo entrenara como acólito. El chico, sin embargo, se negaba a interesarse en sus estudios y dedicaba todo su tiempo a dibujar gatos. El religioso, viendo el talento del muchacho, lo envió a conocer mundo. En sus andanzas, el niño pasó una noche en un templo desierto, pero antes de irse a dormir no pudo resistirse a pintar gatos en los paneles desnudos de las paredes. En sus sueños oyó chillidos y al despertar encontró una gigantesca rata-duende en el suelo, muerta. En los muros, los gatos pintados tenían ahora los bigotes y las mandíbulas rojos de sangre.

Otra amena historia persa habla de un gato de ojos fascinantes, largos bigotes y dientes afilados, que cazaba como un león en la ciudad de Kerman. Un día vio que la cava de su casa estaba abierta, entró y atrapó un ratón. Después se arrepintió, fue a la mezquita, se pasó las patas por el rostro, las empapó y se ungió como había visto hacer a los fieles en las horas de oración. Juró que nunca más mataría a un ratón, alabó a Alá y comenzó a llorar. Los ratones se enteraron del juramento y celebraron como en una fiesta; poco después su rey sugirió que se le llevaran regalos a este gato apacible y calculador. Así, los ratones le llevaron vino, mejillones rellenos de arroz, pasas y piñones, semillas de melón, trozos de queso y pastelillos glaseados, chales y abrigos indios. Ante estos presentes el gato razonó: “Estoy siendo recompensado por convertirme en un piadoso musulmán. Está claro que Alá está apaciguado”. Y enseguida saltó al ataque entre los ratones y mató a un gran número. Los demás huyeron lamentando su desgracia, y el rey de los ratones, al tener noticia de este asalto alevoso, declaró la guerra. Trescientos treinta mil ratones se pusieron en marcha, armados con espadas, rifles y lanzas; los gatos salieron a su encuentro a caballo, y los ejércitos cayeron uno sobre otro. Tantos combatientes murieron que al final no había espacio para que los caballos se mantuvieran de pie. El rey de los gatos fue capturado y condenado a muerte. Lo condujeron al patíbulo con las patas amarradas, pero él hizo reventar los grilletes, corrió como un rayo, se dispuso al ataque y fue tanta su furia guerrera que todo el ejército de ratones fue aniquilado; no quedó nadie que se le opusiera.

El cuento de Gottfried Keller *El gatito Espejo* tiene un aire popular y probablemente no sea del todo invención del autor. Cierto mago en un

pueblo suizo daba un paseo y encontró a un gato que lucía muy delgado y miserable. Había sido el favorito de una dama rica cuya repentina muerte lo había dejado sin medios. El hechicero vio su oportunidad: la grasa de gato era un ingrediente invaluable en ciertas preparaciones mágicas, pero la condición taumatúrgica prescribía que el animal debía hacer una donación voluntaria. Spiegel [“espejo” en alemán] estaba hambriento y el mago le ofreció un mes de lujos a cambio de su grasa. Hecho el trato, equipó una estancia como un paisaje artificial, con un pequeño bosque en una montaña y una laguna. En los árboles había aves asadas; en las cuevas de la montaña, ratones horneados, sazonados con deliciosos rellenos y engrasados con tocino. En un lago de leche nadaban peces. Spiegel disfrutó sin cesar, hasta que vio que se estaba poniendo muy gordo y una artimaña se le vino a la cabeza. Hacia el final del mes dejó de comer y no pasó mucho tiempo hasta que de nuevo estuvo muy delgado. Continuó haciendo lo mismo cada vez que veía redondeada la línea de su cintura, hasta que el mago lo acusó de incumplir el trato. ¡Ese fue el día en que se inventó la alimentación forzada! Pero Spiegel era un gato inspirado; dijo al mago que había diez mil florines ocultos en el fondo de un pozo y que él sabía dónde. El dinero eran los ahorros de un hombre que los había guardado para casarse con alguna hermosa y desposeída doncella. La historia era falsa; el dinero existía pero había caído una maldición sobre él. El hechicero le creyó, sin embargo, de modo que lo llevó encadenado al pozo, vio las barras de oro y, convencido, liberó a su prisionero. El gato siguió maquinando; como era amigo de una lechuza acompañante de una vieja bruja, con la ayuda de una red mágica los animales idearon apoderarse de la vieja y transformarla en una afable jovencita, para casarla con el hechicero. Así se hizo, justo a mediodía, como dicta la costumbre más respetable, y solo al anochecer ella recuperó su forma y él descubrió que tenía una bruja por esposa y una olla de oro maldito por dote. Spiegel, desde luego, vivió feliz para siempre.

Thomas A. Janvier encontró el siguiente relato en unos antiguos papeles mexicanos y lo publicó en *Stories of Old New Spain*:

> Fue alrededor del año 1540 cuando el reverendo padre fray Francisco de Tembleque sintió agitarse en su corazón un buen deseo (el que, sin duda, Dios puso allí), el de construir un acueducto mediante el cual los poblados de Otumba y Zempoala pudieran ser abastecidos de abundante

agua para beber, la que en aquellos tiempos los lugareños debían ir a buscar a manantiales que se hallaban a siete leguas. El acueducto sería elevado, para extenderse sobre tres anchos valles por medio de ciento treinta y seis arcos, nada menos, y sobre el más profundo de estos valles delinearía un arco tan alto que por debajo pudiera pasar un barco a toda vela. Y a este trabajo se dedicó el siervo de Dios –pues así era llamado el padre Tembleque– con todo su corazón, y los indios trabajaban para él con alegría. Y en el lugar donde debía de estar el gran arco, en lo que entonces era un enredo de tierras silvestres y boscosas, construyó una pequeña capilla para gloria de Nuestra Señora de Belén, y al lado de la capilla se hizo una celda, tan estrecha que apenas había espacio para echarse a dormir.

Y Dios mostró su amor a su siervo dándole para que habitara con él un gato gris que cada día traía codornices de los alrededores boscosos, para el sustento de su amo; y en la temporada de conejos, un conejo. Y el siervo de Dios y el gato se tenían un profundo afecto.

Hasta que un día llegó un extraño donde el padre Tembleque, y cortésmente pero con insistencia lo interrogó sobre los progresos de la gran obra de ingeniería que tenía entre manos. Pues ciertos individuos de baja estofa habían soplado en los oídos del virrey que el padre Tembleque estaba perdiendo el tiempo y descuidando la esencia de la Iglesia al esforzarse en un imposible; el forastero era en realidad un cortesano enviado por el virrey para hacer preguntas y ver por sí mismo cómo iban los trabajos. Y mientras los dos conversaban, he aquí que el gato salió del bosque y depositó un conejo a los pies de su amo.

–Hermano Gato, un invitado ha venido a nosotros, y es necesario que hoy me traigas no un conejo sino dos –dijo el siervo de Dios, y el gato, obediente, se dirigió una vez más al matorral.[40]

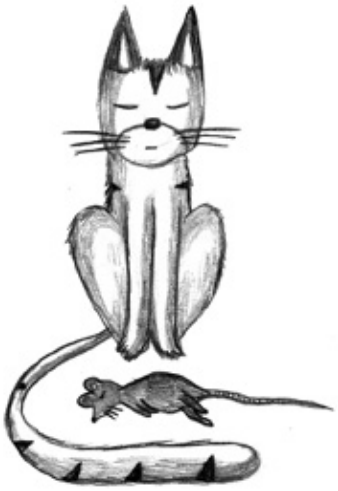
El cortesano, pensando que aquello era un truco, envió a uno de sus sirvientes a espiar al gato. Y el sirviente contempló una maravilla, un milagro. En un momento el gato se encontró otro conejo y lo atrapó sin ninguna resistencia por parte de la víctima, y con ella volvió donde su amo: de este modo se demostraba que todo había sido dispuesto por Dios. El cortesano, ya convencido del milagro, volvió donde el virrey y le dijo: “Aunque parece imposible transportar agua por la vía que el padre Tembleque ha elegido, y aunque la obra que se ha comprometido

a levantar parece estar más allá de la capacidad humana, tendrá éxito; lo sé porque he visto aquello que prueba más allá de cualquier duda que Dios le ha conferido su ayuda todopoderosa"; y le contó sobre el gato y los conejos. Así, pues, el virrey animó al padre Tembleque y, con la gracia de Dios obrando sobre la edificación, en un tiempo de diecisiete años el acueducto estuvo terminado, y es el mismo acueducto mediante el cual hoy llega el agua a las ciudades de Otumba y Zempoala.

Otras tantas historias milagrosas de gatos hay en los archivos del folclor negro. Recuerdo una que he escuchado contar a Kitty Cheatham y a Bert Williams. Un viejo predicador itinerante, encontrándose a unas buenas leguas de la siguiente casa de campo a una hora tardía, decidió acomodarse en una choza desierta para pasar la noche. Encendió el fuego y se sentó delante de la chimenea a leer la Biblia; de pronto apareció un gatito negro como él mismo. Acarició al animal, muy contento de tener compañía pues había recordado que la gente decía que esa choza estaba embrujada. Un gato más grande se unió al gatito y el predicador oyó con asombro que decía: "No podemos hacer nada hasta que Martin venga para acá". El viejo decidió que sus oídos lo debían de haber engañado y continuó leyendo fervientemente, ahora en voz alta. Muy pronto vino un gato realmente grande, del tamaño de un perro collie, y se echó junto a los otros. "No podemos hacer nada hasta que Martin venga para acá", dijo en tono lastimero. El predicador sintió que le temblaban las rodillas y que su pelo rizado comenzaba a ponerse tieso, pero se inclinó sobre las Sagradas Escrituras y volvió a entonar su plegaria. El siguiente en llegar fue un gato tan grande como un león. Se sentó con los demás y su "No podemos hacer nada hasta que Martin venga para acá" sonó como un profundo gruñido iracundo. Eso ya fue demasiado para el predicador, que dejó caer la Biblia y huyó a perderse, gritando: "¡Le dicen a Martin cuando venga que no pude esperarlo!".

En Rusia, según Thiselton Dyer, el gato goza de una mejor reputación que en otros países. Hay una curiosa leyenda moscovita que dice que Lucifer asumió la forma de un ratón una vez que intentó volver al Paraíso, cuando el perro y el gato estaban de guardia en las puertas. El perro lo dejó entrar, pero el gato se abalanzó sobre el maligno y así desbarató otro atentado traicionero contra la felicidad humana.

Aparte de ella, los cuentos populares rusos con gatos suelen basarse en una observación fina de los rasgos del animal. La siguiente fábula de Iván Krilof ciertamente personifica el espíritu felino: un cocinero, bastante más educado que sus compañeros, fue un día de su cocina a una taberna cercana dejando a su gato Vaska encargado de proteger de los ratones sus reservas de alimento. Pero a su regreso encontró el suelo sembrado de pastel y al gato agazapado en una esquina, detrás de un barril de vinagre, ronroneando de satisfacción y muy ocupado dando buena cuenta de un pollo. “Ah, glotón; ¡ah, malvado! –exclamó el cocinero, lleno de reproches–. ¿No te da vergüenza tener estas paredes por testigos de tu mala acción? ¡Ni qué decir de los testigos vivos! Tú, un gato honorable hasta este momento, ¡un gato que podría haber servido como modelo de discreción! Y ahora, ¡piensa en la desgracia! Ahora todos los vecinos dirán ‘Vaska es un pícaro’, ‘Vaska es un ladrón’, ‘Hay que prohibirle la entrada a la cocina, incluso al patio, como se aleja a un lobo voraz del rebaño y del redil’, ‘Vaska es un corrupto, es una peste, la plaga del vecindario…’”. Y así, mientras el cocinero peroraba interminablemente, Vaska se comió todo el pollo.



33 Algunos egiptólogos han leído *chaou* en ciertos monumentos.

34 “El insaciable gato noruego (…) se traga al buen hombre y a su buena mujer, varios animales, un banquete de boda y un cortejo fúnebre, y el sol y la luna, todo lo cual vomita tan fenomenalmente como lo traga –continúa Fitzgerald–. En Irlanda este mismo antiguo monstruo aparece en seis variantes al menos. Como lo más viejo del mundo (‘Viejo como el gato de Kate Kearney’ es un proverbio irlandés). Como el proverbial ‘gato que se comió el año’. Es el terrible *cat a’ leasa*. Es el *piping cat*, esculpido en cruces antiguas y que figura en los letreros de las tabernas. Es el gato de dos colas, diez colas, nueve colas, el gato de Gobán Saor. Y es el Gato con Botas (de siete leguas). (…) El mito aparece entre los indios iroqueses en forma de una serpiente de dos cabezas que devora la nación, todo, excepto a un hombre y una mujer; asesinado, rueda hacia un lago y los vomita a todos. Este dragón bicéfalo aparece en Irlanda como un gato de dos colas, como el Gato del Fuerte, el *cat a’ leasa*, un monstruo colosal que circunda la colina en una espiral de varios kilómetros de largo… El *twy-tailed cat* (¿día y noche?) fue esculpido en la abadía de la Santa Cruz, en Tipperary, y en la capilla francesa de Canterbury”. Angelo de Gubernatis también se inclinaba por este conocido y algo tonto método de explicar todas las historias populares simbólicamente; en *Mitología zoológica* da por hecho que la celebrada fábula de los Kilkenny Cats puede aludir a la disputa mitológica entre la noche y el crepúsculo. ¡Dios tenga piedad de estos hombres! Conway, en *Demonology and Devil-lore*, se refiere a una leyenda similar: Thor, el Hércules nórdico, una vez trató de levantar del suelo a un gato, pues esto le parecía, pero era la gran serpiente de la Tierra Media que rodea todo el mundo (Thor consiguió levantar una pata del supuesto gato).

35 Dice Browne en su *Natural History of Jamaica* que allí el gato es un plato muy delicado. Según Darwin los portugueses comían gato. El abate Lenoir informa que los chinos lo consideran un excelente alimento y que en las tiendas de provisiones cuelgan felinos enormes. Los crían en granjas, amarrados a unas cadenas ligeras, y los engordan con los restos del arroz de la familia. Edward Topsell, que es tan citable como George Bernard Shaw, y mucho más divertido, dice en su *History of Four-Footed Beasts* (1658): “Se ha informado que la carne de los gatos salada y luego endulzada tiene el poder de sanar los abscesos, y si se calienta sirve para las hemorroides y los dolores de espalda (…) En España y la Galia narbonense comen gato pero le quitan cabeza y cola; la carne sazonada la cuelgan al fresco una noche o dos, para que expulse el veneno que pueda tener, y luego les queda casi tan tierna como el conejo”.

36 Por supuesto, los franceses llaman a esta costumbre la despedida inglesa [NdT].

37 Seumas, jefe del clan Fhearghuis de Stra-chur, me informa que los Chatain (Hijos de los Gatos) son un clan enorme con seis tribus.

38 A grandes rasgos es la historia de un joven pobre que, a golpes de fortuna y gracias a la capacidad de su gato para cazar ratones, llega a ser un hombre rico y tres veces alcalde de Londres [NdT].

39 Entre los análogos de la historia de Whittington se puede mencionar al gato negro de Bretaña que era capaz de hacer plata, el gran danés que ladraba dinero y el caballo que producía oro, o, como en el cuento de Midas, el carnero con vellón de oro. Hay un cuento ruso muy similar.

40 Las historias de gatos que han alimentado a humanos no son infrecuentes. Por ejemplo, aquella del campesino que vivía al pie de los Orchils y su gata. La familia vivía en la pobreza y el hombre había estado enfermo durante mucho tiempo cuando el doctor dijo que moriría si no se alimentaba bien. “Sacrifiqué mi vestido de novia y mi alianza de matrimonio para comprarle vino –dijo su

mujer–, pero no teníamos en casa nada más que leche y maicena. Sin duda, caballero, fue el mismo Señor quien puso un pensamiento en la cabeza de la gata Mysie, porque esa misma noche trajo un hermoso conejo joven y lo depositó en la mismísima cama; y la siguiente noche lo mismo, y todas las noches lo mismo, durante un mes, un conejo o un ave, hasta que George se levantó y fue a trabajar como de costumbre. Y luego ya nunca trajo nada más".

6

EL GATO Y LAS LEYES

Desde la época de la divinidad del gato se han aprobado leyes para protegerlo, leyes que han exigido a los humanos tratarlo de tal o cual modo. Entre los egipcios, ya lo vimos, asesinar gatos se castigaba con pena de muerte. Diodoro escribe sobre un valiente soldado romano que fue víctima de la severidad egipcia al respecto. Es interesante comparar esta medida extrema con el antiguo derecho anglosajón, que sostenía que ni los gatos ni los perros "son propiedad, teniendo su base en la naturaleza", pero también conviene recordar que en algún momento en Inglaterra el latrocinio recibía pena de muerte. Si un gato se hubiese considerado propiedad, al ladrón que se lo robara lo habrían llevado al cadalso. *La Rule of Nuns* de principios del siglo XIII prohibía a las monjas tener animales de ninguna especie, excepto un gato. Otra regla, de unos cien años antes, prohibía incluso a las abadesas usar pieles más costosas que las de cordero y gato. Las leyes galesas sobre leones domésticos se formularon ya en el siglo X. En 1818 se emitió un decreto en Ypres, Flandes, que prohibía que se arrojaran gatos desde edificios altos en un espectáculo navideño. Y hoy en día la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales se empeña en hacer que el castigo sea proporcional al delito para cualquiera que maltrate a propósito a un gato.

Sabiamente, a través del tiempo pareciera que los legisladores han permitido que el gato siga más o menos su propio camino, mientras restringen las acciones de sus amos. Digo sabiamente porque no puede considerarse sabiduría dictar leyes que no vayan a ser acatadas, y creo que he sido bastante claro al afirmar que el gato no obedecerá jamás a nadie. Si no hace ningún intento por gobernar a otros gatos, menos va a tolerar un

avance de ese tipo de parte de los humanos. Mientras otros animales se dejan amordazar y atar a una correa, o son encerrados en establos, cuadras y cercas, los mininos pasean en libertad. El perro inmundo es expulsado de la mezquita, pero el *grimalkin* es bienvenido; se frota las patas con los invitados del sultán y asiste a banquetes oficiales en la Casa Blanca (Theodore Roosevelt no fue el primer presidente amante de los gatos, antes hubo al menos uno: Abraham Lincoln); se sienta en la mesa del prelado o junto a la humilde hoguera del campesino, pero cuando llega la noche vaga por los matorrales o los tejados para contemplar el país circundante, como ingeniosamente ha dicho un poeta.

Incluso en la Edad Media, una era pintoresca en que se sostenía que los animales eran responsables de sus crímenes y como tales eran torturados, juzgados y condenados,[41] el gato se salvaba.[42] En la lista de estos juicios provista por E.P. Evans no hay un solo caso en que un gato fuese el acusado, y aparece únicamente en el testimonio de estos juicios. Una vez, por ejemplo, un jurista francés del siglo XVI, Bartolomé Chassenée, se quejó de que sus clientes, unas ratas, estaban impedidas de comparecer ante el tribunal en Autun porque se verían forzadas a cruzar un tramo del camino infestado de gatos. Los litigantes modernos se alegrarán de saber que Chassenée defendió con éxito a sus ratas y ganó el juicio.

En virtud de la vieja ley germánica, a menudo los gatos aparecían como testigos en los juicios de ladrones y asesinos.

De pasada es interesante observar que a san Ivo, el santo patrón de los abogados, se lo representa acompañado de un gato. No es necesario invocar el simbolismo para explicar la simple verdad de que tanto los hombres santos como los demonios encuentran que es el más atractivo de los animales. Pero su sabiduría profunda, sus garras retráctiles, el acercamiento silencioso y el brinco final, todo parece estar describiendo al abogado experto. No debe asombrarnos que el cardenal Wolsey mantuviera a su gato junto a él mientras desempeñaba sus labores de lord canciller.

Las leyes más interesantes que conciernen a los gatos las formuló durante el siglo X un rey de Gales, Hywel Dda, quien, viendo que las costumbres de su país estaban bajo asedio, llamó a arzobispos, obispos, nobles y otros nombres escogidos para reunirse con él en Ty Gwyn ar Daf (Whitland). Todo el tiempo de Cuaresma lo pasó este grupo ayunando y rezando en presencia del rey; entonces, Hywel seleccionó de entre la asamblea a doce

de los hombres más sabios, sumó a un doctor en leyes, llamado Blegywryd, y los comprometió a la tarea de examinar, explicar, preservar o abolir las leyes. El grupo realizó el trabajo y Hywel lo aprobó. Gales, sin embargo, tenía un tamaño considerable y no pasó mucho tiempo antes de que surgieran distinciones locales, las que resultaron en la formulación de tres códigos separados: venedocio, demetiano y gwentiano. De ellos se han extraído los curiosos pasajes relacionados con gatos que siguen a continuación.

De acuerdo con el código venedocio, el valor de un gatito desde la noche en que nace hasta que puede abrir los ojos era de un penique legal; y desde ese momento hasta que puede matar ratones, dos peniques legales; y después cuatro peniques legales, y así debía mantenerse. El penique entonces era equivalente al valor de un cordero, un ternero, una oca o una gallina; el gallo y el ganso valían dos peniques, una oveja o una cabra cuatro peniques. Las cualidades de una gata, continuaba el código, eran ver, oír, matar ratones, tener sus garras íntegras, criar y no devorar a sus crías, y si resultaba deficiente en alguna de ellas debía reembolsarse una tercera parte de su valor.

En los códigos demetiano y gwentiano se trazan distinciones entre gatos y gatos según a quién sirven. Dicen, sobre el valor de un gato que ha sido asesinado o robado: debe sujetarse desde la cola, cabeza abajo, sobre un suelo limpio y plano, y verterse trigo alrededor hasta que la punta de la cola esté cubierta de grano, y ese es el valor que tendrá; si no es posible conseguir el grano, y si se tratase de un gato que protege el granero del rey, costará lo que una oveja de leche con su cordero y toda su lana. El valor de un gato corriente era cuatro peniques legales.

Pero habría dificultades evidentes en el cumplimiento de esta ley. En primer lugar, parecería necesario atrapar tanto al ladrón como al gato robado. En segundo lugar, ningún gato que se precie permitiría que lo suspendieran por la cola. Va a morder y arañar y a enrollarse y encorvarse hasta hacer imposible el experimento; a menos que estuviera muerto, pero ciertamente los jueces galeses no matarían al gato del rey solo por castigar al ladrón. En tercer lugar, no se podría cumplir la ley si el gato regio resulta ser un Manx sin cola.

Hay más leyes: el código demetiano dice que quienquiera que venda un gato debe responder de que no se coma a sus gatitos, no maúlle cada noche de luna nueva; tenga ojos, oídos, dientes y uñas, y sea un buen cazador. El código gwentiano establece que no debe haber gatos Manx: las cualidades de un gato son que sea perfecto de oídos, perfecto de ojos, perfecto de dientes, perfecto de cola, perfecto de garras y sin marcas de fuego; y que mate ratones bien y que no devore a sus crías y no maúlle en cada luna nueva.

La importancia del gato para la comunidad fue reconocida por estas leyes galesas, que estipulaban que se necesitaba uno para hacer reglamentaria una aldea, junto con nueve construcciones, un arado, un horno, una mantequera, un toro, un gallo y un pastor. El perro y el caballo no aparecen mencionados.

Otro detalle interesante del código demetiano se relaciona con la separación de un matrimonio: los bienes muebles se debían dividir pero *el marido se quedaba con el gato si no había más que uno*; si había otros, se quedaban con la mujer. Este valor comparativamente alto del gato en ese periodo lleva a Pennant, en *British Zoology*, a la muy plausible conclusión de que su importación debía de ser reciente, ya que el animal se reproduce tan de prisa que en unos pocos años una docena de felinos podía poblar un país.

Sin perjuicio de las leyes de Hywel, la cuestión jurídica de si el gato es o no una propiedad continúa siendo discutida hasta nuestros días. Hay diferencia de opiniones en la materia y las sentencias en los pleitos judiciales de este tipo parecen depender de si el juez es o no un amante de los gatos. Por fortuna, la mayoría de los jueces lo es.

En 1865, un juez de paz de Fontainebleau sentó un precedente memorable. Un habitante del pueblo, enojado por los gatos que molestaban

en su jardín, puso trampas y atrapó a quince, pero los dueños de los gatos lo demandaron.[43] Dijo el sabio juez en su veredicto:

> Considerando que la ley no permite que el individuo haga justicia para sí por sus propios medios;
>
> Que el artículo 479 del Código Penal y el artículo 1385 del Código de Napoleón reconocen varios tipos de gatos, especialmente el gato salvaje, como un animal nocivo por cuya destrucción se concede una recompensa, pero que el gato doméstico no se ve afectado por estos artículos a ojos del legislador;
>
> Que el gato doméstico, no siendo una cosa de nadie (*res nullius*) sino la propiedad de un dueño, debe ser protegido por la ley;
>
> Que, siendo indiscutible la utilidad del gato como destructor de traviesos animales del tipo roedor, la equidad exige la extensión de la indulgencia a un animal que es tolerado por la ley;
>
> Que incluso el gato doméstico es en cierto grado de una naturaleza mixta, es decir, un animal siempre salvaje en parte y que debe permanecer así por razón de su destino y finalidad, si es para prestar los servicios que se esperan de él;
>
> Que si bien la ley de 1790, artículo 12 *in fine*, permite matar a las aves de corral, la asimilación de los gatos a estas aves es incorrecta desde todo punto de vista, ya que las aves están destinadas a ser ejecutadas tarde o temprano, y pueden mantenerse bajo las órdenes de sus propietarios, *sub custodia*, en un lugar completamente cerrado y seguro, lo que no ocurre con el gato, puesto que es imposible mantener bajo llave a ese animal, si es por obedecer la ley de su naturaleza;
>
> Que del derecho reivindicado en ciertos casos de matar al perro, que es un animal peligroso y listo para atacar, sin ser rabioso, no puede sostenerse un derecho de matar al gato, que es un animal que no inspira temor y siempre está preparado para huir;

Que nada en la ley autoriza a los ciudadanos a instalar trampas, con el objeto de atraer, mediante un cebo apetitoso, a los gatos inocentes de toda una cuadra así como a los culpables;

Que nadie debe hacer a la propiedad de otro lo que no desearía que hicieran a la suya;

Que si todos los bienes pueden ser muebles o inmuebles, según el artículo 516 del Código de Napoleón, resulta entonces que el gato es incontestablemente un bien mueble protegido por la ley, y por lo tanto que los propietarios de los animales destruidos tienen derecho a reclamar la aplicación del artículo 479 cláusula 1 del Código Penal, que castiga a quienes hayan causado daños voluntarios a los bienes muebles de los demás.

Una sentencia similar se dictó en el tribunal del alguacil en Perth, Escocia, a fines de la década de 1870. El gato había matado a la paloma del demandante en el sitio de un vecino. El sabio alguacil argumentó:

Tan legítimo era para el demandante tener una paloma como para el acusado tener un gato. Este último es más un animal doméstico que una paloma. Pero no hay ninguna obligación de mantener a un gato dentro de la casa. El demandante alega que el instinto natural de la raza felina es asediar a los pájaros y a los ratones, por lo que el dueño del gato debía evitar la posibilidad de que este ejerciera su deporte favorito. Pero es igualmente cierto que el propietario de un ave debe ejercer una precaución similar para evitar que esta se ponga a tiro en el campo de una raza hostil. Si el gato del acusado se hubiese colado en la casa del demandante o en su aviario, donde el ave estaba segura, podría haber motivos para responsabilizar al propietario del gato de mantenerlo suelto. En esta misma lógica, si el ave ha invadido el territorio del gato y allí ha sido atacada y muerta, no habría lugar a ningún recurso, puesto que el propietario del pájaro debió de haber evitado su escape. En el presente caso, se desprende que tanto el animal cuadrúpedo como el alado estaban en territorio neutral. Era deber del demandante ejercer la

> tutela del ave que se dice es tan valiosa, y por lo tanto ambos propietarios son igualmente culpables y el caso debe considerarse como resultado de la ley natural, para la cual ninguno de los propietarios sin culpa es imputable. Como en un comienzo el demandado no fue empático con la pérdida del demandante, sino por el contrario desafiante, y lo forzó a demostrar que había sido su gato el que mató al pájaro, será absuelto pero pagará las costas.

En Maine se ha resuelto que el gato es un animal doméstico en referencia al estatuto que estipula que "cualquier persona puede matar lícitamente a un perro que estuviere molestando, hiriendo o matando a algún animal doméstico, cuando ese perro está fuera del recinto, o del inmediato cuidado, de su propietario y mantenedor". Un hombre demandó a otro alegando que había matado a un valioso foxhound de su propiedad, y el acusado respondió que lo había matado porque aquel estaba persiguiendo y molestando a su gato. El tribunal, en un fallo que se extendía acerca de la ley y los felinos, sostuvo que ello constituía suficiente justificación. En *The Law of Animals,* John Ingham cita un caso en Canadá en el que el juez sentenció: "Una persona puede tener la propiedad sobre un gato y en consecuencia corresponde una acción legal por daños si lo matan. Puede haber circunstancias en las que sería justificable matar a un gato, pero no es justificable hacerlo simplemente porque irrumpe en una propiedad privada…".

En otro caso se absolvió de culpa al dueño de un gato que había matado a un canario, pues, dijo el tribunal, los gatos hasta cierto punto "se pueden considerar animales aún no domesticados, y sus hábitos depredadores no son sino un remanente de su naturaleza salvaje".

Sin embargo, un fiscal del estado de Maryland, evidentemente no un felinófilo, obtuvo una sentencia que supuso un duro golpe para los dueños de gatos. Un ciudadano de Baltimore (espero que no haya sido Mencken) robó un fino gato maltés a un vecino, quien lo hizo arrestar por robo. Cuando el caso llegó a juicio, el abogado del prisionero alegó que era imposible para cualquier persona robar a un gato, puesto que ese animal no es una propiedad, y que no es delito tomar posesión forzosa de un felino, aunque sea una mascota y lleve una cinta y responda a su nombre. El juez, sorprendentemente, sostuvo que el argumento era bueno, y de modo más

sorprendente aun, el fiscal general, que vio el caso en la instancia de apelación, concordó con él; es más, en su dictamen declaró que el gato no es más que un animal salvaje, que no tiene utilidad alguna para los humanos y que su captura sin el consentimiento de su dueño no es un delito procesable. Desde que esta increíble resolución se dio a conocer se han visto dueños de gatos dejando Baltimore con sus canastos en cada tren. Los gatos, por su parte, no han objetado el fallo, argumentando que les parece razonable que si un hombre te roba es que te quiere desesperadamente, y en consecuencia es probable que te dé más hígado, más pescado y otras delicias que aquel con quien vivías antes.

En Georgia es injurioso que una señorita diga que su criada actuó como un gato.

No es infrecuente que se mencione a los gatos en los testamentos. Más adelante, al hablar de música, me referiré al caso de la señorita Dupuy. Lord Chesterfield legó pensiones vitalicias a sus gatos y a los descendientes de estos. Suena eterno. No es el único; cada pocos meses aparece uno de esos testamentos en los diarios oficiales. Entonces lo acostumbrado es que los parientes traten de modificar esa última voluntad, y la mayoría de las veces tienen éxito. Pero hay al menos un caso diferente: alrededor del año 658 de la Hégira (1280), el sultán El-Daher Baibars, que adoraba a los gatos, legó a su muerte un jardín conocido como Gheyt el Qouttah (“el huerto del gato”), situado cerca de su mezquita en las afueras de El Cairo, para acoger a gatos necesitados. El jardín se ha vendido y revendido, pero a lo largo de los siglos sus propietarios han cumplido los términos del testamento. A la hora de la oración de la tarde se distribuyen a los gatos del vecindario los residuos de los puestos de los carniceros. “A la hora habitual, todas las terrazas en las inmediaciones del Mehkemeh (el patio exterior) están llenas de gatos; vienen con prisa, saltando de casa en casa a través de las estrechas calles de El Cairo, para asegurarse su parte; se deslizan por las paredes, aterrizan con asombrosa tenacidad y entre gruñidos disputan los escasos bocados de una cena que por desgracia no alcanza para todos los invitados. Los viejos conocidos despejan los platos en un momento; los más jóvenes y los recién llegados, demasiado tímidos para pelear por su sustento, se ven reducidos al humilde recurso de lamer el suelo”.

Existen otras formas en que los gatos figuran en la ley. El seguro marítimo no cubre los daños en la carga por las depredaciones de las ratas, pero si el

dueño de los bienes demuestra que la embarcación zarpó sin un gato puede reclamar los daños al capitán. De nuevo según la ley inglesa, un barco encontrado en el mar sin tripulación y sin una criatura viva a bordo se considera un derelicto y se decomisa para el Almirantazgo, para quienes lo encuentren o para el rey, pero ha sucedido que se encuentre un gato en la nave –por su fobia a enfrentar las olas– y ello la ha salvado de la condena.

Cada tanto aparecen en la prensa norteamericana cartas y editoriales acerca de la conveniencia de conceder licencias a los gatos o de alguna manera privarlos de su poder. En las revistas para amantes de las aves, caballeros histéricos gimen ruidosamente por la destrucción de uno u otro cantor emplumado y demandan medidas preventivas. No podría asegurar que no se hayan aprobado leyes en ciertos estados para limitar los movimientos del gato.

No obstante, este preserva su libertad. Como dijera el ilustrado juez de Fontainebleau, no se puede refrenar al gato sin trocar su naturaleza; pudo haber añadido que es imposible trocar su naturaleza. Un gato preservará su independencia a cualquier precio, incluso el de su vida. No hace mucho uno se trepó a la centralita eléctrica de Cardiff, se enredó en los cables y hundió a la ciudad en la oscuridad más completa. El esfuerzo le costó la vida, pero logró su objetivo. Por lo tanto, los senadores y diputados que no ven mayor dificultad en poner grilletes a la especie humana de mil maneras se cuidan mucho en lo que se refiere a la formulación de leyes referidas a los felinos. Saben bien que estos se negarán a obedecer. Resulta divertido y encantador verlo escapar de las onerosas obligaciones que impone en estos tiempos Estados Unidos, el país donde un perro solo puede salir atado a una correa y con bozal, y donde a un hombre no se le permite alzar una copa a menos que contenga agua o limonada, o posar una lapicera sobre papel a menos que dibuje jeroglíficos que puedan ser leídos sin rubor por ancianos de mentes turbias en busca de obscenidades.

41 El medioevo no es enteramente responsable por estas leyes, pues ya en la Biblia hay preceptos de tal tenor. Ver Éxodo 21, 28: “Si un buey mata de una cornada a un hombre o a una mujer, será apedreado y su carne no se podrá comer; pero su dueño no será responsable”.

42 Como compañía de brujas no se escapaba, pero ya he abordado exhaustivamente este punto en un capítulo anterior.

43 Palabras como “dueño, ama”, etcétera, se usan en este libro solo por comodidad. Por supuesto que nadie nunca ha poseído verdaderamente a un gato.

7

EL GATO EN EL TEATRO

Los actores, dramaturgos, cantantes de ópera, directores de teatro y escenógrafos tienen tantas supersticiones como los campesinos italianos. He sabido de un tenor que, al enterarse de que un tenor rival estaba en el palco de la platea, se negó a aparecer bajo los focos como el gran Tannhäuser sin antes haber cumplido con un rito disparatado y escatológico. Una vez, un admirador envió un magnífico y costoso abanico de plumas de pavo real a madame Modjeska. Hay que decir que los pájaros en general y las plumas de pavo real en particular son más signo de mala suerte en el teatro que si simultáneamente te hicieran mal de ojo, se rompiera un espejo y se sentaran trece personas a la mesa. El regalo llegó justo antes de la representación de *Macbeth*, y la polaca impidió que se alzara el telón hasta que su marido el conde no hubo arrojado con sus propias manos el ofensivo objeto a las llamas.

Curiosamente, perversamente incluso, el gato que tan ominosas representaciones suscita en otros ámbitos es un buen presagio en el teatro. Se prefiere un gato negro; de hecho, la sola presencia de un gato negro es suficiente para asegurar el éxito de cualquier sala u obra. Aunque un gato de otro color también sirve. Esta superstición está tan extendida que, desde la Comédie Française hasta el People’s Theatre en el Bowery, todos los teatros albergan un gato al que alimentan con generosidad y tratan con respeto y consideración. Yo mismo conocí a un tramoyista del teatro Apolo de Atlantic City que iba a la carnicería y compraba con su propio dinero hígado fresco, volvía a alimentar al gato y solo después salía él a comer. Las Cécile Sorel, Maggie Cline y Kay Laurel de todas las épocas se consideran afortunadas si el gato las mira cuando trasponen el umbral del

ingreso para los artistas. Y si el rey de los mimos llega a dejarse acariciar o a frotarse contra las piernas de un actor, este puede estar prácticamente seguro de que el mejor agente de la plaza lo mandará llamar la mañana siguiente para firmar un contrato de por vida. Así, se dice que un gatito que se adhirió juguetón al faldón del vestido de Florence Reed durante el ensayo de *Seven Days* fue el responsable del éxito de aquella alegre farsa, y hasta el apuntador podría habernos dicho que Florence Reed se convertiría en una estrella. El empresario de la ópera J.H. Mapleson consiguió arrendar el Her Majesty's Theatre en Londres, pero luego se vio con apenas dos libras en el bolsillo; sin embargo, nos dice en sus *Memoirs*, estaba seguro de que no habría razón para desesperarse, pues el "celebrado gato negro del teatro" se le había pegado a las rodillas de la forma más amistosa. Al terminar su jornada Augustin Daly tenía la costumbre de esperar el tranvía de Broadway cerca de la entrada a la galería de su teatro en la Calle 30. Una noche de nevazón una pobre gatita llamó su atención con un tembloroso maullido. La recogió y la llevó al teatro, donde se quedó hasta convertirse en una gata adulta. En la primera presentación de Henry Irving como Fausto en Nueva York, la gata salió al escenario durante la primera escena; impertérrita bajo los truenos y relámpagos, desde la atalaya de una roca de lona, observó la acción con dignidad y decoro. Más tarde, Irving contaba que el incidente le había parecido una señal de buena suerte.

Desde luego, la presencia de gatos en los teatros supone una cuota de accidentes también. Como ellos están en casa donde se sienten en casa, desarrollan el hábito de pasear distraídos por el escenario en los momentos más embarazosos. A veces van y se quedan sentados en una escena, observando con ojo crítico a los actores, para gran diversión del público, pues la presencia de un gato en el escenario suele alegrar a la audiencia, más allá del estado de ánimo predominante en la obra. Así, se ha vuelto una costumbre designar a un asistente cuya labor es encerrarlo antes de que comience la función. Pero no siempre es posible, y a veces se olvida. Ciertos gatos de teatro se toman como una cuestión de honor no cruzar el escenario por delante del telón, e incluso enseñan a sus crías a observar esta regla; pero no son infrecuentes las apariciones inesperadas e inoportunas de gatos en escena. Charles Santley, en *Student and Singer*, cuenta cómo un gato estuvo a punto de arruinar la primera función de *El holandés errante* en Londres. Santley, en el papel de Vanderdecken, acabó su escena de

apertura y se apoyó en una roca falsa para esperar a que Daland hiciera su entrada cuando oyó, detrás de sí, un siseo: “¡Tss, tss!”. Mirando por el rabillo del ojo se dio cuenta de que un gato iba cruzando sigilosamente el escenario. En vez de dejarlo hacer, uno de los hombres en el barco intentaba locamente que regresara, lo que no es fácil bajo ninguna circunstancia. Manso como era, y conociendo a todos en el teatro, el gato se detuvo a ver quién lo estaba llamando. “Yo estaba en pánico –escribe Santley–, porque si el público lo veía atraería toda su atención y el resto del acto no tendría sentido. Para mi gran alegría el gato no reconoció al barquero y salió tranquilamente de escena”.

Rossini le dijo a madame Marchesi que el clímax del terrible fiasco que fue el estreno de *El barbero de Sevilla* había sido la inesperada aparición de un gato en el escenario, que transformó los abucheos y silbidos del público en una risotada general tan persistente que hubo que bajar el telón. Este incidente me recuerda que los espectadores groseros a veces expresan su disgusto mediante chiflidos de desaprobación que los ingleses llaman *cat-calls*. En el siglo XVIII, el *cat-call* era un pequeño silbato circular, compuesto por dos placas de hojalata con un agujero en el centro, pero últimamente los niños han aprendido a producir ese espantoso chirrido con dos dedos en la boca. Se dice que el niño que ha perdido los dientes delanteros está mejor preparado para producir este silbido. Por otra parte, y hablando de disgustos, alguna vez se ha arrojado gatos muertos a los actores. Huckleberry Finn nos informa que a la tercera función de *La sin par realeza*, que como se recordará nunca se lleva a cabo, el público llevó sesenta y cuatro cadáveres de gato.

Pero de vez en cuando el gato ha sido un factor genuino en el éxito de una pieza. Justo antes de que cayera el telón tras el primer acto de una comedia en el teatro Wallack de Nueva York, el gato del teatro caminó lentamente

por el escenario, que estaba dispuesto como una sala de estar, se sentó frente a la chimenea y procedió a asearse. El toque realista resultó arrebatador, y si David Belasco hubiese estado allí se habría retorcido agónico de envidia por no haberlo introducido en alguna pieza suya. Cuando el elenco salió a saludar hubo gritos llamando al minino, y los aplausos recrudecieron cuando este apareció en los brazos de la actriz. El productor decidió en el acto que debía convertirse en un actor permanente, pero cuando lo llamaron a ensayar a la mañana siguiente los resultados no fueron satisfactorios. Por supuesto el gato se negaba a ser parte de un absurdo como ese. Fue un joven extra quien dio con la solución: “Ningún gato es tan tonto como para dejarse entrenar para hacer trabajo extra. Vigilar a las ratas es el trabajo de Peter, así que tenemos que pensar en esa dirección”. De esta forma decidieron que cada noche el joven sostendría con una cuerda un ratón vivo por un hueco en la chimenea; así, el gato esperaba sin aliento hasta el fin del acto, momento en que soltaban la carnada. En una ocasión se liberó la carnada antes de tiempo y hubo que bajar el telón con la protagonista chillando y subida a una silla. Debo a Channing Pollock el relato de un incidente parecido: “La primera noche de *The Little Gray Lady* en Nueva York me senté en la galería y vi cómo mi obra enfilaba lentamente hacia el desastre. ¡Ni una sola risa en todo el primer acto! Nunca vi un fracaso tan claro; la obra se desplegaba plana, muerta, y me preparé para el funeral. El decorado del segundo acto era un patio trasero con una cerca, un callejón y un brasero. En cierto punto de la acción, que si hubiese sido deliberado parecería el colmo de la precisión, el gato del teatro saltó por encima de la valla, trepó al brasero, brincó fuera nuevamente y se alejó por el callejón hasta salir del escenario. La sala bramó de la risa y aplaudió, y de ahí en adelante, mejor predispuesta y con un ánimo más apreciativo, siguió la obra con entusiasmo. En las siguientes funciones conseguimos repetir el feliz accidente con una artimaña: un rastro de carne picada y soltar al gato en el momento preciso”.

Como vemos, el gato no es enemigo de las tablas, pero, ya que estamos, ha sido llamado a tener un papel no menos que rutilante sobre el escenario. Y qué decir en casa, donde es un actor neto. Los juegos del gatito y las diversiones del gato adulto invariablemente se orientan a entretener a una audiencia humana, al menos en parte; por esa razón, un felino que vive en términos amistosos con humanos duerme muchas de las horas en que sus

amigos están lejos. Al famoso gato del canónigo Henry Liddon le encantaba distraer a su distinguido amigo: saltaba por encima del busto del doctor Busby y, equilibrándose "por un instante sobre esa severa y reverente ceja, daba un brinco volador hacia la repisa de la chimenea y regresaba, aterrizando con exactitud exquisita en el busto tan a menudo como su dueño lo deseara. El truco maestro de Liddon era pararse de espaldas al busto y lanzar una galleta hacia atrás, la que el diestro gato atrapaba invariablemente y sin perder su precario punto de apoyo", cuenta Agnes Repplier en *The Fireside Sphinx*. Wordsworth se equivoca en su descripción de una cría y sus juegos al decir "*What would Little Tabby care / For the plaudits of the crowd?*", pues ¿qué otra cosa le importaría más a esa habilidosa bola de pelos que los aplausos de la multitud?

Sin embargo fuera de casa, o constreñido, el gato es tímido y exhibe una dignidad y una sensibilidad naturales que equivalen a una aversión absoluta por las tontas payasadas que otros animales, como las focas y los perros, parecen disfrutar, y que los elefantes entrenados aprenden a ejecutar con facilidad, si no con ganas. La tarea del *showman* se vuelve más pesada debido al carácter felino. A los animales de circo por lo general se los entrena a punta de golpes o amenazas con fierros candentes; en otras palabras, se obtiene su cooperación infiriéndoles temor. Pero esas tácticas no serán de ninguna ayuda para quien desee entrenar gatos. Un gato aterrorizado se contraerá y temblará pero no va a saltar a través de unos aros. Un gato que ha sido golpeado no se arrastrará hasta lamer la mano del charlatán. Pero alguien que se haya ganado la confianza de un gato, demostrando de paso una paciencia y una perseverancia interminables, puede lograr mucho. El método más simple es prolongar o exagerar las características naturales del animal. Si un gato tiene la costumbre de sentarse sobre sus posaderas y agitar las patas en el aire será más o menos fácil enseñarle que lo haga a pedido nuestro. Feathers puede quedarse perfectamente quieta y erguida varios minutos en las palmas de mis manos, con una pata pegada a mi nariz probablemente, pero se niega a que la tome de alguna otra forma más corriente.

Es muy simple, desde luego, enseñar a un gato a vivir en paz con animales que normalmente son su presa, y ese conjunto reunido en una jaula suele impresionar a un público sencillo. Harrison Weir describe una de esas "familias", la de un empresario circense que exhibía un cuadro vivo en el

que un gato permitía que se le posaran estorninos en la cabeza y mirlos en el lomo; la colección se completaba con conejos, ratones blancos, ratas y otras bestezuelas en perfecta convivencia dentro de la jaula; todos parecían satisfechos y felices. En otra esquina de Londres, el señor Weir encontró a un hombre que había entrenado a gatos y pájaros: “El tipo toma al canario, abre la boca del gato, lo pone adentro, hace que el gato o los gatos suban por una escalerilla y vuelvan a bajar; luego los dispone uno frente al otro y les pide que peleen, y como no lo hacen el amo mueve las patas por ellos mientras los gatos miran hacia otro lado”. El señor Weir presenció otras actuaciones en el Royal Aquarium de Westminster: “En cada lado del escenario había casetas con gatos y estos hacían su aparición tras una señal; entonces corrían sobre o a través de lo que fuera que estuviese en medio y desaparecían rápidamente en las casetas opuestas. Pero se les notaba un aire de timidez y como un afán por acabar pronto. Cuando bajaban del escenario los acariciaban y animaban, lo que parecía tener un efecto calmante en ellos, e imagino que algún delicioso bocado los esperaba cuando llegaban a destino”. Seguían otras proezas y el espectáculo finalizaba con una exhibición de caminata de gatos sobre una cuerda floja en la que se habían situado ratas blancas a intervalos regulares; los gatos avanzaban sin dañar a los roedores. “Luego le agregaban dificultad a esta hazaña sustituyendo las ratas blancas –que se sentaban bastante quietas después de todo– por ratones y pajaritos, que eran más inquietos. Los gatos volvían a cruzar la cuerda y pasaban sobre todos estos obstáculos sin inmutarse, salvo cuando se detenían y mimaban a una rata blanca, que se montaba triunfalmente en sus grandes lomos negros”.

La señorita Winslow nos da una idea de los felinos artistas de Herr Techow, que caminan en dos patas, atraviesan aros de fuego y realizan otros actos antinaturales para edificación del público de vodevil. Herr Techow le dijo que los gatos nerviosos tienen las mejores mentes pero que es difícil mantenerlos interesados en su trabajo: “Un gato vagabundo es el más fácil de enseñar, el que aprende más rápido. Tal como un pillo de la calle aguza su ingenio al tener que buscarse la vida, el gato callejero, medio muerto de hambre, obligado a defenderse de sus enemigos y a ganarse la vida como bien pueda, tiene sus facultades perceptivas estimuladas y sus neuronas expandidas. No puedo enseñar a un gatito nuevo. Los tomo de entre uno a tres años y los entreno otros tres, hasta que es seguro subirlos a un escenario

con confianza en su desempeño, en que realizarán los trucos que pueden haber llegado a dominar".

No obstante, es raro ver a gatos artistas en los circos o teatros de vodevil. Son difíciles de entrenar, no porque sean estúpidos sino porque son demasiado inteligentes para interesarse por esas tonterías. Un gato nunca es vulgar, y este tipo de cosas indudablemente tiene un aire vulgar. El gato muere de buena gana si es por conservar su independencia, de modo que es difícil que siga instrucciones, incluso si aparentemente ha hecho algún trato con el dueño del espectáculo. Sobre ello la señorita Repplier cuenta una historia muy significativa, la de un gato que vio en una compañía de animales artistas en el Folies Bergère de París:

> Sus compañeros actores –poodles y monos– hacían su parte con gusto y parecían divertirse. La gata era otra cosa; condescendió a saltar dos veces el aro y a equilibrarse sobre una gran pelota de goma. Luego se retiró a lo alto de una escalera, procedió a acicalarse con recato y se acomodó para el sueño. En dos oportunidades el entrenador le habló tratando de convencerla de algo, pero no le hizo caso y no mostró mayor interés en el espectáculo. Su tiempo de condescendencia había pasado.
>
> Al día siguiente comenté el comportamiento de la gata con algunas amigas que habían ido a otras funciones en el Folies Bergère. "Pero la noche que yo fui hizo cosas sorprendentes –dijo una–: bajó la escalera sobre la pelota, tocó el violín y se paró sobre la cabeza". "¿En serio? –dijo otra–. Bueno, la noche que yo fui no hizo nada en absoluto, salvo palmotear a uno de los monos que la estaba molestando. Solo se sentó en la escalera y contempló el espectáculo. Yo supuse que estaba allí como elemento decorativo".

Donde sí pueden brillar es en el cine. Recuerdo una elaborada película que comenzaba con un gato matando un pájaro, lo que no es muy difícil de conseguir, y he visto hermosos persas blancos y también gatos callejeros muy graciosos juguetear en la pantalla una que otra vez. Adolph Bolm me ha contado que hay un filme enteramente protagonizado por un gato, un oso y un pez.

De vez en cuando un director teatral pide a una actriz que entre a escena con un gato en los brazos, como se hace a menudo con perros. Avery

Hopwood quería que su condesa conociera a su amante en *Sadie Love* llevando ella un gato y él un perro, pero un par de ensayos lo convencieron de que era mejor olvidar la idea. El tema de la obra de Eugene Walter *The Assassin* es la sed de sangre como un rasgo heredado y el público sabe que la heroína, una niña, está condenada cuando mata a su gatita al final del segundo acto. La escena transcurre fuera de la vista y solo se oyen los chillidos de la niña, como en la crucifixión en *Afrodita*, pero antes el público ha visto al animalillo sobre el escenario durante todo el acto. Para eso se seleccionó a una gatita jovencísima, la que de todas formas era difícil de sujetar, y Fania Marinoff consideró conveniente cortarle las garras antes del estreno. La gatita era muy alegre, tenía buen carácter y se mostraba encantada en trenes y hoteles, incluso en los vestuarios, pero en cuanto se levantaba el telón se transformaba en un demonio cuya única motivación parecía ser la fuga. Luchaba a aullidos con Fania, y contenerla se convirtió en un propósito tan firme en la mente de la actriz como memorizar sus líneas. En otra obra, *The Deliverer*, de lady Gregory, arrojan al infante del rey a los gatos del palacio:

Se oyen fuertes chillidos y mayidos.
Mujer de Dan: ¿Qué es ese chirrido?
Mujer de Malaquías: Son los gatos del rey pidiendo su comida.
Ard: Empújalo por los escalones.
Malaquías: ¿Lo arrojarías a los gatos del rey?
Mujer de Dan: Es una buena idea. Nadie lo reconocerá. Le habrán comido el rostro antes del amanecer.
Mujer de Ard: ¡Arrójalo a los gatos del rey!
Los gatos chillan de nuevo. Se distinguen sus sombras en los escalones. El grupo arrastra al bebé hacia la oscuridad. Se oye un aullido aun más fuerte.

En ocasiones los dramaturgos piensan en personajes gato. El ejemplo más notable probablemente sea *El pájaro azul*, de Maeterlinck, quien es un amante de los perros y no deja muy bien parado a nuestro tigre en miniatura. Tampoco lo retrata muy hábilmente que digamos; lo representa como un oportunista que adula a sus amigos humanos para conseguir lo que quiere. Pero ¿alguna vez adulan los gatos? Ninguno que yo haya conocido

lo hace. Por otra parte, en *El gato con botas* de Ludwig Tieck se luce uno de los gatos más encantadores y simpáticos de la literatura europea: Hinze, casi entero blanco con apenas unas manchas negras, es el personaje más sabio e ingenioso de la comedia, una versión teatral del cuento popular que resulta ser una fantástica sátira sobre el pueblo alemán, el gobierno alemán e incluso la forma teatral en sí misma. En la pieza de Thomas Middleton *The Witch*, el gato de Hécate tiene un papel importante en las escenas del encantamiento. En su ballet *La bella durmiente*, Chaikovski incluye una breve danza entre dos gatos, en un episodio en el que aparecen otros héroes y heroínas de los cuentos de Perrault; con el acompañamiento de bufidos y maullidos en la orquesta, el Gato con Botas tiene un encuentro totalmente apócrifo con el Gato Blanco. El tono de este *divertissement* es humorístico y me han dicho que es una de las escenas más deliciosas en la versión del ballet de Petrogrado. Creo que cuando Anna Pávlova presentó esta obra en Nueva York, hace varias temporadas, omitieron este *pas de deux*.

En cuanto a las pantomimas, no puedo ni imaginar cuántas debe de haber sobre gatos. J.R. Planche escribió una, lo sé, acerca del Gato Blanco; y *Dick Whittington* y *El gato con botas* deben de figurar tan frecuentemente en las taquillas navideñas como *Cascanueces*. Quizá le interese a usted saber que la inspiración de la farsa extravagante de George Bernard Shaw *Pasión, veneno y petrificación* fue una historia que le contaron los hijos de William Archer sobre un gato que saltó sobre un pote de yeso creyendo que era leche, y que de resultas de su error quedó petrificado ¡y lo usaron de sujetapuertas!

En el apogeo de su rivalidad con Marie Taglioni, Fanny Elssler bailó en

un ballet llamado *La Chatte Métamorphosée en Femme*, de Coralli y Duveyrier, basado en una ópera cómica del mismo título de Scribe y Mélésville; la música era obra de un joven ganador del *prix* de Roma, un olvidado Apolo llamado Alexandre Montfort. Hubo mucho ruido antes del estreno de este ballet: por ejemplo, se anunció que como la acción transcurría en China los trajes serían copias de modelos auténticos de Cantón, y el siguiente párrafo circuló por todos los periódicos de París:

> Hasta hace poco, mademoiselle Fanny Elssler sentía una aversión invencible por los gatos. Cada uno tiene su *bête noire*; bien, la bestia negra de Fanny Elssler era el gato, más precisamente los gatos blancos. Ante la visión de uno de ellos se echaba a temblar, su maullido la hacía alejarse en puntas de pie. Pero el amor al arte es como todos los amores: sabe triunfar sobre el miedo, sabe vencer las repugnancias más sinceras. Así, por devoción a su arte, para dar verosimilitud a su caracterización, mademoiselle Elssler ha tenido el coraje de comprarse un gatito blanco. El pérfido animal está siempre con su nueva ama y esta, su bella enemiga, dejando a un lado su odio, busca inspiración estudiando sus poses más graciosas, sus ligeros movimientos, su caminar ondulante, su mirada desafiante. Todavía tiembla si su mano topa por casualidad con ese blanco pelaje parecido al armiño, pues recuerda sus terrores infantiles y su vencida repugnancia se renueva por un instante; sin embargo la artista, consciente de su deber, se libra de su debilidad, atrae al precioso gato hacia ella y lo acaricia con coraje. Desaparece de sus ojos el animal repelente y ella ve solo su modelo; sueña con el éxito que en el futuro va a deberle, oye al público que la aplaude y comprende que su esfuerzo será recompensado.[44]

El ballet no fue un gran éxito. La adaptación del vodevil de Scribe era pésima, y la música, poco interesante. Pero la actuación de Fanny se consideró extraordinaria. Su personaje era una princesa china enamorada de un estudiante que a su vez adoraba a un gato. Al joven se le había hecho creer que por medio de una capucha mágica su amado minino podría convertirse en mujer, así que consintió en la metamorfosis y la princesa tomó el lugar del animal. El plan era que ella adoptaría los hábitos de los gatos[45] pero exagerándolos, para que el estudiante se transformara en un

ailurofóbico y se quedara con la joven. Sorbía feamente la leche del cuenco, hacía la guerra a los pájaros, le jugaba mil trucos, hasta que el estudiante se hartaba y decidía dejar ir al gato. Fanny Elssler, lo sabemos, había estudiado a conciencia y conseguía imitar los más sutiles gestos y modales de los gatos: su caminar, sus suaves golpecitos con la pata, su forma de estirarse. "La flexibilidad corporal de mademoiselle Fanny –escribió un comentarista en el *Courrier des Théâtres*–, su elegancia y suavidad, su agilidad aterciopelada, una vivacidad y expresividad cómica llenas de encanto cautivaron a los espectadores a tal grado que les hicieron creer que habían presenciado una obra teatral, cuando en realidad solo vieron a una actriz deslumbrante".

Ya he hablado de la tragedia de mademoiselle Deshoulières, la de la gata de su madre y sus pretendientes. En el libro de Moncrif hay un pintoresco grabado de una representación de esta pieza; Mirny, Grisette, Marmuse y Cafar rondan los tejados en sus patas traseras y vestidos con trajes de la época de Luis XIV, mientras que los gatos comunes, vestidos solo con su pelaje, observan todo con seriedad. Preside la encantadora escena Cupido con su arco.

La mort de Cochon fue quizás la última obra escrita por completo para gatos hasta que apareció *Diálogos de animales*, de Colette, más de doscientos años más tarde.[46] Desde luego, la obra de Colette no está enteramente dedicada a los gatos, pero nadie como ella ha escrito acerca de los animales con una comprensión más empática. Pierre Loti es un observador cuidadoso y sensible, pero escribe objetivamente sobre los gatos; Colette los trata con subjetividad, intenta ponerse en su pellejo, los hace hablar por sí mismos. Su método por cierto presenta dificultades, siendo la principal evitar el sentimentalismo, pero quienquiera que lea ese libro lo disfrutará, y tanto los amantes de los gatos como de los perros verán lo bien que se las ha arreglado para interpretarlos. Estos diálogos entre una gata, Kiki-la-Doucette, y un perro, Toby-Chien, tienen la forma de una serie de obras teatrales en un acto y, aunque fechadas en 1905, son similares a ciertas fases del teatro ruso moderno en su contenido psicológico. A menudo, en vez de conversar, cada animal revela sus pensamientos en voz alta. Son pensamientos esperables pero significativos, y muy divertidos. (Colette lo escribió para entretener a su marido). Él y Ella, los acompañantes humanos de los animales, son figuras subordinadas y en todo

momento se los ve desde la perspectiva de la gata y el perro. El resultado es algo muy fino, algo muy cercano al arte acabado. En el diálogo de apertura Kiki explica su posición a Toby de manera bastante clara: “Ni aquellos de Dos Patas ni tú comprenden el egoísmo de los gatos… Así, sin pensarlo mucho, han llamado egoísmo a eso que en verdad es instinto de conservación, casta reserva, dignidad, abnegación, la fatiga que nos viene de la imposibilidad de ser comprendidos. Perro de poca distinción, pero desprovisto de favoritismo, ¿me entiendes mejor ahora? El gato es un invitado y no un juguete. ¡La verdad es que no sé en qué tiempos vivimos! Los de Dos Patas, Él y Ella, ¿solo ellos tienen el derecho de estar tristes, de estar alegres, de lamer los platos, de quejarse, de ser caprichosos? Yo también tengo *mis* caprichos, *mis* dolores, *mis* apetitos irregulares, *mis* horas de ensueño en las que me retiro del mundo…”. He aquí el carácter del gato delineado en pocas palabras. Después, cuando el perro le pregunta si tiene un acuerdo tácito con Él, ella revela un poco más de su alma:

> Un acuerdo… Sí. Secreto y casto y profundo. Él casi no habla, y rasga el papel con un sonido como el del rasguido de los ratones. Es a Él a quien he entregado mi avaro corazón, mi precioso corazón de gata. Y Él, sin palabras, me ha dado el suyo. El intercambio me ha hecho feliz y reservada, y a veces, con ese instinto caprichoso y dominante que nos convierte en rivales de las mujeres, pruebo mi poder sobre Él. Cuando estamos solos, hacia Él dirijo mis diabólicas orejas puntiagudas presagiando sus trazos en el papel. Para Él es el tamborileo tap-tap-tap de mis patas por entre sus plumas fuente y las cartas desperdigadas sobre la mesa, y el persistente maullido que pide mi libertad, “el himno al pomo de la puerta”, como lo llama Él con una sonrisa, “el plañido de la secuestrada”. Para Él únicamente la tierna contemplación de mis ojos inspiradores, la mirada que pesa sobre su cabeza inclinada hasta que Él también me mira y ese choque de almas tan anticipado pero tan suave me hace cerrar los párpados con pudor exquisito (…) Ella (…) se mueve demasiado, me maltrata seguido, me avienta en el aire, me aferra las patas de dos en dos, insiste en acariciarme, se ríe de mí, imita mi voz demasiado bien…

Toby-Chien se queja de que a veces cuando están jugando la gata lo trata

como a un extraño. “¿Puedo llamar a eso mal carácter?”, pregunta. “No –responde la gata–, es solo un carácter. El carácter de una gata. Es en esos momentos, para mí irritantes, cuando siento con toda certeza la humillante situación en la que vive mi raza. Puedo recordar el tiempo en que los hierofantes en largas túnicas de lino nos hablaban arrodillados para quedar a nuestro nivel, y escuchaban respetuosamente nuestras peroratas cantadas. Recuerda, Perro, que nosotros no hemos cambiado. Tal vez hay días en que mi conciencia racial está más a ras de piel y todo me ofende, un gesto brusco, una risa burlona, el sonido de una puerta que se cierra, tu olor, tu inconcebible audacia al tocarme, al rodearme con tus vueltas…”. Hay mucho más de esta caracterización delicada en la obra: todo, los efectos del calor, del frío, del hambre, el movimiento, una tormenta, incluso la muerte se discute en estas charlas, y en un francés sutil y lleno de gracia.

En el último diálogo hay un divertido y repentino descenso a la farsa de alcoba, una verdadera comedia lasciva al modo de Georges Feydeau, con una perrita miniatura de protagonista. Esta señorita le resulta muy atractiva a Toby, que está a punto de seducirla cuando la damita atisba a una molesta Kiki sentada encima del piano mirando la escena, y empieza a gritar, horrorizada, mientras huye de la habitación: “¡Un tigre, un tigre, socorro!”. Quiero recordarles que el gato, aunque es un amante apasionado, maneja sus romances con recato y sutileza. Los perros, en cambio, son un poco burdos en las cosas del amor, sin mucho respeto por la decencia pública. Los gatos hacen el amor por la noche en bosquecillos sombríos, santificados por los vapores naturales de la tierra, o en los más discretos escondrijos de los techos a dos aguas.

Pero el diálogo más característico y delicioso del libro de Colette es la escena en el tren. Él y Ella van al campo. Toby anda suelto en el compartimento; Kiki, por supuesto, viaja en un cesto. La liberan a la hora de la cena para que pueda disfrutar de su hueso de pollo, pero pronto habrá cambio de vagones; ¿cómo se las arreglarán para que vuelva al cesto? Él y Ella discuten la cuestión pero quien la zanja es la propia gata con un ejemplo perfecto de la encantadora perversidad de su especie: habiendo completado un elaborado baño romano después de la cena, Kiki arquea la espalda, despliega sus garras, entra en el cesto por sí sola y se hunde en un sueño misterioso.

44 Este excepcional ejemplo de hipérbole publicitaria, digno de un buen agente artístico de hoy, lo he extraído de un libro de 1837, el encantador *Fanny Elssler* de Auguste Ehrhard.

45 En un número de 1891 de la revista *Century*, Allan McLane Hamilton publicó un relato llamado "Herr von Stnempfell's Experiment", en el cual un científico trasplantaba el cerebro de un gato en la cabeza de una mujer hermosa, sensible y educada, quien tras la convalecencia evidenció cambios muy notorios que se correspondían con un temperamento felino. Una noche, en una cena formal, se deslizó desde su silla hasta un rincón para atrapar un ratón ¡con los dientes! Finalmente murió, después de incontables recuperaciones de última hora, lo que avivó la leyenda de las nueve vidas gatunas. En *Recollections of an Alienist*, Hamilton recuerda: "Hace muchos años escribí un relato breve (…) que algunas personas tomaron al pie de la letra (…) Aunque suene difícil de creer, ello condujo a experimentos serios y he oído de trasplantes aparentemente exitosos… Solo nos resta esperar que no haya habido transferencia de peculiaridades desagradables".

46 H.C. Bunner escribió la opereta para niños *Three Little Kittens of the Land of Pie*, que se basa en la conocida rima infantil inglesa *"three little kittens who lost their mittens"*, y todos los personajes son gatos –el rey Thomas I, cabeza de la Casa de Grimalkin; Ringtail, Kitcat, el príncipe Tortoiseshell de Caterwaulia, el príncipe Spot de Bacquephensia, el príncipe Velvet de Miaowa, las princesas Kitty, Malta y Angora–, pero no hay una sola línea de la obra que sugiera la psicología del gato, ni hubo la intención de hacerlo.

8

EL GATO EN LA MÚSICA En *The Question of Our Speech*, Henry James, que suele ser preciso y cuidadoso en lo que dice, se permitió opinar lo siguiente: "Es más fácil pasar por alto cualquier cuestión acerca del habla que preocuparse por ella, pero también es más fácil resoplar o relinchar, gruñir o maullar que articular o entonar". Yo no sé cuán difícil sea relinchar o gruñir, incluso resoplar; nunca he intentado producir alguno de estos sonidos, aunque no tengo mucha confianza en mi capacidad de hacerlo. Pero sobre "maullar" no soy ningún inculto y podría asegurarle al señor James, si estuviera vivo, que la vocalización de un gato no es una cuestión

simple. El “gatés” se puede concebir como un lenguaje, sin duda. ¿Por qué los felinos tendrían voz y oídos si no pueden hablar? “La existencia de los órganos –dice Voltaire– supone naturalmente sus funciones… La idea de que los animales tienen todos los órganos sensoriales pero no sienten nada es una contradicción ridícula”.

Pierquin de Gembloux sostiene la teoría de que originalmente humanos y animales hablaban un lenguaje similar. El humano ha ampliado su modo de comunicarse mientras que los animales conservan sus lenguas originales. Dice: “Entre algunos sonidos propios de ciertos animales y los de ciertas lenguas humanas, extintas o vivas, suele haber una analogía mayor, una semejanza más profunda, una afinidad más incontestable que lo que se puede hallar tres cuartas partes del tiempo entre ciertas palabras del francés, por ejemplo, y sus raíces latinas”. Dupont de Nemours, un estudioso de los animales y sus peculiaridades, afirma que, mientras que el perro solo emite sonidos vocálicos, el gato usa al menos seis consonantes: *m, n, g, h, v* y *f*. Me parece obvio que se pueden añadir *p, r, s* y *t* como consonantes necesarias para ronronear y chistar; la *h* se produce por la rápida expulsión de aire que sigue a la muy magiar explosión de injurias y palabrotas que es capaz de proferir un gato.[47] Sobre la *v*, nunca los he oído usarla y quisiera más información sobre este punto.

“Los animales –escribe el ingenioso De Nemours– tienen muy pocos

deseos y necesidades. Las necesidades son imperiosas y los deseos intensos, por lo tanto su expresión es muy marcada, pero las ideas no son muchas y el diccionario es breve, la gramática más que sencilla, muy pocos sustantivos, casi el doble de adjetivos, el verbo casi siempre implícito; como el señor De Tracy ha demostrado muy bien, hay frases enteras en una sola palabra: otras partes del discurso no hay". Los gatos no abusan de la palabra como hacen los humanos; solo recurren a ella en los momentos importantes, para expresar amor, hambre, dolor, placer, peligro, etcétera. Por eso es que su lenguaje es tan conmovedor. Y musical; el gatés conversacional, tanto el apasionado como el más coloquial, tiene una sonoridad única. Lo dice Firestone en la obra de Middleton *The Witch*: "La gata cuando canta es una audaz soprano en su propio idioma". Moncrif piensa que su voz es "bella y potente", aunque según el ailurofóbico Ronsard sería más bien "un maullido pavoroso". Sea lo que sea, nadie puede acusar a este músico de plagio; su melodía es solo suya.

Champfleury contó sesenta y tres notas en el maullido de los gatos, aunque admitió que se requería de un oído agudo y mucha práctica. También tenemos el testimonio del abate Galiani, quien solo pudo distinguir veinte notas pero encontró que constituían un vocabulario completo, pues un gato jamás usa la misma frase si no es para expresar el mismo sentimiento. Cualquiera que haya convivido en buenos términos con uno será consciente de la justicia de esta opinión. "Cada pasión tiene su nota distintiva", dice Pierquin de Gembloux. Recuerde el ronroneo parecido a un trino que termina hacia arriba en su carrera cromática y que acompaña la emoción amatoria en la hembra, el estridente grito de miedo o ira, el gemido del hambre, la educada aunque perentoria solicitud para entrar o salir –el "himno al pomo de la puerta" de Colette–, la demanda por agua, que nadie con oídos sanos confundirá con la demanda por comida, y el silencioso ronroneo de satisfacción, que por supuesto es diferente del ronroneo furioso, casi con timbales, del placer violento.[48] Los que vivimos con gatos no experimentamos ninguna dificultad en comprender buena parte de su lenguaje; un observador interesado podría captar mucho más. Por ejemplo, mi Feathers da rienda suelta a lo que yo llamo su "grito de caza" justo antes de dar un salto hacia el cristal de la ventana tras una mosca; el sonido es similar al crujido apagado de una bisagra oxidada. El abate Galiani distinguía entre voces de machos y de hembras, tenores y

sopranos, y descubrió algunos encuentros amorosos que transcurrían en completo silencio, lo que naturalmente lo llevó a deducir que los gruñidos y las notas agudas sobre las cercas y los tejados eran en realidad bravuconadas dirigidas a los rivales o expresión de celos, riñas, alarmas y excursiones, no gritos amorosos. Lo que Pennant llama “un amante lastimero, chillón y desafinado” sería entonces el macho celoso a punto de abatirse sobre un rival. Otros dicen que el gato castrado tiene un grito especial que lo sitúa dentro del conjunto de los sopranos masculinos del siglo XVIII.

Un gato, desde luego, no puede darse el lujo de hacer muchas concesiones a los humanos, pero le ha parecido posible y conveniente entender el significado de algunas palabras nuestras como “cena” y “carne”. Puedo pronunciar estas palabras en medio de cualquier frase en una conversación, sea cual sea el tono de voz, y Feathers vendrá saltando hasta la heladera donde sabe que se guarda su carne. “Si dices *aleluya* a un gato eso no va a excitar ningún conjunto determinado de fibras y no exhibirá ninguno de los fenómenos de la conciencia –escribe Samuel Butler–. Pero si dices *c-a-a-r-n-e* estará allí en un momento, porque se ha establecido la debida conexión entre dos conjuntos de fibras”.

Nuestro animal rara vez sufre de afonía, pero los gatos bien educados no son de hablar mucho. Ocasionalmente, para manifestar sus intenciones, abren la boca pero sin emitir sonidos. Faltos de maullido recurren a los gestos, asunto que ya he explicado en un capítulo anterior.

Un millar de años antes de Cristo, o algo así, los egipcios lo asociaban con la música y usaban su graciosa y amada figura en la decoración de los sistros. El sistro, una especie de sonajero, consistía en un marco de bronce o latón en el que se insertaban tres o cuatro varillas de metal para producir un sonido tintineante cuando se sacudiera el instrumento. De vez en cuando agregaban anillos de metal a las varillas para expandir el sonido, y muy a menudo el tope del marco tenía como adorno la figura de un gato. Lo tocaban las mujeres en ceremonias religiosas y su nombre egipcio era *seshesh*, dice Carl Engel en *The Music of the Most Ancient Nations*. Moncrif ofrece a los lectores de su *Les chats* varios grabados curiosos de estos sistros, así como uno de una estatua del dios gato sosteniendo el sistro de tal manera que implica que sabe usarlo. “¿No es prueba de una conexión entre los instrumentos musicales y los gatos? –se pregunta–. Su constitución

es musical; son capaces de muchas modulaciones y en las diversas pasiones que los ocupan se valen de también diversos tonos”.

El descubrimiento de un fresco que representa a un gato sentado tranquilamente frente a un sistro y a un cáliz llevó a Moncrif a una disertación que vale la pena reproducir aunque solo sea por la muy iluminada teoría de la crítica musical que contiene. Esta teoría, inserta en un libro de 1727 sobre gatos, es decir en un texto “*gravement frivole*”, no la deben de haber tomado muy en serio los contemporáneos de Moncrif –ni siquiera hay motivos para creer que el propio Moncrif la haya tomado en serio–, pero resurgiría doscientos años después como uno de los principales dogmas de cierta escuela. La combinación de gato, sistro y cáliz la toma como prueba de que en los banquetes egipcios se dejaba entrar a los gatos y, más aun, de que estos cantaban. Dice el sabio galo:

> Sin duda los enemigos de los gatos insistirán en que estos no pueden cantar, solo maullar. Nos contentaremos con replicar que lo que parece maullido en los gatos de hoy no prueba nada respecto de los gatos de la Antigüedad, estando las artes sujetas a tan grandes revoluciones; añadimos, con toda la prudencia del caso, que las disonancias de las que se quejan estos enemigos solo indican una falta de conocimiento y buen

> gusto de su parte (…) La música moderna se limita a cierta división de los sonidos en lo que llamamos tonos y semitonos, y nosotros mismos nos hemos limitado lo suficiente para creer que esa división es todo lo que existe en la música; así, hemos cometido la injusticia de excluir los berridos, los chillidos, los mayidos y los sonidos quejumbrosos cuyos intervalos y relaciones, quizás admirables, se sitúan hoy más allá de nuestro entendimiento, porque trascienden los límites que hemos consentido. Los egipcios eran más ilustrados; realmente habían estudiado la música de los animales y sabían que un sonido no puede ser verdadero ni falso, y que si parece una u otra cosa es porque tenemos la costumbre de juzgar de inmediato un conjunto de sonidos como armonía o disonancia; sabían, por ejemplo, si el gato usaba nuestra escala o si se valía de cuartos de tono, lo que hacía una diferencia prodigiosa entre su música y la nuestra. En un coro de machos o en una recitación apreciaban las modulaciones simples o las más extrañas, la ligereza de ciertos pasajes, la suavidad o la resonancia y penetración de los sonidos, de los que tal vez obtenían un gran placer. El que esta música animal nos parezca una cencerrada, un galimatías, es efecto de nuestra ignorancia y falta de delicadeza, justicia y discernimiento. La música de los pueblos asiáticos nos parece ridícula; bien, ellos no le encuentran sentido a la nuestra. Cada uno cree estar oyendo simples aullidos; así, cada continente, por decirlo de algún modo, ¡es un gato para el otro!

Hace casi cien años, William Gardiner publicó una curiosa obra titulada *The Music of Nature*, en la que pretende demostrar que los sonidos del arte derivan de los sonidos de la naturaleza. El trabajo incluye muchas tablas con ejemplos que el señor Gardiner tomó de los corrales y los bosques, y aparecen dos de gritos de gato. No son muy convincentes, sin embargo, porque necesariamente se expresan en la escala temperada. Cualquiera que haya oído a un gato practicando vocalizaciones estará seguro de que Moncrif tiene razón al suponer que se expresan con divisiones más pequeñas que los semitonos.

Se ha conservado un registro del siglo XVI sobre el papel musical del gato en Europa, aunque curiosamente aparece como parte de un instrumento y no como un intérprete voluntario. Cuando el futuro rey de España Felipe II visitó al emperador Carlos V, su padre, en Bruselas el año 1549, entre otros

festejos se organizó una singular procesión en su honor. A la cabeza marchaba un toro enorme equilibrando un diminuto diablillo entre los cuernos, desde donde se disparaban fuegos artificiales. Otras quimeras eran un joven cubierto con una piel de oso y sentado sobre un caballo encabritado al que le habían cortado las orejas y la cola, y el arcángel Miguel en una túnica oro y púrpura sosteniendo la balanza en sus manos. Pero el detalle más pintoresco de esta loca procesión, y el que hizo reír al más bien melancólico príncipe, era un carro en el que un oso tocaba el órgano; en vez de tubos, veinte cajitas contenían un gato cada una, y las colas que sobresalían estaban unidas a las clavijas del teclado de manera que solo era necesario presionar una tecla para producir un "estruendo infernal". El ingenuo cronista de los festejos, Juan Cristóbal Calvete, añade que los felinos estaban dispuestos de tal manera que producían la sucesión de las notas de la escala, lo que en realidad habría sido imposible puesto que ningún gato se ha limitado nunca a emitir un solo tono.

El órgano de gatos parece haber sido relativamente común en los siglos XVI y XVII, e incluso hasta fines del siglo XVIII, pues Jean-Baptiste Weckerlin dice que se han encontrado escritos que indican la existencia del instrumento en Saint Germain en 1753 y en Praga en 1773. En *Musiciana*, Weckerlin reproduce un viejo grabado de uno de ellos: un alegre pícaro toca con una pierna el instrumento de tortura mientras perros, monos, asnos y vacas forman el coro. Champfleury encontró otra antigua imagen del órgano de gatos en *Magia universalis*, de Gaspard Schott (1657), y la reproduce en su *Les chats*. También describe la variación aun más bárbara del padre Kircher, en la que la percusión de las teclas impulsaba unas lengüetas puntudas que golpeaban a los gatos en la base de la cola. Es casi como los experimentos que el profesor Mantegazza describe tan festivamente en su *Fisiología del dolor*.

En el libro de Champfleury también hay una imagen de una curiosa xilografía del siglo XVIII: un domador de animales con gatos en cabeza y hombros mientras en la mesa delante de la estancia cinco gatos tocan la viola, el contrabajo y la mandolina, y otros parecen estar cantando "miau" tal como está escrito en las hojas de música que tienen frente a ellos. En la parte superior del cartel está escrito en grandes letras:

La Musique des Chats

Otros carteles del siglo XVII siguen demostrando que los saltimbanquis daban conciertos de gatos al aire libre. En su *Dictionnaire raisonné d'histoire naturelle* Valmont de Bomare describe un puesto en la feria de Saint Germain sobre el que lucía una única palabra, *Miaulique*. En el interior, gatos sentados en torno de una mesa, hojas de música y un mono que daba la señal para comenzar a interpretar todo tipo de melodías y armonías felinas, como si fueran un director de orquesta y las *prime donne* de la ópera. En 1758, un entrenador de animales llamado Bisset anunció su espectáculo en una sala cerca de Haymarket en Londres: lo llamó una "ópera de gatos".

Hay grabados antiguos más fantásticos y no tan crueles. Uno bastante común nos muestra a una docena de gatos, angoras, machos, negros y blancos, sentados ante un atril sobre el que se encuentra el *Solfeggio* italiano abierto. Las notas son ratones cuyas colas indican las negras y corcheas. Teniers dibujó una escena similar pero agregó un búho como director y un mono flautista. En la versión de Andrew Lang de *El gato blanco* el príncipe visita un lujoso departamento "en cuyas paredes estaban pintadas las historias del Gato con Botas y una serie de otros michos famosos. La mesa estaba puesta para la cena. De pronto entró una docena de gatos con guitarras y rollos de música, tomaron sus puestos en un extremo de la habitación y, bajo la dirección de un gato que marcaba el tiempo con un rollo de papel, empezaron a maullar en todas las escalas imaginables, y a tensar las garras contra las cuerdas, produciendo la música más extraña que se haya oído. El príncipe se tapó los oídos, pero la sola visión de estos músicos tan cómicos lo hizo reír a carcajadas". Hasta en las rimas infantiles el gato se alza como un virtuoso. Una de las más conocidas habla de una gata que sale del granero tocando la gaita:

A cat came fiddling out of a barn With a pair of bagpipes under her arm…

Con tantos ejemplos ante sí no parece extraño que los compositores hayan comenzado a imitar los sonidos gatunos. Tanto en Alemania como en Italia en el siglo XVII se produjo una enorme cantidad de música burlesca de este

tipo: el cacareo de todas las gallinas en una nota, terminando una quinta arriba, el maullido de gatos rivales en un agradable orden cromático con un *staccato*, desde luego interpretado con un bufido, eran los pasatiempos favoritos de los contrapuntistas alemanes más serios. Hasta el solemne Marcello dejó dos elaborados coros, uno para sopranos y otro para contraltos, en los que pide balar como ovejas y mugir como bueyes. Adriano Banchieri, en su farsa carnavalesca en forma de madrigal (1608), escribió un "contrapunto bestial improvisado" en el cual, por encima de la melodía base del contrabajo, un perro ladra, un cuclillo pía, un gato maúlla y un búho ulula. Adam Krieger (1667) compuso una fuga vocal en cuatro partes en la que un tema cromático característico se canta "miau, miau". También data de este periodo un ejemplo instrumental, el *Capriccio stravagante* (1627) del italiano Carlo Farina, violinista de la corte en Dresde, con las consabidas imitaciones del cacareo de las gallinas, el ladrido de los perros, el maullido de los gatos. Los ejemplos en la música folclórica son numerosísimos también. El arreglo de Francesc Pujol de una canción popular catalana, "La gata i el belitre", en la que el coro masculino imita el maullar de los gatos, se presentó hace poco, en 1920, en Nueva York a cargo de la Schola Cantorum.

W.F. Apthorp dice que cuando estaba repasando la partitura de una nueva sinfonía (no da el nombre) en un ensayo con Otto Dresel, este dijo: "¡Miau, miau! Tendremos que conseguir otra *mise en scène* para el concierto, con un tejado con caballete y algunas chimeneas". Así es como pervive el descrédito de la voz del pobre gato. Sin embargo, hay ejemplos de música de gatos en programas musicales incluso en los siglos XIX y XX. Por ejemplo, el animado diálogo del Gato con Botas y el Gato Blanco en el último acto del ballet de Chaikovski *La bella durmiente*, en el que los bailarines simulan una vívida escena gatuna y la orquesta imita los sonidos de los animales, incluyendo por supuesto un bufido bastante realista. El *Dueto de los gatos* de G. Berthold parece gozar de considerable popularidad, aunque yo nunca lo he oído;[49] se trata de dos cantantes que emiten miaus en diversos matices y escalas, con un tono tan gatuno que resulta divertido. En 1917 aparecieron las *Berceuses du chat* de Stravinski, para una voz femenina y tres clarinetes. Son cuatro canciones cortas sobre textos populares rusos y se nota que las escribió un amante de los gatos, pues es cierto que transmiten una sensación felina, pero la imitación del

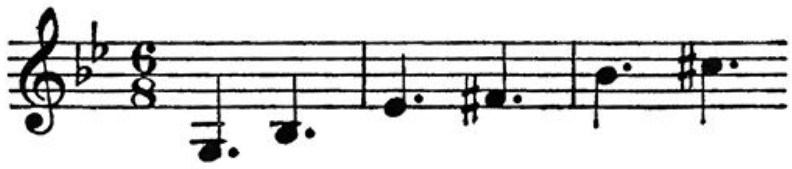
natural no es la especialidad de Stravinski y, excepto en la primera canción, en la que uno de los clarinetes ronronea, son muy pocos los intentos de transferir al espectro de la música docta lo que Agnes Repplier llama “la curiosa y complicada vocalización del gato”. Son pequeños esbozos curiosos, exóticos, y al oírlos cantar a Eva Gauthier en Nueva York en 1919 me recordaron un pasaje del ya mencionado “Antiguas brujerías” de Algernon Blackwood, aquel en que Vezin escucha a la invisible banda del pueblo encantado al que ha llegado sin saber:

> No reconocía nada de lo que tocaban y sonaba como si estuvieran improvisando simplemente, sin director. A lo largo de las melodías no se mantenía ningún tiempo marcado y las piezas empezaban y terminaban de un modo caprichoso, como el viento soplando a través de un arpa eólica (…) Había una sensación de embrujo en todo ello. La música le parecía extrañamente natural. Le hacía pensar en los árboles arrastrados por el viento, en las brisas nocturnas cantando entre las cuerdas de ropa y los tiros de las chimeneas, entre las jarcias de navíos invisibles, o –y el símil irrumpió en sus pensamientos con súbita nitidez– en un coro de animales, de criaturas salvajes reunidas en alguno de los parajes desolados del mundo, aullando y cantándole a la luna. Incluso le parecía oír los lastimeros gritos medio humanos de los gatos en los techos de noche, elevándose y apagándose en extraños intervalos, y esa música, amortiguada por la distancia y los árboles, le hacía pensar en una rara banda musical compuesta por estas criaturas en algún tejado muy lejos en el cielo, interpretando su solemne música a coro bajo la luna.
>
> Sintió que era una imagen muy singular la que se le pasaba por la cabeza, pero ilustraba su sensación mejor que cualquier otra. Los intervalos eran increíblemente raros y los *crescendos* y *diminuendos* muy sugerentes de la gatunidad de los tejados nocturnos; subiendo rápidamente, cayendo sin aviso a notas profundas otra vez, y todo en medio de una inmensa confusión de acordes y disonancias. Pero al mismo tiempo emanaba del conjunto una dulzura lastimera, y las discordancias de estos instrumentos medio quebrados eran tan únicas que no afectaban su alma musical como lo hacen los violines desafinados.

No olvidemos *Funeral of a Calico Cat*, de Mortimer Wilson, la pieza de piano sobre una gata que, según James Huneker, "es pequeña al principio pero crece hasta tener dimensiones gigantescas antes de su entierro". También está Edgar Stillman con su "Gato de Cheshire" en la suite *Alicia en el país de las maravillas*. Y entre las canciones de *El cuarto de niños* de Músorgski encontramos "El gato marinero". Otra canción popular un par de décadas atrás fue "The Cat Came Black". También se viene a la mente el *one-step* "Me-ow", de 1918, con su magnífico felino en la cubierta y sus indicaciones de cómo cantar los miaus en intervalos apropiados. En el musical de Broadway *Hans, the Flute Player* una lluvia de gatos salvaba la situación, y un *cat-o'-nine-tails* tiene su papel en "aquel infernal absurdo, *Pinafore*".

Ha habido gatos musicales. Según Louis Wain, el gato negro de la iglesia de San Clemente en Londres acostumbraba a treparse a la parte alta de los tubos del órgano para disfrutar, solo, de un concierto ocasional. Tal vez ese amor por la música causó la muerte del gato que fue encontrado, ya seco, dentro de uno de los largos tubos del órgano de la abadía de Westminster, que había estado sin usarse durante algún tiempo. John F. Runciman dijo en la *Saturday Review* londinense: "Tal vez una razón por la que los músicos son aficionados a los gatos es que estos son extremadamente aficionados a la música. Aunque por lo general hay que educarles el gusto. He sabido que disfrutan canciones como 'The horse what missus dries the clothes on' y 'The Boers got my daddy', por lo que es mejor comenzar con los 48 preludios y fugas de Bach. Eso sí, recomiendo cerrar la tapa del piano para no encontrar luego el instrumento obstruido con pedazos de carne, ratones muertos, corchos, etcétera. El violín los incomoda mucho, pierden el sueño por su causa; pienso que es porque están firmemente convencidos de que es el arco el que suena. El piano lo pueden tocar caminando sobre las teclas, en cambio el arco, por más que lo golpeen o deslicen por el suelo, permanecerá mudo. El señor Balling tocó una vez la viola alta en mi casa y los ojos de Félix Mendelssohn [el gato de Runciman] brillaron de esperanza. Experimentó con el arco como era su deber, pero ¡ay!, sin resultado; luego Félix se retiró a un rincón y se sentó allí media hora envuelto en un halo de melancolía". Heinrich Heine describe una performance similar del angora de su tío, que arrastró esperanzado una vieja flauta por el suelo de una buhardilla.

Un compatriota mío del oeste que creía en el amor de los gatos por la música legó todos sus bienes a una clínica felina y estipuló en su testamento que una de las enfermeras de planta, seleccionada exclusivamente para ese propósito, tocara el acordeón en el auditorio; la música debía mantenerse día y noche, sin cesar, para que los gatos tuvieran el privilegio de escuchar y disfrutar a toda hora de ese instrumento, que es el más cercano a la voz humana. Carmen Sylva quería que su gatito Püffchen desarrollara el oído musical, así que lo ponía en un saquito de piel en su regazo cada vez que tocaba el piano; lamentablemente Püffchen era intransigente y luchaba por escaparse. La angora gris plata de Gautier, Zizi, sí era melómana: la describe oyendo música con soñolienta satisfacción, también paseándose con frecuencia de ida y vuelta por el teclado del piano abierto. Ahora bien, debo decir que mi gata Feathers de verdad tiene talento como intérprete. A veces camina tranquilamente de un extremo a otro produciendo una exótica sucesión de tonos; en otro momento puede abalanzarse sobre un grupo de teclas y lo que resulta son sonidos afines a los que Leo Ornstein evoca en *The Wild Men's Dance*: salta como una salvaje de los agudos a los bajos, haciendo jirones el tono y la melodía, tratando de tocar con su mullida pata el secreto de los chillidos gatunos que le parece provienen de esa caja de madera de palo de rosa. Siendo gata, manifiesta una particular inclinación por la música durante la noche, y no es raro despertarme a las dos de la mañana oyendo cómo Feathers intenta unas escalas prodigiosas. Conozco al menos una leyenda acerca de un gato que proporcionó a un compositor un tema de esta manera. Una de las sonatas de Scarlatti se conoce en los tiempos modernos como *La fuga del gato*, y el tema es así:



La historia es que uno de los vagabundeos de la gata de Scarlatti por el piano dio al maestro el tema para la fuga. La composición siempre ha sido popular entre los pianistas y tanto Liszt, que la tocaba a menudo, como Bülow han hecho arreglos para ella. Bülow sugiere que el dejo gracioso del título no debe perderse de vista durante la ejecución:

> Los primeros tres compases presentan el paseo mecánico del gato a través del teclado (el tema propiamente tal); los siguientes son el toque justificador de la mano del maestro, que arregla con esmero el caótico "producto de la naturaleza". Las marcas que he añadido para los matices –un *forte* casi áspero para la primera parte de la frase musical y un repentino y tranquilizador *piano* para la segunda parte– proporcionarán, creo, el medio más sencillo de mostrar este contraste humorístico…

En el clímax de la pieza, Bülow entrega el siguiente consejo: "En los siguientes veintidós compases, hasta el *ff* (re menor), el gato debe, por así decirlo, crecer hasta ser un tigre, algo así como el caniche en el estudio de Fausto; es decir, debe haber una intensificación dramática continua en el efecto".

Sacchini también estaba en deuda con los gatos. Solo podía componer si estaba rodeado de ellos, aseguraba a sus amigos: la presencia felina inspiraba su música refinada y seductora. Weckerlin cita los términos del extraño testamento de mademoiselle Dupuy, una célebre arpista que vivió y murió en el siglo XVII. Estipulaba que no se debía permitir que ninguna persona jorobada, coja o ciega asistiera a su funeral, y le legaba toda su fortuna a su gato. En el *Les chats* de Moncrif hay un encantador grabado que muestra al minino en el lecho de muerte de su señora, mientras dos abogados redactan su voluntad. Dupuy creía que debía su talento musical a

ese gato, que se sentaba con ella mientras tocaba y le hacía saber cómo había ido la interpretación. Le dejó una casa en la ciudad y otra en el campo, con fondos suficientes para mantenerlas en buen estado. Sus parientes, sin embargo, le arrebataron el legado al infortunado felino, que probablemente ni siquiera haya podido acudir al tribunal.

Algunos de los pasajes más amenos de la autobiografía de Rimski-Kórsakov los dedica a Borodín y su hogar. Dice sobre los gatos de su amigo: Eran numerosos los gatos que los Borodín alojaban, y se paseaban libremente sobre la mesa, metiendo las narices en los platos o saltando a las espaldas de los invitados. Disfrutaban de la protección de Ekaterina Serguéievna. Todos tenían su biografía. Uno se llamaba Fisher porque era bueno atrapando peces a través de huecos en el río congelado. Otro, conocido como Lelong, tenía el hábito de traer a casa gatitos recién nacidos entre los dientes; se los incorporaba sin más a la familia. Más de una vez, cenando allí, me quedé mirando a un gato que se acercaba a mi puesto sobre la mesa; al llegar a mi plato yo lo alejaba, pero entonces Ekaterina Serguéievna lo defendía y me contaba la historia de su vida. Otro gato se instalaba en los hombros de Borodín y lo acaloraba sin piedad. “Mire, señor, ¡esto es demasido!”, gritaba él, pero el gato nunca se movía.

Por Heine supimos que Meyerbeer odiaba a los gatos, y James Huneker en *Old Fogy* cuenta una divertida historia apócrifa sobre Brahms: “Brahms, por lo que se dice, era un enemigo declarado de la tribu felina. A diferencia de Scarlatti, apasionadamente aficionado a los acordes de los menoscabados michos, el flemático Johannes pasaba mucho tiempo en la ventana, sobre todo las noches de luna, practicando el contrapunto a la caza de gatos, del tipo que infestaba los patios traseros de la vieja y querida Viena. El doctor Antonin Dvořák había hecho a su querido amigo y maestro un regalo que consistía en un arco y flecha peculiares que se usaban en Bohemia para matar gorriones; en Bohemia y sus alrededores se les llama *Slugj hym inye nech*. Con esta formidable arma pasaba su tiempo libre el compositor de verdaderas catedrales orquestales. No es de extrañar que Wagner se convirtiera en antivivisección ionista, pues también él estuvo de caza en el patio trasero de Brahms, solo que como era miope por lo general no le apuntaba al gato. Tras ardua práctica, Brahms lograba derribar a su presa todas las

veces, y después de arponear a las pobres bestias –¡oh, diabólico dispositivo!– las subía a su habitación a la manera de un pescador de truchas. Entonces –siempre según Wagner– ponía la mayor atención a los gemidos agonizantes de sus víctimas y anotaba con cuidado en su cuaderno sus observaciones *ante mortem*, pues aquellas lastimeras locuciones le servían para hacer música de cámara. Cabe recordar que a Wagner nunca le había gustado Brahms…”.[50]

Baudelaire una vez dijo: “Me encanta Wagner, pero mi música preferida es un gato colgado por la cola fuera de la ventana, tratando de aferrarse al vidrio con sus garras. Ese sonido chocante me parece al mismo tiempo extraño, irritante y singularmente armonioso”. Desde luego no hablaba en serio; Baudelaire también era demasiado apegado a los gatos para torturarlos.

Los cantantes siempre han sido sensibles en temas gatunos pues las semejanzas entre cierto tipo de canto y el maullido son más que casuales, y en la parodia, el cabaret e incluso en la crítica la soprano se encuentra a menudo emparejada con el gato. Hace más o menos cien años, en Londres vivía un celebrado músico de burlesque a quien llamaban “Cat Harris” porque parodiaba a los cantantes de la ópera italiana, imitándolos como si fueran gatos. En *Old and New London*, de Cassell, encontré lo siguiente: “Cuando Foote abrió el Haymarket Theatre, propuso entre otros proyectos entretener al público con imitaciones de *cat-music*. Con este fin contrató a un hombre famoso por su habilidad para imitar el maullido del gato. Lo llamaban Cat Harris. Como no asistió al ensayo, Foote pidió a Shuter que intentara encontrarlo. Shuter llegó a la cuadra de las Minories donde vivía este extraordinario músico, pero no encontró la casa; entonces comenzó a entonar un *solo* felino, el otro miró por la ventana y le respondió con una cantata del mismo tipo. ‘Vamos –dijo Shuter–, no necesito saber más. Foote nos espera; no podemos empezar la ópera gatuna sin su presencia’”.

W.T. Parke, primer oboe durante cuarenta años en el teatro de Covent Garden, cuenta en sus *Musical Memoirs* por qué Angelica Catalani fue casi la única cantante de la época a quien no conoció. Parke había escrito una canción para una cómica, la señorita Feron, que la cantó en los Vauxhall Gardens. El tema, *The Romp, or The Great Catalani*, contenía una imitación de la diva italiana en una de sus arias, con la intención de homenajearla. Sin embargo, en el recitativo que introduce el aria y que

termina con las palabras “gran Catalani” se hizo necesario repetir una parte del nombre para ajustar la música con la poesía, de modo que se leía: “¡Gran Cat, Gran Catalani!”. Eso despertó la ira de la Catalani.[51]

Pero Jenny Lind cuando niña siempre le cantaba a su gato, por el que sentía un apego desmesurado. “Su butaca preferida –dice su hijo– estaba bajo la ventana de la habitación del mayordomo, que daba a la animada calle que conduce a la iglesia de St. Jacob. Allí se sentaba y le cantaba al gato; y la gente que pasaba por la calle la escuchaba y se maravillaba”. No sabemos si a Sophie Arnould le gustaban o no los gatos, pero en una carta de 1801 a Bélanger se queja de que no le queda dinero para mantener uno. Sabemos por las memorias de J.H. Mapleson que Ilma de Murska viajaba con una pequeña colección de animales, incluida una gata angora que su mono trató de matar en una ocasión. Marie-Anne de Camargo de vieja mantenía angoras blancos junto con sus perros. También Marie Engle era aficionada a los gatos, tanto como lo es Emmy Destinnova. La mayoría de los cantantes, sin embargo, parecen preferir a los perros, cuyas voces no dan pie a comparaciones odiosas; tampoco se oponen a la vida itinerante.

Por otro lado, hay muchos casos de gatos que han alimentado una antipatía notoria hacia la música y los músicos. Pierquin de Gembloux, en su curioso *Traité de la folie des animaux*, dice saber de casos en que un gato ha caído presa de convulsiones por el sonido del canto. Algunos parecen tener buen gusto en materia musical: el ya mencionado gato de mademoiselle Dupuy, por ejemplo; el gato de Jenny Lind probablemente dio también a su señora señales de su interés en la producción de tonos adecuados. Una de las gatas de Gautier, Madame Théophile, era una aficionada de buen gusto y gran discreción. “Sentada sobre una pila de partituras, escuchaba atentamente y con visibles signos de placer a los cantantes. Pero las notas penetrantes la ponían nerviosa y en los *la* agudos no podía evitar taparle la boca al cantante con su pata almohadillada. Era un experimento que divertía a muchos y que nunca fallaba. Resultaba imposible engañar a esta gatita diletante con la nota en cuestión…”.

En una carta de 1883 a Samuel Butler, Eliza Savage escribe: “Una dama en la Gallery me estaba hablando de su gato, es una criatura muy inteligente; me contó varios episodios de su sagacidad, terminando con que cuando ella empieza a tocar el piano el gato siempre sale de la habitación…”. Eva Gauthier me contó sobre una experiencia que tuvo una vez en París, mientras cantaba *El rey de los elfos* en el salón de un amigo. En la parte de los lamentos del hijo, repentinamente y sin ninguna advertencia, un pequeño gatito siamés, una bola firme de color ámbar, vino dando brincos desde la habitación contigua y le saltó a la garganta para clavarle las garras… En su encantador y personal *Les chats*, al que ya me he referido muchas veces aquí, madame Jules Michelet da varios ejemplos de gatos que eran aficionados. La más interesante de ellos quizás fuera Minette, que escuchaba a su ama entonar viejas canciones populares de la provincia donde había vivido cuando niña.

> Si cantaba un aria sencilla, alargándola en una voz baja, como el tarareo de una niñera, se quedaba en su lugar, levantando soñadoramente los ojos hacia los míos. Pero si la pieza era melancólica, si había lágrimas en mi voz, comenzaba a agitarse; una intranquilidad que sin embargo indicaba cierto placer. Si el tono subía y se elevaba hasta el acento del dolor agudo que es precisamente el tono de un violín, Minette daba señales de excitación enfermiza. La *Serenata* de Schubert, por ejemplo, implorante en su contenida pasión, lenta al principio, sombría como una canción nocturna, esa oración que se eleva desde las profundidades más

> extremas hasta la súplica ardiente y toma como testigo al pájaro, sus suspiros, el silencio emocional de la naturaleza; este sublime clamor de un corazón herido provocaba la más grande de las emociones en Minette. Creo que nunca el alma de una mujer ha exhibido un dolor más grande. Se me sentaba en las rodillas, los ojos prendidos solo a mis labios. Si yo continuaba, posaba las patas delanteras en mi pecho, relajándose en un desvanecimiento nervioso. Emitía aquel maullido estremecido que en el gato dice tantas cosas, y sus ojos, a pesar de la luz brillante, se dilataban como lo hacen en un estado de aprensión o sufrimiento. Si seguía subiendo más alto, con un gesto firme y enteramente humano posaba las patas rígidas en mi boca y me sellaba los labios.

Esta pequeña pataleta de Minette puede tener otra explicación. La misma madame Michelet reconoce que no era una gran intérprete; su versión de los *lieder* de Schubert puede haber sido extremadamente difícil de soportar para una felina melómana.

En otro pasaje Michelet propone la interesante teoría de que los gatos suelen sufrir con el sonido de instrumentos musicales que están cerca, pero el tenue tintineo de la música a la distancia les produce una sensación placentera, “les inspira una locura amable”. Cenando con amigos una noche al frente del Café Turc, donde se daba un baile, se asombró al ver nueve gatos en el tejado, directamente sobre el salón de la gala, nueve gatos grises, marrones y negros en la tenue luz nocturna. Se movían silenciosa y gravemente a través del cielo, en alguna esotérica relación con la música. Con las espaldas arqueadas, las colas en alto o aflojadas, las piernas rígidas, como hilos de acero extendidos a cada compás, exhibían una precisión maravillosa. Ocasionalmente, cuando la orquesta tocaba una cuadrilla rápida, saltaban como locos.

Hay otro vínculo, este temible, que relaciona al gato con la música: las terribles cuerdas de tripa de gato o *catgut*. Jonathan Swift da el siguiente ejemplo de pobre ingenio en “Art of Punning”: “¿Por qué las ratas y los ratones tienen tanto miedo de los violines y violonchelos? Porque son ahorcados con tripa de gato”. Y en su poema de espantoso título “The Music of the Future”, Oliver Herford comenta sobre la materia así:

El músico más cortés que nunca conocí Fue Montague Meyerbeer Mendelsohn Green.
Tan cortés que se sacaba el sombrero Si veía a un gato en su derrotero.

No es que me gusten los gatos, explicaba.
Su música me causa un tormento indecible.
Nada me agujerea con tanto dolor Como un monótono maullido en Sol.

Mas, al oír en el teatro al primer violín, Tocando una exquisita melodía mía No puedo dejar de pensar que sin estos ruidosos, sin sus tripas, nadie me conocería.

Y así, cuando me inclino ante un minino, No es por él que me saco el sombrero Sino ante las fugas y sonatas que se esconden quizás Intocadas en su, bueno, en su melodiosa cavidad.

"No hay sonidos tan cautivadores como los que producen los pecadores que frotan el pelo del caballo en las entrañas del gato", escribe Artemus Ward, y Addison en uno de sus ensayos para *The Spectator* sostiene que el gato ha contribuido más a la armonía que cualquier otro animal, "pues no solo estamos en deuda con él por su música de viento sino por nuestra música de cuerdas". La verdad sea dicha, las cuerdas de violín nunca han sido de tripas de gato sino de oveja y cordero. Por qué se llaman así es otro misterio etimológico.

47 Si se necesitaba algo más para probar la superioridad felina, este sería el toque final. El gato es el único animal, además del humano, que sabe decir palabrotas, y en este ámbito solo un leñador o un exitoso cantante de ópera puede igualarlo.

48 Charles Darwin escribe en *La expresión de las emociones*: “Los gatos usan mucho los sonidos vocales como un medio de expresión, y ante diversas emociones y deseos emiten por lo menos seis o siete sonidos distintivos. El ronroneo de satisfacción, que se profiere tanto en la inspiración como en la expiración, es uno de los más curiosos. El puma, la chita y el ocelote también ronronean, pero el tigre, cuando está complacido, emite un peculiar gangueo corto, acompañado por el cierre de los párpados. Se dice que el león, el jaguar y el leopardo no ronronean”. Madame Michelet inventó varias palabras para diferentes tipos de ronroneo o *ronron*: *mourrons, monrons, mou-ous, mrrr.*

49 El *Duetto buffo di due gatti* es una pieza cómica para dos voces que suele interpretarse como bis en conciertos y galas de ópera; su texto repite una sola palabra: “Miau”. Se ha atribuido a Rossini porque usa partes de su música, pero al parecer el autor-compilador fue Robert Lucas Pearsall, un compositor británico que lo publicó en 1825 con el seudónimo de G. Berthold [NdT].

50 James Huneker, crítico musical del *New York Times* cuando Brahms aún vivía, contó esta historia en 1893 como ejemplo de cómo un invento malintencionado puede incorporarse en la biografía de un artista y perjudicarlo quizás por cuánto tiempo. La calumnia era de Wagner y muchos no leyeron a Huneker, porque durante todo el siglo xx al menos se repitió el cuento de que Brahms había sido un torturador de gatos [NdT].

51 Southey le puso a su gata Madame Catalani; otros también deben de haberlo hecho, tan naturalmente como los perfumistas de hoy bautizan los aromas dulces con el nombre de Mary Garden.

9

EL GATO EN EL ARTE

“Es extraño que, a pesar de la extrema belleza de los gatos, de su elegancia de movimientos y la variedad e intensidad de sus colores, haya tan pocos artistas importantes que los hayan retratado –escribe Philip Gilbert Hamerton–. Casi todos los cuadros de gatos que recuerdo son obra de personas inferiores, a menudo artistas de muy pocos méritos. Probablemente la razón sea que, aunque es un animal refinado y muy voluptuoso, no destaca en las cualidades más nobles, como ganarse las simpatías de las personas insignes y de corazón generoso”.[52] No se trata de eso. Para empezar, puede afirmarse categóricamente que los artistas, y los pintores en particular, rara vez son “personas insignes y de corazón generoso”. Y luego, apenas puedo recordar un artista reconocido que no haya hecho un esfuerzo por representar al gato; otra cosa es que casi todos hayan fracasado. Simplemente es demasiado difícil de dibujar y pintar. De hecho, para tener éxito en el retrato felino el artista debe tener cierta comprensión y simpatía por los gatos, y luego, no menos que dedicar una vida a su estudio.

La belleza del gato es muy engañosa, porque bajo la gracia del pelaje suave y suelto se esconden unos músculos de acero. El artista que apunta a la gracia y la sedosidad suele perder fuerza, y el artista que capta la fuerza a menudo lo hace a expensas de otras cualidades. Solo el ojo del gato, que combina hábilmente inocencia y misterio, que cambia con las horas del día, ofrece dificultades casi insuperables. “Nada es más difícil –observa Champfleury– que pintar la cara del gato, que, como dice Moncrif con justicia, es una mezcla de ‘finura e hilaridad’. Las líneas son tan delicadas, los ojos tan extraños, los movimientos sujetos a impulsos tan repentinos,

que uno mismo debiese ser felino para intentar retratar un sujeto así". El gato varía en expresión, contorno y marcas con cada movimiento, con cada pensamiento. Y también se debe tomar en cuenta su carácter. Ningún gato que se precie siente inclinación por la carrera de modelo de artista.

"Está dispuesto a ser observado –escribe el pintor Arthur Tomson, que alguna experiencia tiene– si el comportamiento que se examina lo controla él por entero. Pero deje que un gato imagine por un momento que se encuentra bajo algún tipo de coacción y rápidamente le hará saber quién es el amo. Si quiere que sorba leche y le proporciona los medios para hacerlo, se sentará y se aseará; si quiere que se limpie con la lengua, se perseguirá la cola; si lo que quiere estudiar es una postura del sueño, huirá a toda prisa. Ninguna clase de entrenamiento, afecto o amor por la buena comida convertirá al gato en un perfecto asistente para un artista. Tampoco lo hará ningún tipo de coacción". Por estas y otras razones también es muy difícil de fotografiar. Las mejores fotos son instantáneas, ya que la mera respiración del gato desdibujará el pelaje si se usa un tiempo de exposición prolongado.

Pero el mayor obstáculo para pintarlo es aquel que todo retratista debe estar preparado para sortear. La técnica pictórica se puede adquirir; se aprende a pintar cuerpos y caras, brazos, piernas, manos y orejas, características finalmente, pero cuán pocos pueden retratar el carácter, cuán pocos pueden ir más allá de la superficie. Es este toque inasible el que los felinófilos extrañan en los cuadros de michos. El pintor ha pintado un gato, quizás hasta lo ha pintado bien, pero ¿el gato de quién? Una de las pintoras de animales más celebradas es Henriette Ronner, quien sin embargo decepciona en este aspecto: todos sus gatos y gatitos tienden a verse casi iguales, tienen muy poco carácter o no lo tienen para nada.

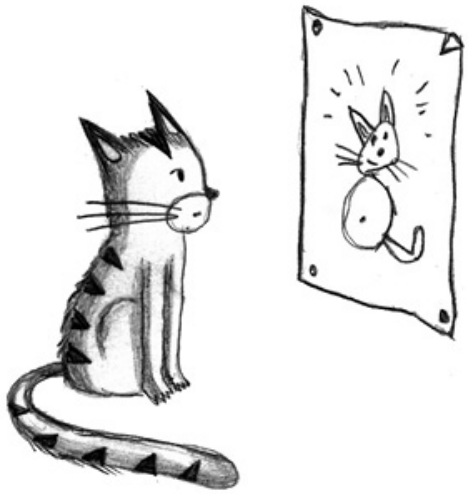
Los artistas contemporáneos tendían a pintar a Théophile Gautier rodeado de su harén felino, desde luego. A veces posaba en traje turco, tendido sobre cojines y cargado de gatos. Admitía que había poca exageración en los lienzos y que los retratos de su persona eran admirables, pero era difícil que alabara los retratos de sus mascotas. Echaba de menos sus rasgos peculiares: ¿dónde estaba la curva del pecho blanco nieve de Zuleika, el reposo profundo de las patas dobladas de Zulema, la elocuente elevación de la cola azabache de Zobeide? "Pintar gatos –solía decir– es cuestión de genios, mis queridos muchachos".

No obstante, uno se encuentra con el gato en prácticamente todas las formas de arte, desde los primeros egipcios hasta el presente. Es curioso que no sea una figura conspicua en el arte griego o el romano, pero quizás su ausencia se deba al mismo motivo que explica la desaparición de la dama ateniense en *The Lady*, de Emily James Putnam: "Todo lo que es necesario tiende a convertirse en un mal, y la importancia dinástica de la esposa, que era su verdadera *raison d'être*, operaba en su contra como fuente de interés romántico". En cualquier caso, hay pocos ejemplos de arte con gatos en las colecciones griegas y romanas. Las dos excepciones –notables– son una urna griega del mejor periodo y un bajorrelieve en el Museo Capitolino, en el que una joven es representada tratando de enseñar a bailar a su gato mientras ella toca la lira; el gato, por supuesto, prefiere molestar a un pato.[53]

Aun más curioso es el olvido del gato en la arquitectura eclesiástica. Los demonios esculpidos en las catedrales medievales estaban allí para sembrar el temor de Dios en los corazones, pero, aunque gatos y brujas siempre han estado asociados, no hay en las iglesias demonios gato mostrando sus horribles colmillos. Los pocos que sí aparecen aquí y allá en estas tallas tienen un aspecto bastante agradable. En la catedral de Tarragona, en Cataluña, Havelock Ellis observa la muy humorística escena esculpida en un capitel del claustro, en el que "vemos una solemne procesión de ratas que llevan en andas y de muy buen grado a un gato en posición supina, el que un poco más adelante reaparece vigorosamente vivo y agarrando a uno de sus desafortunados portadores mientras los demás se dan a la fuga. 'La escultura más insignificante de la catedral, pero quizás la más interesante', observa el sacristán sonriendo". En la primera escena un gato descansa en una litera cargada por ratas y ratones y precedida por una comitiva de roedores que portan banderas, vasijas de agua bendita, aspersores, báculos e incensarios. El verdugo, una rata con un hacha, marcha bajo la litera. A esta majestuosa procesión le sigue la escena más viva en la que el gato da un brinco y atrapa a una rata, mientras el resto se dispersa en todas direcciones.

En el Priorato de Great Malvern se pueden ver ratas colgando a un gato en presencia de búhos que miran con aire de gravedad y saber jurídico. En la catedral de Ruán, un gato persigue a un ratón alrededor de un pilar en la nave principal. En la basílica de San Giorgio Maggiore en Venecia, en los asientos del coro grabados por el flamenco Albert de Brule, se representan escenas de la vida de san Benito y hay varios gatos. En uno de los asientos

un gato está peleando con el cuervo de san Benito; en otro, se está comiendo un ratón bajo el diván de un soñoliento hermano a quien el santo se esmera por despertar. Hay dos gatos divertidos en el coro del viejo monasterio de la Isla de Thanet, en Kent. Champfleury encontró un capitel del siglo XV de un "horrible animal" en el Museo de Troyes, y un dintel en Ricey-Haute-Rive con un bajorrelieve de un gato en compañía de gallinas, un zorro y una rata. Viollet-le-Duc, el restaurador del castillo de Pierrefonds, adornó las ventanas de los dormitorios del patio interior con gatos en diferentes posturas. Champfleury eligió para reproducir a una madre gata con un gatito entre los dientes.



En las pinturas de los primeros maestros italianos, flamencos y españoles el gato aparece con frecuencia, pero rara vez, si es que alguna vez, debo admitir, muy bien pintado. Hay gatos en múltiples anunciaciones, sagradas familias, últimas cenas y bodas de Caná. Seguro que algún pintor lo incluyó entre los viejos o los observadores furtivos del juicio de la casta Susana. Bassano pintaba y repintaba la partida del Arca de Noé e invariablemente en esos lienzos lidera la procesión un enorme gato manchado y presumido, puesto que al artista le ha parecido mejor seguir la leyenda arábiga que la bíblica. De vez en cuando, por cierto, el gato ya está asustando a un conejo o saltando sobre una paloma. En el *Leda y el cisne* de Tintoretto un gato atigrado ataca a un pato.

En el Museo Vaticano cuelga una *Anunciación* de Baroccio en cuyo extremo inferior un gran gato plateado duerme sobre la labor de la Virgen, y

en otra pintura del mismo artista que está en Budapest un quieto gato sobre un cojín mira de reojo, entre sus párpados semicerrados, al ángel visitante. Y ahora que lo pienso, ¿qué son los ángeles para un gato? Otro ejemplar también indiferente a las visitas angélicas puede observarse en la *Anunciación* de Federico Zucchero en el pórtico del hospital de Santa María la Nueva en Florencia.

Hay gatos pintados en dos frescos de Puccio en el coro de la catedral de Orvieto. En uno de ellos, el gran gato blanco de santa Ana arquea la espalda, levanta la cola y conduce a un perro fuera de la habitación; en el segundo, mientras los demás están ocupados mirando a la Virgen recién nacida, el gato se para en dos patas y roba comida de una mesita. En el famoso retablo de Baroccio *Madonna del gatto*, en la National Gallery de Londres, el gato, desde luego, es el centro de interés. San Juan niño sostiene en lo alto un pájaro que lucha y el gato se eleva hacia él. En el celebrado fresco de Ghirlandaio sobre la Última Cena, en el refectorio del monasterio de San Marco en Florencia, un gato muy inteligente frunce el ceño desaprobando a Judas. También Benvenuto Cellini pone un gato a los pies de Judas en uno de sus bajorrelieves. ¿Podría considerarse ofensiva esta yuxtaposición para el animal? El gato en *Las bodas de Caná* de Veronese no es el detalle más recordable de este lienzo enorme. Muchas de las pinturas de Veronese contienen gatos, pero tan descuidadamente retratados que podrían ser comadrejas o perritos falderos. Benozzo Gozzoli lo pintó en la escena del Arca en las paredes del camposanto monumental de Pisa; también, en el Oratorio de San Bernardino en Siena, hizo un gato negro con ojos ámbar que se entretiene mirando a las criadas que lavan a la Virgen recién nacida.

“Sin embargo, el cuadro que mejor ilustra el temperamento del gato, como lo conocían los italianos doscientos años atrás y como lo conocemos hoy en día –observa Agnes Repplier–, lo pintó Luca Giordano (…) Es otra representación de ese tema tan familiar, el nacimiento de la Santísima Virgen. Santa Ana está sentada erguida en su cama. San Joaquín entra por la puerta. La espaciosa habitación está llena de asistentes ocupados en servir a su señora, en orear las ropas del bebé, en lavar y admirar a la recién nacida. Todos están ocupados y emocionados. Todos, con excepción de santa Ana, están de pie o arrodillados. En realidad solo hay una silla en la habitación. En esa silla hay un cojín y sobre ese cojín duerme, sereno e inmutable, un

gato”.

Muchos artistas flamencos pintaron gatos también. En *El nacimiento de Eva*, de El Bosco, un fiero ejemplar devora un inocente renacuajo, y en *Orfeo y los animales* de Van Thulden el gato está a punto de atacar a un león mientras los demás animales parecen oír una música que los arrulla; ambas pinturas se encuentran en el Museo del Prado. En la pintura de género de la escuela flamenca cumplen su función decorativa tumbados frente a los grandes braseros, jugando con sus crías, robándose la carne. De vez en cuando Jan Steen, Jordaens, Jan Fyt, Willem van Mieris y Rembrandt incluyeron gatos en sus composiciones. En Múnich hay una *Anunciación* de Herri met de Bles en que el gato de la Santísima Virgen, un hermoso ejemplar albo, duerme al lado de su ama.

Fragonard pintó un gato o dos. En el *Paraíso perdido* de Jan Brueghel, el gato duerme satisfecho mientras nuestros primeros padres son expulsados del Edén. Muy típico del gato; también sirve para recordarnos que Dios no lo expulsó a él. En la pintura de Franz Floris *El Jardín del Edén* se halla entre los pies de Adán y Eva, echado. Duerme nuevamente bajo una estufa en la sobria pintura de Le Brun *El sueño del niño Jesús*, en el Louvre. Watteau pintó un delicioso *Le chat malade*, envuelto como un bebé en los brazos de su pequeña ama, que llora. Un médico italiano de comedia, con una tapa como sombrero, atiende al enfermo con aire majestuoso, y el gato hace una mueca de niño mimado ante el olor de la medicina.

Hay un gato en *Las hilanderas* de Velázquez. *Un niño con un gato*, de Gainsborough, es una obra conocida pero el niño está pintado con mayor cuidado que el animal.

Podría seguir lánguidamente con este soso catálogo un buen rato más. Estos gatos no tienen gran interés pero el recuento sirve para indicar que el micho vagaba por la casa y el estudio con tanta libertad tres siglos atrás como lo hace hoy. Los viejos artistas italianos y flamencos introdujeron a los *grimalkin* en sus pinturas porque los vieron rondando por ahí, pero solo los pintaron como ornamento o relleno, como una hoja de parra o un florero, una silla o una mesa, aunque Hamel sugiere en *Human Animals* que de vez en cuando pudieron haber querido connotar el espíritu animal que habita en los seres humanos: “Sir Joshua Reynolds pintó dos retratos de niñas, una sosteniendo una pequeña jaula con un ratón, la otra un gatito. El primero se llama *Muscipula* y el segundo *Felina*, y podemos suponer que

tuvo la intención de mostrar en sus rasgos la simpatía imitativa que tienen los niños con los animales jóvenes". En la pintura más moderna, Boris Anisfeld pintó a su hija, Morella Borisovna, con la mano sobre la cabeza de un gato blanquinegro. Tanto la niña como el gato tienen una chasquilla de pelo negro sobre los ojos y la expresión en cada caso es prácticamente idéntica, por lo que la intención artística del pintor es obvia. Una dama pelirroja en una pintura que cuelga en un pasillo del hotel Astor sostiene a su contraparte, un gato rojiblanco, profundamente dormido en su regazo.

También Renoir era consciente de la relación entre animales y personas. En *Joven con un gato* (1868), ejemplo sublime de belleza lánguida, gracia e indolencia, un muchacho desnudo está de pie contra un mueble y abraza a un gato magnífico; los rostros están juntos y decididamente se parecen. En *Niña durmiendo con un gato* (1878-9) una joven de campo duerme con un gato amodorrado en su regazo. Hay que decir que estos gatos son extraordinarios. No era costumbre de Renoir abordar ningún tema a medias.

Ha habido también pintores devotos del animal que pintaron gatos con accesorios en vez de gatos como accesorios. Está, por ejemplo, Gottfried Mind, a quien madame Le Brun llamaba "el Rafael de los gatos", si bien su obra guarda tan poca relación con la de Rafael como la obra del Shakespeare belga con la del autor de *Timón de Atenas*. De origen húngaro, Mind nació en Berna en 1768 y murió en 1914. Consagró su vida a pintar osos y gatos, sobre todo gatos, a los que adoraba. Cuando en 1809 estalló una epidemia de locura entre los gatos de Berna, seguida por una masacre, Mind sufrió lo indecible, aunque salvó a su propia Minette.[54] El pintor y sus gatos eran inseparables; a veces Minette se le sentaba en las rodillas y los gatitos nuevos sobre los hombros, y para no molestar a sus amigos permanecía en una misma posición por horas. Se comportaba como un perfecto caballero con ellos, educado y afable, pero trataba a los hombres con la misma escasa cortesía que Jeremy Bentham destinaba a los humanos.

No he visto dibujos originales de Mind, solo unas pocas reproducciones de su trabajo. Son interesantes e indican un profundo talento para pintar gatos. Depping escribe sobre él en *Biographie universale*: "Sus cuadros eran, casi se podría decir, retratos de gatos; dio todos los matices de expresión a sus caras suaves y astutas; prestó una variedad infinita a las graciosas actitudes de los gatitos jugando con su madre; representó perfectamente su sedosa capa; en resumen, los gatos pintados por Mind

parecían estar vivos". Esta alabanza puede ser un poco excesiva, pero su fama como uno de los primeros pintores de gatos todavía es considerable.

Delacroix pintaba gatos que más parecían tigres que animales domésticos; su discípulo Louis Eugène Lambert fue un famoso pintor de gatos. Su *Familia de gatos* colgaba en la Galería Luxemburgo de París; tal vez aún sigue allí. En este lienzo más bien convencional la madre está sobre la mesa y desde allí supervisa las gracias de sus traviesos gatitos. La obra de Lambert se puede ver en *Les chiens et les chats d'Eugène Lambert*, de G. de Cherville, libro ilustrado con seis grabados de gatos y 145 dibujos de perros y gatos.

De Henriette Ronner, a cuyo homenaje en su septuagésimo cumpleaños se unieron escritores de dos continentes y una isla o dos, no puedo decir nada con entusiasmo. Pintó gatos durante toda su vida y se han publicado varios álbumes dedicados a su obra. Yo mismo tengo uno o dos. Son pinturas sentimentales, "cuadros con una historia", pero ese no es su peor defecto. Me parecen superficiales, fruto de una observación descuidada. Un lienzo como *Banjo* puede tener gracia, pero ya no queda más que decir. Es evidente que esta señora, que pintó gatos por décadas, nunca aprendió más de ellos que lo que el observador más casual podría captar con una mirada. No hace ningún intento de diferenciación; uno de sus gatos se parece mucho a cualquier otro. Por lo general los representa en familia: una madre afectuosa mirando a sus crías mientras estas juegan dentro y fuera de un canasto, sobre el tablero de ajedrez, en jaulas de pájaro vacías o con relojes de pared, el tipo de cosas que hace exclamar "¡pero qué tiernos!" mientras el comprador saca la chequera. Bueno, sí, lo son. Madame Ronner captó cierta vena juguetona en los gatitos, aunque algunas de sus crías son casi tan inexpresivas como las puertas de Enrique IV; captó la textura de su pelaje, y sus composiciones son felices algunas veces, pero me parece a mí que nunca capturó el alma del gato. No es de extrañar: madame Ronner pertenecía a la burguesía belga, y se requiere un aristócrata con un alma persa para comprender la esencia de un gato.

Champfleury dispara la mayor parte de sus cohetes para celebrar a un oscuro pintor inglés de apellido Burbank; incluso afirma haberlo descubierto:

Hace unos años vi en el estudio de Dantan, el escultor, un maravilloso

> dibujo en acuarela de una cabeza de gato de tamaño natural. En esa imagen se fundían aquellas cualidades que hacen a un Holbein, un Denner, o a un aplicado relojero o falsificador de billetes. Sería inútil intentar describir los ojos del animal mirando de frente al espectador. La pluma no sirve ante los maravillosos tintes de aquellos ojos. Y sin embargo allí había un pintor cuyo pincel era capaz de representar la más extraña mirada (…) Esta pintura es el resultado de la atención prolongada de un observador cuya carencia es la frialdad. Una aplicación y exactitud excesivas tienen la desventaja de disminuir el entusiasmo del artista. Frío y correcto, apasionado e incorrecto; así muy pocos artistas son simplemente perfectos. (…) Es tan grande la importancia que atribuyo a Burbank que me atrevo a afirmar que, si colgaran el gato pintado por este artista entre los dibujos antiguos en el Louvre, no solo haría un buen papel sino que atraería la atención de todos quienes son capaces de apreciar la interpretación de la verdad.[55]

Edouard Manet pintó gatos varias veces. Está por ejemplo el grabado del gato entre las flores que hizo para la edición de lujo del libro de Champfleury, lo que ciertamente no es evidencia muy convincente de su habilidad. Pero el celebrado póster que pintó para promocionar ese libro, en el que un magnífico macho negro mira con atención a una reina blanca entre los tubos sobresalientes de las chimeneas, mientras sus colas alardean a la luz de la luna naciente, es asombroso. Y está *Olympia*. Sobre la cama de la mujer desnuda un gato negro arquea la espalda. Probablemente la intención del artista, algo vulgar, era sugerir cierta familiaridad con una bruja moderna. Este animal, que pasó a ser conocido como “el gato de monsieur Manet”, gozó durante un tiempo de un *succès de scandale*; ahora que el cuadro ha llegado al Louvre se ha vuelto respetable y ya no se habla mucho de la señora ni del gato.

Aubrey Beardsley de vez en cuando pintaba gatos, y es posible imaginar que siempre los pintaba negros. Gatos malvados como demonios, esa era la especialidad de Aubrey Beardsley. En la iconografía de su trabajo realizada por Aymer Vallance, este menciona un diseño para la novela de Wilhelm Meinhold *Sidonia la hechicera*, con el gato-demonio Chim. William Morris criticó este dibujo de manera desfavorable y es casi seguro que Beardsley lo destruyó. Entre sus grotesques para *Bon Mots* hay una mujer con atuendo

oriental y un gato espeluznante con las garras extendidas y una cara horrible. También hizo un Pierrot con un gato negro enorme. Para una edición de lujo de los *Cuentos de misterio e imaginación* de Poe hizo cuatro dibujos, de los cuales el que ilustra “El gato negro” es quizás el más llamativo.[56]

No creo haber encontrado gatos en el arte que me agraden más que los gatos de Grandville. Jean Ignace Isadore Gébrard, quien se llamaba a sí mismo Grandville, nació en Nancy en 1803 y murió en 1847. Fue un ilustrador y diseñó preciosas y divertidas imágenes para los trabajos de Béranger, las fábulas de Florian, Lavalette y La Fontaine, y también para *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*. Aunque en estas obras hay excelentes ejemplos de gatos, para sus trabajos más eximios hay que ir a las litografías y libros *Las metamorfosis del día*, *Los animales pintados por sí mismos, Album des bêtes, Cent proverbes* y especialmente a *Vida privada y pública de los animales*. La primera vez que abrí este último experimenté una alegría y un entusiasmo que nunca había sentido por los gatos de ningún artista. El enfermizo sentimiento de madame Ronner, los lugares comunes de Burbank, incluso los dibujos de Mind me habían dejado más o menos impávido, pero las ilustraciones de Grandville me emocionaron hasta el tuétano. Cuando tropecé con sus dibujos, casi por accidente pues no están reproducidos en ninguno de los libros de gatos que he visto, casi chillé. ¡Aquí hay gatos! ¡Y qué gatos! Porque Grandville no solo resolvió el problema de la gracia y la fuerza, también despejó otros problemas más difíciles como la individualidad y la expresión. Decía haber observado setenta y cinco expresiones diferenciadas en los gatos. Usted, que tiene un siamés, un atigrado, un *matou* o un *grimalkin* sabe que su gato luce diferente del gato del vecino. Sus gestos son distintos, sus ojos son distintos. Pero los pintores de gatos no han percibido esta diferencia, y por eso pocas pinturas de ellos permanecen en la memoria. Usted recuerda los detalles de una serie de grabados de Goya porque, aunque cada uno está permeado de la fuerte personalidad del artista, cada uno sugiere algo nuevo; y olvida una serie de grabados de Charles Dana Gibson porque todos sugieren lo mismo: nada en absoluto. Una paráfrasis del refrán que dice que de noche todos los gatos son negros parece haber sido la principal inspiración de los pintores que aparentemente se han dicho “debo aprender a pintar el pelaje, a pintar la fuerza, a pintar la gracia, los ojos…”, pero no que también deben aprender a pintar el carácter. Quizás a madame Ronner nunca se le haya ocurrido pensar en ello; y si se le ocurrió, nunca hizo el más mínimo intento por traspasar esa idea a sus cuadros.

Grandville nunca, excepto en las sencillas ilustraciones para *Robinson Crusoe* o para los poemas de Béranger, dibuja un gato en una situación común. Los rodea de toques fantásticos, los viste con ropas de época, les pide que usen el mobiliario, pero es tan seguro su toque, tan correcta su sensibilidad, que días después de haber visto sus gatos no me parecía sensato que Feathers no anduviera en dos patas y luciera largos vestidos. Esos trajes, esas actitudes y gestos aparentemente humanos y no gatunos encajan en Grandville a la perfección y se vuelven atributos indispensables del carácter felino. La pequeña descarada, reclinada en un sofá en una bata de armiño: nadie ha visto jamás a un gato en un vestido de la Rue de la Paix, nadie ha visto a un gato de verdad tumbado con la actitud afectada de esta pequeña dama, casi la misma en la que Caro-Delvaille pintó a madame Simone, y sin embargo, cualquiera reconocería a esta gata si entrara por la puerta, así de fuerte es el carácter que sugiere. Del mismo modo reconoceríamos a la gata china, o a la recatada y asustada hembra en el techo, que vacila entre el angélico gato blanco y el maléfico gato negro mientras los tubos de las chimeneas hacen muecas de desaprobación. Para ilustrar el proverbio “a buen gato, buen ratón” en *Cent proverbes*, Grandville dibujó a un adorable *matou* con abrigo, la billetera asomada en el bolsillo, el sombrero de copa sujeto con una mano a la espalda y en la otra mano un ramo de flores que ofrece inclinándose ante la rata, vestida de ballet. El lugar es el escenario de la Ópera. La imagen de los gatitos jugando con un muñeco que es un ratón, mientras mamá teje bajo una rata de peluche en una vitrina, es muy divertida. También lo es la escena del cuento de Balzac “Penas de amor de una gata inglesa” en *Vida privada y pública de los animales*, en la que Bella encuentra a su bohemio amante en los tejados y casi cede a su impetuosa insistencia. Por cierto, capta la atrevida expresión del fornido Brisquet de un modo fascinante.

Pero mi favorito de todos los tiempos es un grabado que ilustra la entrada del respetable y rechoncho Puff en la historia. Puff, cuyos modales son los de un gato que ha visto el mundo, que tiene dos valets a su servicio, come en porcelana china, solo bebe té negro, va a conducir por Hyde Park, está a punto de entrar en el Parlamento y convertirse en un par de Inglaterra; Puff, ¡un *milord matou*! Este resplandeciente angora naranja y negro es un buen prospecto matrimonial para la pequeña y blanca Bella. Entra en el salón –caminando, por supuesto– vestido con un espléndido abrigo y sostiene un sombrero de seda mientras dos monos lacayos le llevan la cola. Sus ojos rebosan de una vanidad ingenua y la pobre Bella, abrumada ante tanto esplendor, le hace una reverencia. Esto para mí es el cénit, el alfa y omega, la A y la Z, Carpaccio y Shakespeare, Gluck y Stravinski, Napoleón y Mahoma de todas las pinturas de gatos. En este dibujo realmente extraordinario Grandville no solo ha creado un personaje, sino dos.

Los libertinos gatos londinenses de Louis Wain son divertidos; no es un observador tan acucioso como Grandville, ni tan buen dibujante, pero hay mucho que admirar en estos gatos procaces que fuman cigarros y montan motocicletas; hay mucho carácter en esos dibujos. Wain lo hace especialmente bien al retratar gatos macho. En la mayoría de sus ilustraciones los ojos se enfatizan a tal punto que casi parecen encarnar todo el animal, pero pienso que su sensibilidad lo ha guiado por la senda correcta: los ojos son el rasgo más importante del gato. Wain una vez comentó que dibujar felinos era tan difícil como dibujar círculos a mano alzada.

Debiese existir una palabra para las *gouaches* de gatos de lady Chance, que son extremadamente encantadoras. Esta artista se ha compenetrado con el gato en muchos de los momentos interesantes de su vida, pero quizás su máximo logro es su dibujo del gato con los ojos cerrados. Sus pequeños bosquejos están llenos de misterio y de encanto. Los dibujos de Arthur Tomson son más convencionales y ciertamente no tan interesantes. Hay una fascinante verosimilitud en los dibujos de Harrison Weir. Sus gatos, la mayoría en actitudes banales, tienen cuerpo. Son honestos y no son sentimentales. Por otra parte, están desprovistos de misterio. Las pinturas de Catherine A. Janvier son simpáticas. Como Grandville y Louis Wain, ha humanizado a sus gatos, los viste y les pide que caminen erguidos. Los dos caballeros que luchan por el amor de la princesa Catina en *Taunting Mews*

son unas bestias agresivas y espléndidas, y en *Crawley Mews* dibuja algunos animales muy curiosos.

Elisabeth F. Bonsall ha ilustrado varios libros norteamericanos sobre gatos. En *The Book of the Cat* tiene la oportunidad de exhibir el alcance de su talento en ilustraciones a página completa. Sus gatos suelen ser reflexivos y dignos más que juguetones. Miran al fuego o al observador con los ojos entrecerrados, duermen tumbados sobre libros abiertos. Es menos exitosa en las escenas con movimiento, como las de un gatito jugando con las hojas de los árboles.

De los modernos, Steinlen es probablemente el más grande de los pintores de gatos. Su libro *Des chats* (“dibujos sin palabras”) es un deleite. Hizo muchos pósters de gatos (ideales para propósitos decorativos, tanto o más que las elegantes camareras de Cheret), y la portada de este libro es una revisión en color de uno famoso, *Lait pur stérilisé*: un gato negro se frota afectuosamente contra las piernas de una niña que sostiene un cuenco de leche, mientras un atigrado gris plata rasguña sus faldas y tres gatos más –uno carey, un persa negro y un atigrado marrón– maúllan con expectación y, un poco aparte, un atigrado naranja alza la cola como diciendo “¡Por favor!”. Steinlen es el único pintor, pasado o presente, que ha tenido éxito en dibujar gatos en acción (Paul Renouard se le acerca) y *Des chats* da testimonio de su habilidad en ello. Sus hojas están llenas de dibujos de buen tamaño en blanco y negro, y son como películas: cada imagen es una pieza más de información sobre el movimiento. En una, tres gatos siameses sacan a un roedor de una trampa y lo capturan; cada detalle de este incidente se expone con una rara fidelidad, tanto del movimiento como de la naturaleza del animal. Otra imagen encantadora es una miscelánea de madres portando a sus bebés, o amamantándolos, y gatos peleando. Hay once cabezas en esta página, once cuidadosos retratos gatunos, cada uno diferenciado en cuanto a carácter y temperamento. En otra página Steinlen se permitió dibujar gatos en reposo, bostezando, estirándose, arqueando la espalda y durmiendo en una docena de posturas o más. Todos están hechos con unos cuantos trazos vibrantes y diferenciados; el digno persa negro que es víctima de un gato joven con un caballito de madera es un animal muy diferente del gato negro que roba la mantequilla del pan del gato travieso.

La especialidad de Oliver Herford son los gatitos; gracias a una sensibilidad muy peculiar, los suyos están impregnados con más vida que

cualquiera de los que Henriette Ronner pintó en toda su carrera. Son inocentes, vividores, anhelantes, pero siempre unas adorables bolas de pelo, pues Herford prefería pintar gatitos persas. Están desperdigados por sus libros de poesía y en revistas, pero *The Rubáiyát of a Persian Kitten* y *A Kitten Garden of Verses* son una excelente síntesis de su trabajo.[57]

Fue paseando con Oliver Herford como Fania Marinoff y yo encontramos una oruga con comportamiento de gatito. Un lindo día de verano nos detuvimos a mirar unas rizadas orugas rojas que paseaban por las ramas de los arbustos de Gramercy Park. Un saludable ejemplar, decidido sin duda a ver el mundo, salió atropelladamente hacia la vereda y llegó hasta la cuneta a una velocidad impresionante. Fania, determinada a salvarle la vida, la tomó con suavidad y la depositó de vuelta en la tierra tras las rejas del parque, pero de inmediato la oruga se puso en camino y dentro de nada había retornado a la cuneta. Yo la tomé y la tiré al pasto más o menos a un metro de las rejas. Volvió con aire de abandonada persistencia, de saber muy bien lo que quería. El señor Herford asumió entonces el papel de dios a cargo y la lanzó aun más lejos hacia adentro. Pues aunque no lo crean esa pequeña oruga con ínfulas de gato, rizada, roja, obstinada, vino de vuelta por tercera vez y ante nuestra mirada estupefacta cruzó la calle hacia el Player’s Club, donde debe de haber hilado su capullo; ¡quizás ya sea una mariposa o un hada!

Volviendo al arte, me parece que los primeros egipcios, los chinos y otros orientales han hecho mejor arte con el gato que nadie, por la simple razón de que rara vez han intentado dibujarlo o modelarlo de manera realista. Sus esculturas, sus frescos, sus tallas en madera son de estilo fantástico o bien estereotipados, y de esta manera han expresado el misterio esencial de los seres vivientes más misteriosos que existen. Los antiguos gatos de bronce de los egipcios aún parecen exhalar un aliento de vida. En el Metropolitan Museum de Nueva York se pueden ver dos cofres de bronce para momias de gato, cada uno con una figura que ya tiene una suave pátina de verdín: uno de los gatos está agazapado, el otro sentado recto. También hay delicadas figuras de gatos en fayenza azul y un arcón entero lleno de piezas, también de bronce. La mayoría de las figuras está en la misma posición, sentadas, pero todas son hermosas. Una cabeza, sobre todo, debe de haber sido moldeada con gran amor; es quizás el busto de gato más fino en la historia del arte, del todo trascendente en su misterio, nobleza y dignidad.

Los japoneses y los chinos también son expertos en representar al tigre doméstico, en cualquier formato. Comienzan por olvidar el pelaje, y creo que es en la técnica de pintar el pelaje donde los pintores occidentales pierden el tiempo. Una vez Arthur Davison Ficke me dijo que el secreto de la pintura japonesa era que el artista nunca trabajaba apegado a un modelo sino de memoria. El resultado es que cuando dibuja un gato está dibujando su *sentimiento* por el gato. Hokusai hizo incontables grabados coloreados sobre gatos, y todos tienen encanto y gracia. Hay un ejemplar adorable en el primer grabado de Torii Kiyonobu para *The Princess and the Kitten*,[58] una criatura ostentosa, frenética, vivificante. Y los gatos entran y salen de la obra de Harunobu, Kiyomitsu, Koriusai, Kitao Masanobu y Buncho.

Los mongoles adoran representarlo en porcelana. Yo tengo un gato chino, Chuang Tzŭ, marfil con manchas negras, que se sienta reclinado sobre sus cuatro patas y mira con sus ojos eternos de porcelana el laberinto místico de los siglos; ya ha visitado cuatro continentes y ha olvidado que el tiempo existe. Otros artistas japoneses y chinos lo han representado durmiendo o justo antes de despertar, o jugando, pero siempre con la gracia del afecto, la mayor de las empatías y el ineludible toque misterioso que caracteriza lo oriental. Porque nunca dicen demasiado, estos artistas han expresado sin aparente dificultad lo que los artistas europeos luchan por representar. Una hilera de estas imágenes exóticas bastaría para recrear la maravilla y la esencia del animal si de pronto fuera a extinguirse. El arte de percibir los recovecos de la reserva felina continúa siendo exclusivamente asiático, al parecer.

52 Dice W.H. Hudson en *El diario de un naturalista* que llamar “generoso” y “noble” a un perro por arrastrar fuera del agua a un hombre que se ahoga, o por aferrarlo para que no resbale en un ventisquero, “es tan irracional como llamar a la golondrina o al cucú intrépidos exploradores del continente oscuro, o alabar a las abejas obreras por su castidad, lealtad y patriotismo, o por el profundo conocimiento de las matemáticas que demuestran en su trabajo”.

53 Pero hay pruebas suficientes de que la Antigüedad clásica amaba a los michos. Entre los objetos desenterrados en Pompeya había un esqueleto de mujer que tenía entre los brazos el esqueleto de un gato: quizás perdió la vida intentando salvarlo.

54 Una vez, cuando una epidemia similar estalló entre sus gatos y Mabel Dodge consideró necesario acabar con la desgracia de varios de ellos, para proteger a los pocos que no habían sucumbido al contagio, un huésped caminó por las calles de Florencia diciendo a quien quisiera escuchar: “¡Se ha cometido un asesinato en la Villa Curonia!”.

55 La señora Hoey, traductora al inglés de *Les chats*, expone al escritor francés en la siguiente nota al pie: “El señor Champfleury ha recurrido a su imaginación en lo referido a estos hechos. En el *Dictionary of Artists* de Algernon Graves se describe a Burbank como un pintor de animales que expuso veintisiete cuadros en Londres entre 1825-1872, doce de ellos en la Royal Academy”.

56 Se trata de una edición de 1895 de la editorial Stone and Kimball de Chicago, que apareció como *Tales of Mistery and Wonder* [NdT].

57 El monograma de Oliver Herford tiene la forma de un gato; lo llama su “gato de armas”.

58 La historia detrás de este grabado es la siguiente: Josan-no-miya, la princesa, era muy requerida por los jóvenes de la región pero permanecía recluida, hasta que un día su gato, asustado por el ruido que hacían los pretendientes entrando al patio para cortejarla, se le escapó y ella impulsivamente corrió tras él.

10

EL GATO EN LA FICCIÓN

En el segundo de sus diálogos imaginarios con Edmund Gosse, George Moore se queja de la ausencia de animales en *Tom Jones* de Fielding y *La feria de las vanidades* de Thackeray. “Ambos carecen de cierta intimidad del pensamiento y sentimiento. Nadie en esos libros se sienta junto al fuego y reflexiona sobre su pasado mientras acoge con satisfacción la proximidad de un pájaro o un animal de la casa. No recuerdo ningún perro, gato o loro en *La feria de las vanidades*, y estoy casi seguro de que en *Tom Jones* tampoco hay (…) He olvidado sus nombres pero soy consciente de la presencia de perros y gatos en las páginas de Dickens”. Es cierto que los animales tienen un papel importante en la ficción, más importante de lo que se suele uno dar cuenta, pues un libro sin animales rara vez tiene vida. Los gatos duermen junto a la chimenea o juguetean entre las hojas caídas en muchas novelas de amor. Solo en *Casa desolada* hay tres: la gruñona Lady Jane, de Krook, que es el símbolo del misterio que rodea a su amo, a quien sigue como Charmian seguía a Cleopatra, o se cuelga siseando de su hombro; el gato de los Jellyby, que la mayor parte de las veces acaba con la leche del desayuno del pobre señor Jellyby, y el gato sin nombre del señor Vohles, el abogado. Luego está el viejo gato de la señora Pipchin en *Dombey e hijo*; el gato era amigo del pequeño Paul Dombey y, enroscándose en el guardabarros, ronroneaba egoísta “mientras las retráctiles pupilas de sus ojos parecían dos notas de admiración”.

En *Papá Goriot*, el gato Mistigris acompaña a madame Vauquer, la encargada de la pensión, y al final, cuando todos sus pensionistas la han abandonado, se anuncia como golpe maestro que Mistigris ha desaparecido. “Los gatos son muy elegantes y muy limpios”, los defiende la señora

Penniman ante su hermano en *Washington Square*, cuando el buen doctor sugiere ahogar una camada. Y en *Un chiquillo y otros* Henry James dice, hablando del Louvre, que “casi se imaginaba frotándose contra el ala del palacio que da al Sena, interminable y formidable, en busca de amor y consagración, como un gato invoca el roce de un mueble que lo protege”.

En alguna parte George Eliot escribió: “¿Quién puede decir qué críticas justas puede el gato estar rumiando sobre nosotros, seres dados a la especulación?”. Chattie, un gato muy impersonal, tiene un pequeño papel en las primeras escenas de *Robert Elsmere* de Humphry Ward. Rousseau en *Emilio* comenta la analogía entre la curiosidad del niño y la del gato: “Observe a un gato entrar en una habitación por primera vez: registra y olfatea todo alrededor, no está quieto ni por un momento, no confía en nada hasta que ha examinado todo y se ha acostumbrado a todo. Lo mismo hace un niño que comienza a caminar y entra, por así decirlo, en el desconocido espacio del mundo”. Tampoco olvidemos las aventuras de Don Quijote en el castillo del duque de Villahermosa. Mientras canta una canción de amor en su cuarto a medianoche, se ve perturbado por un repentino y prodigioso maullido y el sonido de las campanas:

> Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos que, aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra parecía que una región de diablos andaba en ella (…) Levantose don Quijote en pie y, poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:
>
> –¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones![59]

Cuando el duque entró corriendo y fue a asir al gato que se había aferrado a la nariz del caballero, este exclamó:

> –¡No me le quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mí a él

quién es don Quijote de la Mancha!

El gato, sin embargo, gruñó y se aferró a él.

En la obra de Henry Handel Richardson *Maurice Guest*, "Peter, el magro gato de los Furst, se había escondido sigilosamente en lo que para él era una tierra encantada y, según el aficionado, había causado la muerte por temor de un delicado canario, aunque el culpable no había hecho sino sentarse frente a la jaula, lamiéndose los labios". Wotan, el gato con un solo ojo, es un personaje memorable en este libro. En *Gryll Grange*, de Thomas Love Peacock, tenemos una visión menos gótica del animal. El fragmento puede considerarse autobiográfico: "En todos los aspectos su casa era un modelo de orden y comodidad; y todo el establecimiento participaba de la genial fisonomía del patrón. Desde el patrón y la señora hasta la cocinera, y desde la cocinera hasta el gato, todos los habitantes del lugar compartían una elegante y ronroneante rotundidad de cara y figura que denotaba una comunidad de sentimientos, hábitos y alimentación; cada uno en su clase, desde luego: el amo tenía su oporto, la cocinera su cerveza y el gato su leche, todos en cantidades generosas".

En *La colina de los sueños*, de Arthur Machen, "Lucian se echó hacia atrás y rio con escándalo, hasta que el gato atigrado que había reemplazado a las pobres bestias muertas le dirigió una mirada de reproche desde su rincón soleado, con una cara como la del crítico, inocente, redonda y bigotuda". De nuevo Lucian se topa con un gato. "En la calleja por la que se sale del pueblo vio a un chico crecido y 'saludable' pateando a un gato enfermo; la pobre criatura apenas tuvo fuerzas para escurrirse por debajo de una puerta de letrina, probablemente para morir en medio de grandes dolores. No es que fuera satisfactorio zurrar al chico, pero lo hizo de buena gana".

Catulle Mendès tenía el capricho de bautizar gatos con nombres de héroes wagnerianos. Esta es por cierto una actividad que requiere algo más que los poderes de un cerebro ordinario. Samuel Butler decía que es la prueba del poder literario: "Dicen que la prueba definitiva es escribir un epitafio. Yo digo: '¿Puede ponerle nombre a un gato?'. Y por esta prueba estoy condenado, pues yo no soy capaz de hacerlo".[60] Peter Whiffle bautizó a dos gatos como George Moore y George Sand. Con el tiempo tuvieron hijos.

El rey se vuelve hacia Perion, "feroz, tenso y frágil, como un gato

enojado", en *The Soul of Melicent*, de James Branch Cabell. El incorregible Jurgen habla de un fantasma que lo acosó una vez y que "en la madrugada tomó la forma de un gato monstruoso; trepó a los pies de mi cama y allí se acuclilló aullando hasta el amanecer". También Jurgen, glorificando el número nueve, menciona a las musas, las vidas de un gato y la cantidad de sastres que necesita un hombre. Kipling compara a un gato que traspasara a toda velocidad una valla con una máquina saltando un puente. "Cerraste los ojos mientras él te besaba como si fueras un gato que es acariciado", escribe Octave Mirbeau en *En casa del ilustre escritor*. Achmed Abdullah, en *The Honourable Gentleman*, dice que el amor es como "alas en un gato, como cuernos de conejos, como cuerdas de pelo de tortuga". En "*Petit" Louis, boxeur*, Charles-Henry Hirsch dice de un pugilista profesional que es "listo como una gata". Su cabecita "tan suave como la de un gato", escribe Gelett Burgess en *The White Cat*. Dice un personaje en *El rey de amarillo*, de Robert Chambers, que alguien "no sabe más del mundo que una gata virgen en su primer paseo bajo la luna". Peter, uno de los personajes de *Doce hombres*, de Theodore Dreiser, probaba su habilidad "embalsamando uno o dos gatos muertos a la manera de los egipcios". Y Culhane, el hombre recto de ese mismo libro, dice que un perro "come lo que necesita y luego se detiene; lo mismo hace un gato", lo que no es cierto.

En *El buque fantasma*, de Richard Middleton, se lee: "El gato solía hacerme compañía y a mí me agradaba su plácida sociedad, aun cuando me dejaba las piernas acalambradas. Pensaba que yo también hubiera querido ser un gato". Y: "Al igual que un gato quería soñar con algún lugar donde fuera irreconocible para los amigos tanto como para los enemigos". Una vez más: "Luego la visión de dos pequeños pies que se alejaron un buen trecho, y Toby observándolos con curiosidad, como los gatitos que se miran la cola sin saber por qué se mueve". El postillón en *Lavengro* de George Borrow se vale de una estupenda figura retórica en su descripción de un sacerdote: "Mi madre tenía un gato de color arena que a veces abría la boca muy grande, con un maullido que nadie podía oír; la silenciosa risa de ese sacerdote pelirrojo me recordó increíblemente al gato de mi madre".

Pierre Loti escribe invariablemente de gatos con una empatía y un entendimiento que llegan a parecer místicos (“más extraño que lo extraño” es la descripción de Henry James), y su devoción por el micho le hace mencionarlo con frecuencia. Las descripciones que hace de sus dos gatas, Moumoute Blanche y Moumoute Chinoise, son quizás los estudios de personajes más cuidadosos que existen. ¿Quién que ame a Loti o a los gatos no las conoce? A veces los michos aparecen en sus libros como personajes, a veces usa sus cualidades en sentido figurado. En *Japonerías de otoño* habla de “muchachas con ojos de gato”. Rarahu, la singular y joven heroína de *El matrimonio de Loti* (obra que nos recuerda que el autor visitó los mares del sur antes que Stevenson o Gauguin o Strickland, el protagonista de *La luna y seis peniques*, de Somerset Maugham), amaba a un gato, una quejosa bestia llamada Turiri que siempre estaba enferma y seguía a su dueña a todas partes, aullando en tono lúgubre y alimentándose de mariposas azules. Arqueaba la espalda ante la visión del chino desnudo que trataba de seducir a Rarahu con presentes, y una vez después de un traslado hizo estragos en una fiesta al saltar sobre la mesa y sembrar el caos entre los platos y tazas. Un comportamiento muy poco gatuno, por lo demás. A Plumket, uno de los personajes, los tahitianos lo llaman “Ojo de Gato”. Las alusiones de Loti a los gatos siempre son muy descriptivas: “Rarahu tenía los ojos de un negro bermejo, llenos de exótica languidez, de cariñosa dulzura, como los gatitos cuando se los acaricia”. Otra es “con la premura de las gatas jóvenes, nerviosas e irritadas”. Y otra más: “Se miraban como dos gatas que van a erizarse y rasguñarse”. El autor oye a unos actores chinos “con voces como de gatos de los tejados”.

En *El libro de la piedad y la muerte* un ejemplar sufre de sarna, la temida lepra de los gatos; la enfermedad le ha comido el pelaje de la cabeza y le impide asearse en esa zona. Loti rescata al pobre animal del muro al que había trepado para morir, y con la ayuda de un mozo de cuadra le administra cloroformo en los establos. Y con ese toque personal infalible

que es una de las señas de la inmortalidad literaria despierta nuestra compasión, y no el horror, al ver cómo el desgraciado animal agonizante fija los ojos en Loti como diciéndole: “Fue para matarme que me rescataste… Y ya ves, te estoy dejando hacer. Es muy tarde… Tengo que dormir”. Y la pobre cabeza enferma cae en la mano del escritor.

Hay otro estudio desgarrador de un gato enfermo en las últimas páginas de *En rada*. Huysmans, naturalmente, no nos ahorra ningún sufrimiento. El gato de tía Norine llega a las monótonas vidas de Jacques y Louise lacio y medio muerto de hambre. Al principio muy salvaje, se vuelve manso en poco tiempo y “al final descansaba durmiendo con Louise, cuyo cuello tomaba entre sus patas de tanto en tanto y por amistad, frotándose la cabeza contra su mejilla”. Poco después Huysmans describe al animal:

> El hecho es que este gato, flaco como cien clavos, la cabeza puntiaguda como una mandíbula de lucio, y como clímax de la desgracia los labios negros, tenía el pelaje de un gris ceniciento con ondas de óxido, el traje de un vagabundo con el pelo apagado y seco. Su cola pelada era como un cordón con un pequeño mechón en el extremo, y la piel del abdomen, sin duda desgarrada en una caída, colgaba flácida como un espolón cuyo sucio pelo barría el suelo. De no haber sido por sus tiernos ojos enormes, de un verde fluido con trazas doradas, habría sido, bajo esa pobre y cambiante capa, un hijo inferior de la raza de los miserables, un gato infame.

Un gato que muere tras una exquisita agonía que –como los lectores de Huysmans adivinarán– se prolonga por páginas y páginas y se describe con el mayor detalle. Me parece que este incidente es uno de los nudos dramáticos más interesantes de la obra, junto con el nacimiento del ternero. El autor lo examina con meticulosidad. Cuando Louise trata de aliviar su sufrimiento, el gato no puede soportarlo: “Lloraba a cada esfuerzo y ella no se atrevía a ayudarlo, pues su desgraciado cuerpo parecía un teclado que emitiera un dolor a cada roce”.[61] Finalmente, Louise arropó a la pobre criatura con una falda vieja y la dejó.

Este gato es una imagen compuesta de dos de los gatos del propio Huysmans. Las escenas de la agonía son una transcripción de las luchas finales de Barre-de-Rouille, un atigrado rojo, grande y de la calle que había

sido un estupendo cazador; atrapaba murciélagos desde el balcón de Huysmans por la noche y en sus días más vigorosos aparecía como uno de los personajes de *En familia*. Un inquilino tardío de la casa de Huysmans, Mouche, gris y feo, se prestaba para la descripción del felino de *En rada*, y tiene una participación más destacada en *Allá lejos*. Un verdadero filósofo, Mouche asiste con calma pero lleno de curiosidad a las más íntimas diversiones de Durtal y su amante, mientras sus ojos verdes parecen decir "¡Qué inútil es todo esto!". El verdadero Mouche era un gato cariñoso que esperaba a Huysmans en la puerta y ronroneaba con esmero al arribar su dueño.

Es muy probable que Balzac pretendiera que "Penas de amor de una gata inglesa" fuera algo más que una historia de gatos. Todo indica que debía entenderse como una ingeniosa comparación satírica de las diferencias entre ingleses y franceses a la hora del amor, un comentario irónico de la respetabilidad anglosajona; pero J. Thomson, el traductor inglés, quizás sintió que la sátira era demasiado audaz para las gentes de la isla, o se sorprendió con ciertos pasajes subidos de tono; de cualquier forma, consideró conveniente omitir de su versión toda pista interpretativa. Esta historia de una recatada gata inglesa, criada en un hogar estricto donde se le enseña a leer la Biblia y a reprimir sus deseos, es deliciosa. Los gatos de Albión, según Balzac, son siempre respetables y nunca *naturales*. La simple y blanca Bella conocerá al espléndido Puff, un angora magnífico pero tan aburrido que se va a dormir en presencia de su pretendida, pero ella, con su falta de experiencia, se prenda de su languidez y magnificencia y resulta ser una presa fácil. Se casan, pero él sigue durmiendo toda la noche y ella sigue sin satisfacer sus deseos. Una noche, mientras él está dormido, la curiosidad supera el pudor y Bella sube al tejado, donde conoce a un pendenciero gato francés de nombre Brisquet, un rufián que acomete de inmediato disparando a su tímido corazón municiones tan efectivas como esta:

> *Dear* Bella, en muchísimo tiempo la naturaleza no se ha dignado crear a una gata tan perfecta como usted. La cachemira de Persia y de las Indias parece crin de camello comparada con su pelo sedoso, fino y brillante. Exhala usted un aroma que haría desvanecerse de placer a los ángeles, uno que yo he sentido en el salón del príncipe de Talleyrand, que abandoné para acudir a ese diluvio de pavadas que ustedes llaman un

meeting. ¡El fuego de sus ojos ilumina la noche! Sus orejas serían verdaderamente la perfección si mis gemidos pudieran enternecerlas. No hay otra rosa en toda Inglaterra que sea tan rosa como la carne rosa de su boquita rosa. En vano un pescador buscaría en los abismos de Ormus la perla que se comparara con sus dientes. Su hocico finísimo, gracioso; ah, Inglaterra no ha producido otra monada como esta. La nieve de los Alpes parece rojiza ante su piel celeste; un pelaje así solo se da entre las nieblas de su país. Sus suaves patas, Bella, llevan con gracia ese cuerpo que es un resumen de los milagros de la Creación, pero su cola, refinada intérprete de los impulsos de su corazón, es mejor aun, ¡sí! No se ha visto en ninguna gata una curva tan elegante, una redondez más decorosa, unos movimientos más delicados…

Es increíble que la virtud de cualquier mujer pudiera resistirse a un ataque como ese, pero Bella huyó esa noche…, solo para volver tiempo después. Comenzó a sentirse atraída por los tejados tal como la Louise de *En rada* sentía el llamado de París, pero, cuando Brisquet empezó a jactarse de su conquista ante cualquiera que quisiera oírlo, y ella empezó a murmurar en sueños "*Cher petit homme!*", Puff finalmente despertó, arrastró a su desafortunada esposa a los tribunales civiles y obtuvo el divorcio. Poco después Brisquet fue apuñalado por la espalda y la desgraciada Bella se quedó sin pan ni pedazo. Peor, su marido nunca satisfizo sus anhelos y ella no se entregó a su rudo pretendiente, por lo que al final de la historia la pequeña desclasada es tan pura y virgen como al comienzo.

En *Una hija de Eva*, de Balzac, el músico Schmuke tiene un magnífico angora llamado Mirr: "Le he puesto así –dice su amo– para alabarr a nuestrro grran Hoffmann te Perlín, que ojalá hubiese podido conocerr". Murr, el famoso gato de Hoffmann, de hecho, era algo más que un filósofo literario; su muerte fue uno de los momentos más sentidos en la vida de este escritor fantástico. A su amigo Litzig le escribió el 30 de noviembre de 1821: "La noche del veintinueve al treinta de noviembre mi querido pupilo, el gato Murr, pasó a mejor vida tras un breve pero intenso sufrimiento. Tenía cuatro años y estaba lleno de esperanza. Aquellos que saben que lo lloro entenderán mi dolor y lo respetarán con su silencio".

Hay muchos felinos en las novelas de Émile Zola, ardiente ailurófilo. Empieza poniendo dos, uno negro, el otro blanco, en su *Nuevos cuentos a*

Ninon. En *Nana*, en el foyer del teatro de Bordenaire hay un enorme gato rojizo que siente aversión por el olor de la goma con que el viejo comediante Bosc se sujeta la barba. En *El pecado del padre Mouret* hay tres gatos de campo, como los de Zola en Médan. El negro se llama Moumou. También está François en *Thérèse Raquin*, el gato de la mirada diabólica, dura, irónica, cruel. La favorita de Zola era Minouche, de *La alegría de vivir*, una pequeña gata blanca de aires delicados cuya cola se retorcía de disgusto ante la visión del lodo, pero que sin embargo se aventuraba cuatro veces al año en el blando fango de los arroyos.

En ese inconcebiblemente estúpido, pretencioso, pomposo y censurable atado de sinsentidos llamado *Eugene Aram*, Edward Bulwer-Lytton entrega sin embargo una imagen de un gato que es precisa hasta lo extraordinario. Como cada personaje humano del libro parece hecho de cera, madera o arena, y sabiendo que los gatos son infinitamente más difíciles de caracterizar y describir que las personas, me veo en la obligación de consignar esta hazaña. Jacobina, que así se llama la *grimalkin*, pertenece al cabo Bunting, a quien ama con una devoción única, la que por supuesto es recíproca pues los gatos solo despliegan estos sentimientos a quien genuinamente los merece. El cabo Bunting la llama "hija, esposa, amiga" y la berrenda Jacobina se frota contra las piernas del amo y ronronea. Bajo la tutela del cabo se ha convertido en un animal notable que ha aprendido a buscar y traer, a voltear la cabeza y la cola como un acróbata, a trepar al hombro de su amo,

> a volar como una loca hacia cualquier persona que el cabo le indicara; y sobre todo a robar despensas, estanterías y mesas para llevar el botín al cabo, quien nunca dejó de considerar que esos aislados bienes abandonados contaban como adquisiciones señoriales y legítimas. Este pequeño adiestramiento y cultivo de talentos felinos resultaba delicioso para el cabo pero redundaba en el menoscabo de la reputación de la gata en el vecindario. Nunca hubo un gato con tan mal olor, decían, y la aversión que le tenían por apropiarse de lo ajeno se veía magnificada por el terror que suscitaba su tamaño, pues la criatura era francamente grande y robusta, y de tan valiente temperamento que si intentabas resistir la invasión de tu propiedad se te sentaba enfrente, bajaba las orejas, abría la boca y te ordenaba comprender que lo que había

> incautado con malas artes habría de defenderlo con bravura (…) Varias delegaciones habían llegado a la cabaña del cabo solicitando penas de muerte, exilio o perpetua para la favorita. Pero el fornido soldado las recibía con brusquedad y la gata continuó creciendo en tamaño y maldad, desbaratando una y otra vez, como inspirada por el diablo, las diversas trampas que le tendían para destruirla.

La señorita Agnes Repplier relata una anécdota sobre un caballero sureño que presentó una demanda en un tribunal en contra de su vecina; su delito había sido robarle el amor de su gata. La declaración hace constar que esta gata maltesa era la única compañía del demandante, y que pasaba las noches devotamente junto a su amo. Esta vida plácida y feliz se vio interrumpida por la llegada de una viuda que alquiló la casa y el jardín contiguos. La gata visitó a la nueva vecina y fue bienvenida. Pronto comenzó a pasar sus días allí, pero el caballero no se dio cuenta porque solo llegaba a casa al atardecer y empezaba a extrañar a su gata a la hora de la cena. Hasta que un día la veleidosa pasó la noche afuera, y las siguientes, y cuando su amo iba a buscarla y se la traía por la fuerza se enfurruñaba y echaba chispas por los ojos. La viuda declaró en el estrado que un gato inteligente tenía derecho a elegir sus amistades y sus aposentos, y a pesar de que el pleito se suspendió podemos estar seguros de que la gata continuó ejerciendo su derecho. En su divertidísima obra *Zut*, el talentoso Guy Wetmore Carryl cuenta una historia similar, la de una gata que vivía en la tienda de abarrotes de Jean-Baptiste Caille en París. Zut era una “angora blanca de una belleza sin par y un tamaño prodigioso”.

> Alexandrine la tenía desde que era cría, y con mucho comer y un desagrado inherente por el ejercicio había alcanzado sus actuales proporciones y su soberbio aire de despreocupación. Fue de este último de donde derivó su nombre, que en el argot parisino significa al mismo tiempo todo y nada, pero principalmente designa una completa y magnífica indiferencia hacia todas las cosas mundanas y materiales, y en ese aspecto Zut era una veterana. Incluso por la propia madame Caille, quien la alimentaba con los más selectos bocados de su plato, le cepillaba su fino pelaje con extremo cuidado y le dirigía cariñosos comentarios a cada minuto, Zut manifestaba una falta de interés muy

parecida al desprecio. Cuando se tumbaba a gozar del sol en la puerta del negocio, la cara redonda de su ama irradiaba al mirarla desde su pequeño escritorio y su voz enunciaba sobrados halagos para ella. ¡Qué preciosa era, *mon Dieu*! Lo más hermoso del mundo. Y sus ojos, de un azul como del cielo, ¿no eran acaso sabios y apacibles? ¡*Mon Dieu*, sí! Era una gata en un millón, una minina casi divina.

Alexandrine alimentaba un profundo resentimiento hacia sus vecinos Esperance Sergeot y su esposo, propietarios del muy elegante salón de belleza contiguo a su tienda, y ese resentimiento aumentó al percibir que Zut había comenzado a tumbarse en la puerta de al lado y no en la suya; los olores dulces, los espejos, los cojines mullidos la habían fascinado, y cuando Esperance le dio de comer pescado y crema se rindió y ronroneó como nunca había hecho con Alexandrine. Esta arrancó a la gata de esa desvergonzada vida de lujos, pero Zut regresó y parió gatitos en el salón de belleza. En este punto la ley parisina es clara: la camada pertenece al dueño de la propiedad donde nace, y el propietario del gato no tiene vela en ese entierro. Zut tuvo una sola cría blanca, las otras fueron “de cualquier otro color”, con manchas, y eso selló su destino. Esperance se quedó con el premio mayor y mandó a Zut y al resto de su prole de vuelta a la tienda de abarrotes.

En un apropiado estilo folclórico, Rudyard Kipling escribió un cuento de lo más encantador, “El gato que iba a su aire”, en *Los cuentos de así fue*. Se nos dice cómo el hombre de las cavernas y su mujer persuadieron al perro y al caballo y a la vaca de entregar su libertad a cambio de alimento y

protección; pero el gato negoció con la mujer y se le ofrece leche y un lugar cerca del fuego a cambio de hacer solo lo que le importa y lo que haría naturalmente si fuera salvaje, que es jugar y cazar ratones. “El gato mantiene su parte del trato. Mata ratones y es amable con los niños, siempre que no le tiren la cola muy fuerte. Pero luego, cuando ha terminado sus tareas, va a su aire y todos los lugares le parecen iguales. Entonces parte a los bosques salvajes y húmedos, o trepa a los árboles salvajes y húmedos, o sube a los tejados salvajes y húmedos, menea la cola y hace lo que le da la gana”.

También Ambrose Bierce, curiosamente, escogió el espíritu folclórico para aproximarse al gato. Escribió tres fábulas felinas, y como todos los fabulistas, en cierto modo parafraseó a aquellos que le precedieron. Son cortas y las presento aquí completas:

Una gata miraba al rey, como lo permitía el proverbio.
–Bien –dijo el monarca tras observar la inspección de su regia persona–, ¿cómo me ves?
–Puedo imaginar a un rey que me puede gustar más –dijo la gata.
–¿Por ejemplo?
–El rey de los ratones.
El soberano estaba tan complacido con el ingenio de la respuesta que la autorizó a arrancar de un arañazo los ojos de su primer ministro.

Una gata se enamoró de un apuesto joven y le suplicó a Venus que la convirtiera en mujer.
–Creo que podrías hacer tú sola un cambio tan insignificante como ese sin venir a molestarme –dijo Venus–. Pero, bueno, sé una mujer.
Después, deseando ver si la transformación era acabada, Venus hizo que un ratón se le acercara. La mujer chilló e hizo tal escándalo que el novio ya no quiso casarse con ella.

Al oír que los pájaros de un aviario estaban enfermos, un gato fue y dijo que era médico y que los curaría si lo dejaban entrar.
–¿A qué escuela de medicina pertenece? –preguntaron los pájaros.
–Soy un miaulópata –dijo el gato.
–¿Alguna vez ha practicado la veteacasapatía? –inquirieron los pájaros

con un guiño sutil.
El gato captó la indirecta y se marchó.

En *Blind Alley*, W.L. George escribe sobre el efecto de la guerra en una familia inglesa de clase media alta. Todos los personajes de la historia, con excepción del gato, se encuentran ante un callejón sin salida como resultado del conflicto bélico, y el señor George parece implicar que Inglaterra y el mundo en general se encuentran también ante un callejón sin salida. Kallikrates, un persa anaranjado, se pasea tranquilamente entre la agitación general, la postración, el deseo sexual, la estupidez, la locura, la desazón y la ansiedad de los personajes humanos. Si el autor pretendía alguna cosa con este gato –y debe de haber pretendido bastante porque Kallikrates abre y cierra el libro, y junto con una criatura llamada Russet recibe la mitad de la dedicatoria–, habrá sido transmitir su superioridad sobre cualquiera de los seres humanos que pueblan la obra. Del felino se desprende una abstracción de las cosas reales, una separación del espíritu y la materia, un ensimismamiento que lo sitúa en un plano considerablemente superior del de la filosofía humana que por cortos periodos sostiene a los demás personajes. “Kallikrates –dice quedo sir Hugh–, si fueras un hombre creo que no te hubieras unido a nosotros”… Y de nuevo: “¡Ah! A Kallikrates no le importaba. Seguía ronroneando y bebiendo leche y mendigando pan tostado. Cuando te quería posaba una pata enorme, forrada de terciopelo naranja, sobre tu rodilla. Cuando no te quería, simplemente se iba dejando un rastro de desprecio. ¡Oh! Gato afortunado, alejado de todas las pasiones y todas las responsabilidades, centro de su mundo visible, en quien ninguna emoción se impone y que mora en un olimpo bajo cuya cresta los amores y las obligaciones cuelgan pálidos como nubes. Como un dios, mirando hacia abajo sin emoción ni curiosidad a los pequeños sirvientes, nosotros”. Más tarde, en plena guerra, sir Hugh interpela con vehemencia al magnífico eunuco felino:

> –¡Sultán! ¡Libertino! ¡Don Juan! ¡Casanova! ¡Petronio! ¡Demetrio! ¡Margarita de Navarra y María Monk! Tú que contienes todas esas almas sensuales, ¡oh, Kallikrates, lascivo y epiceno! ¿No es para ti acaso un mundo de terciopelo y plumas, acolchado contra todos los impactos, provisto de leche y miel? Ni siquiera cuando las últimas constelaciones

se desvanezcan y todo acabe, como dice tu propio poeta de Sussex, caerás ni te desvanecerás tú...

Y le propinó al gato un sorpresivo golpe en las costillas.

–¡Levántate, cerdo gordo y amarillo! ¿No sabes que hay una revolución en marcha en Rusia? No te sientes allí a ronronear creyéndote superior a esas cosas. No tendré a ningún Platón en esta casa que me inste a la moderación y a la indiferencia. ¿Para qué crees que te mantengo? ¡Hijo de la caridad! Pues no para que te sientes allí como un falso Sócrates, defendiendo con tu inacción que la vida y la muerte son la misma cosa.

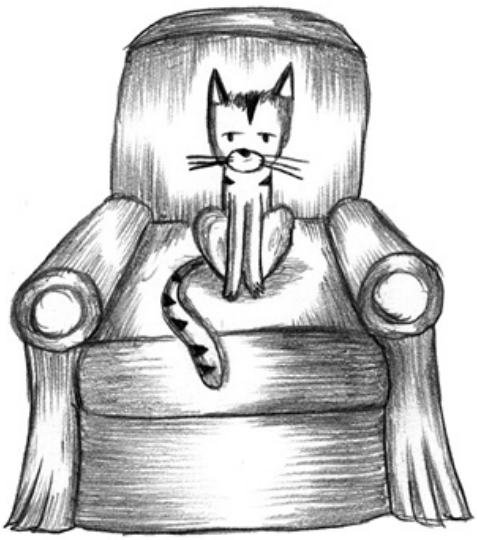
Kallikrates se levantó con la mayor lentitud, bostezó largamente, se estiró y volvió a echarse sobre un costado, hundiendo la nariz rosada entre las patas traseras. Apenas una franja de esos vigilantes ojos amarillos evidenciaba que estaba listo para morder y clavar las garras si alguien osaba tocar la sagrada piel de su vientre. Por un momento sir Hugh solo pudo pensar en la belleza de su gato. Pero en seguida debió lamentar que en los tiempos actuales se dedicara tan pocos cuidados a la belleza, que se le hubiese abandonado tan fácilmente, estando los pequeños mortales como estaban tan concentrados en la agitación política.

Y al final del libro dejamos al encantador Kallikrates en el escritorio de su amo:

Una larga mirada de sus ojos ámbar le aseguró que nada peligroso había de esperarse de él; muy lentamente, con toda cautela, plegó uno tras otro los aterciopelados guantes de sus patas y encuadró su cabeza rechoncha en la suntuosa seda de su gorguera. Sus párpados fueron languideciendo y poco a poco la vigilante franja de oro de sus ojos desapareció. La respiración se hizo más audible y un ronroneo desde el fondo de su garganta se transformó en esa suave cantilena que no oculta el gozo ni el dolor ni la esperanza sino la pura satisfacción, la complacencia que no cuestiona nada y tiene una fe eterna en la esquiva permanencia de las cosas buenas en un mundo inmutable.

En muchas novelas el gato aparece como un accesorio doméstico, un elemento de relleno alrededor del fuego; en otras ha tenido un papel en la

trama, ha vivido su pequeña vida o ha muerto su pequeña muerte, pero en *Blind Alley* por primera vez emerge el gato como crítico y filósofo, y como un verdadero ser superior respecto de los humanos.



59 Citado de la ed. de Francisco Rico para el Instituto Cervantes [NdT].

60 Butler estaba inspirado cuando escribió estas líneas en su diario. De cada diez nombres enviados para registro en la Cat Fancier’s Federation, nueve se devuelven porque ya habían sido usados. La falta de imaginación o invención que la mayor parte de las personas exhibe al bautizar a sus gatos casi va más allá de lo creíble.

61 Esta descripción prueba que Huysmans estaba bien familiarizado con los gatos, que no son capaces de localizar el dolor. Si les duele una pata, aullarán al tocarles el pecho.

11

EL GATO Y EL POETA

En ese notable volumen en el que Cesare Lombroso intenta demostrar que todos los genios están contaminados por la locura, el italiano dirige sus dardos hacia Charles Baudelaire. Los cargos: escribió tres poemas sobre gatos. Pero si tres poemas bastaran para mandar al manicomio al autor de *Las flores del mal*, a madame Deshoulières, que escribió más de una docena, a Heinrich Heine y a Joseph Victor von Scheffel, ¡se los tendría que amarrar con camisa de fuerza y aplicarles la cura del agua! ¿Por qué, podríamos preguntarle al profesor Lombroso, si estuviera vivo, es mayor evidencia de locura elegir como tema poético al gato y no una montaña o un hombre, por no decir una vasija griega o una alondra? Y sin duda el buen doctor pondría un portentoso dedo en sus labios y emitiría un pesado y omnisciente "¡Ah!" destinado a resolver la cuestión en lo que a él respecta, pero que podría dejarnos con algunas dudas sobre la validez de sus absurdas conclusiones. Ah, estos hombres de ciencia, en su valiente intento por probar algo no se detienen ante nada. "Muestran una falta de conocimiento que solo puede ser el resultado de años de estudio", dijo una vez con agudeza Oscar Wilde.

Creo que los poetas están más en contacto con el espíritu del *grimalkin*, el alma del gatito, que los prosistas y los pintores. Y deben de estarlo, porque los poetas son místicos, al menos los grandes poetas son místicos; hablan como el oráculo o el clarividente, las palabras les vienen sin que ellos mismos entiendan su significado. Y el poeta toca puertas que a veces se abren de par en par revelando jardines cuya entrada está prohibida a quienes avanzan a tropezones en busca de la verdad en la razón y la experiencia. Se necesita fe para comprender al gato, y fe para entender que nunca se

comprenderá enteramente al gato.

Los gatos deambulan por los versos desde muy antiguo. Sin duda los babilonios y los desgreñados patagones escribieron poemas sobre ellos. Y aparecen en la poesía griega y en la persa temprana. Lope de Vega celebró su desconcertante belleza y el jeque Saadi se refiere a ellos en su *Gulistán*. Tasso les compuso un soneto. Un tal Domenico Balestieri publicó en Milán en 1741 un libro titulado *Lagrime in morte de un gatto,* con 285 páginas en varios idiomas consagradas a la memoria de un solo gato, un atigrado.

Los poetas ingleses no los han descuidado, en su conjunto tampoco han sido antipáticos con ellos, pero la mayoría se ha contentado con describirlos como cazadores de ratas, ratones y pájaros, como una compañía junto al fuego o como un juguete. Es una curiosa ironía que el gato denote el lugar común tanto como se asocia con lo místico. Es el complemento del hogar del campesino y el amigo del tendero, lo mismo que el aprendiz del astrólogo o el acompañante de la pitonisa. Goldsmith toca este acorde común en Do mayor cuando escribe:

Alrededor, con compasiva alegría,
Sus trucos el gato intenta.
El grillo chirría en el fogón,
El crepitante fagot vuela.

Robert Herrick toca la misma tecla:

Un gato yo tengo
Que juega dentro de la casa,
Se ha vuelto gordo de alimentarse
De muchas y ocultas ratas.

Otro ejemplo de este escritor es más bello:

Sostiene tu humilde tejado un coro
De cantores grillos junto al fuego
Y el rápido ratón festeja con migas
Hasta que el micho de ojos verdes llegue.

Rara vez al poeta inglés el gato le ha parecido algo misterioso; ante sus ojos poco observadores es un animal prosaico como la vaca o el perro, aunque diferente en su apariencia y carácter.[62] Solo a fines del siglo XIX y en el siglo XX ha revivido el culto al gato en Inglaterra y las extrañas complejidades de su naturaleza mística han vuelto a ser motivo de admiración.

Uno de los primeros bardos ingleses, John Skelton, lo trata con dureza, pero él está escribiendo un poema sobre un gorrión, por lo que es lógico que invoque la venganza:

A todas las naciones

De gatos salvajes y domesticados
¡Dios envíe penas y vergüenza!

A ese gato especialmente
Que mató tan cruelmente
A mi pequeño y hermoso gorrión.

Canning probablemente escribió el primer poema de pájaros en que las simpatías están con el gato:

Dime, dime, amable petirrojo,
¿Qué es lo que pone tu corazón tembloroso?
¿Es acaso ese felino letal
Que mató a tu padre o a tu madre,
A tu hermana o tu hermano
O a algún otro?
No me digas más que eso
Y mataré al gato.
Pero espera, petirrojo, ¿alguna vez dejaste
Tú una larva en el piso, una mosca en el aire?
No, jamás lo hiciste, lo juro;
Así que no mataré al gato;
Tan simple como eso.

Chaucer escribe:

Para aquella que chamuscaría la piel de un gato Y que después la estiraría lo bastante;
Y si la piel del gato estuviera sucia y vistosa, La estiraría en casa la mitad del día.
Pero en adelante lo haría, cualquier día que amaneciera, Para mostrar su piel, y como un matón maullaría.

Los personajes de Shakespeare a menudo aluden al gato, pero ninguno de ellos parece ser su amigo. Podemos soportar “un inocuo y necesario gato”, de Shylock, visión que no es del todo gnóstica, y el “En cuanto a los demás / tomarán el hecho como el gato lame la leche” –del Antonio de *La tempestad*– se ha convertido en un lugar común del habla inglesa. Cuando lady Macbeth dice

dejando el “no me atrevo” ir tras el “quisiera”
como el pobre gato del adagio

la imagen de la precaución felina es exacta, pero Romeo se lamenta:

El cielo es donde está Julieta
y cada perro, cada gato,
ratón y cosa indigna pueden verla

que es como la observación de Cornelio en *Cimbelino*: “Viles criaturas, como gatos y perros, nada estimable”. Al menos es un consuelo encontrar perros en esta diatriba. Lisandro le grita a Hermia: “¡Largo de aquí, cosa vil, gato, fuera!”. Y Beltrán dice de Paroles en *Bien está lo que bien acaba*: “Antes podía tolerar cualquier cosa menos un *gato*, y ahora él me parece un *gato*”. Y más adelante: “Es cada vez más un gato”. Y nuevamente: “Es un gato, todavía”.

Solo en *Macbeth* se puede obtener un augurio del misterio del gato; solo en *Macbeth* Shakespeare parece darse cuenta de su relación con lo oculto. Y esta línea es la que lo salva: “*Tres veces* maulló el *gato* atigrado”.

George Tuberville desearía ser un gato para proteger a su amada de los ratones:

El ratón viviría en la pavura
Así como la chillona rata.
Todo eso pasaría si yo fuera
De pronto convertido en gata.

Los fabulistas, por supuesto, consideran a todos los animales desde el punto de vista moral. En esos términos hay que decir que el gato sale bien parado. John Gay escribió tres fábulas sobre gatos y en dos de ellas lo trata desde el mismo punto de vista utilitario, pero en “La vieja y sus gatos”, en la que toca el asunto de la brujería, se sumerge un poco más en el tema:

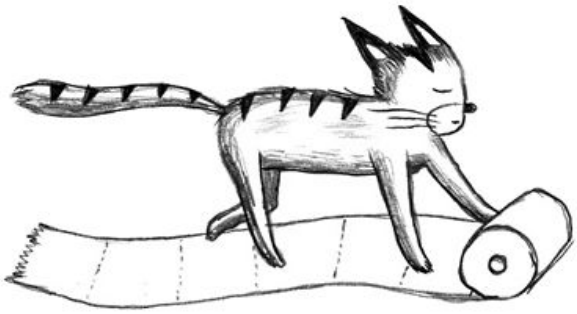
Una bruja arrugada, de perversa fama,
Junto a una pequeña y ahumada llama

Se sienta, pellizcada por la edad y helada.
Las manos arrugadas, las venas en relieve,
Sobre sus rodillas su peso sostiene.
Mientras la parálisis sacude su cerebro ajado Murmura sus plegarias atrasadas,
Un gruñido indomable de ochenta años.

Pululando alrededor una camada
Numerosa de gatos se hunde en el hambre lamentada.
Molesta con sus llantos, su cólera crece,
Y así escupe: ¡fuera de aquí, pandilla!
Qué tonta fui, ¡mira que recibir
A tales granujas, demonios, pesadillas!
Si no hubiera sido criado y cuidado
Por una bruja no estaría maldecido.
A usted le debo que catervas de chicos
Me persigan con su eterno ruido.
Me pinchan con pajas, me estorban el paso
La herradura clavan (a cada guardia del umbral) La rutilante escoba de las rameras se esconde Por miedo a que me levante y monte.

Esa respuesta del gato atigrado es el lamento de todos los gatos de la Edad Media:

Porque es infamia servir a una arpía
Y el gato es sabio diablillo, montado en su escoba Los niños al ataque salen en partidas
Pues, dicen, tenemos nueve vidas.



Ningún poema felino entre nosotros es mejor conocido que el heroico-cómico de Thomas Gray “Oda a la muerte de una gata favorita, ahogada en una pecera de carpas doradas”, pero, de nuevo, Gray solo se ocupa de externalidades. “Recatada como solo saben serlo las gatas atigradas”, cosas así: Gray retrata a la pensativa Selima con los trazos más gruesos. El poema

tiene gracia pero se puede decir que apenas roza la superficie. Los dos poemas de gatos de William Cowper –en uno de los cuales ocurre una catástrofe[63] similar a aquella en la que se basa *The Bride of the Mistletoe*, de James Lane Allen– son también triviales, pero muy agradables. La imagen de los gatitos jugando con la lengua bífida de la víbora es encantadora, y "The Retired Cat" bordea el ímpetu místico. Hay algo intensamente felino en la descripción de la gata del poeta:

A veces busca paz y consuelo
En una vieja y vacía regadera
Allí no quiere nada salvo un abanico
Para parecer una ninfa en su silla de mano
Ataviada con precisión exquisita
Y lista para ser llevada a la Corte.

Uno de los poemas de Matthew Prior es una versión de la fábula de Esopo que relata la historia del gato que Venus convirtió en mujer. Su "Lines on a Reasonable Affliction" apenas se refiere al micho. Ciertamente no me detendré en los sentimentales y tontos versos que Rumpelstilzchen y Hurlyburlybuss presuntamente escribieron a Robert Southey; no hay gato que escriba tan mal. Tampoco es necesaria una parada para admirar los versos de Tom Hood, "Puss and Her Three Kittens". Sin embargo, Wordsworth elogia el "atareado goce del gatito". Shelley no estaba inspirado cuando escribió sus versos sobre un gato muerto de hambre. El soneto de Keats "Al gato de la señora Reynolds" es muy poco imaginativo: el poeta se contenta con preguntarle cuántos manjares robó y cuántos ratones y ratas atrapó. Un artista más sutil habría buscado información arcana, le habría preguntado sobre los templos del Nilo y el aquelarre de las brujas, habría averiguado sobre el cardenal Wolsey y el arzobispo de Taranto, sobre Victor Hugo, madame Deshouilères y las puertas de Isaac Newton.[64]

Las *Sad Memories* de C.S. Calverley son una invasión impertinente de los sagrados misterios de la mente del gato, sobre los que el poeta, por supuesto, prueba no saber nada. Saltemos a los escritores modernos, quienes parecieran estar más familiarizados con la esencia del gato que sus predecesores.[65] A.C. Benson se cuadra con los amantes de los perros en su

apóstrofe a la pantera del hogar:

La fría mirada, la piel lustrosa, las patas de terciopelo Te has ganado mi indolente aplauso.
No has ganado mi corazón, sin embargo.

Tenemos que volver a Matthew Arnold pues es en su descripción de Atossa donde el gato inicia su momento de esplendor en la poesía inglesa. Aquí el poeta manifiesta una comprensión casi francesa del felino:

Cruel, pero tranquilo y agradable
Obtuso, inescrutable y grande.
Así habría sido Tiberio
Si Tiberio hubiese sido un gato.

Los versos de Swimburne

Majestuoso, lleno de bondad, noble señor,

Condescienda
A sentarse junto a mí, y vuelva
Sus gloriosos ojos que sonríen y queman,
Dorados ojos de amor brillantes en recompensa, Sobre la página dorada que leo.

son quizás un poco sentimentales, pero los de Richard Garnett en "Marigold" son magníficos: *Se mueve por el jardín en la gloria*
Qué hay mejor que sus temibles garras
La espalda arqueada, la cola alzada
Sus ojos vívidos una verde flama son
Y todos los machos, que nunca fueron osados
Tiemblan ante la marcial Marigold.

Los poetas estadounidenses no salen todos muy bien parados en sus poemas de gatos. El de Bret Harte "Miss Edith's Modest Request" no tiene inspiración; lo podría haber escrito cualquiera para un periódico cualquiera. Tampoco puede gustarme "Two Cats", de Ella Wheeler Wilcox, aunque ella misma era una apasionada felinófila. Su madre trataba a los gatos con dureza y solía echarlos de la casa por la noche; la pequeña Ella protestaba: "Déjalo afuera caminando, mamá, déjalo afuera caminando". Algo más tarde en la vida la señorita Wilcox escribió una canción llamada "Mother, Bring my Little Kitten". "Se suponía –explica en su inestimable autobiografía *The Worlds and I*– que era una niña moribunda intercediendo por su mascota a la que temía no encontrar en el cielo. Era una cosa meramente sentimental, de ningún valor, desde luego. Pero el 'Funny Man' en el *Waukesha Democrat* se burló mucho de mí y dijo que debía continuar mi canción con otro verso, 'Papi, no ahogues a los cachorros'". Wilcox recogió la sugerencia como el gato lame la leche y publicó el nuevo poema en un periódico de Wisconsin. El estribillo dice así:

Papá, oh papá, salva un cachorro

Del destino oscuro y cruel
Salva te lo ruego un rorro
Haz un editor de él.

Wilcox añade que a su hermano Ed le gustaron estos versos más que ningún otro. Me siento inclinado a creer que Ed emitió un excelente juicio literario.

Pero no quiero hablar mal de los versos en la prensa. Encontré estas estrofas de Miriam Teichner en un diario y, puesto que tocan un aspecto de la vida gatuna del que no se habla en ninguna parte de este libro, voy a reproducirlas.

MENÚ DEL DÍA

Ahora que entramos en tiempos difíciles
Me dedicaré a cantar rimas felices.
Esta que ves aquí, una del montón
La escribo para el gato del mesón
Esa criatura vulgar e inculta.
Por el momento distrae tu mente adulta.

Imagina las nueve vidas del gato
Gastadas en el fluir del vino barato
Mira cómo los modales de salón
Son para la bestia de congoja sin perdón.
Cubierto por un bosque de patas de mesa
Mira cómo esquiva, merodea y ruega
Por restos, migas, huesos de gallina
Por la cola blanda y esmirriada de la sardina.

Es un error, es un error. Ese gato debería estar Explorando afuera los callejones, alegre y libre…

En *Feline Philosophy by Thomas Cat*, Walter Leon Hess escribió en cincuenta “mayidos” una larga epopeya en verso libre. No obstante, hay poco sobre el gato en estas páginas; lo que hace Thomas es contar la

sórdida historia de sus amos. Pero las siguientes líneas tienen razón:

¡Qué suerte ser un gato

libre para aceptar o rechazar
lo que se le ofrece!

Uno de los más celebrados poetas alemanes, Heine, dedicó muchos de sus poemas a los gatos, muchos más que los tres que Baudelaire escribió para probarle a un pedante italiano que estaba loco. Y el excéntrico alemán parece haber sido apegado al animalito. He encontrado en sus memorias una descripción de sus tiempos en la buhardilla de su tío: "La única criatura que vivía allí era una gorda gata angora que no era especialmente dada al aseo y que solo de vez en cuando limpiaba con su cola la suciedad y las telarañas de toda la basura vieja arrumbada en ese lugar (…) Pero mi corazón aún estaba en la flor de la vida (…) Todo me parecía de una luz fantástica, y la misma gata vieja me parecía una princesa encantada, que quizás de pronto podría liberarse de su forma animal y mostrarse en toda su belleza y su antiguo esplendor (…) Pero los buenos viejos tiempos han acabado; los gatos siguen siendo gatos".

Otro poeta alemán, Joseph Victor von Scheffel, ha convertido a Hiddigeigei en una de las principales figuras de su largo poema "Der Trompeter von Sakkingen". Además de su relevancia dramática y filosófica en este romance, Hiddigeigei tiene trece canciones a su haber. Y un restorán en Capri bautizado en su honor.

Pero ha quedado para el poeta francés captar la gracia, el ocioso encanto, la magnificencia y el misterio esencial del gato; y el poeta francés rara vez ha fallado en su cometido. Los fabulistas, sin lugar a dudas, no han sido tan infalibles: han seguido la presunción folclórica de que el gato es un hipócrita y un exitoso pícaro en vez de la idea de los fabulistas ingleses de que es un profesor en la escuela bíblica dominical. En la fábula de Florian "Los dos gatos", ya lo vimos, el viejo gato perezoso le dice al magro y laborioso gato macho algo que puede ser muy cierto:

El secreto para medrar
No es ser útil sino agradar.

La fábula más célebre de Florian hace referencia al gato y el espejo. Después de que ha examinado ambos lados del cristal en un esfuerzo por encontrar al otro gato, se relaja, satisfecho:

¿Qué me importa horadar este misterio?
Mejor me lo tomo con calma

Tan largo trabajo del alma
Sin necesidad no es serio.

Esta es la verdadera filosofía felina.[66]

La Fontaine pinta al gato como un monstruo, un pícaro, un Till Eulenspiegel, pero ha sido elogiado por hacerlo. “Observe qué exhaustivo –escribe Feuillet de Conches a Champfleury– es el conocimiento del gato que tiene La Fontaine. Rominagrobis no es Rodilardus. La Fontaine ha pintado al gato como lo ha estudiado, en todos sus aspectos, y con la habilidad de un maestro. La Fontaine es el Homero de los gatos. Y, por favor, dígame, ¿qué era él mismo sino un gato genuino? Que amara a los dueños de la casa estoy dispuesto a creerlo, pero él amaba mucho más la casa en sí misma. Estaba siempre acurrucándose en ella. Su respuesta a d’Hervart ‘¡Ya me iba a lo de usted!’ es una respuesta de gato”. La duquesa de Bouillon, una genuina amante de los mininos, pidió a su amigo La Fontaine que le diera una copia de cada fábula en la que apareciera su animal favorito. Feuillet de Conches encontró estos preciados autógrafos en un viejo desván de la finca Bouillon, en medio de documentos muy antiguos.

Como vimos en otra parte de esta obra, la *précieuse* francesa mademoiselle Deshouilières se divirtió escribiendo una larga serie de poemas en forma epistolar entre la gata Grisette y otros gatos y entre Grisette y el perro Cochon. Algunos pasajes de estos poemas son deliciosos. Tata, el gato de la marquesa de Montgras, escribe de Grisette:

Jamás una gata fue así de bella
Jamás una gata me agradó como ella

y Dom Gris, el gato de la duquesa de Béthune, explica en su carta de amor que

por muy gato callejero que sea, tengo un alma delicada.

Béranger también se interesa en el gato enamorado.[67] Escribe de la hembra henchida de amor:

Revelas tu maestría,
Minette, con tus largos aullidos
¿Es el hambre que aprieta?
¿Oyes algún ratón por aquí?

Quieres huir de mi cuartito
Para correr a donde no sé.
Miauuu, ¿qué ves, Minette?
Miauuu, es un gato señor.

Pero de todos los franceses es Baudelaire el que más se acerca a apreciar y expresar la naturaleza esotérica de los gatos; él sabe y siente que tienen relación con las ciencias ocultas. Sus tres poemas gatunos son obras maestras místicas y ningún otro poeta ha sido capaz de rivalizar con ellos. Gautier escribe sobre el amor de Baudelaire por los gatos:

> Ya que estoy hablando de los gustos personales y las pequeñas excentricidades del poeta, permítanme decir que adoraba a sus gatos, los que como él eran apasionados por los perfumes y caían fácilmente en una especie de epilepsia extática ante el olor de la valeriana. Él amaba a estas encantadoras criaturas, quietas, misteriosas y nobles, con sus eléctricos estremecimientos, su postura elongada como la de las esfinges, que parecen haberles transmitido sus secretos. Vagan por la casa con pisadas de terciopelo como los lares o espíritus de la casa, o vienen y se sientan sobre la mesa cerca del escritor, acompañándolo con su pensamiento y mirándolo desde las profundidades de sus opacas pupilas doradas con ternura cómplice y una penetración mágica. Casi podría decirse que los gatos intuyen la idea que desciende del cerebro hasta la punta de la pluma, y, estirando las patas, desean apoderarse de ella a su paso. Les gusta el silencio, el orden y la quietud, y ningún lugar es más propicio para ellos que el estudio de un hombre de letras. Con admirable paciencia esperan hasta que ha terminado su tarea, emitiendo un ronroneo gutural y rítmico que es una suerte de música de fondo para su trabajo. De vez en cuando abrillantan con la lengua un punto alterado de su pelaje, porque son limpios, quisquillosos, coquetos, y no permiten irregularidades en su aseo personal, pero siempre de una forma discreta y calmada, como si temieran molestar o distraer. Sus caricias son tiernas, delicadas, silenciosas, y no tienen nada en común con la petulancia bruta y ruidosa de los perros, a quienes sin embargo el vulgo ha concedido toda su simpatía. Todos estos méritos fueron plenamente calibrados por Baudelaire, quien más de una vez dedicó a los gatos finos

poemas –*Las flores del mal* tiene tres–, y a menudo los tiene revoloteando a través de sus composiciones como accesorios característicos. Los gatos abundan en el verso de Baudelaire como los perros en la pintura de Paolo Veronese; son una especie de firma. Debo agregar que en estas preciosas criaturas, tan agradables de día, hay un lado nocturno, misterioso y cabalístico, que es muy seductor para el poeta. Con sus ojos fosforescentes, que le sirven como faroles, y las chispas que despide su espalda persigue sin miedo la oscuridad, donde encuentra fantasmas errantes, hechiceros, alquimistas, nigromantes, evangélicos, resurreccionistas, amantes, carteristas, asesinos, patrullas ebrias y todas esas larvas obscenas que salen a escena y solo hacen su trabajo de noche. Tiene el aire de haber escuchado el sermón del domingo pasado y rápidamente se frota contra la pata coja de Mefistófeles. Sus serenatas bajo el balcón, sus amores en los tejados, acompañados de aullidos de niño estrangulado, le otorgan un aspecto satánico aceptable, lo que hasta cierto punto justifica la repugnancia de las mentes diurnas y prácticas, para quienes los misterios de Érebo no tienen ningún interés. Pero un doctor Fausto en su celda, cargado de frascos e instrumentos de alquimia, siempre querrá tener a un gato por compañía. El mismo Baudelaire fue un gato voluptuoso, indolente, de maneras aterciopeladas y lleno de fuerza en su delicada flexibilidad, fijando en las personas y en las cosas una mirada de penetración inquietante, libre, voluntaria, difícil de sostener, pero a pesar de todo sin perfidia, y fielmente unida a todos los que alguna vez fueron objeto de su simpatía independiente.

Jules Lemaitre, François Coppée, Paul Verlaine, Joseph Boulmier e Hippolyte Taine escribieron poemas sobre gatos. El de Verlaine, “Femme et chatte”, es impaciente y eléctrico y debió de haber sido musicalizado por Debussy. Debemos agradecer a Lemaître por los versos

Y saludo en ti, calmo pensador
Dos virtudes exquisitas: escepticismo y dulzor.

Los doce sonetos de Taine a sus tres gatos, Puss, Ebène y Mitonne, datan de 1883 y no eran para ser publicados. Después de su muerte, sin embargo, aparecieron en el suplemento literario del *Figaro* en 1893, sin la autorización de los herederos y albaceas del autor. No los han incluido en sus compilaciones y por consiguiente son difíciles de conseguir. Esos especímenes de ellos que he podido encontrar están entre los mejores poemas de gatos, en mi opinión. Este, por ejemplo, dedicado a Puss, es precioso:

El placer, tal como viene; el dolor, si no hay más remedio Gato, tú aceptas todo, y el sol en lo alto
Al fin de su recorrido por la inmensidad azul Te ve enroscado y redondo, mañana y tarde
Satisfecho sin esfuerzo, resignado al destino Alisarte indolente los pelos de la cola.

Muy de vez en cuando los gatos han decidido hablar –en China, el sur de Francia o en el país de las maravillas de Alicia–, pero nunca con el fin de revelar sus secretos. Por eso una de las más antiguas afinidades que tienen con los alquimistas y los filósofos es su capacidad para guardar secretos. Imagine a un noble perro presente en el descubrimiento de la piedra filosofal. “¡Oro! ¡Oro!”, murmura el alquimista encantado, y el perro, ladrando jubiloso, salta sobre su amo, vuelca el crisol y la retorta, sigue el caos y adiós, secreto. El gato en cambio se limitaría a mirar a través de sus soñolientos párpados, “mudo, inescrutable y grande”.

Ha ocurrido, y en realidad es natural, que algunos de los mejores poemas sobre gatos han hallado inspiración en su muerte. Cuando en 1558 murió Bélaud, el gato de Joachim du Bellay, el poeta escribió un epitafio muy

largo en honor de su pequeño amigo. Es un tributo atesorable:

Es Bélaud, mi gatito gris
Bélaud, que fue por ventura

Obra maestra que la natura

Hiciera en materia gatuna
Era Bélaud el terror de las ratas
Bélaud de belleza tal
Digna de un ser inmortal.

¡Dios mío, cómo me distraía
Con las cabriolas de Bélaud
Qué fiestas hacía a una bola
Qué placer cuando se perseguía la cola

Imitando una carretilla

O cuando sentado sobre sus ancas

Se arreglaba una liga
o mostraba su estómago

de blanco y rizado pelo
parecía, tan regia era su apariencia,
Un doctor de la Sorbonne!

La antología de Domenico Balestieri dedicada a la memoria de un único gato, en varios idiomas, no está disponible. La sátira heroica de George Huddesford *Monody on the Death of Dick, an Academical Cat*, es más fácil de estudiar.

¡Sí, ratas, eleven sus oídos en triunfo!
¡Regocíjense, ratones! Porque el aborrecible hado Ha cortado las nueve vidas de Ricardo y desgarrado sus entrañas ¡Desde ahora maúlla en medio de los coros divinos!
Aunque ningún ciprés dará sombra a tu tumba,
Por ti florecerán las coronas de flores del Paraíso, Ahí, mientras un felino maúlle para recibir a Ricardo, Mil gatos sobre asientos púrpuras ronronearán.
Ahora lo veo, descendiendo de su trono,
Tú venerable minino. ¡Oh Whittington!
La familiar excelencia del saludo de Ricardo
Que apunta con alegría a su solícita cola.
Ahí estarán los valiosos bigotes corriendo
Sobre pisos de zafiro tras los dichosos ratones, Entre camas de aromático granate,
O vagando extático junto a la Vía Láctea.
Unas gatitas, más agraciadas que las huríes orientales, Cuyos ojos relucientes brillarán con un verde inmortal, Alisarán el blando pelaje de sus pretendientes atigrados Y a sus amorosos miaus asentirán ronroneando.
Ahí, como si fuera el hijo de Alcmena, reposará Feliz el vástago del felino, su tarea de matarratones cumplida, Desafiados el destino, la envidia, los perros, el tiempo, la marea y las trampas
Y maullando para toda la eternidad.

El epitafio para la gata de madame Lesdiguières, inscrito en su monumento, es encantador, melancólico y patético:

Aquí yace una hermosura
Su dueña que a nadie quiere
Ama a la gata hasta la locura.

Cuando no estaba escribiendo acerca de los temas más abstrusos, François de la Mothe le Vayer se complacía creando sonetos sobre gatos y compuso un epitafio para Marlemain, el predilecto de la duquesa de Maine:

Gato paseante, dentro de esta simple tumba
Yace uno cuya vida la cruel Átropos desgarró
El más feliz gato sobre la tierra acató su destino Y descansa para siempre en esta cama de mármol.
¡Oh! ¡Qué de días hermosos contemplé!
Gatos de Egipto, mis ilustres antecesores
Ustedes que en altares ornados con guirnaldas vegetales Fundieron sus corazones, encendieron ardientes deseos Ven cómo se elevan himnos y ofrendas en su honor Pero no estoy envidioso de esos derechos divinos
Pues Ludovisa me amó, íntima y verdadera,
Vuestra antigua gloria es menos soberbia que la mía.
Vivir como un simple gato a su lado
Más noble fue que ser deificado.

Ludovisa, desde luego, era la duquesa.

Estos epitafios franceses están llenos de pena, ternura y casi una simpatía divina hacia los gatos. Los epitafios en inglés no tienen esas cualidades. No podemos, por ejemplo, tener un elevado concepto del esfuerzo de Whittier:[68]

Betsabé:
A quien nadie dijo ¡gato maligno!
Ningún gato más digno
Sentose jamás en un tapiz
O capturó una perdiz.
Descansa, gato.

La elegía de Clinton Scollard a Peter, de doce años, es un extenso ejercicio de autocompasión ante la pérdida de su “rey de los cazarratones, que ya no frota su piel aterciopelada contra los pantalones del poeta”. El lamento lírico de Vachel Lindsay “A Dirge for a Righteous Kitten” es mejor. La famosa catástrofe de la pecera de carpas doradas de Gray puede tomarse como un epitafio en espíritu, y, en un estilo más robusto, lo mismo puede decirse de los versos de sir Frederick Pollock en “Tom of Corpus”. Christina Rossetti firmó unos versos titulados “Sobre la muerte de un gato, un amigo mío de diez años y medio”: no digamos que es muy sutil. Algo mejor es el siguiente, que apareció en el *London Star* en noviembre de 1795, “a imitación del latín del doctor Jortin”:

Desgastado por la edad y la enfermedad funesta, un gato, Amistoso con todos salvo con los ratones y ratas, Me enviaron por fin a vadear la laguna Estigia y a hacer un viaje por las costas infernales.
Proserpina me recibió y sonriéndome dijo:
¡Sé bendecido en esta mansión de los muertos!
¡Disfruta entre tus amorosas patas de terciopelo, Los dichosos bancos soleados, los sombríos bosques!
Pero si yo lo he merecido, oh graciosa reina, Si pacientemente he soportado todo sufrimiento, Concédeme una noche para regresar a mi hogar, Una noche solo, para ver mi casa y a mi querida ama, Y ronronear estas sentidas palabras en su oído: “Tu fiel gato, tu pobre esclavo muerto Aún ama a su señora, incluso más allá de la tumba”.

Se puede decir que el gato tiene una afinidad mística con el círculo perfecto, el símbolo del misterio, sin comienzo y sin fin. A lo largo de los siglos es adorado o venerado, o bien estimado como un elemento esencial del hogar, un enemigo del ratón. Como sea que el ser humano lo considere, eso no afecta la actitud que el gato tiene hacia el ser humano, que en el mejor de los casos será discreta y tolerante, y en el peor, agresiva y salvaje. A veces, el poeta ha absorbido esta superioridad gatuna y la ha exaltado, la ha perfumado con palabras exóticas, ha agitado el incienso de la frase grandiosa y la ha ungido con los santos óleos de la inspiración. Solo el poeta puede sentir la alucinación de la circularidad. Pero no hablo de cualquier poeta. Quizás haya sido uno solo, el poeta de *Las flores del mal*,

el que ha comprendido en profundidad el verdadero significado del gato:

Por mi cerebro va indolente
como en su espacio, sin rumor,
un gato suave, encantador.
Si maya, apenas se le siente;

así es su timbre de discreto;
suene en su voz calma o gruñido,
es rico y hondo su sonido:
he aquí su encanto y su secreto.[69]

62 Incluso Gautier y Heine, para quienes los gatos eran como una religión (“Los pachás son amantes de los tigres, yo de los gatos –escribió el primero–; los gatos son los tigres de los pobres diablos”), dedicaron pasajes en sus poemas a las posibilidades domésticas del minino.

63 François Copée dijo una vez que todos los gatos tienen una muerte trágica. “¡No hay un solo caso registrado de un gato que haya muerto en su cama!”.

64 Isaac Newton tenía un gran agujero recortado en la puerta para su viejo gato y uno pequeño para sus gatitos. La desaparición de estas puertas gateras en Inglaterra y Francia prueba la estima que se tiene al gato, según la señorita Repplier, porque ahora las personas le abren la puerta cada vez que quiere entrar o salir.

65 Probablemente se deba a la influencia francesa. Los poetas ingleses modernos pueden haber estudiado a Baudelaire.

66 Existe una historia bien conocida y repetida de un gato que la primera vez que vio su reflejo en un espejo trató de luchar con él. Encontrándose con la resistencia del vidrio, corrió detrás del espejo. Al no encontrar el objeto de su búsqueda, volvió al frente y mientras mantenía los ojos deliberadamente fijos en la imagen, palpó alrededor del borde del vidrio con una pata, mientras con su cabeza torcida hacia el frente se aseguraba de la persistencia del reflejo. Después de este experimento no se dignó prestar la menor atención al espejo… Mis gatos tampoco lo hacen.

67 Se podría dedicar un libro al estudio de los hábitos amorísticos del gato, que son crueles y fascinantes. Es divertido saber que en cuanto se ha logrado el apareamiento el macho y la hembra pelean, dando un excelente ejemplo a la raza humana. En el proceso de apareamiento, a veces cuestión de días en el caso de los gatos más apasionados, tanto el macho como la hembra rechazan todo alimento. El suave aullido ronroneante de las hembras es más lujurioso que el arrullo de una paloma.

68 Me parece que la única gracia de este esfuerzo de Whittier es el juego de palabras del último verso, que solo tiene sentido en inglés: “Bathsheba: To whom none ever said scat. / No worthier cat / Ever sat on a mat / Or caught a rat: / Requies-cat” [NdT].

69 Trad. de Manuel J. Santayana. Madrid, Vaso Roto, 2014 [NdT].

12

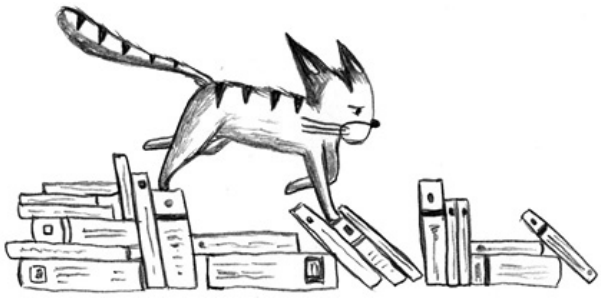
LITERATOS QUE HAN AMADO A LOS GATOS

Incluso en las épocas más oscuras el gato ha sido el amigo del humano inteligente, pues los hechiceros y alquimistas eran los filósofos de su época, y quienes persiguieron a los hechiceros y a los gatos eran los filisteos. En nuestros días, el animal es tan esencial al taller literario como lo fue en el laboratorio de alquimia. Los escritores franceses, en particular, han hecho un fetiche de este suave e independiente compañero. Difícil encontrar a un autor de cierta distinción en París que no se rodeara de un harén de bellezas persas de pelo largo. Prosper Mérimée, Théophile Gautier, Victor Hugo, Charles Baudelaire, Paul de Kock, André Theuriet, Émile Zola, Joris-Karl Huysmans, Jules Lemaître, Pierre Loti, Octave Mirbeau y Anatole France amaban a los gatos. Maupassant destaca como una figura solitaria que se opone al culto, lo que deduzco de una pieza suya bastante antipática sobre los gatos en *La pequeña Roque*. No los entendía ni le agradaban. Los demás revivieron el culto, para el cual siempre ha habido motivos de sobra. Los perros son ruidosos, inquietos, torpes y sucios. Como dice W.H. Hudson, son útiles y por eso deben ser relegados con otros animales útiles a un lugar apropiado en los establos y los campos.[70] Dos o tres perros rondando por la casa son suficientes para distraer nuestra atención y reclamarnos demasiado tiempo; en cambio se puede soportar, es más, disfrutar, la compañía de diecisiete o más gatos, especialmente si son gatos aristocráticos. Se mantienen impecablemente limpios y no tienen olor. Caminan sin hacer ruido. Los gatos persas rara vez maúllan y cuando lo hacen modulan como la gente bien educada. Ofrecen una apariencia agradable; sus lomos aterciopelados invitan a las caricias. Cuando una persona está cansada, un

gato no incita sus nervios; cuando está descansada, puede dedicarse a jugar con el micho. Sin embargo, es justo decir que este tiene sus propias ideas sobre el asunto. “Cuando juego con mi gato nunca sé si él se divierte conmigo ¡o yo con él!”, escribe Montaigne en un ensayo en el que reivindica la teología natural ante las objeciones de algunos de sus oponentes. “Nos entretenemos uno al otro con locuras mutuas, disputándonos una liga; y si yo tengo mis tiempos para jugar o para negarme, él también tiene el suyo. Como no puedo entender su idioma no podemos entendernos mejor, y quizás se ríe ante mi simplicidad por esto de hacer deporte para divertirlo”.

Es perfectamente posible –yo mismo lo he comprobado muchas veces– trabajar con gatos ya no solo en la misma habitación, sino en los hombros o en el regazo. En una habitación con corriente de aire tienen una función inestimable como pisapapeles. Claro que adoran jugar con papeles sueltos y plumas, pero un poco de cuidado evitará el daño, y qué bienvenido es, para el escritor cansado, el suave golpecito de la pata sobre la pluma con esa mirada de sorpresa que invariablemente le sigue.

Como inspiración literaria no creo que se lo pueda sobreestimar. Su mera presencia sugiere gracia, poder, belleza, movimiento, misticismo. La perfecta simetría de su cuerpo lo impulsa a uno a alcanzar una forma igualmente perfecta. A cualquier creador imaginativo debería bastarle con su color y su línea como material para llenar varias páginas de descripción inquietante; y me refiero a cualquier tema, no necesariamente al gato en sí. En cuanto a su inteligencia, a sus poderes ocultos, son tan extraordinarios que a veces creo que los autores verdaderamente amantes de los “gatos de ébano, gatos de fuego” les deben más de lo que piensan. Y si hablamos de los críticos, bueno, las garras afiladas pero encubiertas, la pupila contráctil que permite que entre en el ojo solo la cantidad de luz necesaria, la autonomía: no hay mejor modelo para ellos. Los graciosos movimientos de un animal que agita un glorioso estandarte mientras camina sin hacer ruido debieran de agitar el alma de cualquier poeta. El gato simboliza todo aquello que un buen escritor quiere plasmar en su trabajo, por lo que no me extraña que algunos los amen; solo me sorprende que no todos lo hagan.



Existe otra explicación para la fascinación de los letrados y los poetas. Como clase son irritables, temperamentales, capciosos y sensibles; la grácil suavidad, la urbanidad, la reserva y la dignidad del gato son exactamente las cualidades apaciguadoras que requieren para limar las asperezas de la vida. Dicho de otra forma, el gato es lo más cercano a lo que muchos escritores quisieran ser ellos mismos.

Algunos gatos de escritores han sido muy celebrados. Hodge, por ejemplo, el gato del doctor Johnson, que comía ostras y molestaba a Boswell. Si este no hubiese estado en vías de ser ailurofóbico habríamos sabido mucho más sobre Hodge, que era una de las alegrías del lexicógrafo. No nos detendremos en Hinse of Hinsefield, el gato de sir Walter Scott, porque la afición le llegó tarde en la vida al autor de *Waverley*, que en el fondo era un amante de los perros; aunque vale la pena mencionar el relato que Scott hace de su visita al arzobispo de Taranto en Nápoles, “un anciano de lo más interesante, cuya debilidad es su pasión por los gatos”. Sir Walter estaba encantado con las mascotas eclesiásticas; lo escribió en su diario. “Una de ellas es un soberbio gato persa con manchas, de gran belleza. Es uno de los favoritos. Recuerdo haber visto a un persa en casa de lord Yarmouth,[71] pero no tan bello como el del arzobispo”.

Sir Henry Holland, lamentando la muerte de su amigo el arzobispo, escribió: “Su gato y el arzobispo sentados juntos, como lo hacían con frecuencia, componían un cuadro muy auténtico, en el que el gato parecía el más solemne y teológico de los dos”. Y la reseña de lady Morgan es irresistible:

> El primer día tuvimos el honor de cenar en el palacio del arzobispo de Taranto en Nápoles. Me dijo: “Deberá perdonar mi pasión por los gatos, pero nunca los excluyo del comedor; se dará cuenta de que son una

> excelente compañía". Entre el primer y el segundo plato se abrieron las puertas y varios gatos angora enormes y preciosos fueron presentados a los comensales con los nombres de Pantaleón, Desdémona, Otelo, etcétera. Fueron a sentarse en sus sillas y estuvieron tan silenciosos, quietos y bien comportados como podría requerirlo la más refinada de las mesas en Londres. El arzobispo pidió a uno de los capellanes que acercase algo de comida a la Signora Desdémona, pero el mayordomo se acercó a su señoría y le dijo: "Monseñor, la Signora Desdémona preferiría esperar la carne asada".

Steele hace unas delicadas alusiones domésticas en *The Tatler*. Sus primeras acciones al llegar a casa eran atizar el fuego y acariciar a su gata. Noche tras noche se sentaba entre ella y un perro pequeño. "Ambos se sientan junto a la chimenea cada atardecer y esperan mi regreso con impaciencia; cuando entro, nunca dejan de correr hacia mí y darme la bienvenida, cada uno en su lenguaje. Como se han criados juntos y no han tenido otra compañía, ambos han adquirido los modos del otro; así, el perro se da los aires de un gato y la gata, en muchos de sus movimientos y gestos, aparenta el comportamiento de un perrito". Lord Byron era pródigo con los animales. En Ravenna una vez tuvo cinco gatos, ocho perros, diez caballos, un águila, un cuervo, un halcón, cinco pavos reales, dos gallinas pintadas y una grulla egipcia. A Shelley le horrorizaba tanta bestia pero Byron las encontraba encantadoras. La señorita Edgeworth y las hermanas Brontë tenían gatos. Carlyle tenía una gatita negra como el hollín que le mendigaba las exquisiteces de la mesa y las comía en el suelo ante la molestia de la señora Carlyle, quien, durante una ausencia, escribió a su sirvienta Jessie: "Mientras se permita a la gata acompañar al señor C. durante las comidas (y a ella le tiene sin cuidado mi marido el resto del tiempo), él continuará dándole sus trozos de carne y sorbos de leche, hasta que va a arruinar mis alfombras y mis tapetes". Hay una historia conocida sobre Dickens y un gatito llamado en un comienzo William pero después, por buenas razones, Williamina, la que para atraer la atención del escritor persistía en apagarle la vela con la que leía. Y existe un retrato de Gladstone leyendo con un gato en las rodillas.

Jeremy Bentham, el apóstol del utilitarismo, sin hijos y sin esposa, vivía en su casa en Londres rodeado de pilas de libros. A veces intentaban

visitarlo admiradores, a quienes prohibía la entrada o trataba con rudeza. Madame de Staël, por ejemplo, solicitó una entrevista y envió su tarjeta de presentación. El encantador señor Bentham escribió en ella antes de devolverla: “Mr. Bentham no tiene nada que decir a madame de Staël y está bastante seguro de que madame de Staël no tiene nada que decirle a él”. Pero adoraba a sus gatitos. El favorito era uno llamado Langbourne, que más tarde se convirtió en Sir John Langbourne y después en el Reverendo Sir John Langbourne, Divinitatis Doctor.

Parthenopaeus, el gato angora de John Payne, el autor de *The Masque of Shadows* y traductor del *Decamerón* y *Las mil y una noches*, tenía la costumbre de saltar a los hombros de su dueño y enrollársele en el cuello. Horace Walpole se deleitaba con los gatos y la carta que Gray le escribió a la muerte de una bestia amada se ha convertido en un clásico. En 1847, Thomas Griffiths Wainewright, el escritor-envenenador, el amigo de Lamb, de quien han escrito W. Carew Hazlitt y Oscar Wilde, murió de apoplejía con su gato al lado, su única compañía viviente, “por quien había manifestado un extraordinario afecto”.

Se ha escrito suficiente acerca de los gatos de Southey y de Atossa, la gata de Matthew Arnold. George Borrow sentía un profundo apego por los animales. Uno de sus biógrafos, Herbert Jenkins, dice que su caballo Sidi Habismilk acudía a él con un silbido y lo seguía, y que sus dos perros y su gato hacían lo mismo. Cuando salía a dar un paseo todos iban con él, pero el gato regresaba después de acompañarlo unos cuatrocientos metros. Otro gato, tan enfermo que se alejó arrastrándose para morir en soledad, vio cómo Borrow salía a buscarlo y lo descubría bajo el seto del jardín, lo trasladaba de vuelta a la casa, lo depositaba en un lugar confortable y cuidaba de él hasta su último suspiro. Y ya mencioné en un capítulo anterior lo que hizo con el muy perseguido “gato eclesiástico” de Llangollen; no hay mejor evidencia de sus sentimientos. Walter Pater al parecer tenía dos gatos persas de pelo largo para hermosear su chimenea y sentarse a la mesa. Andrew Lang era un apasionado felinófilo; su gato negro, Mr. Toby, su persa gris, Master of Gray, y el abandonado Gyp deberían aparecer en cualquier diccionario biográfico felino.

Ese extraño e intransigente genio, Samuel Butler, quien, aparte de sus propios escritos y de la música de Händel, no encontraba casi nada en el arte que le interesara, parece haber sido más afectuoso con los gatos que

con las personas, asemejándose en ello a Jeremy Bentham. Pero Butler no se rodeaba de exóticos persas, a la manera de muchos escritores. Le bastaba con los gatos comunes de Londres, y los pasajes en sus cuadernos y cartas que hacen referencia a esta pasión son vibrantes y de gran interés. A comienzos de 1873 parece haberle regalado un gato a su igualmente excéntrica amiga por correspondencia la señorita Savage, quien lo bautizó con el nombre de un personaje de *The Fair Haven*. “A su gato le he puesto Purdoe, un buen nombre para gatos –escribe la señorita Savage el 10 de marzo de 1873–. Lo bauticé con tinta”. En otras cartas ella hace referencia a otros gatos, Clara y Tibaldo. Butler le escribe el 22 de septiembre de 1884: “Mi gato está mejor, y aunque parece viejo y maltratado se las arregla. Siento muchísimo lo de su pérdida. ¿Va a volver a tener gato?”. En noviembre le escribe: “¿Cómo está su gato? La mía es *tan* estúpida. Ni siquiera sabe matar ratas y ratones. Nuestra sirvienta dice que los atrapa por la cola en vez de por el cuello. ¿Qué se puede hacer con ella?”.

Un amigo de Butler, Pauli, tenía el hábito de tocar la campanilla si veía un gato echado delante de una puerta, para que el dueño pudiera llevárselo adentro. A Butler le encantaba la idea y una vez lo intentó él mismo, pero cometió el error de esperar a que la sirvienta abriera la puerta, entonces tuvo que explicarle por qué había llamado, solo para enterarse de que el gato no pertenecía a esa familia y que habían estado intentando fervorosamente deshacerse de él. Mientras tanto, desapareció el gato del propio Butler. Le escribe a la señorita Savage: “No me ofrezca su gato. Si el mío no regresa no pienso tener uno por algún tiempo. Jones tiene uno que es adorable, de modo que cuando me harten los ratones lo pediré prestado un par de días”. En su diario registra que Prince, el gato de Jones, una vez recogió a un pequeño gato desamparado en el jardín y lo llevó a casa, “y los dos se echaban juntos y eran mucho más adorables que Prince por sí solo”. Fue este mismo Prince el que hizo exclamar a un niño que un día jugaba con él “¡Oh, tiene alfileres en los dedos de las patas!”, frase que Butler usó en *El destino de la carne*.

En el otoño boreal de 1885 no solo la señorita Savage sino también la hermana de Butler parecían determinadas a que él tuviera gato de nuevo. Butler escribe el 21 de octubre: “No, no tendré un persa; eso es asumir demasiada responsabilidad. Debo tener un gato al que encuentre sin hogar, vagando por el jardín, y con el que no tenga ninguna obligación. Hay un

eufemismo en la Clifford’s Inn sobre gatos que las lavanderas usan bastante en serio: dicen que las personas vienen aquí ‘a perder a sus gatos’. Cuando tienen uno que no quieren matar y no saben cómo deshacerse de él, lo traen, lo dejan caer tras la verja a nuestro césped y se van; luego, han ‘perdido’ a su gato. Eso pasa seguido y yo ya he escogido a una gatita sucia, desdichada y borracha para ser la sucesora de mi pobre gato viejo. Supongo que no bebe nada más fuerte que leche y agua, pero ya sabe usted, tanta leche y agua deben de ser malas para un gatito de esa edad; de todas formas, parece como si bebiera algo más fuerte. Me dio la impresión de ser cariñosa, inteligente y aficionada a los ratones, y creo que si tuviera una casa se volvería respetable; en cualquier caso, veré cómo funciona”. Parece que funcionó bien, porque seis meses después leemos que la gatita se ha convertido en madre.

Hay que decir que como comadrona Butler fue un fracaso. Le escribe a su hermana en marzo de 1886: “Nacieron mis gatitos y, ¡ay!, se fueron. Uno tras otro. Murieron por falta de alimento. Como era el primer parto de su madre ella olvidó producir leche suficiente para alimentar a todas sus crías, y fueron muriendo de hambre a pesar de todos mis esfuerzos. Había encontrado hogar para tres de los cuatro y estaba muy triste porque iba a perderlos. Eran extremadamente lindos, pero ninguno vivió más de cuatro días. La gata venía y me decía que las cosas no andaban bien, y no pude hacer nada”. Butler es quizás el primero y el último criador de gatos aficionado que encuentra belleza en una camada de tres días. En cuanto a la falta de leche, probablemente no alimentó a la madre como era debido; además, no se le ocurrió que a los gatitos se los puede criar con biberón tan fácilmente como a los bebés humanos. En octubre de 1886, mientras él andaba fuera por un viaje, la gata fue madre nuevamente. Butler le escribe a su hermana que las crías están “bien y fuertes, pero son salvajes como

tigrillos, por no haber sido acariciados desde el principio".

Como Butler, George Moore prefiere el gato occidental. Los suyos, sin embargo, no son de los abandonados en Clifford's Inn. Aparecen una y otra vez en sus libros, y por lo general un gato macho de generoso tamaño ronda por su casa en Ebury Street. Describe a uno en *Salve*:

> … un animal grande, gris y afectuoso a quien Jane había inculcado la virtud de la castidad –sin la ayuda de un médico–, con tanto éxito que nunca buscó una hembra y permaneció en casa, tranquilo y sobrio; un animal que no bebía leche,[72] solo agua, y que cuando se lo lanzaba al aire se abstenía de darse la vuelta, feliz de enrollarse como una bola, convencido de que mis manos lo recibirían. Me sentía tan apegado a él que había decidido traerlo conmigo en una cesta, pero unas semanas antes de mi partida murió de una obstrucción en las entrañas, probablemente provocada por un bocado de esponja frita en grasa, esa cruel y detestable manera de envenenar gatos que a menudo practican los porteros…

Moore y su Jane intentaron de todas las maneras posibles aliviar el sufrimiento de Jim, "pero no comió ni bebió nada y se echó estoicamente para morir. La muerte tardó en venir; parecía que nunca caería, hasta que finalmente, incapaz de soportar la visión de sus padecimientos por más tiempo, Jane sostuvo su cabeza dentro de un cubo de agua y tras unos gritos ahogados las tribulaciones de la vida habían acabado. Quizás haya muerto por una bola de pelos en el estómago y no haya motivo para lamentar el soberano que le di al portero cuando ayudó en el traslado del mobiliario de la cocina y el dormitorio".

Tiempo después Moore llevó otro gato a su familia, un macho grande y negro de ojos verdes, que hizo su aparición en una entrevista publicada en *Fortnightly Review* en octubre de 1917, y que Moore incluyó en un capítulo de *Avowals*. Esta es su famosa defensa de la literatura censurada, una defensa que precedió inmediatamente a su decisión de publicar sus libros de manera privada para evitar toda controversia con los Comstock y los Sumner de su tiempo. Una defensa que antes había practicado ante el gran gato negro de Ebury Street, que se sentó como juez en un sillón, escuchó con gravedad aunque con cierto asombro el alegato, parpadeó con sus ojos

verdes y se quedó dormido. Fontenelle una vez hizo un experimento similar, pero con menos éxito: quiso ensayar un discurso frente a su gato, pero el animal se negó a ser público y abandonó la estancia. Sin parar de hablar, Fontenelle lo siguió de cuarto en cuarto, arriba y abajo, hasta que al final el gato ¡escapó hacia el techo!

Lamento comunicar que el gato negro de Ebury Street murió atropellado. Moore escribe el 19 de diciembre de 1919 que había sido "un gato muy querido, uno de los más inteligentes que he tenido, al que no le importaba que lo bajáramos de la mesa pero que no te perdonaba si lo expulsabas de tus rodillas".

Ya hemos visto cómo Théophile Gautier se explayó por escrito acerca de sus gatos, pero, siendo como son encantadoras esas páginas, ya están desgastadas después de su repetición hasta el cansancio; de todos modos, ningún felinófilo que se precie debería dejar de leer *La Nature chez elle* y *Ménagerie intime*. Hay gatos, primorosos o sufrientes, en casi todos los libros de Pierre Loti. Su "Vida de dos gatas" debe de ser la prosa más perfecta dedicada hasta ahora a los encantos de estas dulces bestias. Puede leerse en francés, traducido, resumido o citado en una docena de libros de gatos. Menos conocidos son sus estudios de gatos en *Reflejos en la senda oscura*. ¡Qué delicioso esto, por ejemplo!:

> Un gato me está mirando… Está cerca, a mi alcance, sobre la mesa, y adelanta su vagamente pensativa cabecita, en la que algún insólito destello de inteligencia acaba de entrar. Mientras los sirvientes o visitantes han estado a la vista se ha mantenido despectivamente fuera del camino, debajo de un sillón, porque ninguna otra persona aparte de mí está autorizada a acariciar su pelaje invariablemente inmaculado. Pero tan pronto como percibe que estoy solo viene, se me sienta enfrente y me dedica una de esas miradas expresivas que se ven de tanto en tanto en esos enigmáticos y contemplativos seres que pertenecen al mismo género que él. Sus ojos amarillos me observan muy abiertos, las pupilas dilatadas por el esfuerzo mental de interrogar e intentar comprender: "¿Quién eres tú en realidad? ¿Por qué confío en ti? ¿Qué importancia tienes tú en el mundo?". En nuestra ignorancia de las cosas, nuestra incapacidad de saber nada realmente, qué asombroso, y tal vez aterrador, sería si pudiéramos asomarnos a las curiosas profundidades de

estos ojos e imaginar lo que hay de *inescrutable* en ese pequeño cerebro escondido. ¡Ah! Si por un momento pudiéramos ponernos en su lugar y después recordar, ¡qué instantánea y definitiva solución –aunque ahora sin duda aterradora– podríamos obtener para el desconcertante problema de la vida y la eternidad!

Y ahora está a punto de dormirse, quizás de soñar, en esta mesa en la que escribo; se instaló tan cerca de mí como pudo después de estirar una pata hacia mí dos o tres veces, mirándome como si ansiara el permiso para saltarme a las rodillas. Y ahí está, descansando delicadamente la cabeza sobre mi brazo, como si dijera: "Ya que no me tendrás por completo, al menos permíteme estar así; no te molestaré".

¡Qué misterioso es el *afecto* de los animales! Denota algo altivo, algo superior en esas naturalezas que conocemos tan poco. Y qué bien puedo entender a Mahoma, quien, en respuesta al llamado del muecín, antes de ponerse de pie cortó con un par de tijeras el dobladillo de su túnica, para no perturbar a su gato que se había acomodado allí a dormir.

Alexandre Dumas fue una persona en extremo pródiga y fecunda. Escribió una enormidad, vivió muchísimo, comía en abundancia, sus estancias siempre estaban atestadas, y en medio del gentío dejaba jugar a montones de mascotas, las que ha descrito en *Historias de mis animales*. Pero si leen ese libro no quedarán con la impresión de que Dumas fuera especialmente aficionado a los animales, aunque hay un cuadro conmovedor de un pointer inglés, Pritchard. Sus buitres, gatos, monos y guacamayos estaban más que nada al cuidado del jardinero, Michel, que adoraba a los animales. Dumas solo se divertía con ellos, como Byron.

Chateaubriand era un sagaz admirador de los gatos. En toda circunstancia se ocupó de ellos: como embajador, estando exiliado, y al final de su vida cuando gobernaba sobre el mundo literario desde su retiro en Abbaye-aux-Bois. Champfleury piensa de él que sobre este tema es "de todos los escritores el mejor, el más entusiasta". "¿No conoces a alguien, *cerca de aquí* –preguntó Chateaubriand a su amigo el conde Marcellus– que sea como un gato? En cuanto a mí, pienso que nuestra larga familiaridad me ha trasmitido algunos de sus modos". El espacio y el tiempo no le permitieron a su amigo presentarle a Huysmans, a quien Arthur Symons describe como parecido a un gato,[73] o a Walt Whitman, de quien Edmund Gosse dijo: "Si

es cierto que todos los seres humanos notables se asemejan a algún animal, entonces Walt Whitman era como un gato, un gato viejo y grande, un macho angora gris, parpadeando serenamente bajo sus ondas de pelo bien peinadas, los ojos soñadores e inescrutables". O a La Fontaine o Baudelaire. Cuando fue a hacerse cargo de la embajada en Roma, Chateaubriand recibió un gato de regalo del papa. "Se llamaba Micetto –escribe Marcellus–. El gato del papa León XII, que vino a caer en manos de Chateaubriand, no podía dejar de aparecer en la descripción de ese hogar junto al fuego donde lo he visto disfrutar tan a menudo". Chateaubriand ha inmortalizado a su favorito en las *Memorias de ultratumba*:

> Mi compañero es un gato grande, rojo y gris, con franjas negras. Nació en El Vaticano, en la galería de Rafael. León XII lo crio en un pliegue de su túnica blanca, donde yo solía mirarlo con envidia cuando iba a las audiencias en mi calidad de embajador. Al morir el sucesor de san Pedro heredé al desconsolado animal. Se llama Micetto y su apodo es "el gato del papa", por lo que goza de gran consideración de parte de las almas piadosas. Me esfuerzo por suavizar su exilio y por ayudarlo a olvidar la Capilla Sixtina y la gran cúpula de Miguel Ángel, por donde, lejos del suelo, tenía la costumbre de dar su paseo diario.

La gata Demonette, de Barbey d'Aurevilly, sobrevivió a su amo y pasó al cuidado de Louise Read. Su nombre era Desdémona, "Demonette para los amigos íntimos", solía explicar Barbey. Se la había regalado en 1884 madame Constantin Paul, y él inmediatamente la distinguió como su predilecta; hasta le permitía despatarrarse sobre sus manuscritos mientras trabajaba. También se sentaba junto a él con las patas sobre la mesa durante las comidas, para recibir los mejores bocados de sus manos. León Ostrowski hizo un dibujo de esta escena que apareció en la *Revue Illustrée* del 1 de enero de 1887. "Ojos de oro en una pieza de terciopelo negro", así la describía el escritor y dandy. Cuando nació Spirito, Barbey exclamó: "¡Mi gata ha hecho un casamiento inconveniente!". Pero terminó siendo muy unido con Spirito, que era infinitamente más tierno que la archiduquesa Demonette. En Valognes tenía una gata de compañía a la que llamó Grifette, pero extrañaba a la archiduquesa y a Spirito: "¡Cómo estaría Demonette, con su pelaje negro, esa princesa mauricia, en este enorme

cuarto amarillo (el disfraz de las morenas)! Por desgracia no tengo aquí a mis gatos, mis compañeros nocturnos, para acariciarlos". Tras la muerte de Barbey, nada ni nadie lograba que Demonette dejara la cama del escritor. Una expresión de miedo y espanto brillaba en sus ojos. Tres días después nacieron, antes de tiempo, cuatro gatitos, tres de ellos muertos; la cuarta bestia, minúscula, pareció heredar la desesperación de su madre.

Champfleury pasó muchas horas agradables discutiendo sobre gatos con Mérimée, quien opinaba que eran excesivamente sensibles, rasgo que desaprobaba, pero corteses en extremo. "En eso –decía– se parecen a las personas educadas". En una de sus cartas, habla de "un viejo gato negro, perfectamente feo pero lleno de ingenio y sigilo. Es solo que había estado rodeado de gentes vulgares y de pésimo gusto". Champfleury también describe a Victor Hugo y su gato: "Se requiere de una naturaleza esencialmente femenina y poética para entender. En mi juventud yo solía visitar una casa en la Place Royale; el salón estaba decorado con tapicerías y ornamentos góticos, y en el centro había una otomana de color rojo en la que descansaba un gato muy grande, que esperaba el homenaje de los visitantes con circunspecta dignidad. Era el gato predilecto de Victor Hugo, quien en sus cartas sobre el Rin lo llama Canónigo por su indolencia y ociosidad".

El gato Palemon, de Saint-Beuve, estaba autorizado a deambular sin ser molestado por los preciosos manuscritos del crítico. Entre los invitados que frecuentaban la casa tenía una preferencia natural por Théophile Gautier. Huysmans dijo una vez: "En materia de animales yo solo amo a los gatos, pero los amo de manera irracional, por sus cualidades y a pesar de sus numerosas faltas. Solo tengo uno pero no podría vivir sin gato". Sin embargo, más tarde escribió: "He sido y todavía soy un amigo diligente de la raza felina, pero desde la muerte de mi último gato no he tenido ninguno; mi afecto entonces es por ahora enteramente platónico".

Esta sensación de que nunca habrá otro, después de la muerte de un gato, es bastante común, pero con el tiempo casi siempre llega otro. Stéphane Mallarmé sostenía que un gato es un apéndice necesario para la casa. La completaba, pulía el mobiliario, suavizaba los ángulos y le confería misterio. ¡Era la última chuchería, el toque supremo! Su gata Lilith fue dibujada por Whistler. François Coppée llamó a uno de sus gatos Bourget, el que a diferencia de su homónimo llegó a ser un gran luchador, tanto que

al final sus orejas parecían de encaje de tan hechas jirones que estaban. Su apodo era Zezé y llegó a vivir veinte años. Coppée tuvo otros dos gatos famosos, Loulou y Mistigris. Estos tenían su propio médico, el señor Bourrel, quien afirmó una vez, para deleite de Coppée: “No son los primeros gatos literarios que he tenido el honor de cuidar, también fui el médico de los gatos de Paul de Kock”. De Kock era un verdadero *félinophile enragé*. Su propiedad en Lilas estaba rodeada por un muro y dentro del recinto los gatos vagaban a su entera satisfacción. Los vecinos estaban en conocimiento de su debilidad y cada vez que encontraban a un gato callejero se lo llevaban. Ni siquiera se molestaban en tocar la campanilla: lo arrojaban por encima del muro. Frédéric Mistral adoraba a su gato Marcabrun. Catulle Mendès se sintió atraído hacia los gatos por su belleza: además de Mime, que se suicidó, tuvo a Fasolt y a Fafner, los que cenaron en su mesa a lo largo de toda su vida y la de él. Georges Courteline tenía afición por los gatos vividores y libertinos de la colina de Montmartre y los bautizó El Muerto de Hambre de la calle de Ruisseau, la Madre Disipada, El Pequeño Turbulento, El Pelirrojo de Montmartre y Charles Scherer, alias El Infame, alias El Terror de Clignancourt. Podríamos seguir. De hecho, una historia de los felinófilos franceses podría servir como una historia literaria de Francia. Por cierto, es interesante recordar que François Coppée, Catulle Mèndes, André Theuriet, A. Sylvestre, Octave Mirbeau, Eugène Lambert, Steinlen, Pierre Mégnin y Maurice Vaucaire fueron jurados del primer festival de gatos que se llevó a cabo en París.[74]

“El gato negro” quizás no sea la historia de un amante de los gatos, pero Poe los adoraba, y algunos incluso afirman que Baudelaire heredó esta pasión de Poe y se la quedó junto con la parafernalia del alquimista. En cualquier caso, un visitante de Poe en Fordham en 1846 cuenta esta escena en su cabaña: “Solo un blanquísimo cubrecama y sábanas había en el lecho, que era de paja. El tiempo estaba frío y la dama enferma [la mujer de Poe] padecía las espantosas tercianas que acompañan la consunción producto de la tuberculosis. Estaba sobre la cama de paja, envuelta en el gran abrigo de su marido y con un enorme gato carey en el pecho. El maravilloso gato parecía consciente de su gran utilidad. El abrigo y el gato eran sus únicas fuentes de calor, salvo cuando su marido le sostenía las manos y la madre los pies”. La señora Poe murió en enero de 1847.

Lafcadio Hearn, ya se puede uno imaginar, era felinófilo. “Me encantan

los gatos –escribe en *Kotto*– y supongo que podría escribir un libro extenso sobre los que he tenido, en diversos climas y diversas épocas". Desafortunadamente, no escribió la que podría haber sido su obra maestra; los gatos, eso sí, se pasean con soltura por sus obras.

Mark Twain se rindió por completo al *grimalkin*; es más, los gatos parecían ser una de sus necesidades vitales. Dice en *La tragedia de Wilson Cabezahueca*: "… una casa sin un gato, y sin un gato bien alimentado, bien mimado y debidamente venerado puede ser un hogar perfecto, sí, *quizás*, pero ¿cómo va a probarlo?". Abundan en sus historias las comparaciones entre gatos, alusiones a gatos, descripciones de gatos, expresiones de gatos, gatos y sus crías... Incluso los menciona en su temprana conferencia sobre Artemus Ward. En *Viaje alrededor del mundo, siguiendo el ecuador*, en algún lugar de Oriente señala la ausencia del gato en una fauna que por lo demás le parece satisfactoria. "Y sin embargo –observa quejumbroso–, a un gato le habría gustado este lugar". En *Some Rambling Notes of an Idle Excursion* se lee: "Vimos más de un millón de gatos en las Bermudas, pero la gente es muy ascética en cuanto a los perros. Dos o tres noches vagamos por el campo, por todas partes, y no fuimos abordados por un perro ni una vez. Es un gran privilegio visitar una tierra de estas características". Twain escribió varias historias sobre gatos y una vez fue fotografiado con un gatito. Desde luego, siempre había gatos en su casa y, como George Borrow, Samuel Butler y George Moore, se especializó en la variedad doméstica. Me han dicho que cuando jugaba billar su gato lo observaba desde una de las esquinas de la mesa. En una carta a "San Nicolás" habla de Sour Mash, Apollinaris, Zoroaster, Blatherskite, "los nombres que les dimos, no con ánimo hostil sino simplemente para entrenar a los niños en estilos de pronunciación largos y difíciles".

Todos los lectores de *Pasando fatigas* recordarán al gato Tom Quartz, que "no dejaba que el gobernador de California se tomara confianzas con él" y que

> … nunca cazó una rata en su vida, parecía que él estuviese por encima de esas cosas. Solo le preocupaba la minería. No se le podía enseñar nada sobre placeres y yacimientos, ríos y túneles, porque había nacido para eso. Venía detrás de Jim y de mí cuando íbamos a buscar oro a las montañas, nos seguía a buen paso a lo largo de ocho kilómetros, si es

> que llegábamos tan lejos. Y tenía muy buen olfato para la prospección, un talento natural. Cuando nos poníamos a trabajar, echaba un vistazo alrededor y si le parecía que la cosa no pintaba bien nos lanzaba una mirada como diciendo “Bueno, tendrán que disculparme” y sin mediar palabra alzaba la nariz y se largaba a casa. Pero si el terreno era de su gusto se pegaba al suelo y no lo veías más hasta que el primer cedazo estaba limpio. Entonces se acercaba a mirar, y si había medio gramo de oro ya se daba por satisfecho. Luego se tumbaba sobre nuestros abrigos y empezaba a roncar como la sirena de un barco de vapor. Solo despertaba cuando tropezábamos con el filón, y entonces se levantaba a supervisar.

En su momento estuvo de moda la minería de cuarzo. Un día, todos olvidaron a Tom, dormido sobre el abrigo, y encendieron la mecha; cuando a continuación se produjo la explosión, el gato voló por los aires entre la lluvia de rocas y polvo. Después de aquello corría a perderse tan pronto como alguien encendía una mecha. Theodore Roosevelt debe de haber disfrutado esta anécdota porque a un gato de la Casa Blanca le puso Tom Quartz.

El amor por los gatos de Henry James es más esotérico. Se sabe poco de su vida privada; rara vez fue entrevistado, si es que lo fue alguna vez, y las anécdotas de sus aventuras y costumbres personales no aparecían en las secciones magazinescas de los periódicos dominicales ni en *The Ladies’ Home Journal*. Sin embargo, Marvin R. Clark ha asegurado que James a menudo trabajaba con un gato en sus hombros, y en un texto de S.B. Wister encontré lo siguiente: “La más hermosa de las gracias de Princesa era el modo que tenía de pararse en sus patas traseras, presionando su pequeña nariz rosada contra la cara que se inclinaba hacia ella y al mismo tiempo acariciando las mejillas con sus patas delanteras. Reservaba esta caricia casi exclusivamente para su dueña, con raras excepciones en favor de su dueño, pero para nadie más, salvo una vez, que fue memorable, en que la dedicó al señor Henry James. Fue muy rápida, entrañable y con un toque de condescendencia que era característico de la actitud de esta gata con los humanos tanto como con las bestias”.

En *My Literary Passions*, Dean Howells nos cuenta cómo en su juventud

escribió una “epopeya, en estilo paródico, elaborada a partir de las peleas de gatos en nuestro patio trasero, con la acostumbrada invocación a la musa y toda la maquinaria de dioses y diosas tomando partido. Fueron unos cientos de versos que hice mi mejor esfuerzo por equilibrar como lo hacía Pope, con una cesura en medio de la línea y una prolija antítesis en cada extremo”. Y en *Familiar Spanish Travels* encontré pruebas convincentes de que el amor por los gatos de este escritor era verdadero, pues pareciera que podía alejarse de Goya y El Greco para acariciar y hablar con los gatos en España.[75] En *Literature and Life*, Howells entrega un estudio muy personal de un gato llamado Jim que vivía en Kittery Point.

> A menos que se haya vivido en Kittery Point y uno haya reparado, a partir de la observación y la experiencia, en cuán importante es el papel de los gatos en la sociedad, no se puede percibir la plena trascendencia de este hecho. No es solamente que todas las casas en Kittery tengan su gato, sino que parecen tener media docena, grandes, pequeños, viejos y jóvenes, de diferentes colores, aunque con cierta preferencia por los de pelaje atigrado. Con un océano entero invitando al rito trágico, no creo que alguna vez se haya ahogado un gato en Kittery; el mar ilimitado se ocupa más bien de proveer el pescado al que ningún gato es reacio, aunque los de Kittery lo exigen cocinado. No les gusta el pescado crudo, lo han dicho claramente, y lo prefieren sin espinas, aunque en este punto no son tan insistentes.

Jim olió en el aire el aroma de la caballa asada cerca de la cocina de los Howell y se dejó caer una noche “con un gesto refinado y casual, como si hubiese salido meramente a dar un paseo y sentido de pronto el impulso de buen vecino de llamar a la puerta”.

> El collar de plata grabado con su nombre y su apellido le sirvió de tarjeta de presentación. Era demasiado educado para invitarse sin más a la mesa, pero después de haber sido acogido en el círculo familiar se formó el hábito de visitarnos a la hora del desayuno y de la cena, cuando entraba como un paseante y como diciendo: “¿Es pescado lo que huelo, por casualidad?”, pero sin ir más allá en la insinuación.
> No tenía necesidad de hacerlo. Le hicimos sentir como en casa, y pudo

alimentarse libremente con lo mejor de nuestras provisiones; no solo pescado sino también pollo, que le gustaba, y maíz dulce, por el que reveló la más sorprendente afición cuando lo rascábamos de la mazorca para él. Después de que había desayunado o cenado, graciosamente sugería que tenía sed trepándose a la mesa donde estaba el jarro de agua, y entonces estiraba su fina cabeza hacia él. Cuando había acabado con su pocillo de agua se marchaba al salón, donde se había asegurado nuestro cariño al escoger la mejor silla para dormir en ella. Era una majestad egipcia o asiria. Sus destrezas eran pocas o ninguna; más bien desdeñaba el hecho de tenerlas. Su conquista consistió simplemente en mantenerse como una presencia fascinante.

Edmund Clarence Stedman fue un admirador de los gatos. En 1895 tenía un fabuloso gato maltés llamado Babylon, y la señora Stedman un gato azul de pelo largo, Kelpie. Las ancianas damas de los libros de Sarah Orne Jewett suelen ser felinófilas; ella lo es. Frances Hodgson Burnett exhibió a su Dick en el primer festival de gatos de Nueva York. Mary E. Wilkins es una devota del felino y ha escrito varias historias sobre él; recuerdo especialmente a la triste solterona de Nueva Inglaterra que perdió a su Willy y desde entonces se volvió muy perversa, maldijo al Creador y se rehusó a asistir a reuniones sociales. Al final se descubre que Willy estaba en el sótano, donde la misma solterona lo había encerrado sin querer. Pienso que la señorita Repplier debe de amar a los gatos con un fervor equivalente a su adoración por los ensayistas ingleses del siglo XVIII; al menos tienen una importancia equivalente en sus libros. Su estudio de un gatito, sus descripciones de Agripina, Claudio Nero y Lux están entre los tesoros de la literatura gatuna, y sin embargo siempre parece un poco temerosa de querer más ella a los gatos que a la inversa.

La pasión de Edgar Saltus por el animal es tan intensa como la de Baudelaire. Los gatos aparecen en casi todas sus obras, lo que parece muy adecuado para un hijo de los diabolistas franceses. Al igual que el autor de *Las flores del mal*, se detiene a conversar con cada *grimalkin* que se encuentra en la calle. Donde quiera que vaya, que en realidad es casi ninguna parte pues Saltus es un ermitaño, los gatos que conoce reciben más atención de su parte que las personas.

Charles Dudley Warner merece el primer lugar entre los amantes de los

gatos estadounidenses. “Yo tenía un solo gato –dijo una vez–, y era más un compañero que un gato. Cuando se fue de esta vida no me importó hacer lo mismo que muchos hombres cuando mueren sus parejas: desposar un segundo gato”. El maravilloso Calvin aparece brevemente en *My Summer in a Garden*, que Samuel Butler envió a la señorita Savage advirtiéndole que guardara silencio si no le gustaba, “porque no puedo soportar que la gente no concuerde conmigo”. Tras la muerte de Calvin, Warner escribió un artículo sobre él que se incluye en las últimas ediciones de la obra. Este ensayo es una obra maestra de la prosa compasiva y uno de los mejores retratos de gatos que nos hayan dado los escritores. Al parecer, Calvin llegó un día siendo ya adulto a la casa de Harriet Beecher Stowe. “Era como si hubiera preguntado en la puerta si allí vivía la autora de *La cabaña del tío Tom*”. Más tarde, cuando la señora Stowe se fue a vivir a Florida, Calvin fue confiado a la familia Warner, de la que fue un miembro amado hasta su muerte ocho años después.

> Parecía de la realeza y tenía un aire de alta crianza. Era grande, pero sin nada de la gordura grosera de la celebrada familia angora; aunque poderoso, era exquisitamente proporcionado, y tan ágil en cada movimiento como un joven leopardo (…) Su pelaje era el más fino y suave que haya visto alguna vez,
> un matiz del tranquilo gato maltés, y desde la garganta hacia abajo, hasta las blancas puntas de las patas, el armiño más blanco y delicado; ningún humano ha sido nunca tan fastidiosamente limpio. En su cabeza muy bien formada se veía algo de su carácter aristocrático; las orejas eran pequeñas y de un corte impecable, había un tinte rosado en las fosas nasales, el rostro era espléndido y la expresión de su semblante sumamente inteligente; casi diría que era una expresión dulce si el término no fuera inconsistente con su sagaz mirada de alerta.
> Si bien tenía nociones claras sobre sus derechos y una extraordinaria persistencia para hacerlos valer, nunca demostró mal genio ante un rechazo; simplemente y con firmeza persistía hasta que obtenía lo que quería. Su dieta es un ejemplo de ello: su idea era la de los eruditos respecto de los diccionarios, “hay que tener el mejor”. Sabía lo que había en la casa, y rechazaba la carne de res si era pavo lo que se iba a comer; si había ostras, esperaba sobre el pavo para ver si las ostras no

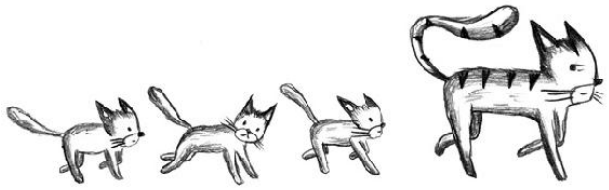
estarían próximas a llegar. Y sin embargo no era un *gross gourmand*; comía solo pan si me veía a mí comerlo.

La inteligencia de Calvin era algo fenomenal. Estableció un método de comunicación de sus deseos, e incluso de algunos de sus sentimientos; y podía hacer muchas cosas sin ayuda. Había un rincón de la caldera en una habitación apartada donde solía ir cuando quería estar solo; siempre la abría cuando deseaba más calor, pero nunca la cerraba, como tampoco cerraba la puerta detrás de sí (…) Dudo un poco en explayarme sobre su capacidad para la amistad y lo afectuoso de su naturaleza, pues sé de su reticencia a hablar demasiado de ello. Nos entendíamos perfectamente, pero nunca hicimos ningún alboroto al respecto; cuando yo decía su nombre y chasqueba los dedos, venía a mí; cuando volvía a casa por la noche, era seguro que me estaría esperando cerca del portón, y se levantaba y daba un paseo tranquilo por el camino de entrada, como si su permanencia allí fuera accidental, así de tímido era por lo general para demostrar sus sentimientos. Hay una cosa que jamás hizo: nunca salió corriendo como loco por una puerta abierta. Nunca olvidaba su dignidad. Aunque hubiese pedido que le abrieran y estuviera ansioso por salir, siempre salía con prudencia; puedo verlo ahora, de pie en el umbral, inspeccionando el cielo como si estuviera pensando si valía la pena tomar un paraguas, hasta justo un momento antes de quedar con la cola atrapada.

Su amistad era más constante que demostrativa. Cuando regresamos de una ausencia de casi dos años, Calvin nos recibió con un placer evidente, una tranquila felicidad, pero sin echar chispas de entusiasmo. Tenía la facultad de producirnos contento al llegar a casa. Y lo más atractivo era su constancia. Le gustaba la compañía, pero no era mimado ni hacía escándalos ni se sentaba en el regazo de nadie; siempre se liberó de esa familiaridad con dignidad y sin ninguna muestra de mal genio. Si había algún tipo de mimo que hacer, sin embargo, elegía hacerlo. Se sentaba mirándome y luego, movido por un delicado afecto, venía y me tiraba del abrigo y de la manga hasta que podía tocarme la cara con su nariz, y luego se iba, contento.

Animales que pueden inspirar una prosa como la de “Calvin” de Warner y “Vida de dos gatas” de Loti ciertamente han cumplido su propósito en este

mundo.



70 En “La gran superstición del perro”, de *El libro de un naturalista*, dice Hudson: “El perro, con todas sus nuevas inclinaciones, sigue siendo mentalmente un chacal, por encima de algunos mamíferos y por debajo de otros; tampoco puede sobreponerse a sus antiguos instintos obscenos, que se vuelven cada vez más ofensivos a medida que la civilización eleva y refina a su humano maestro. ¿Cómo ha llegado a existir esta creencia nuestra en la superioridad mental de este animal? Sin duda por nuestra intimidad con él, en los campos donde nos ayudaba y en las casas donde lo convertimos en mascota; también por nuestra ignorancia del verdadero carácter de otros animales. En Oriente, el perro es un animal sucio. Podría estar encerrado doce siglos en una atmósfera perfumada de opopanax y franchipán y todavía amaría el olor de la carroña.
”La moraleja es que, aunque se ha vuelto demasiado útil para pensar en despedirnos de él –útil de mil maneras y probablemente útil en mil más, a medida que surgen razas con formas modificadas y nuevas e inimaginables propensiones–, sería una bendición, tanto para nosotros como para el perro, trazar un límite referido a los animales útiles, ponerlos en su lugar y mantenerlos allí –y ese lugar no es la casa–, y apreciarlos en su verdadero valor, como hacemos con nuestros caballos, cerdos, vacas, cabras, ovejas y conejos.
”Pero hay un lugar en el corazón humano, en el corazón femenino específicamente, que quedaría vacante sin un animal al que amar y acariciar; hay un deseo de tener una criatura peluda como amigo… y este amor está insatisfecho y se siente despojado si no puede expresarse al modo de los mamíferos, que es tener contacto con su objeto, tocarlo con los dedos y acariciarlo. Afortunadamente, ese sentimiento o instinto se puede satisfacer con holgura sin el perro”.
Goethe estaba entre aquellos que odiaban a los perros, y Mefistófeles apareció ante Fausto en la forma de un poodle.

71 En los primeros años del siglo XIX los gatos persas eran más bien raros en Inglaterra.

72 Muchos gatos comunes son criados con leche y no se puede decir que no les guste, pero ningún criador de gatos daría leche a los suyos; y un gato persa, criado con carne, no la tocará. Con frecuencia mueren de hambre cuando están viejos y han perdido los dientes. Pero un gato sin una dieta carnívora es un gato débil y cadavérico. Por cierto, las presas deben de estar recién muertas: los gatos no comen carroña o comida rancia de ningún tipo.

73 En *Figures of Several Centuries* alguien dice sobre Huysmans: “Me dio la impresión de ser un gato; cortés, perfectamente educado, casi amigable, pero un atado de nervios, listo para desplegar las garras ante la menor palabra”, y otro, un entrevistador: “Y en efecto hay algo de su animal favorito en él. La cara es gris, cansada y alerta, con una mirada de benevolente malicia”.

74 Los festivales o exhibiciones de gatos han hecho mucho por elevar la estimación de los incrédulos. También han sido un gran incentivo para mejorar las razas, aunque es lamentable que estén en manos de criadores profesionales, ansiosos por elevar los precios de sus “linajes”. Tanto en Inglaterra como en Francia las exhibiciones de gatos fueron una idea de artistas, escritores y aficionados ricos.

75 “En la catedral de Gerona había un gato que se paseaba enfrente de la capilla mayor durante la misa, recibiendo las caricias de los feligreses”, escribe Havelock Ellis en *The Soul of Spain*.

13

APOTEOSIS

Las bestias son del buen Dios.
Las bestialidades, del ser humano.
VICTOR HUGO

He escrito –qué tan hábilmente no lo sé– sobre los modales y las costumbres del gato, sus gracias y mimos; la historia de cómo ha subyugado a la Humanidad. En todos los tiempos, incluso durante la oscura época de la brujería y la persecución, ha mantenido su supremacía, ha continuado reproduciéndose y multiplicándose, desafiando cuando es conveniente las leyes de Dios y las leyes de los hombres, de pronto amigo, de pronto enemigo, ahora salvaje, ahora amansado, la mascota de la casa o el tigre en la selva, pero siempre libre, siempre independiente, siempre un anarquista que insiste en hacer valer sus derechos, cualquiera sea el costo. El gato nunca forma soviets; el gato trabaja solo.

Tenemos mucho que aprender de los felinos, nosotros que preferimos adoptar los hábitos esclavizantes del perro, del buey o del caballo. En realidad creo que si los hombres y las mujeres se volvieran más felinos eso sería la salvación de la raza humana. Ciertamente se acabarían las guerras, porque los gatos no lucharán por un ideal colectivo, dado que no tienen fe en los ideales colectivos; eso sí, puede ocurrir que un único gato luche hasta la muerte por sus ideales, por su libertad de expresión. El perro y el caballo perpetúan la guerra mediante el pensamiento grupal y la socialización de la acción, junto con alentar la creencia popular en esa panacea monstruosa que es la hermandad universal.

Para la próxima guerra construiremos naves que puedan hacer sesenta o setenta nudos por hora; los submarinos recorrerán cinco mil leguas con la velocidad de los tiburones y las aeronaves volarán sobre las ciudades dejando caer bultos de TNT. Saigón, Berlín, El Cairo, París, Madrid y hasta Indianápolis están condenadas a desaparecer. El ser humano se extinguirá; bruto, tonto, siempre luchando contra la naturaleza en lugar de aliarse con ella, con la naturaleza que lo ayudará a ir hacia delante y en todos los sentidos, más allá de los abismos y los torrentes y los derrumbes de la existencia. Todo lo que conocemos habrá acabado, otro ciclo comenzará y una nueva "civilización" se abrirá paso.

Pienso que persistentemente, quizás con algo de intención, hemos malinterpretado la leyenda de Prometeo. Prometeo fue el enemigo, no el amigo de los humanos. El fuego que trajo a la Tierra fue una llama devastadora y Zeus, dios de la naturaleza, lo encadenó a una roca para proteger a la Humanidad. Esta interpretación incorrecta de los asuntos sagrados, este giro del bien a manos del mal, esta aplicación errónea de los principios naturales a prácticas antinaturales son el lugar común de la historia, los cimientos del actual estado de las cosas y la causa de toda miseria.

Pero el gato sobrevivirá. No es tan estúpido como el ser humano. Sabe que debe tener a la naturaleza de su lado. También sabe que es más fácil que un solo gato encaje en las curvaturas de la naturaleza que dos gatos. Así que camina solo. Porque la naturaleza aquí y la naturaleza allí son dos naturalezas distintas, y lo que un gato de un lado de la verja tiene que hacer no es lo mismo que lo del gato del otro lado de la verja. De todas formas los gatos siempre obedecen los grandes principios, y veinte, un centenar, mil gatos antes despreocupados se inmolarán voluntariamente para preservar un instinto, una memoria racial que servirá para perpetuar la raza. Así, después del cataclismo, desde los montículos de tierra amontonada, los cúmulos y ruinas de las ciudades medio enterradas, los desolados campos de trigo y los maltratados huertos acechará el gato, confiado, autosuficiente, capaz, imperturbable y filosófico. Su especie cubrirá la brecha hasta que los humanos vuelvan a aparecer, y entonces se aposentará en hogares nuevos y enseñará otra vez su poderosa lección a los oídos y los ojos que de nuevo son sordos y ciegos. El destino de Shylock lo predijo Shakespeare desde el momento en que hizo decir a la pobre criatura "el inofensivo y necesario

gato”. Porque es posible, no, probable, que, a diferencia del humano, que olvida sus formas anteriores, el gato recuerde, realmente recuerde por muchas generaciones hacia atrás; que lo que llamamos instinto sea más profundo que el conocimiento. Y así, sabiamente, la Providencia no ha permitido al gato hablar ningún idioma más que el propio.

Podemos dominar a los perros, pero a los gatos nunca, a no ser por la fuerza. Pueden ser aniquilados, pero nunca serán serviles o banales. El gato jamás es vulgar. Ni a Dios le permitirá que interfiera en su libertad, y si sufre, aunque sea un dolor de muelas, rechazará todo alimento; preferirá morir que soportar el dolor. De este modo, como el espartano, conserva la fuerza de su especie. En cualquier momento puede cambiar su lema: de *Libertas sine labore* o *Amica non serva* a *Quand même*.

No hay una sola cualidad del gato que el humano no pueda emular para su ventaja. Es limpio, el más limpio, sí, de todos los animales, enteramente desprovisto de olor y suciedad cuando está en su poder que así sea. Es silencioso, gracias a sus patas acolchadas con las garras ocultas, y no emite el menor sonido a menos que quiera decir algo definitivo, y en ese caso se puede expresar libremente. Cree en la libre expresión, y no solo cree en ella sino que se complace en ella. Nada hará que un gato pare de hablar cuando quiere hacerlo, excepto la pesada mano de la muerte.

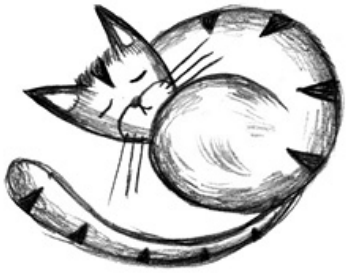
Se basta a sí mismo por completo. Vive en hogares porque escoge hacerlo, y siempre y cuando el entorno y las personas le convengan, pero lo hace en sus propios términos y nunca sacrifica su propia comodidad y su bienestar por el bien de los mentecatos con quienes entra en contacto. Por ello es el más satisfactorio de los amigos. Entre nosotros es costumbre decir: “Tenemos una cena donde los Ogilvy esta noche. No queremos ir pero jamás nos perdonarán si no vamos”; mientras los Ogilvy están murmurando: “¡Qué lata, hoy vienen los detestables Mitchell a cenar! Ojalá llamaran para excusarse, o tal vez se les descomponga el auto por el camino…”. El gato no hace ni acepta invitaciones insinceras. Se cansa de sus amigos a veces, pero, bueno, yo también. Si desea mudarse, lo hace. Quizás a otra casa, tal vez al mundo salvaje. Si le ocurre que lo dejen abandonado a sus propios medios en el campo, podrá mantenerse en la autopista; puede incluso mantenerse en la ciudad bajo condiciones que aterrorizarían a ese socialista gregario y aburrido, el perro. El gato es viril y la virilidad es una cualidad que el hombre casi ha perdido.

St. George Mivart insistía en que era el gato, no el humano, quien coronaba la cima del reino animal, por ser el mejor equipado de los mamíferos para abrirse camino en el mundo. Concuerdo con St. George Mivart. No veo cómo puede ser posible discrepar con él. Pero el gato no se jacta de su posición preeminente; se contenta con ocuparla. No llama al humano un "animal inferior", aunque sin duda lo ve así. Yo he experimentado largamente sus capacidades sobrenaturales; es muy difícil sobreestimarlo. No ha perdido el poder del lenguaje gestual. Con su cola, sus patas, sus aguzados oídos, sus ojos, su cabeza, la rotación del cuerpo o la ondulación de su pelaje expresa en símbolos los secretos más cabalísticos. Es bello y elegante. Convierte su aspecto y su vida en algo tan exquisito como las circunstancias lo permitan. Es discreto, es educado, es digno. Un gato bien criado nunca discute. Va por la vida haciendo lo que le agrada de una manera que refleja su superioridad intelectual. Si es interrumpido, mirará al culpable con leve sorpresa o un silencioso reproche, pero volverá a su deseo. Si se ve impedido de hacer algo, esperará una ocasión más favorable. Y, al igual que los individuos bien educados, y a diferencia de los anarquistas humanos, rara vez interfiere en los derechos de los demás. Su inteligencia lo previene de gastar tiempo en las tonterías que complican la vida. Los gatos nunca escriben óperas ni asisten a ella. No firman papeles ni pagan impuestos ni votan en las elecciones presidenciales. Una orden judicial no tendrá ningún poder sobre el gato, sea lo que sea. Desde luego, se negará a obedecer la propia Constitución si es necesario.

Feathers está muy cansada de este libro. Me lo ha dicho más de una vez. A veces mirándome con impaciencia mientras escribo. A veces con las patas, rascando con desdén las hojas de papel cuando las tiro al suelo. A veces, en mi mesa de trabajo, se interpone entre mis escritos y yo. Cuando empecé era una gatita, una bolita parecida a un crisantemo de pelo rojizo y rizado, naranja, blanco y negro, y ahora está a punto de convertirse en madre. Así es, mientras he estado escribiendo Feathers ha experimentado la dentición, el amor y ahora pronto la maternidad. Me hace sentir muy pequeño, muy poco importante. Lo que yo he hecho en catorce meses es casi nada comparado con lo que ella ha hecho.

El misterio de la vida se hace más profundo en ella. Sus ojos entrecerrados son apenas un esbozo; está menos activa y desea dormir más. Necesita el calor de mis rodillas, donde anhela reposar sin ser interrumpida

por el repiqueteo de las teclas. Me está suplicando que llegue al fin. Y yo no puedo resistirme. ¿Ves, Feathers?, estoy casi listo. Estoy escribiendo la última página. Puedes venir a mí ahora y pasar las horas en mi regazo. Te ofrezco, en lugar de este pobre libro, probarme como hombre de letras siguiendo el método de Samuel Butler, es decir bautizando a tus gatitos aún nonatos. Los llamaré, si la naturaleza te da cinco, y los sexos lo permiten, Aurélie, Golden Feathers, Coq d'Or, Prince Igor y Jurgen.

Nueva York,

4 de marzo de 1920